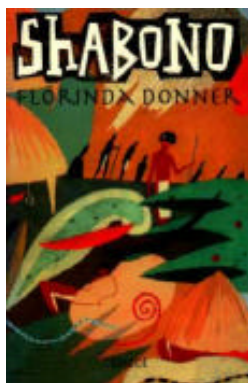


SHABONO



FLORINDA DONNER

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN



Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo
Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
Libros de Luz: <http://librosdeluz.tripod.com>

ÍNDICE

DESCRIPCIÓN

NOTA DE LA AUTORA

PRINCIPALES PERSONAJES ITICOTERIS

I
II
III
IV
V

SEGUNDA PARTE

VI - VII - VIII

TERCERA PARTE

IX - X - XI - XII - XIII

CUARTA PARTE

XIV

QUINTA PARTE

XV - XVI - XVII - XVIII - XIX - XX - XXI - XXII - XXIII - XIV - XXV

GLOSARIO

DESCRIPCIÓN

En un remoto asentamiento –*shabono*– en las profundidades de la selva amazónica, entre Venezuela y el norte del Brasil, vive un grupo de indios yanomanas. *Florinda Donner*, antropóloga reconocida, discípula de Carlos Castaneda, fue a su encuentro en lo que imaginaba como una visita breve. Poco a poco, sin embargo, ese mundo virgen y puro, elusivo y misterioso, la fue hechizando y terminó quedándose un año allí.

Este libro es el relato de sus aventuras y descubrimientos durante ese viaje, iniciático en más de un sentido, que Donner narra con frescura palpitante. Las actividades diarias se alternan con acontecimientos importantes: la caza, los festejos, los combates, el nacimiento de los hijos, los ritos de iniciación, los modos de vestirse, las comidas... la prosa ágil de la autora logra transmitir la belleza salvaje del lugar, la intensidad de sus vivencias y, sobre todo, la magia y el poder que aún hoy conservan los rituales chamánicos de una cultura que se extingue.

NOTA DE LA AUTORA

Los indios *yanomamas*, también conocidos en la literatura antropológica como waikas, shamataris, baraf iris, shirishanas o guharibos, habitan la parte más aislada de la frontera entre el sur de Venezuela y el norte de Brasil. Se ha calculado que son aproximadamente entre diez mil y veinte mil, y que ocupan un área de unos once mil kilómetros cuadrados. Este territorio comprende las cabeceras de los ríos Orinoco, Mavaca, Siapo, Ocamo, Padamo y Ventuari, en Venezuela, y los ríos Uraricoera, Catrimani, Dimini y Araca, en Brasil.

Los *yanomamas* viven en aldeas de chozas de palma llamadas *shabonos*, desperdigadas por la selva. El número de individuos que residen en cada una de estas aldeas dispersas varía entre los sesenta y los cien. Algunos de los *shabonos* están situados cerca de las misiones católicas o protestantes, o en otras áreas accesibles para el hombre blanco; otros se esconden más profundamente en la selva. Existen todavía algunas aldeas, en zonas remotas del bosque, que no han sido visitadas por los forasteros.

Mi experiencia con los iticoteteris, habitantes de uno de estos *shabonos* desconocidos, es el tema de este libro. Se trata de una narración subjetiva, constituida por los datos excedentes, por decirlo así, de una investigación antropológica de campo que realicé en Venezuela, sobre las prácticas curativas de los indígenas.

Un aspecto esencial de mi formación como antropóloga se cifra en considerar que la objetividad es lo que da validez al trabajo antropológico. Pero durante mi estancia con este grupo de *yanomamas* no mantuve la distancia ni la libertad de criterio necesarias para una investigación objetiva.

Vínculos especiales de gratitud y amistad con ellos me hicieron imposible interpretar los datos o sacar conclusiones de lo que presencié y aprendí. Gracias a que soy mujer y debido a mi apariencia física y a ciertos

rasgos de mi carácter, yo no representaba amenaza alguna para los indios. Me aceptaron como un bicho raro y dócil, y pude entrar, aunque sólo fuese por poco tiempo, en el ritmo peculiar de sus vidas.

En mi narración he alterado mis notas originales en dos sentidos. El primer cambio se refiere a los nombres: el término iticoteri, así como los nombres de las personas descritas son imaginarios. El segundo se refiere al estilo. En bien del efecto dramático he alterado la secuencia de los acontecimientos, y en bien de la fluidez narrativa he reproducido las conversaciones en una estructura sintáctica y gramatical correcta. Si hubiera traducido literalmente su lengua, no habría podido hacer justicia a su complejidad y flexibilidad, ni a sus expresiones altamente poéticas y expresivas. La variedad de los sufijos y prefijos da a la lengua *yanomama* delicados matices de significado que no tienen un verdadero equivalente en nuestro idioma.

Aunque me ejercitaron pacientemente hasta que pude diferenciar y reproducir la mayoría de sus palabras, nunca llegué a hablar con fluidez. Sin embargo, mi incapacidad para dominar su lengua no fue un obstáculo para la comunicación con ellos. Aprendí a “hablar” con ellos mucho antes de poseer un vocabulario adecuado. Hablar era más una sensación corporal que un verdadero intercambio de palabras. Otra cuestión es en qué medida nuestra comunicación era precisa. Para ellos y para mí, resultaba eficaz. Me disculpaban cuando no podía explicarme o cuando no lograba entender la información que me daban acerca de su mundo; después de todo, no esperaban que pudiera captar las sutilezas y profundidades de su lengua. Los *yanomamas*, al igual que nosotros, tienen sus prejuicios: piensan que los blancos son infantiles y, por tanto, menos inteligentes.

PRINCIPALES PERSONAJES ITICOTERIS

ANGÉLICA. Vieja indígena de la misión católica que organiza el viaje al país de los iticoteris.

MILAGROS. Hijo de Angélica, un hombre que pertenece a los dos mundos, el de los indios y el de los blancos.

PURIWARIWE. Hermano de Angélica, viejo chamán del poblado iticoteri.

KAMOSIWE. Padre de Angélica.

ARASUWE. Cuñado de Milagros, cabecilla de los iticoteris.

HAYAMA. La mayor de las hermanas de Angélica que aún viven, suegra de Arasuwe, abuela de Ritimi.

ETEWA. Yerno de Arasuwe.

RITIMI. Hija de Arasuwe, primera esposa de Etewa.

TUTEEMI. Segunda y joven esposa de Etewa.

TEXOMA. Hija de cuatro años de Ritimi y Etewa.

SISIWE. Hijo de seis años de Ritimi y Etewa.

HOAXIWE. Hijo recién nacido de Tutemi y Etewa.

IRAMAMOWE. Hermano de Arasuwe, chamán del poblado iticoteri.

XOROWE. Hijo de Iramamowe.

MATUWE. Hijo menor de Hayama.

XOTOMI. Hija de Arasuwe, hermanastra de Ritimi.

MOCOTOTERIS. Habitantes de un *shabono* cercano.

I

Estaba medio dormida. Sin embargo, sentía que se movían a mi alrededor. Como desde una gran distancia, con el suave roce de unos pies descalzos sobre el suelo de tierra apisonada de la cabaña, las toses, los carraspeos y las leves voces de las mujeres. Aún no amanecía. En la semipenumbra podía distinguir a Ritimi y Tutemi, con los cuerpos desnudos doblados sobre los hogares, donde aún brillaban las ascuas del fuego nocturno. Hojas de tabaco, cuencos de calabaza llenos de agua, aljabas llenas de flechas envenenadas, cráneos de animales y racimos de plátanos verdes colgaban del techo de palma y parecían suspendidos en el aire bajo el humo que se elevaba.

Bostezando, Tutemi se levantó. Estiró los miembros y se inclinó sobre la hamaca para coger a Hoaxiwe en sus brazos. Con suaves risas, frotó su cara contra el vientre del bebé, y murmuró algo ininteligible mientras metía el pezón en la boca del niño. Suspirando, se recostó de nuevo en su hamaca.

Ritimi tiró de algunas hojas de tabaco secas, las empapó en una calabaza llena de agua, tomó una hoja y, antes de enrollarla apretadamente, la salpicó de cenizas. Colocó la bola resultante entre su encía y su labio inferior y fue chupándola ruidosamente mientras preparaba dos más. Le dio una de ellas a Tutemi y luego se acercó a mí. Cerré los ojos, para dar la impresión de que seguía durmiendo. Acuciada a la cabecera de mi hamaca, Ritimi pasó su dedo, empapado en tabaco y saliva, entre mi encía y mi labio inferior, pero no dejó una bola dentro de mi boca. Riendo, se acercó a Etewa, que estaba observándola desde su hamaca. Escupió el tabaco en la palma de su mano y se lo tendió. Un leve quejido se escapó de sus labios mientras, poniéndose otra bola en la boca, se tendía sobre él.

El fuego llenaba de humo la cabaña, y calentaba gradualmente el aire frío y húmedo. Los hogares, que ardían día y noche, eran el centro de cada vivienda. Las manchas de humo que dejaban en el techo de palma

separaban cada habitación familiar de la siguiente, porque no había paredes divisorias entre las cabañas. Estaban tan cerca unas de otras que los techos adyacentes se superponían, dando la impresión de una enorme casa circular. Había una gran entrada principal para todo el conjunto y varias aberturas estrechas entre algunas cabañas. Cada una de éstas la sostenían dos postes largos y dos cortos. El lado más alto de la cabaña estaba abierto y daba a un claro en el centro de la estructura circular, mientras que el lado más bajo y exterior de la cabaña estaba cerrado por una pared de postes cortos encajados en el techo.

Una densa neblina envolvía los árboles circundantes. La fronda de las palmas que colgaban por el borde interior de la cabaña se recortaba contra la grisura del cielo. El perro de caza de Etewa levantó la cabeza de su cuerpo acurrucado y, sin despertarse del todo, abrió la boca en un gran bostezo. Cerré los ojos, dormitando en el olor de los plátanos verdes que se tostaban en los fuegos. Mi espalda estaba endurecida y me dolían las piernas por haber permanecido en cuclillas durante horas, el día anterior, arrancando las malas hierbas que crecían entre las hortalizas vecinas.

Abrí de pronto los ojos mientras mi hamaca se columpiaba violentamente y una pequeña rodilla se clavaba en mi estómago, haciéndome perder el aliento. De manera instintiva, me cubrí con los bordes de la hamaca para protegerme de las cucarachas y las arañas que invariablemente llovían del techo de palma, siempre que se sacudían los postes que lo sostenían.

Entre risas, los niños treparon sobre mí y a mi alrededor. Sus cuerpecitos oscuros y desnudos eran suaves y tibios contra mi piel. Como habían hecho casi cada mañana desde mi llegada, los niños pasaron sus regordetas manos por mi cara, mis pechos, mi vientre y mis piernas, pidiéndome que identificara cada parte de mi anatomía. Fingí seguir durmiendo y me puse a roncar con fuerza. Dos niñitos se acurrucaron contra mis costados y la niña que estaba sobre mi acomodó su oscura cabecita bajo mi barbilla. Olían a humo y a tierra.

No sabía ni una palabra de su idioma cuando llegué a su poblado, escondido profundamente en la selva entre Venezuela y Brasil. Pero eso no fue obstáculo para que las casi ochenta personas que ocupaban el *shabono* me aceptaran. Para los indios, no comprender su lengua equivale a ser *aka boreki*: tonto. Como tal, me alimentaron, me dieron cariño y me mimaron; mis errores eran disculpados o ignorados, como los de un niño. En el peor de los casos, mis equivocaciones les provocaban estruendosas carcajadas que sacudían sus cuerpos hasta que rodaban por el suelo, con lágrimas en los ojos.

La presión de una mano diminuta contra mi mejilla puso fin a mis ensoñaciones. Texoma, la hija de cuatro años de Ritimi y Etewa, acostada sobre mí, abrió los ojos y, acercando su cabeza, empezó a frotar sus densas pestañas contra las mías.

—¿No quieres levantarte? —preguntó la niñita, pasando sus dedos por mis cabellos—. Los plátanos están listos.

No sentía ningún deseo de abandonar la tibieza de la hamaca.

—Me pregunto cuántos meses habré estado aquí —dije.

—Muchos —me contestaron tres voces al unísono.

No pude evitar sonreír. Cualquier cantidad mayor de tres se expresaba como “muchos” o “más de tres”.

—Sí, muchos meses —asentí suavemente.

—El niño de Tutemi todavía estaba durmiendo dentro de su panza cuando tú llegaste —murmuró Texoma, apretándose contra mí.

No es que hubiese perdido la conciencia del tiempo, pero los días, las semanas y los meses habían perdido sus fronteras precisas. Aquí importaba el presente. Para estas gentes, sólo contaba lo que sucedía cada día entre las inmensas sombras verdes de la selva. El ayer y el mañana, decían, eran tan indeterminados como un vago sueño, tan frágiles como una tela de araña, sólo visible cuando un rayo de sol atraviesa las hojas.

Medir el tiempo había sido mi obsesión durante las primeras semanas. Llevaba mi reloj automático día y noche, y registraba cada nuevo día en un diario, como si de ello dependiera mi existencia misma. No puedo señalar cuándo me di cuenta de que se había producido en mí un cambio fundamental. Creo que todo empezó antes de que llegara al poblado iticoteri, en una pequeña ciudad de la Venezuela oriental, donde había estado investigando las prácticas curativas.

Después de transcribir, traducir y analizar las muchas cintas y los cientos de páginas de notas recogidas durante meses de trabajo de campo entre los tres curanderos del área de Barlovento, había empezado a tener serias dudas sobre la validez y finalidad de mi investigación. Mis intentos por organizar los datos en un marco teórico coherente resultaron inútiles, porque el material estaba plagado de contradicciones e inconsistencias.

Mi trabajo pretendía descubrir el significado que tienen las prácticas curativas para los curanderos y sus pacientes, en sus vidas cotidianas. Mi preocupación se centraba en distinguir cómo se creaba la realidad social, en términos de salud y enfermedad, a partir de su actividad conjunta. Pensaba que necesitaba saber perfectamente lo que los curanderos piensan unos de otros y de su conocimiento, porque sólo entonces podría operar en su medio social y dentro de su propio sistema de interpretación. Y así el análisis de mis datos provendría del sistema en que había estado operando y no quedaría sobreimpuesto desde mi propio medio cultural.

Mientras estuve en el campo, viví en la casa de doña Mercedes, una curandera con quien estaba trabajando. No sólo registré, observé y entrevisté a los curanderos y a sus numerosos pacientes, sino que participé en sus sesiones, sumergiéndome totalmente en la nueva situación.

Sin embargo, me encontraba día tras día con flagrantes inconsistencias en las prácticas curativas y en sus

explicaciones acerca de éstas. Doña Mercedes se reía de mi perplejidad y de lo que consideraba mi falta de fluidez para aceptar cambios e innovaciones.

—¿Estás segura de que dije eso? —me preguntó después de escuchar una de las cintas que yo insistí en hacerle oír.

—No soy yo la que habla —dije en tono cortante, y empecé a leer mis notas mecanografiadas, esperando que ella comprendiera lo contradictorio de su información.

—Eso suena maravilloso —comentó doña Mercedes, interrumpiendo mi lectura—. ¿De verdad se refiere a mí? Me has convertido en un verdadero genio. Léeme tus notas sobre las sesiones con Rafael y Serafino. Eran los otros dos curanderos con los que yo había estado trabajando.

Hice lo que me pedía, y luego volví a conectar el magnetófono para que me ayudara con la información conflictiva. Sin embargo, doña Mercedes no tenía ningún interés por lo que ella misma dijera meses atrás. Para ella, era una cosa del pasado y, por tanto, no tenía ninguna validez. Sin reparo alguno, me hizo entender que el magnetófono tenía la culpa por haber registrado algo que ella no recordaba haber dicho.

—Si de verdad dije esas cosas, fue por tu causa. Cada vez que me preguntas por la curación, empiezo a hablar sin saber realmente lo que estoy diciendo. Siempre me pones las palabras en la boca. Si supieras curar, no te preocuparías por escribir o hablar acerca de eso. Simplemente lo harías.

Yo no deseaba creer que mi trabajo era inútil. Fui a ver a los otros dos curanderos. Para gran decepción mía, no ayudaron tampoco gran cosa. Reconocieron las contradicciones y las explicaron de un modo muy semejante a doña Mercedes.

Retrospectivamente, mi desesperación por este fracaso parece cómica. En un ataque de cólera, desafié a doña Mercedes a que quemara mis notas. Aceptó sin dificultad, y quemó página tras página en la llama de una de las velas que iluminaban la imagen de la Virgen María en el altar de su cuarto de curaciones.

—De verdad que no comprendo por qué te preocupas tanto por lo que dice tu máquina y lo que digo yo —observó doña Mercedes, encendiendo otra vela en el altar—. ¿En qué cambia lo que hago ahora y lo que hice hace unos meses? Lo único que importa es que los pacientes se curan. Hace años, vinieron un psicólogo y un sociólogo y registraron todo lo que yo decía en una máquina como la tuya. Creo que su máquina era mejor; era mucho más grande. Sólo estuvieron aquí una semana. Con la información que consiguieron, escribieron un libro sobre la curación.

—Conozco el libro —contesté vivamente—. No creo que sea un estudio muy exacto. Peca de simplista y superficial, y le falta una verdadera comprensión.

Doña Mercedes me observó interrogativamente, con una mirada a medias compasiva, a medias despectiva. En silencio, contemplé cómo la última página se convertía en cenizas. No me molestaba lo que había hecho. Se levantó de su silla y se sentó a mi lado en el banco de madera.

—Muy pronto sentirás que te han quitado un gran peso de encima —me consoló.

Me sentí forzada a entrar en una amplia explicación sobre la importancia de estudiar las prácticas curativas no occidentales. Doña Mercedes me escuchó atentamente, con una sonrisa burlona en los labios.

—Si yo fuera tú —me sugirió—, aceptaría la oferta de tus amigos para ir a cazar por el río Orinoco arriba. Sería un buen cambio para ti.

Aunque tenía intención de regresar cuanto antes a Los Ángeles para terminar mi trabajo, estaba considerando seriamente la posibilidad de aceptar la invitación de un amigo para un viaje de dos semanas hacia el interior de la selva. No sentía ningún interés por la caza, pero pensaba que tal vez tendría oportunidad de encontrar un chamán, o de presenciar una ceremonia de curación, mediante uno de los guías indígenas que él pensaba contratar al llegar a la misión católica, el último puesto de avanzada de la civilización.

—Creo que eso es lo que tengo que hacer —le dije a doña Mercedes—. Tal vez encuentre a un gran curandero indio que me diga cosas sobre la curación que ni siquiera usted sabe.

—Seguro que oírás toda clase de cosas interesantes —contestó doña Mercedes riendo—. Pero no te preocupes de escribirlas; no harás ninguna investigación.

—Vaya. ¿Y cómo sabe usted eso?

—Acuérdate de que soy una bruja —dijo, dándome unos golpecitos en la mejilla. Había una expresión de inefable dulzura en sus ojos oscuros—. Y no te preocupes por tus notas en inglés, que están a salvo en tu escritorio. Cuando vuelvas, ya no te servirán de nada las notas.

II

Una semana más tarde, me encontraba con mi amigo en una avioneta, camino de la misión católica del Orinoco superior. Allí debíamos encontrar a los demás miembros de la expedición, que habían partido en barco unos días antes, con el equipo de caza y las provisiones que necesitaríamos para pasar dos semanas en la jungla.

Mi amigo estaba deseoso de mostrarme las maravillas del turbulento y lodoso río Orinoco. Maniobraba el pequeño aparato con atrevimiento y habilidad. Por unos instantes estuvimos tan cerca de la superficie del agua, que asustamos a los caimanes que tomaban el sol en el banco de arena de la orilla. Un momento después, estábamos de nuevo en el aire, sobre la selva aparentemente infinita e impenetrable. No bien me

había tranquilizado, ya descendía él de nuevo, tan bajo que podíamos ver las tortugas adormiladas sobre los troncos, al borde del agua.

Yo temblaba de náuseas y mareo cuando finalmente aterrizamos en un pequeño claro, cerca de los campos cultivados de la misión. El sacerdote encargado de ésta, padre Coriolano, nos recibió junto con nuestros compañeros de expedición, que habían llegado el día antes, y un grupo de indios que gritaban entusiasmados mientras invadían la avioneta.

El padre Coriolano nos condujo a través de los campos de maíz, mandioca, plátanos y caña de azúcar. Era un hombre delgado, con largos brazos y piernas cortas. Unas cejas espesas ocultaban casi por entero sus ojos hundidos, y la masa de su barba rebelde cubría el resto de su rostro. Su negra sotana contrastaba con el sombrero de paja deshilachado, que echaba continuamente hacia atrás para que la brisa le secara la frente cubierta de sudor.

La ropa, empapada, se pegaba a mi cuerpo al pasar por una especie de muelle hecho de postes clavados en el lodo de la orilla del río, donde estaba amarrada la embarcación. Nos detuvimos, y el padre Coriolano empezó a hablar de nuestra partida, que tendría lugar al día siguiente. Me vi rodeada por un grupo de indias, que no decían ni una palabra pero me sonreían tímidamente. Sus vestidos mal ajustados se levantaban por delante y colgaban por detrás, dando la impresión de que todas estaban embarazadas. Entre ellas había una anciana tan pequeña y arrugada que parecía un niño envejecido. No sonreía como las demás. Había una súplica silenciosa en los ojos de la anciana cuando me tendió la mano. Me vi presa de extraños sentimientos al advertir que sus ojos se llenaban de lágrimas; no deseaba verlas rodar por sus mejillas de color de barro. Puse mi mano en la suya. Sonriendo satisfecha, me condujo hacia los árboles frutales que rodeaban la misión, un edificio alargado, de una sola planta.

A la sombra, bajo el amplio cobijo del techo de asbesto de la casa, había un grupo de ancianos acucillados que sostenían en sus manos temblorosas copas de aluminio esmaltado. Vestían ropas de color caqui y tenían los rostros parcialmente cubiertos por sus sombreros de paja manchados de sudor. Reían y hablaban con voces agudas, y se chupaban ruidosamente los labios mientras bebían su café con ron. Dos alborotados pericos, con las alas de brillantes colores bien atadas, se mecían sobre el hombro de uno de ellos.

No podía ver los rasgos de los hombres, ni el color de su piel. Parecían estar hablando en castellano, pero sus palabras me resultaban ininteligibles.

—¿Son indios? —le pregunté a la anciana que me guiaba a una pequeña habitación trasera, en una de las casas que rodeaban la misión.

La anciana se rió. Sus ojos, apenas visibles entre las aberturas de sus párpados, descansaron en mi cara.

—Son *racionales*. A los que no son indios los llaman *racionales* —aclaró—. Esos viejos han estado aquí demasiado tiempo. Vinieron a buscar oro y diamantes.

—¿Los encontraron?

—Muchos de ellos sí.

—¿Por qué están aquí todavía?

—Son los que no pueden volver al lugar de donde vinieron —dijo, poniendo sus manos huesudas en mis hombros. Su gesto no me sorprendió. Había algo cordial y afectuoso en su contacto. Sólo pensé que estaba un poco loca—. Han perdido su alma en la selva.

Los ojos de la anciana estaban ahora muy abiertos; eran del color de las hojas de tabaco ya secas.

Sin saber qué decir, aparté los ojos de su penetrante mirada y contemplé la habitación. Las paredes pintadas de azul estaban decoloradas por el sol, y la humedad las descascaraba. Cerca de una estrecha ventana, había una cama de madera de tosca construcción. Parecía una cuna demasiado grande en torno a la cual hubieran clavado tela metálica contra los mosquitos. Cuanto más la miraba, más me recordaba una jaula en la que sólo se podría entrar levantando la pesada tapa cubierta de tela metálica.

—Yo soy Angélica —dijo la anciana, mirándome fijamente—. ¿Esto es todo lo que traes? —preguntó, quitándome de la espalda la mochila de color naranja.

Sin habla y con cara de completo asombro, vi cómo sacaba mi ropa interior, un par de tejanos y una larga camiseta.

—Es todo lo que necesito para dos semanas —expliqué, señalando mi cámara fotográfica y el bolsito de tocador que quedaban en el fondo de la mochila.

Cuidadosamente, sacó la máquina, abrió el bolso de plástico y yació rápidamente su contenido en el suelo. Había un peine, un cortaúñas, pasta y cepillo de dientes, una botella de champú y una pastilla de jabón. Sacudiendo la cabeza con incredulidad, volvió la mochila del revés. Abstraída, apartó los cabellos oscuros que se pegaban a su frente. Había en sus ojos un aire de soñadora rememoración mientras su rostro se arrugaba en una sonrisa. Puso todo de nuevo en la mochila y sin una palabra me condujo de vuelta a donde estaban mis amigos.

Mucho después de que la misión quedara a oscuras y en silencio, yo seguía despierta, escuchando los sonidos poco familiares de la noche que entraban por la ventana abierta. No sé si fue a causa de mi cansancio o por la atmósfera tranquila de la misión, pero esa noche, antes de retirarme, había decidido no acompañar a mis amigos en su expedición de caza. En cambio, deseaba quedarme aquellas dos semanas en la misión. Afortunadamente, a nadie le molestó. En realidad, todos parecieron aliviados. Aunque no lo habían dicho, algunos de mis amigos pensaban que una persona que no sabe cómo manejar un fusil no tiene nada que hacer en una cacería.

Como hechizada, contemplaba la azul transparencia del aire disolverse en las sombras de la noche. Sobre el cielo se esparcía una suavidad que revelaba los contornos de las ramas y las hojas, ondeando en la brisa fuera de mi ventana. El grito solitario de un mono aullador fue lo último que oí antes de caer en un profundo sueño.

—Así que es usted antropóloga —me dijo el padre Coriolano en el almuerzo del día siguiente—. Los antropólogos que he conocido iban todos cargados de magnetófonos y cámaras de cine y no sé cuántos aparatos más. —Me ofreció una segunda ración de pescado horneado y maíz en mazorcas—. ¿Le interesan los indios?

Le expliqué lo que había estado haciendo en Barlovento y las dificultades que tenía con los datos reunidos.

—Me gustaría ver algunas sesiones de curación durante mi estancia aquí.

—Me temo que no verá muchas cosas de este tipo por aquí —dijo el sacerdote, recogiendo las migajas del pan de mandioca que se le quedaban prendidas en la barba—. Tenemos un dispensario bien equipado. Los indios vienen desde muy lejos a traernos sus enfermos. Pero tal vez logre organizarle una visita a uno de los poblados cercanos, donde es posible que encuentre a un chamán.

—Le estaría muy agradecida si lo consiguiera. No es que haya venido para hacer trabajo de campo, pero sería muy interesante ver a un chamán.

—Usted no parece una antropóloga. —Las cejas del padre Coriolano se arquearon, uniéndose—. La mayoría de los que yo he conocido eran hombres, pero hubo algunas mujeres. —Se rascó la cabeza—. De algún modo, usted no concuerda con mi descripción de una antropóloga.

—No se puede esperar que todas nos parezcamos —dije en tono despreocupado, preguntándome a quiénes habría conocido.

—Supongo que no —admitió dócilmente—. Lo que quiero decir es que usted no parece totalmente adulta. Esta mañana, cuando sus amigos se habían ido, diversas personas me preguntaron por qué me habían dejado a la niña.

Con ojos vivaces, bromeé acerca de cómo los indios esperan que un adulto blanco sea algo más que ellos.

—Especialmente si es rubio y de ojos azules. Se supone que debe ser un verdadero gigante.

Aquella noche tuve una pesadilla aterradora, en mi cuna cubierta por el mosquitero. Soñé que habían clavado la tapa. Todos mis esfuerzos por escapar resultaban inútiles. El pánico me invadió. Grité y agité el marco hasta que todo el artefacto volcó. Todavía medio dormida, me encontré yaciendo en el suelo, con la cabeza apoyada contra el pequeño bulto que formaban los pechos colgantes de la anciana. Por un momento, no pude recordar dónde estaba. Un miedo infantil me hizo apretarme más a la anciana indígena, sabiéndome a salvo con ella. La anciana acarició mi cabeza y susurró incomprensibles palabras en mi oído hasta que me desperté del todo. Su contacto y el sonido nasal y ajeno de su voz me tranquilizaron. No podía racionalizar este sentimiento, pero algo me hacía sujetarme a ella. Me llevó a su habitación, detrás de la cocina.

Me acosté a su lado, en una pesada hamaca colgada de dos postes. Protegida por la presencia de la extraña anciana, cerré los ojos sin miedo. El leve latido de su corazón y el goteo del agua que se filtraba en un cántaro de agua me llevaron al sueño.

—Será mucho mejor que duermas aquí —dijo la anciana a la mañana siguiente, colgando una hamaca de algodón junto a la suya.

A partir de aquel día, Angélica rara vez se apartó de mí. La mayor parte del tiempo permanecíamos junto al río, hablando y bañándonos en la orilla, donde la arena gris rojiza tenía un color de cenizas mezcladas con sangre. En completa paz, me sentaba durante horas observando cómo las indias lavaban sus ropas y escuchando los relatos de Angélica sobre su pasado. Como nubes dispersas por el cielo, sus palabras se entremezclaban con las imágenes de las mujeres que aclaraban la ropa en el agua y la tendían a secar sobre las piedras.

Angélica no era maquiritare, como la mayoría de los indios de la misión. Había sido entregada a un maquiritare cuando era muy joven. La trató bien, decía ella con gusto. Aprendió rápidamente sus costumbres, que no eran tan distintas de las suyas propias. También había ido a la ciudad, pero nunca me aclaró a cuál. Tampoco me dijo su nombre indio que, según las costumbres de su tribu, no debía ser pronunciado en voz alta.

Siempre que hablaba del pasado, su voz se me volvía extraña. Se hacía muy nasal y a menudo pasaba del castellano a su propio idioma, mezclando tiempos y espacios. Con frecuencia se detenía en mitad de una frase; horas después, o incluso al día siguiente, reanudaba la conversación en el punto exacto en que la había dejado, como si fuera la cosa más natural del mundo charlar de esa manera.

—Te llevaré con mi gente —me dijo Angélica una tarde. Me miró con una sonrisa indecisa en los labios. Tuve la sensación de que estaba a punto de decir algo más y me pregunté si sabría algo del arreglo que había hecho el padre Coriolano con el señor Barth para que me llevara al poblado maquiritare más próximo.

El señor Barth era un minero norteamericano que había pasado más de veinte años en la selva venezolana. Vivía río abajo, con una mujer indígena, y muchas tardes se invitaba a sí mismo a cenar en la misión. Aunque no tenía deseo alguno de volver a Estados Unidos, disfrutaba mucho oyendo hablar de su país.

—Te llevaré con mi gente —dijo Angélica de nuevo—. Necesitaremos muchos días para llegar allí. Milagros nos guiará por la selva.

—¿Quién es Milagros?

—Es un indio como yo. Habla bien el castellano. —Angélica se frotó las manos con alegría—. Se suponía que iba a acompañar a tus amigos, pero decidí quedarse. Yo sé por qué.

Angélica hablaba con una rara intensidad; sus ojos brillaban y tuve, como a mi llegada, la sensación de que estaba un poco loca.

—Él ya sabía que yo iba a necesitarlo para que nos acompañara —dijo la anciana. Sus párpados se cerraron como si ya no tuviera fuerzas para abrirlos. De pronto, como si temiera quedarse dormida, los abrió del todo—. No importa lo que me digas ahora. Sé que vendrás conmigo.

Aquella noche permanecí despierta en la hamaca. Por la respiración de Angélica, supe que dormía. Recé porque no se olvidara de su ofrecimiento de llevarme a la selva. Las palabras de doña Mercedes resonaban en mi cabeza: “Cuando vuelvas, ya no te servirán de nada tus notas.” Tal vez haría alguna investigación de campo entre los indios. El pensamiento me divertía. No llevaba conmigo un magnetófono; tampoco tenía papel ni lápices, sólo un cuadernito que era mi diario, y un bolígrafo. Tenía la cámara fotográfica pero sólo tres rollos de película.

Inquieta, me di la vuelta en la hamaca. No, no tenía ninguna intención de ir a la selva con una anciana a quien creía un tanto chiflada, y un indio al que nunca había visto. Sin embargo, resultaba tan tentador un viaje a través de la selva... Me era fácil tomarme algún tiempo libre, no tenía que cumplir con fecha alguna, nadie me esperaba. Podía dejar una carta para mis amigos, explicándoles mi repentina decisión. No se preocuparían demasiado. Cuanto más pensaba en ello, más intrigada estaba. El padre Coriolano podría, sin duda, proporcionarme suficiente papel y lápices. Y sí, tal vez doña Mercedes tuviera razón. No me servirían de nada mis viejas notas sobre los curanderos cuando volviera —*si volvía*, como interrumpía amenazadoramente mi pensamiento de semejante viaje.

Me levanté de la hamaca y contemplé a la frágil anciana dormida. Como si sintiera mi presencia, sus párpados temblaron, sus labios empezaron a moverse:

—No moriré aquí sino entre mi propia gente. Mi cuerpo será quemado y mis cenizas se quedarán con ellos.

Sus ojos se abrieron lentamente; estaban opacos, nublados por el sueño, y no expresaban nada, pero percibí una profunda tristeza en su voz. Toqué sus huecas mejillas. Me sonrió, pero su pensamiento estaba en otra parte.

Me desperté con la sensación de que alguien me observaba. Angélica me dijo que había estado esperando que me despertara. Me hizo mirar una caja que estaba junto a ella del tamaño de un neceser, hecha de corteza de árbol. Abrió la ajustada tapa y, con gran fruición, procedió a mostrarme cada uno de los objetos que contenía, con grandes exclamaciones de alegría y sorpresa, como si fuera la primera vez que veía aquellas cosas. Había un espejo, un peine, un collar de perlas de plástico, algunos botes vacíos de crema Pond's, un lápiz de labios, un par de tijeras oxidadas, una blusa y una falda desteñidas.

—¿Y qué crees que es esto? —me preguntó, escondiendo algo detrás de su espalda.

Confesé mi ignorancia y se rió.

—Es mi libreta de escribir. —Abrió el cuaderno, de páginas amarilleadas por el tiempo. En cada página había renglones de letras torcidas. —Mírame. —Sacando de la caja un lápiz mordido en el extremo, empezó a trazar su nombre.

—Aprendí a hacer esto en otra misión. Una mucho más grande que ésta. También tenía una escuela. Eso fue hace muchos años, pero no se me ha olvidado lo que aprendí. —Una y otra vez, escribió su nombre en las pálidas páginas—. ¿Te gusta?

—Mucho.

Yo estaba desconcertada ante la visión de la anciana acucillado en el suelo, con el cuerpo doblado hacia delante, la cabeza casi tocando el cuaderno. Sin embargo, mantenía un equilibrio perfecto mientras delineaba dificultosamente las letras de su nombre.

Repentinamente, se puso en pie y cerró el cuaderno.

—He estado en la ciudad —dijo, con los ojos fijos en un punto más allá de la ventana—. Una ciudad llena de gente que se veía toda igual. Al principio me gustó, pero muy pronto me cansé. Tenía que ver demasiadas cosas. ¡Y había tanto ruido! No sólo hablaba la gente, sino que las cosas hablaban también. —Se detuvo con el entrecejo fruncido, en un tremendo esfuerzo por concentrarse; todas las líneas de su cara se hicieron más hondas. Finalmente dijo—: No me gustó nada la ciudad.

Le pregunté en qué ciudad había estado y en qué misión aprendió a escribir su nombre. Me miró como si no me hubiera oído, y continuó con su relato. Como hiciera otras veces, empezó a mezclar tiempos y espacios, pasando a su propia lengua. A veces se reía, repitiendo una y otra vez:

—No iré al paraíso del padre Coriolano.

—¿Dice usted en serio lo de ir a ver a su gente? —le pregunté—. ¿No cree usted que es peligroso para dos mujeres entrar en la selva? ¿De veras conoce usted el camino?

—Claro que conozco el camino —dijo, saliendo bruscamente de su estado casi de trance—. A una vieja no le puede pasar nada.

—Yo no soy vieja.

Me acarició el pelo.

—No eres vieja, pero tu pelo es del color de las fibras de palma y tus ojos del color del cielo. Tampoco te pasará nada.

—Estoy segura de que nos perderemos —objeté suavemente—. Usted ni siquiera recuerda cuánto tiempo

hace que vio a su gente por última vez. Usted me dijo que se van adentrando más y más en la selva.

—Milagros vendrá con nosotros -dijo Angélica en tono convincente . El conoce bien la selva. El conoce a casi toda la gente que vive en la selva. —Angélica empezó a guardar sus pertenencias en la caja de corteza—. Será mejor que lo encuentre para que podamos irnos cuanto antes. Tendrás que darle algo.

—No tengo nada que él pueda querer. Tal vez pueda convencer a mis amigos para que den a Milagros los machetes que trajeron.

—Dale tu cámara fotográfica —sugirió Angélica—. Sé que tiene tantos deseos de una máquina como de otro machete.

—¿Sabe cómo usarla?

—No sé. —Se rió, con la mano sobre la boca—. Una vez me dijo que quería hacer fotos de los blancos que vienen a la misión a ver a los indios.

No tenía ningunas ganas de separarme de mi cámara. Era buena y muy cara, por lo que lamenté no disponer de otra más barata.

—Le daré la máquina —accedí, con la esperanza de que una vez le hubiera explicado cuán complicado era manejarla, Milagros prefiriera un machete.

—Cuantas menos cosas tengas que cargar, mejor —advirtió Angélica, cerrando de golpe la tapa de su caja—. Le voy a dar todas estas cosas a una de las mujeres de aquí. Ya no las necesitaré. Si uno va con las manos vacías, nadie espera nada de uno.

—Me gustaría llevarme la hamaca que usted me dio -dije, en broma.

—Esa puede ser una buena idea. —Angélica me miró, asintiendo—. Tú tienes un sueño muy inquieto y probablemente no podrías descansar en las hamacas de fibra que usa mi gente. —Recogió su caja y salió de la habitación—. Volveré cuando encuentre a Milagros.

El padre Coriolano tomaba su café y me miraba como si yo fuera una extraña. Con gran esfuerzo, se levantó apoyándose en una silla. Visiblemente desorientado, me contempló sin decir una palabra. Era el silencio de un anciano. Al verle pasarse los dedos rígidos y deformados por la cara, me di cuenta por primera vez de lo frágil que era.

—Está usted loca de irse a la selva con Angélica —dijo finalmente—. Es muy vieja; no llegará muy lejos. Caminar por la selva no es un paseo.

—Milagros nos acompañará.

El padre Coriolano se volvió hacia la ventana, pensativo. Empujaba sin cesar su barba atrás y adelante, con la mano.

—Milagros se negó a ir con sus amigos. Estoy seguro de que no acompañará a Angélica a la selva.

—Silo hará.

Mi certidumbre, incomprensible, era un sentimiento totalmente ajeno a mi raciocinio cotidiano.

—Aunque es un hombre de fiar, es raro —comentó el padre Coriolano con preocupación—. Ha sido guía de varias expediciones. Sin embargo... —El padre Coriolano volvió a su silla e, inclinándose hacia mí, continuó—: Usted no está preparada para entrar en la selva. No puede ni empezar a imaginarse las dificultades y los peligros de semejante aventura. No tiene ni siquiera los zapatos adecuados.

—Me han dicho varias personas que han estado en la selva que el calzado deportivo es lo mejor que se puede llevar.

Se seca puesto, no se encoge y no produce ampollas.

El padre Coriolano ignoró mi comentario.

—¿Por qué quiere usted ir? —preguntó, en tono exasperado—. El señor Barth la llevará a ver a un chamán maquiritare; podrá usted ver una ceremonia de curación sin tener que ir muy lejos.

—En realidad no sé por qué quiero ir —admití, en tono de desamparo-. Tal vez quiero ver algo más que una ceremonia de curación. De hecho, quería pedirle que me dejara algo de papel de escribir y lápices.

—¿Y sus amigos? ¿Qué les voy a decir? ¿Que usted desapareció con una anciana senil? —me preguntó mientras se servía otra taza de café—. Llevo aquí más de treinta años y nunca he oído un plan tan descabellado.

Era después de la hora de la siesta, pero la misión estaba aún silenciosa mientras yo me estiraba en mi hamaca, colgada a la sombra de largas ramas torcidas y de las hojas dentadas de los yangos. A distancia, vi la alta figura del señor Barth que se acercaba al claro de la misión. Era extraño, pensé, porque generalmente venía por la noche. Entonces adiviné por qué estaba allí.

Se detuvo ante los escalones que conducían a la terraza, cerca de donde yo estaba, se acuclilló en el suelo y encendió uno de los cigarrillos que mis amigos le habían traído.

El señor Barth parecía inquieto. Se levantó y empezó a ir y venir como si fuera un centinela encargado de guardar el edificio. Estaba a punto de llamarle cuando empezó a hablar solo. Las palabras le salían de la boca envueltas en humo. Se frotó las barbas blancas del mentón y restregó una bota contra la otra intentando quitarles el lodo. De nuevo se acuclilló y empezó a sacudir la cabeza como si quisiera librarse de lo que había en su pensamiento.

—Ha venido usted a contarme que encontró diamantes en la Gran Sabana —dije a manera de saludo, con la esperanza de desvanecer la expresión melancólica de sus dulces ojos castaños.

Chupó de su cigarrillo y dejó escapar el humo por la nariz en cortos soplidos. Tras escupir algunas partículas de tabaco que se le habían quedado en la lengua, preguntó:

—¿Por que quiere usted ir con Angélica a la selva?

—Ya se lo dije al padre Coriolano: en realidad, no lo sé.

El señor Barth repitió suavemente mis palabras, convirtiéndolas en pregunta. Encendió otro cigarrillo y exhaló con lentitud mirando la espiral de humo que se disolvía en el aire transparente.

—Vamos a dar un paseo —sugirió.

Caminamos junto al banco del río, donde grandes raíces entrecruzadas emergían de la tierra como esculturas de madera y fango. Rápidamente, la humedad cálida y pegajosa permeó mi piel. De debajo de una capa de ramas y hojas, el señor Barth sacó una canoa, la empujó al agua y me indicó que subiera. La condujo directamente al otro lado del río, buscando el cobijo del banco de la izquierda, que ofrecía alguna protección contra la plena fuerza de la corriente. Con movimientos fuertes y precisos, guió la canoa río arriba hasta que llegamos a un estrecho afluente. La maleza de bambúes dio paso a otras plantas pesadas y oscuras, un muro interminable de árboles pegados tronco contra tronco en la orilla misma del río. Las raíces y las ramas colgaban sobre el agua. Las lianas trepaban por los árboles enroscándose en torno a sus troncos como serpientes a punto de romperlos en su estrecho abrazo.

—Ah, aquí está —dijo el señor Barth, señalando una abertura en lo que parecía un muro impenetrable.

Varamos la canoa en el lodoso banco y la amarramos fuertemente a un tronco. El sol apenas penetraba a través del denso follaje, y la luz se esfumaba en un tenue verdor mientras seguía al señor Barth por la maleza. Lianas y ramas me rozaban como cosas vivas. El calor ya no era tan intenso, pero la pegajosa humedad hacía que la ropa se me pegara al cuerpo como fango. Pronto mi cara quedó cubierta de sucio polvo vegetal y telas de araña que olían a podredumbre.

—¿Es una vereda? —pregunté con incredulidad, casi cayéndome en un charco de agua verdosa.

La superficie del charco temblaba bajo cientos de insectos que eran apenas algo más que puntos pulsantes en el líquido turbio. Los pájaros huían y, en medio del verdor, yo no podía distinguir su color ni su tamaño, sino sólo escuchar sus furiosos graznidos que protestaban por nuestra intrusión. Comprendí que el señor Barth estaba intentando asustarme. El pensamiento de que me llevaba a otra misión católica también me pasó por la mente.

—¿Es esto un camino? —insistí.

Abruptamente, el señor Barth se detuvo frente a un árbol, tan alto que sus ramas superiores parecían alcanzar el cielo. Plantas trepadoras se retorcían y giraban hacia arriba en torno al tronco y las ramas.

—Quería darle una conferencia y aterrorizarla —dijo el señor Barth con expresión sombría—. Pero todo lo que preparé parece tonto ahora. Descansemos un momento y luego volveremos.

El señor Barth dejó que la canoa siguiera la corriente, remando sólo cuando nos acercábamos demasiado a la orilla.

—La selva es un mundo que usted no puede imaginarse. No puedo describírselo aunque lo he experimentado con tanta frecuencia. Es un asunto personal: la experiencia de cada persona es diferente y única.

En vez de volver a la misión, el señor Barth me invitó a su casa. Era una gran cabaña circular con un techo cónico de hojas de palma. Estaba muy oscuro en su interior; la única luz procedía de la pequeña entrada y de una ventana rectangular abierta en el techo, que se cerraba tirando de una polea de cuero. En medio de la cabaña colgaban dos hamacas. Contra las paredes encaladas de blanco había cestas llenas de libros y revistas; sobre ellas colgaban calabazas, cazos, machetes y un fusil.

Una joven desnuda se levantó de una de las hamacas. Era alta, con grandes pechos y anchas caderas, pero su rostro era el de una niña, redondo y suave, con oscuros ojos rasgados. Sonriendo, tomó su vestido, que colgaba junto a un soplillo de mimbre trenzado.

—¿Café? —preguntó en español, sentándose en el suelo frente al hogar, junto a los botes y sartenes de aluminio.

—¿Conoce usted bien a Milagros? —le pregunté al señor Barth, cuando me hubo presentado a su mujer y nos sentamos en las hamacas, ella y yo juntas.

—Es difícil afirmarlo —dijo, tomando del suelo su tazón de café—. Viene y va. Es como el río; nunca se detiene, no parece descansar nunca. Nadie sabe hasta dónde va Milagros, cuánto tiempo se queda en un lugar. Todo lo que sé es que cuando era jovencito unos blancos se lo llevaron de donde vivía su gente. Su historia nunca es la misma. Unas veces dice que eran recolectores de caucho; otras veces, que eran misioneros; otras, que eran mineros o científicos. Fueran quienes fueren, viajó con ellos durante muchos años.

—¿A qué tribu pertenece? ¿Dónde vive?

—Es maquiritare, pero nadie sabe dónde vive. Periódicamente regresa con sus gentes. No sé a qué poblado pertenece.

—Angélica fue a buscarlo. Me pregunto si sabe dónde encontrarlo.

—Seguro que sí. Están muy unidos. Me pregunto si son parientes. —Depositó el tazón en el suelo y se levantó de la hamaca, desapareciendo momentáneamente en la espesa maleza que rodeaba la cabaña. Reapareció segundos después con una cajita de metal—. Ábrala —me dijo, tendiéndomela.

Dentro había una bolsita de cuero marrón.

—¿Diamantes? —pregunté, palpando su contenido.

Sonriendo, el señor Barth asintió; luego me indicó que me sentara junto a él en el suelo de tierra. Se quitó la camisa, la extendió en el suelo y me dijo que vaciara la bolsita sobre la tela. Apenas pude ocultar mi desilusión. Las piedras no brillaban; parecían más bien hechas de cuarzo opaco.

—¿Está usted seguro de que son diamantes? —pregunté.

Completamente seguro —dijo el señor Barth, colocando una piedra del tamaño de un tomate pequeño en la palma de mi mano—. Si se talla bien, podría hacerse una sortija preciosa.

—¿Encontró estos diamantes aquí?

—No —respondió riendo—. Cerca de la sierra Parima, hace años. —Entrecerrando los ojos, se balanceó atrás y adelante. Sus mejillas estaban llenas de venitas y la barba que crecía en su mentón estaba húmeda—. Hace mucho tiempo, lo único que me interesaba en la vida era encontrar diamantes para volver a casa con mucho dinero. —El señor Barth suspiró profundamente, la mirada perdida en algún punto más allá de la cabaña—. Un día me di cuenta de que mi sueño de hacerme rico se había secado, por decirlo así, ya no me obsesionaba, y tampoco quería volver al mundo que había conocido. Me quedé aquí. —Sus ojos brillaban con lágrimas retenidas mientras señalaba los diamantes—.

Con ellos. —Parpadeó varias veces, luego me miró y sonrió—. Me gustan tanto como me gusta esta tierra.

Quería hacerle muchas preguntas, pero tenía miedo de perturbarlo. Nos quedamos en silencio, escuchando el murmullo continuo y profundo del río.

El señor Barth habló de nuevo:

—¿Sabe usted? Los antropólogos y los misioneros tienen mucho en común. Ambos son malos para esta tierra. Los antropólogos son más hipócritas; engañan y mienten para obtener la información que desean. Supongo que creen que en nombre de la ciencia todo está justificado. No, no, no me interrumpa —me advirtió el señor Barth, agitando la cabeza frente a mi rostro—. Los antropólogos —continuó en el mismo tono duro— se han quejado conmigo de la arrogancia de los misioneros, de su altanería y su actitud paternalista para con los indios. Y mírelos a ellos: son los más arrogantes de todos; se meten en las vidas de los demás como si estuvieran en su pleno derecho.

El señor Barth suspiró con fuerza, como si ese arrebató lo hubiera agotado.

Preferí no defender a los antropólogos, temiéndome un segundo estallido de enojo, de manera que me contenté con examinar el diamante que tenía en la mano.

—Es muy hermoso —dije, tendiéndole la piedra.

—Quédeselo —dijo, y luego recogió el resto de las piedras que depositó, una por una, en la bolsita de cuero.

—Creo que no puedo aceptar un regalo tan valioso. —Empecé a reírme nerviosamente y añadí como excusa—: Nunca llevo joyas.

—No lo considere un regalo valioso. Tómelo como un talismán. Sólo la gente de las ciudades lo considera una joya —comentó tranquilamente, cerrando mis dedos sobre la piedra—. Le dará suerte.

Se levantó, sacudiendo con las manos la humedad de la parte trasera de sus pantalones; luego se tendió en su hamaca.

La joven volvió a llenar nuestras tazas. Sorbiendo el café fuertemente azucarado, contemplamos cómo las paredes encaladas se iban tornando violeta a causa del crepúsculo. Las sombras no tuvieron tiempo de alargarse, porque en un instante se hizo oscuro.

Me despertó Angélica, murmurando en mi oído:

—Nos vamos por la mañana.

—¿Qué? —Salté fuera de mi hamaca, completamente despierta—. Pensé que iba a necesitar dos o tres días para encontrar a Milagros. Más vale que haga la maleta.

Angélica se rió.

—¿La maleta? No tienes nada que llevarte. Le di los pantalones y una de tus camisas a un muchacho indio. No necesitas dos pantalones. Más vale que sigas durmiendo. Mañana será un día muy largo. Milagros anda muy de prisa.

—No puedo dormir —dije, agitada—. Pronto amanecerá. Escribiré una nota para mis amigos. Espero que la hamaca y la manta quepan en mi mochila. ¿Y la comida?

—El padre Coriolano dejó sardinas y pan de mandioca para nosotros; lo recogeremos todo por la mañana. Lo llevaré en una canasta.

—¿Habló usted con él esta noche? ¿Qué dijo?

—Dijo que se hiciera la voluntad de Dios.

Había terminado de hacer el equipaje cuando la campana de la capilla empezó a sonar. Por primera vez desde que llegué a la misión, fui a misa. Indios y *rationales* llenaban los bancos de madera. Reían y hablaban como si estuvieran en una fiesta. El padre Coriolano necesitó un buen rato para hacerles guardar silencio antes de iniciar la misa.

La mujer que estaba sentada junto a mí se quejó de que el padre Coriolano siempre despertaba a su bebé con su poderosa voz. En efecto, el niño empezó a llorar, pero antes de que su primer grito llegara a escucharse, la mujer se descubrió el pecho y lo puso en la boca del pequeño.

Arrodillándome, elevé los ojos a la Virgen situada sobre el altar. Llevaba un manto azul bordado de oro. Su rostro se alzaba hacia el cielo: sus ojos eran azules, sus mejillas pálidas y sus labios, muy rojos. En un brazo sostenía al niño Jesús; el otro brazo estaba tendido, y la mano blanca y delicada se alargaba hacia los extraños paganos que tenía a los pies.

III

Machete en mano, Milagros abría camino por el estrecho sendero que bordeaba el río. Su espalda musculosa se distinguía bajo la roja camisa desgarrada. Los pantalones de color caquí, enrollados hasta la mitad de la pantorrilla y atados a la cintura con un cordón de algodón, le hacían parecer más bajo de lo que en realidad era. Caminaba de prisa, apoyando el peso en el borde exterior de sus pies, que eran estrechos en los talones y se abrían en los dedos como un abanico. Su pelo, muy corto, y la amplia tonsura de la coronilla me recordaban a un monje.

Me detuve y me volví antes de tomar el camino que llevaba a la selva. A través del río, casi oculta tras un recodo, estaba la misión. Envuelta en la luz del sol recién nacido parecía ya fuera de mi alcance. Me sentí extrañamente separada, no sólo del lugar y las personas con las que había estado durante la última semana, sino de todas las cosas familiares. Percibí que se producía un cambio en mí, como si cruzar el río marcara el final de una fase, una encrucijada. Algo de ello debe haberse expresado en mi cara, porque cuando miré a mi lado y descubrí los ojos de Angélica, vi comprensión en ellos.

—Ya estamos lejos —dijo Milagros, deteniéndose junto a nosotras.

Doblando los brazos sobre el pecho, dejó que su mirada vagara por el río. La luz de la mañana destellaba sobre el agua y se reflejaba en su rostro, tiñéndolo con un brillo dorado. Era una cara angular y huesuda a la que la pequeña nariz y el ancho labio inferior añadían una inesperada vulnerabilidad, que contrastaba agudamente con los profundos círculos y arrugas que rodeaban sus ojos castaños y rasgados. Eran decididamente parecidos a los ojos de Angélica, y reflejaban la misma expresión intemporal.

En completo silencio, caminamos bajo los enormes árboles, por senderos escondidos en la espesura de los arbustos que se mezclaban con lianas, hojas y ramas, trepadoras y raíces. Las telas de araña colgaban de mi cara como un velo invisible. No veía más que verdor y no sentía más que humedad. Saltamos y rodeamos troncos, cruzamos arroyos y pantanos sombreados por inmensos bambúes. A veces, Milagros iba delante de mí; otras veces me precedía Angélica, con la canasta en forma de U sobre la espalda, sostenida por una faja de corteza de árbol que le rodeaba la frente. Estaba llena de calabazas, pan de mandioca y latas de sardinas.

No tenía idea de la dirección en que avanzábamos. No podía ver el sol; sólo su luz que se filtraba por el denso follaje. Pronto empezó a dolerme el cuello de mirar hacia arriba, a la increíble altura de los árboles inmóviles. Sólo las rectas palmeras, invictas en su ascensión vertical hacia la luz, parecían barrer los pocos trozos visibles de azul con sus frondas de sombras plateadas.

—Tengo que descansar —dije, sentándome pesadamente sobre un tronco caído. Según mi reloj, eran ya las tres de la tarde. Habíamos andado sin detenernos durante más de seis horas—. Me muero de hambre.

Angélica me tendió una calabaza de su cesta, y se sentó a mi lado.

—Lénala —dijo, indicándome con la barbilla el arroyito cercano.

Acuclillado en el río, con las piernas separadas y las palmas de las manos sobre los muslos, Milagros se inclinó hacia delante hasta que sus labios tocaron el agua. Bebió sin mojarse la nariz.

—Beba —me dijo, incorporándose.

“Debe de tener casi cincuenta años”, pensé. Y sin embargo, la gracia inesperada de sus fluidos movimientos le hacían parecer mucho más joven. Sonrió un momento y luego empezó a vadear corriente abajo.

—¡Cuidado o acabarás dándote un baño! —exclamó Angélica, burlándose alegremente.

Sorprendida por su voz, perdí el equilibrio y caí de cabeza al agua.

—No puedo beber como lo hace Milagros —dije tranquilamente, entregándole la calabaza llena—. Creo que beberé en la calabaza, de aquí en adelante. —Me senté junto a ella y me quité las zapatillas deportivas, empapadas—. Quien haya dicho que este calzado era el mejor para la selva, no caminó con él durante seis horas.

Mis pies estaban rojos y cubiertos de ampollas, y mis tobillos sangraban, llenos de arañazos.

—No está tan mal —dijo Angélica, examinando mis pies. Pasó sus dedos suavemente por las plantas y los dedos heridos—. Tienes buenos callos. ¿Por qué no vas descalza? Los zapatos mojados sólo te ablandarán más los pies.

Miré las plantas de mis pies: estaban cubiertas de una gruesa piel encallecida que había adquirido practicando karate durante varios años.

—¿Y si piso una serpiente? —pregunté—. ¿O una espina? Aunque no había visto un solo reptil, observé que Milagros y Angélica se detenían varias veces para arrancarse espinas de los pies.

—Hay que ser muy estúpido para pisar una serpiente

—dijo, retirando mis pies de su regazo—. En comparación con los mosquitos, las espinas no son tan malas. Tú tienes suerte de que esos diablillos no te piquen tanto como a los *racionales*. —Frotó mis brazos y mis manos, como si esperara encontrar en ellos la clave del fenómeno—. Quisiera saber por qué.

Angélica ya se había maravillado en la misión, al verme dormir como los indios, sin mosquitero.

—Tengo mala sangre —dije sonriendo.

Al ver su mirada de desconcierto, le expliqué que de niña había ido a menudo a la selva, con mi padre, a buscar orquídeas. A él le picaban invariablemente mosquitos, moscas y demás insectos agresivos que hubiera por allí. De algún modo, yo siempre escapé a sus picaduras. Una vez, incluso, mi padre fue mordido por una serpiente.

—¿Murió? —preguntó Angélica.

—No. Fue un incidente muy curioso. La misma serpiente me picó a mí también. Grité después que mi padre. El creyó que yo me estaba burlando, hasta que le enseñé las pequeñas marcas rojas que había en mi pie. Pero la mordedura no se hinchó ni se tomó morada como la suya. Unos amigos nos llevaron en coche hasta la ciudad más próxima, donde le dieron a mi padre un suero antiveneno. Estuvo enfermo durante varios días.

—¿Y tú?

—A mí no me pasó nada —dije, y le conté que aquellos amigos de mis padres eran los que habían dicho en broma que yo tenía mala sangre.

No creían, como pensaba el médico, que la serpiente hubiera agotado su reserva de veneno en la primera mordida, y que lo que le pudiera haber quedado resultó insuficiente para causarme efecto alguno. Le dije a Angélica que en una ocasión me habían picado siete avispas, de las llamadas *matacaballo*. El médico pensó que me iba a morir, pero sólo tuve fiebre, y unos días después estaba perfectamente.

Nunca había visto a Angélica tan atenta, escuchándome con la cabeza ligeramente inclinada, como si temiera perderse una sola palabra.

—A mí también me mordió una vez una serpiente. La gente creía que me iba a morir. —Se quedó en silencio un momento, concentrada en sus pensamientos; luego, una sonrisa tímida le arrugó el rostro—. ¿Tú crees que se había gastado el veneno en otra persona, antes de morderme a mí?

—Seguro que sí —le dije, tocando sus manos marchitas.

—Tal vez yo también tengo mala sangre —comentó sonriendo. Parecía muy frágil y vieja. Por un instante, tuve la sensación de que podría desaparecer entre las sombras—. Soy anciana —dijo mirándose como si hubiera expresado en voz alta mis pensamientos—. Debería haber muerto hace años. He hecho esperar a la muerte. —Se volvió a mirar cómo una fila de hormigas demolía un arbusto cortando trocitos de las hojas y llevándoselos en la boca—. Yo sabía que tú eras la que me iba a llevar con mi gente; lo supe en el momento que te vi. —Hubo una larga pausa. O bien no quería decir nada más, o estaba tratando de encontrar las palabras apropiadas. Me miraba, con una vaga sonrisa en los labios—.

Tú también lo sabías, o no estarías aquí —dijo finalmente, con absoluta convicción.

Me reí nerviosamente; siempre lograba inquietarme con el intenso brillo de sus ojos.

—No estoy segura de lo que estoy haciendo aquí —dije—. No sé por qué voy con usted.

—Tú sabías que estabas destinada a venir aquí —insistió Angélica.

Algo en la seguridad de Angélica despertaba en mí el espíritu polémico. Hubiera sido muy fácil coincidir con ella, especialmente porque yo misma no sabía qué estaba haciendo en la selva, camino de Dios sabe dónde.

—Para decirle la verdad, no tenía intención de ir a ninguna parte. Recuerde que ni siquiera acompañé a mis amigos río arriba a cazar caimanes, como había planeado.

—Pero eso es exactamente lo que estoy diciendo —me aseguró como si hablara con un niño estúpido—. Encontraste una excusa para cancelar tu viaje y poder venir conmigo. —Puso sus manos huesudas en mi cabeza—. Créeme, no tuve que pensarlo mucho. Tú tampoco. La decisión se tomó en el momento en que puse los ojos en ti.

Escondí mi cabeza en el regazo de la anciana para ocultar mi risa. No había manera de discutir con ella. Además, tal vez tenía razón, pensé. Yo no hallaba ninguna explicación propia.

—Esperé mucho tiempo —continuó Angélica—. Casi me había olvidado de que tú debías venir a mí. Pero cuando te vi supe que el hombre tuvo razón. Nunca dudé de él, pero hace tanto tiempo que me lo dijo, que yo creí haber perdido la oportunidad.

—¿Qué hombre? —pregunté, levantando la cabeza de su regazo—. ¿Quién le dijo que yo iba a venir?

—Te lo contaré otro día. —Angélica acercó la cesta y sacó un gran trozo de pan de mandioca—. Más vale que comamos —añadió, y abrió una lata de sardinas.

No tenía objeto insistir. Una vez que Angélica estaba decidida a no hablar, no había forma de hacerla cambiar de idea. Con la curiosidad insatisfecha, me contenté con examinar la limpia fila de gordas sardinas que descansaban en la espesa salsa de tomate. Había visto sardinas de ese tipo en un supermercado de Los Ángeles; una amiga mía las compraba para su gato. Tomé una con el dedo y la extendí sobre la hogaza de pan.

—¿Dónde estará Milagros? —pregunté, mordiendo el bocadillo de sardina, que era bastante bueno.

Angélica no contestó. Tampoco comió. De vez en cuando, tomaba agua del cuenco. Una ligera sonrisa permanecía aún en las comisuras de sus labios y me pregunté en qué estaría pensando la anciana, que daba tal expresión de añoranza a sus ojos. Repentinamente, me miró como si despertara de un sueño.

—Mira —me dijo, tirándome del brazo.

Ante nosotras había un hombre, desnudo excepto por las bandas de algodón rojo que adornaban la parte superior de sus brazos y un cordón en torno a la cintura que rodeaba su prepucio y sujetaba el pene contra el abdomen. Todo su cuerpo estaba cubierto de dibujos de un rojo amarronado. En una mano sostenía un arco

muy largo y varias flechas; en la otra, un machete.

—¿Milagros? —logré murmurar finalmente, recobrándome del choque inicial.

Sin embargo, apenas le reconocía. No era sólo que estuviera desnudo; parecía más alto, más musculoso. Las rojas líneas corrían en zigzag por su frente y descendían por sus mejillas, sobre su nariz y en torno a sus labios, agudizando los contornos de su rostro y borrando su vulnerabilidad. Había algo más, aparte del cambio físico, algo que yo no podía identificar. Era como si al despojarse de la ropa de un *racional*, se hubiera librado de un peso invisible.

Milagros empezó a reírse de un modo estentóreo y abierto. Una risa que surgía profundamente de él, sacudió todo su cuerpo. Repetida y ampliada por la selva, se mezcló con los gritos asustados de una parvada de pericos que se dieron al vuelo. Acuciado ante mí, se detuvo abruptamente y dijo:

—Casi no me reconoces. —Acercó tanto su rostro al mío que nuestras narices se tocaron. Luego preguntó—: ¿No quieres que te pinte la cara?

—Sí —le dije, tomando la cámara fotográfica de mi mochila—. Pero antes, ¿te puedo hacer una foto?

—Esa es mi cámara —dijo enfáticamente, alargando la mano—. Creí que la habías dejado en la misión para mí.

—Me gustaría usarla mientras estamos en el poblado indio —empecé a decir, explicándole cómo funcionaba la máquina y poniendo primero un rollo.

Prestó mucha atención a mis explicaciones, asintiendo con la cabeza cada vez que yo preguntaba si entendía. Esperaba confundirlo señalando todas las complicaciones del aparato.

—Ahora tomaremos una foto tuya, para que veas cómo hay que sujetar la máquina.

—No, no. —Me detuvo rápidamente, quitándome la cámara de las manos. Sin ninguna dificultad, abrió la cubierta trasera y sacó la película, exponiéndola a la luz—. Es mía, lo prometiste. Sólo yo puedo tomar fotos con ella.

Sin habla, le vi colgarse la máquina sobre el pecho. Parecía tan incongruente sobre su desnudez que no pude retener la risa. Con gestos exagerados empezó a enfocar, ajustar y apuntar la máquina en torno a sí, hablando con imaginarios sujetos, diciéndoles que sonrieran, que se pusieran más juntos o que se alejaran. Sentí un fuerte impulso de tirar del cordón de algodón que rodeaba su cuello y que sostenía su aljaba y su mechero colgando sobre la espalda.

—No harás ninguna foto sin película —dije, alargándole el tercer y último rollo.

—Nunca dije que quisiera hacer fotos. —Alegremente, expuso la película a la luz; luego, con deliberación, puso la máquina en su estuche de cuero—. A los indios no les gusta que los fotografíen —dijo con seriedad. Luego se volvió hacia la cesta de Angélica, que estaba en el suelo, y buscó en su interior hasta encontrar un pequeño cuenco sellado con un trozo de piel de animal—. Esto es onoto —dijo, mostrándome una pasta roja. Era muy grasa y tenía un leve aroma que no pude identificar—. Este es el color de la vida y la alegría.

—¿Dónde dejaste tu pipa? —le pregunté mientras cortaba con los dientes un trozo de liana, de la longitud de un

lápiz—. ¿Vives cerca de aquí?

Ocupado en masticar una punta de la liana hasta que obtuvo un improvisado pincel, Milagros no se molestó en contestarme. Escupió sobre el onoto, y luego revolvió la pasta roja con el pincel hasta que estuvo fluida. Con mano precisa y segura, dibujó líneas onduladas sobre mi frente, mejillas, mentón y cuello, y en torno a mis ojos, y decoró mis brazos con manchas redondas.

—¿Hay un poblado indio por aquí?

—No.

—¿Vives solo?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

La expresión de molestia, aumentada por las líneas agudas de su rostro pintado, coincidían con el tono irritado de su voz.

Abrí la boca, emití un sonido y dudé si decirle que era importante para mí saber algo de él y de Angélica, y que cuanto más supiera mejor me sentiría.

—Me enseñaron a ser curiosa —dije tras un momento, dándome cuenta de que él no comprendería la breve inquietud que yo trataba de aliviar haciendo preguntas.

Conocerlos, pensaba yo, me daría cierta sensación de control.

Sonriendo, sin hacer ningún caso de lo que yo había dicho, Milagros me miró fijamente, examinó mi cara pintada y estalló en grandes carcajadas. Era una risa alegre y contagiosa, como la de un niño.

—Una india rubia —dijo, secándose las lágrimas de los ojos.

Me reí con él, y mis momentáneos temores se desvanecieron. Deteniéndose abruptamente, Milagros se inclinó hacia mí y murmuró en mi oído una palabra incomprensible:

—Es tu nuevo nombre —aclaró con seriedad, poniendo su mano en mis labios para evitar que yo lo repitiera en voz alta.

Volviéndose hacia Angélica, murmuró el nombre en su oído.

En cuanto hubo comido, Milagros nos indicó que lo siguiéramos. Sin hacer caso de mis ampollas, me puse rápidamente los zapatos. No veía más que verde, mientras trepábamos por las colinas y descendíamos por las planicies: un interminable verdor de lianas, ramas, hojas, espinos, donde todas las horas eran crepusculares.

Ya no levantaba la cabeza para ver trocitos de cielo entre los grupos de hojas, sino que me contentaba con su reflejo en los charcos y arroyos. El señor Barth tenía razón al decirme que la selva era un mundo imposible de imaginar. No podía creer que estaba andando a través de aquel interminable verdor, hacia un destino desconocido. En mi cabeza surgían febrilmente las descripciones de los antropólogos sobre indios feroces y beligerantes, de las tribus no civilizadas.

Mis padres conocían a algunos exploradores y científicos alemanes que habían estado en la selva amazónica. De niña, sus relatos sobre los cazadores de cabezas y los caníbales me habían impresionado; todos ellos narraban incidentes en que habían escapado a una muerte segura salvando la vida de un indio enfermo, por regla general el jefe de una tribu o uno de sus parientes. Una pareja de alemanes con una niña, que habían regresado después de un viaje de dos años por la selva sudamericana, me causaron la impresión más profunda. Yo tenía siete años cuando vi los objetos propios de aquellas culturas y las fotos de tamaño natural que habían reunido durante su viaje.

Totalmente cautivada por la niña de ocho años, la seguí por la habitación decorada con palmas en el edificio de Sears, en Caracas. Apenas tuve oportunidad de ver el conjunto de arcos y flechas, cestas, aljabas, plumas y máscaras que colgaban de las paredes, mientras ella me conducía apresuradamente hasta una alcoba oscurecida. Agachada en el suelo, de debajo de un montón de hojas de palma sacó una caja de madera teñida de rojo y la abrió con una llave que colgaba de su cuello.

—Esto me lo dio uno de mis amigos indios —dijo, extrayendo una cabecita arrugada—. Es una *tsantsa*, la cabeza reducida de un enemigo —añadió, acariciando el largo cabello oscuro como si fuera una muñeca.

Me llenó de aterrada admiración explicándome que no tuvo miedo en la selva, y que la aventura no transcurrió como sus padres la contaban.

—Los indios no eran horrorosos ni feroces —dijo en tono muy sincero. Ni por un instante dudé de sus palabras, mientras me miraba con sus grandes ojos, llenos de seriedad—. Eran amables y se reían mucho; eran mis amigos.

No podía recordar el nombre de la niña, que había vivido los mismos acontecimientos que sus padres pero no los había percibido con idénticos prejuicios y miedos. Me reí sola, y casi me caí sobre una raíz retorcida y cubierta de musgo resbaloso.

—¿Estás hablando sola? —La voz de Angélica cortó mis ensoñaciones—. ¿O con los espíritus de la selva?

—¿Hay espíritus?

—Sí. Viven en medio de todo esto —dijo suavemente, señalando a su alrededor—. En lo espeso de las lianas trepadoras, junto con los monos, las semillas, las arañas y los jaguares.

—Esta noche no lloverá —afirmó Milagros, olfateando el aire, cuando nos detuvimos junto a unas piedras que bordeaban un arroyo poco profundo.

Sus aguas tranquilas y claras estaban cubiertas de flores rosadas, caídas de los árboles que, como centinelas, se levantaban en la orilla opuesta. Me quité los zapatos, dejé que mis pies doloridos flotaran en la consoladora frescura, y miré el cielo, de un escarlata dorado que se volvía gradualmente color naranja, bermellón y, finalmente, violeta profundo. La humedad del anochecer llenaba mi nariz con el olor de la selva, un olor a tierra, a vida, a corrupción.

Antes de que las sombras se cerraran completamente sobre nosotros, Milagros había fabricado dos hamacas con tiras de corteza, atadas a los dos lados de una cuerda hecha de lianas. No pude disimular mi contento cuando colgó mi hamaca de algodón entre las dos cunas de corteza, de aspecto tan poco confortable.

Llena de anticipado entusiasmo, seguí los movimientos de Milagros mientras se quitaba la aljaba y el mechero de la espalda. Mi decepción fue inmensa cuando, tras retirar el trozo de piel de mono que cubría la aljaba, sacó una caja de cerillas y encendió la leña que Angélica había acumulado.

—Comida para gatos —dije mezquinamente cuando Milagros me tendió una lata de sardinas abierta.

Me había imaginado mi primera cena en la selva, consistente en un tapir o un armadillo recién cazado y asado a la perfección sobre un fuego crujiente. Todo lo que lograron las ramitas húmedas fue producir una fina línea de humo en el aire, y sus llamas bajas apenas iluminaban nuestro entorno.

La escasa luz del fuego dramatizaba los rasgos de Angélica y Milagros, llenando de sombras los huecos, añadiendo brillo a sus sienes, sobre sus cejas salientes, a lo largo de su corta nariz y de los altos pómulos. Me pregunté por qué el fuego los hacía tan parecidos.

—¿Son ustedes parientes? —pregunté al cabo.

—Sí —dijo Milagros—. Yo soy su hijo.

—¡Su hijo! —repetí incrédula. Yo esperaba que fuera un hermano menor o un primo, pues parecía tener unos cincuenta años—. Entonces, ¿tú sólo eres medio maquiritare?

Los dos empezaron a reír, como si disfrutaran de un chiste secreto. —No, no es medio maquiritare —explicó Angélica, entre golpes de risa—. Nació cuando yo todavía vivía con mi gente.

No dijo una palabra más, pero acercó su rostro al mío con una expresión a la vez retadora y divertida.

Me moví nerviosamente bajo su penetrante mirada, pensando que tal vez mi pregunta la había ofendido. La curiosidad debe de ser un rasgo adquirido, decidí. Estaba ansiosa por saber todo acerca de ellos; sin embargo, ellos nunca me preguntaban nada sobre mí. Lo único que parecía importarles era que estábamos juntos en la selva. En la misión, Angélica no había mostrado interés alguno por mi procedencia. Tampoco estaba deseosa de informarme sobre la suya, excepto por las pocas historias relativas a su vida en la misión.

Una vez satisfecha el hambre, nos tendimos en nuestras hamacas; la de Angélica y la mía colgaban cerca del fuego. Pronto se quedó dormida, con las piernas recogidas bajo el vestido. El aire se enfriaba y le ofrecí a Milagros la manta ligera que había traído conmigo, que aceptó gustosamente.

Las luciérnagas se encendían, como puntos de fuego, en la densa oscuridad. La noche latía con los gritos de los grillos y el croar de las ranas. No podía dormir; el agotamiento y el nerviosismo me impedían relajarme. Vi pasar las horas en mi reloj fosforescente y escuché los sonidos de la selva que ya no podía identificar. Había criaturas que gruñían, silbaban, crujían y aullaban. Unas sombras se deslizaban por debajo de mi hamaca, moviéndose sigilosamente, como el tiempo mismo.

Con un esfuerzo por ver en la oscuridad, me senté, parpadeando, sin saber si estaba dormida o despierta. Monos con ojos fosforescentes saltaban desde detrás de los helechos. Bestias de hocicos abiertos se estiraban hacia mi desde las ramas que cubrían la hamaca, y arañas gigantes, de largas patas finas como cabellos, tejían telas plateadas sobre mis ojos.

Cuanto más observaba, más miedo tenía. Un sudor frío empezó a rodar desde mi cuello hasta la base de la espina dorsal cuando descubrí la figura de un hombre desnudo que, con el arco tendido, apuntaba al negro cielo. Al escuchar claramente el silbido de la flecha, me tapé la boca con la mano para ahogar un grito.

—No tengas miedo de la noche —dijo Milagros, poniendo su mano sobre mi cara.

Era una mano carnosa y encallecida, que olía a tierra y raíces. Ató su hamaca sobre la mía, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a través de las tiras de corteza. Suavemente, empezó a hablar en su lengua; una procesión de palabras rítmicas y monótonas, que apagaban los demás sonidos de la selva. Un sentimiento de paz fue invadiéndome y los ojos acabaron cerrándoseme.

La hamaca de Milagros ya no colgaba sobre la mía cuando desperté. Los sonidos de la noche, ahora muy leves, todavía permanecían entre las palmeras neblinosas, los bambúes, las lianas sin nombre y las plantas parásitas. Aún no había color en el cielo; sólo una vaga claridad que anunciaba un día despejado.

Agachada sobre el fuego, Angélica removía y soplabla las brasas, devolviéndoles la vida. Sonriendo, me indicó que me acercara.

—Te escuché mientras dormía. ¿Tenias miedo?

—La selva es tan distinta de noche... —dije, un poco avergonzada—. Debía estar demasiado cansada.

Asintió con la cabeza.

—Mira la luz, mira cómo se refleja de hoja en hoja hasta que desciende al suelo, a las sombras dormidas. Así es como el amanecer hace dormir a los espíritus de la noche. —Angélica empezó a acariciar las hojas que había en el suelo—. Durante el día, las sombras duermen. De noche, bailan en la oscuridad.

Sonreí dócilmente, sin saber muy bien qué decir.

—¿Adónde fue Milagros? —pregunté, pasado un instante.

Angélica no me contestó; se incorporó, mirando a su alrededor.

—No tengas miedo de la selva. —Levantando los brazos por sobre su cabeza, empezó a bailar con pasitos saltarines, y a cantar en un tono bajo y monótono que cambió abruptamente a otro muy alto—. Baila con las sombras de la noche y duerme con el corazón ligero. Si dejas que las sombras te asusten, te destruirán.

Su voz descendió a un murmullo. Me volvió la espalda y caminó lentamente hacia el río.

El agua estaba fría cuando me senté desnuda en medio del arroyo, cuyos plácidos estanques sostenían la primera luz de la mañana. Vi cómo Angélica recogía leña, colocando cada rama en su brazo doblado como si sujetara a un niño. “Debe de ser más fuerte de lo que parece”, pensé, aclarando el champú de mis cabellos. Pero también podía no ser tan vieja como parecía. El padre Coriolano me dijo que cuando una india llega a los treinta años a menudo es abuela. Si llega a los cuarenta, habrá alcanzado una edad avanzada.

Lavé la ropa que llevaba el día anterior, la tendí sobre un palo cerca del fuego, y me puse una larga camiseta que me llegaba casi a las rodillas. Era mucho más cómoda que mis tejanos ceñidos.

—Hueles bien —dijo Angélica, pasando sus dedos por mis cabellos mojados—. ¿Viene de la botella?

Asentí.

—¿Quiere que le lave el cabello?

Vacilé un momento. Luego, rápidamente, se quitó el vestido. Estaba tan arrugada que no tenía una pulgada de piel lisa. Me recordó uno de los frágiles árboles que bordeaban el sendero, con sus troncos grises y delgados, casi marchitos, y que sin embargo sostenían ramas con hojas verdes.

Hasta entonces no había visto a Angélica desnuda, porque llevaba su vestido de algodón día y noche. Estaba segura de que tenía más de cuarenta años: era una anciana, en efecto, como ella había dicho.

Sentada en el agua, Angélica gritaba y reía feliz chapoteando a su alrededor, esparciendo la espuma de su cabeza por todo su cuerpo. Con una calabaza rota, aclaré el jabón y, después de secarla con la manta, peiné sus cabellos, cortos y oscuros, y le di forma al flequillo.

—Lastima que no tengamos un espejo. ¿Aún tengo la pintura roja?

—Sólo un poquito —dijo Angélica, acercándose al fuego—. Milagros tendrá que volver a pintarte la cara.

—Dentro de un rato oleremos a humo—observé, dirigiéndome a la hamaca de Angélica.

Me acomodé en su interior y me pregunté cómo había podido dormir allí sin caerse. Apenas era suficientemente larga para mí, y tan estrecha que no podía darme vuelta: Sin embargo, a pesar de la molesta corteza que me pinchaba la espalda y la cabeza, me encontré medio dormida mientras contemplaba cómo la anciana iba quebrando la leña que había recogido, en ramitas del mismo tamaño.

Una extraña pesadez me mantenía en esa grieta de la conciencia que no es ni vigilia ni sueño. Podía sentir el rojo del sol a través de mis párpados cerrados. Tenía conciencia de que Angélica estaba a mi izquierda, murmurando para sí misma mientras alimentaba el fuego, y de la selva que me rodeaba y me arrastraba más y más hondo, hacia sus verdes cavernas. Llamé a la anciana por su nombre, pero ningún sonido salió de mis labios. Llamé una y otra vez, pero sólo salían de mi formas silenciosas y deslizantes, que se elevaban y caían con la brisa como mariposas muertas. Las palabras empezaron a hablar sin labios, burlándose de mi deseo de saber, haciendo mil preguntas. Explotaban en mis oídos y sus ecos reverberaban a mi alrededor como una parvada de pericos que cruza el cielo.

Abrí los ojos al percibir el olor del pelo quemado. En una parrilla toscamente construida, casi medio metro sobre el fuego, había un mono entero, con su cola, sus manos y sus pies. Miré con nostalgia la cesta de Angélica, aún repleta de latas de sardinas y pan de mandioca.

Milagros dormía en mi hamaca. Su arco descansaba contra un tronco, y su aljaba y su machete estaban en el suelo, a su alcance.

—¿Sólo cazó esto? —le pregunté a Angélica, saliendo de la hamaca. Con la esperanza de que nunca estuviera listo

añadí—: ¿Cuánto tiempo tardará en estar a punto?

Angélica me miró con una gran sonrisa de inconfundible alegría.

—Un poco más. Te gustará más que las sardinas.

Milagros desmembró con las manos el monito y me sirvió la mejor parte, la cabeza, que se consideraba exquisita. Incapaz de forzarme a chupar los sesos del cráneo partido, opté por un trozo de muslo bien asado. Era correoso y duro y sabía como un ave vieja, un poco amarga. Tras dar cuenta de los sesos del mono con fruición un tanto exagerada, Milagros y Angélica empezaron a devorar las entrañas, que se habían cocinado sobre las brasas, cada una envuelta por separado en hojas grandes y fuertes en forma de abanico. Pasaban cada bocado por las cenizas antes de llevárselo a la boca. Hice lo mismo con los trozos de muslo y me sorprendí al descubrir que la carne resultaba más salada. Lo que quedó fue envuelto en hojas, atado fuertemente con lianas y colocado en la cesta de Angélica, para nuestra próxima comida.

IV

Los siguientes cuatro días con sus noches parecían fundirse unos en otros mientras caminábamos, nos bañábamos y dormíamos. Tuvieron la calidad de un sueño en el que árboles y lianas de extrañas formas se repetían como imágenes infinitamente reflejadas en espejos invisibles, imágenes que se desvanecían al penetrar en un claro o junto al borde de un río, donde el sol brillaba plenamente sobre nosotros.

Para el quinto día, mis pies ya no estaban ampollados. Milagros había cortado mis zapatillas y atado a las suelas blandas trozos de fibra vegetal. Cada mañana ataba de nuevo las improvisadas sandalias, y mis pies, como si obedecieran un impulso propio, seguían a Milagros y a la anciana.

Caminamos siempre en silencio, siguiendo senderos bordeados de hojas y helechos de la altura de un hombre. Nos arrastramos por debajo de los arbustos o nos abrimos camino a través de muros de trepadoras y ramas que dejaban nuestras caras sucias y llenas de arañazos. A veces perdía de vista a mis acompañantes, pero seguía fácilmente las ramitas que Milagros tenía la costumbre de romper al caminar. Atravesamos ríos y arroyos sobre puentes colgantes hechos de lianas atadas a los árboles de ambas orillas. Parecían tan frágiles, que cada vez que cruzábamos uno de ellos temía que no soportaran nuestro peso. Milagros se reía, asegurándose que los suyos, aunque eran malos navegantes, conocían el arte de construir puentes.

En algunos senderos vimos huellas en el fango, lo cual indicaba, según Milagros, que estábamos en la vecindad de un poblado indio. Nunca nos acercamos a uno de ellos porque él quería que llegáramos sin dilación a nuestro destino.

—Si estuviera solo, hace tiempo que habría llegado —decía Milagros cada vez que le preguntaba cuándo llegaríamos al pueblo de Angélica. Luego, mirándonos, sacudía la cabeza y añadía en tono resignado—: Las mujeres retrasan.

Pero Milagros no estaba molesto por la lentitud de nuestro avance. Generalmente acampaba, al empezar la tarde, sobre la playa de algún gran río donde nos bañábamos en los estanques que el sol había entibiado, y nos secábamos sobre las enormes rocas lisas que surgían del agua. Perezosamente, contemplábamos las nubes inmóviles que cambiaban de forma tan lentamente que el crepúsculo llegaba antes de que se disolvieran en nuevas configuraciones.

Durante aquellas tardes perezosas, me preguntaba por mis motivos para emprender esta inquietante aventura. ¿Era para cumplir una fantasía propia? ¿Estaba huyendo de alguna responsabilidad que ya no podía enfrentar? Incluso consideré la posibilidad de que Angélica me hubiera hechizado.

Con el paso de los días, mis ojos se acostumbraron al verdor omnipresente. Pronto empecé a distinguir loros rojos y azules, extraños tucanes con picos negros y amarillos. Una vez vi incluso a un tapir que atravesaba los arbustos como un torbellino en busca de agua. Acabó como plato principal en nuestro siguiente banquete.

Monos de piel rojiza nos seguían desde lo alto, sólo para desaparecer cuando continuábamos a través de un río, entre cascadas y por canales tranquilos que reflejaban el cielo. Profundamente ocultos entre los arbustos, sobre troncos cubiertos de musgo, crecían hongos rojos y amarillos, tan delicados que al más leve contacto se desintegraban como si estuvieran hechos de polvo coloreado.

Traté de orientarme por los grandes ríos que encontrábamos, pensando que corresponderían a los que recordaba de los libros de geografía. Pero cuando preguntaba sus nombres, éstos nunca coincidían con los míos, porque Milagros sólo se refería a ellos por su designación indígena.

De noche, a la luz del débil fuego, cuando una niebla blanca parecía emanar del suelo y sentía la humedad del rocío nocturno sobre mi cara, Milagros empezaba a hablar, en su baja voz nasal, sobre los mitos de su gente.

Angélica, con los ojos muy abiertos como si tratara de mantenerse despierta más que de prestar atención, se sentaba muy derecha durante unos diez minutos, antes de quedarse dormida. Milagros hablaba hasta muy tarde, dando vida al tiempo en que habitaban la selva seres que eran en parte espíritus, en parte animales y en parte humanos: criaturas que causaban inundaciones y enfermedades, volvían a colmar la selva de caza y frutos y enseñaban a la humanidad a cazar y plantar.

El mito favorito de Milagros se refería a Iwrame, un caimán que, antes de convertirse en animal de río, caminaba y hablaba como un hombre. Iwrame era el guardián del fuego, el cual ocultaba en su boca y se negaba a compartir con los demás. Las criaturas de la selva decidieron dedicarle al cocodrilo un suntuoso festín, porque sabían que sólo haciéndolo reír podrían robarle el fuego. Contaron chiste tras chiste hasta que, finalmente, incapaz de contenerse por más tiempo, Iwrame rompió a reír. Un pajarito voló hasta su hocico abierto, arrebató el fuego y subió a lo alto de un árbol sagrado.

Sin cambiar la estructura básica de los diversos mitos que quiso relatar, Milagros los modificaba y embellecía según su humor. Añadía detalles que no había recordado antes, intercalando opiniones personales que parecían surgir de la inspiración del momento.

—Sueña, sueña —decía Milagros cada noche al acabar sus relatos—. Una persona que sueña vive muchos años.

¿Era real, era un sueño? ¿Estaba dormida o despierta cuando escuché moverse a Angélica? Murmuró algo ininteligible y se sentó. Todavía adormilada, se apartó el cabello de la cara, miró a su alrededor y luego se acercó a mi hamaca. Me miró con una extraña intensidad; sus ojos parecían enormes en el rostro flaco y arrugado.

Abrió la boca; de su garganta salieron extraños sonidos y todo su cuerpo empezó a temblar. Alargué la mano, pero no había nada; sólo una vaga sombra que retrocedía hacia los arbustos.

—Anciana, ¿adónde te has ido? —me oi preguntar.

No hubo respuesta; sólo el sonido del rocío que goteaba de las hojas. Por un instante, la vi de nuevo como la había visto esa misma tarde bañándose en el río; luego desapareció entre la espesa niebla nocturna.

Sin poder detenerla, vi cómo desaparecía en una grieta invisible de la tierra. Por mucho que busqué, no pude encontrar ni su vestido. “Es sólo un sueño”, me repetía, pero continuaba buscándola entre las sombras, entre las hojas envueltas en vapor. Pero no había vestigio de ella.

Me desperté con una profunda ansiedad, notando los pesados latidos de mi corazón. El sol ya estaba alto sobre las copas de los árboles. Nunca había dormido hasta tan tarde desde el principio de nuestro viaje, no porque no hubiera querido, sino porque Milagros insistía en que nos despertáramos al alba. Angélica no estaba, y tampoco su hamaca ni su cesta. Apoyados en un tronco, vi el arco y las flechas de Milagros. “Es extraño —pensé, pues nunca se había ido sin ellos—. Debe de haber ido con la anciana a recoger los frutos y nueces que descubrió ayer por la tarde”, me repetía una y otra vez, tratando de apaciguar mi creciente inquietud.

Caminé hasta el borde del agua, sin saber qué hacer, pues hasta entonces nunca se habían marchado juntos, dejándome sola. Un árbol, infinitamente solitario, se alzaba en la otra orilla del río, y sus ramas arqueadas sobre el agua sostenían una red de trepadoras cubiertas de delicadas flores rojas. Colgaban como mariposas atrapadas en una gigantesca tela de araña.

Una parvada de pericos se posó ruidosamente en unas lianas que parecían crecer del agua sin apoyo visible, sin que se pudiera distinguir a qué árboles pertenecían. Empecé a imitar los gritos de los pericos, pero ignoraron totalmente mi existencia. Sólo cuando entré en el agua alzaron el vuelo, desplegando un arco verde en el cielo.

Esperé hasta que el sol desapareció más allá de los árboles, y el cielo teñido de roja sangre inundó el río con su fuego. Por inercia volví a mi hamaca, aticé la hoguera y traté de reavivar el rescoldo. Me quedé helada de terror cuando una serpiente verde con ojos de color ámbar me miró fijamente a la cara. Con la cabeza levantada en el aire, parecía tan sorprendida como yo. Temerosa de respirar, escuché el crujido de las hojas mientras el animal desaparecía lentamente entre las raíces retorcidas.

Con absoluta certidumbre, supe que nunca más volvería a ver a Angélica. No quería llorar, pero no podía retener las lágrimas y hundí la cara en las hojas muertas del suelo. “Anciana, ¿adónde te has ido?”, susurré, como había dicho en mi sueño. Grité su nombre por el inmenso mar verde de las plantas. Los viejos árboles no me respondieron. En silencio, presenciaban mi dolor.

Apenas distinguí la figura de Milagros en las sombras que se espesaban. Rígido, estaba ante mí, con la cara y el cuerpo ennegrecidos de cenizas. Por un instante sostuvo mi mirada; luego, sus ojos se cerraron, sus piernas

se doblaron bajo su peso y se desplomó a tierra exhausto.

—¿La enterraste? —pregunté, poniendo su brazo sobre mis hombros para arrastrarlo hasta mi hamaca.

Con gran dificultad, lo levanté y lo metí dentro: primero el torso, luego las piernas.

Abrió los ojos, alargando la mano hacia el cielo como si pudiera alcanzar las nubes lejanas.

—Su alma ascendió al cielo, a la casa del trueno —dijo con gran esfuerzo—. El fuego liberó su alma de sus huesos —añadió, y luego cayó en un profundo sueño.

Mientras vigilaba su inquieto sueño, vi la forma sombreada de unos árboles fantasmales crecer ante mis ojos fatigados. En la oscuridad de la noche, esos árboles quiméricos parecían más reales y más altos que las palmeras. Ya no estaba triste. Angélica había desaparecido de mi sueño; era parte de los árboles ficticios y reales. Vagaría para siempre entre los espíritus de los animales y los seres míticos desaparecidos.

Era casi de día cuando Milagros tomó su machete, su arco y sus flechas, que yacían en el suelo. Con expresión ausente, se colgó la aljaba a la espalda y, sin decir una palabra, entró en la espesura. Le seguí, temerosa de perderlo entre las sombras.

Caminamos alrededor de dos horas, en silencio, hasta que Milagros se detuvo bruscamente a la entrada de un claro en la selva.

—El humo de los muertos es dañino para las mujeres y los niños —dijo señalando una pira de troncos.

Estaba medio derrumbada y, entre las cenizas, pude ver los huesos ennegrecidos.

Me senté en el suelo y observé cómo Milagros secaba en un pequeño fuego un mortero de madera que había hecho con un tronco. Algo entre el horror y la fascinación mantenía mis ojos fijos en Milagros mientras empezó a remover las cenizas buscando los huesos de Angélica. Los golpeó con un palo delgado hasta que quedaron reducidos a un polvo gris negruzco.

—Con el humo del fuego, su alma llegó a la casa del trueno —dijo Milagros.

Ya era de noche cuando llenó nuestras calabazas con los huesos pulverizados. Las selló con una resma pegajosa.

—Si sólo hubiera podido hacer esperar a la muerte un poquito más... —dije melancólicamente.

—Da lo mismo —comentó Milagros, levantando la cara del mortero. Su rostro no tenía expresión pero sus ojos negros estaban llenos de lágrimas que no corrían. Su labio inferior tembló, y luego se inmobilizó en una media sonrisa—. Lo único que quería era que la esencia de su vida formara parte de nuevo de su gente.

—No es lo mismo —objeté, sin comprender realmente lo que Milagros decía.

—La esencia de su vida está en sus huesos —explicó, en un tono como excusando mi ignorancia—. Sus cenizas se quedarán con su gente, en la selva.

—No está viva —insistí—. ¿De qué sirven sus cenizas, si ella quería ver a su gente? —Una tristeza incontrolable me invadió al pensar que ya nunca más vería la sonrisa de la anciana ni oiría su voz y su risa—. Nunca llegó a decirme por qué estaba tan segura de que yo la acompañaría.

Milagros empezó a llorar, y recogiendo trozos de carbón de la pira, los frotó contra su rostro manchado de lágrimas.

—Uno de nuestros chamanes le dijo a Angélica que, aunque se iría del poblado, moriría entre sus gentes y su alma seguiría formando parte de su tribu. —Milagros me miró fijamente cuando estaba a punto de interrumpirle—. El chamán le aseguró que una niña con los cabellos y los ojos del color de los tuyos haría que ella volviera.

—Pero yo creí que su gente no tenía contacto con los blancos... Las lágrimas seguían brotando de los ojos de Milagros mientras me explicaba que hubo un tiempo en que su gente vivía más cerca del gran río.

—Ahora sólo unos pocos viejos se acuerdan de aquellos tiempos —dijo suavemente—. Desde hace mucho, nos hemos ido adentrando más y más en la selva.

“No veo razón para continuar el viaje”, pensé descorazonada. ¿Qué haría sin la anciana, entre su gente? Ella era la razón de que yo estuviera allí.

—¿Qué haré ahora? ¿Me llevarás de vuelta a la misión? —pregunté, y luego, viendo la expresión desconcertada de Milagros, añadí—: No es lo mismo llevar sus cenizas.

—Es lo mismo —murmuró—. Para ella era la parte más importante —concluyó, atando en torno a mi cintura las calabazas llenas de cenizas.

Mi cuerpo se puso rígido por un instante, pero se distendió cuando vi los ojos de Milagros. Su rostro ennegrecido era imponente y triste al mismo tiempo. Apretó sus mejillas manchadas de lágrimas contra las mías, y luego las ennegreció con carbón. Tímidamente, toqué los cuencos que rodeaban mi cintura: eran ligeros, como la risa de la anciana.

V

Durante dos días, a un ritmo cada vez más rápido, caminamos arriba y abajo por las colinas, sin descansar. Con aprensión, miraba la figura silenciosa de Milagros deslizarse, entrando y saliendo de las sombras. La urgencia de sus movimientos sólo intensificaba mi sensación de incertidumbre; había momentos en que tenía

deseos de gritarle que me llevara de vuelta a la misión.

La tarde se cerraba sobre la selva mientras las nubes pasaban del blanco al gris y al negro. Pesadas y opresivas, se cernían sobre las copas de los árboles. Un ensordecedor rugir de truenos rompió la quietud. El agua caía en lienzos, quebrando ramas y hojas con despiadada furia.

Milagros me indicó que me refugiara bajo las hojas gigantes que había cortado, y se acuclilló en el suelo. En vez de instalarme junto a él, me quité la mochila, desaté de mi cintura las calabazas que contenían los huesos pulverizados de Angélica, y me despojé de la camiseta. Tibia y consoladora, el agua golpeó mi cuerpo dolorido. Me enjaboné primero la cabeza y luego el cuerpo con champú, y lavé las cenizas, el olor a muerte que tenía mi piel. Me volví para mirar a Milagros; su rostro ennegrecido estaba consumido de fatiga, y sus ojos tenían tal tristeza que lamenté haberme limpiado con tanta prisa. Presa de nerviosismo, empecé a lavar mi camiseta y, sin mirarle, pregunté:

—¿Estamos llegando al poblado?

Estaba segura de que habíamos recorrido más de cien millas desde que dejamos la misión.

—Llegaremos mañana —dijo Milagros, desatando un pequeño paquete de carne asada, envuelta en hojas y lianas.

Una sonrisa peculiar elevó las comisuras de sus labios y ahondó las arrugas que rodeaban sus ojos rasgados—. Es decir, si caminamos a mi paso.

La lluvia se adelgazó y las nubes se dispersaron. Respiré profundamente, llenando mis pulmones con el aire fresco y claro. Las gotas seguían cayendo de las hojas mucho tiempo después de que la lluvia se hubo calmado. Al capturar el reflejo del sol, brillaban con deslumbrante intensidad, como trozos de vidrio roto.

—Oigo que alguien se acerca —susurró Milagros—. Quédate quieta.

Yo no oía nada, ni el canto de un pájaro o el rozar de las hojas. Iba a decirlo así cuando una rama crujió y un hombre desnudo apareció en el sendero, frente a nosotros. No era mucho más alto que yo. Llevaba un arco grande y varias flechas. Su rostro y su cuerpo estaban cubiertos de rojas líneas serpentina que llegaban hasta los lados de sus piernas y terminaban en puntos en torno a sus tobillos.

A corta distancia detrás de él, dos jóvenes desnudas me miraban. En sus grandes ojos oscuros había una expresión de sorpresa congelada. De sus orejas parecían brotar manojos de fibras. De las comisuras de la boca y del labio inferior asomaban palitos semejantes a cerillas. En torno a la cintura, la parte superior de los hombros, las muñecas y debajo de las rodillas, llevaban fajas de algodón rojo. Sus cabellos oscuros eran cortos como los de un hombre y tenían una tonsura limpia y amplia en la coronilla.

Nadie dijo una palabra y, por puro nerviosismo grité:

—*Shroi noje, shori flojel*

Angélica me había aconsejado que si alguna vez encontraba indios en la selva, debía saludarlos gritando: "¡Buen amigo, buen amigo!"

—*Aja, aja, shori* —contestó el hombre, acercándose.

Unas plumas rojas adornaban sus orejas: salían de dos piezas de caña cortas, del tamaño de mi dedo meñique, insertadas a través de los lóbulos. Empezó a hablar con Milagros, gesticulando mucho, indicando con su mano o con un movimiento de cabeza el sendero que llevaba a la espesura. En repetidas ocasiones levantó uno de sus brazos, directamente sobre su cabeza, con los dedos extendidos como si quisiera coger un rayo de sol.

Indiqué a las mujeres que se acercaran. Riendo, se escondieron detrás de los arbustos. Cuando vi los plátanos que llevaban en cestas atadas a la espalda, abrí mucho la boca y con las manos di a entender que quería comer uno de ellos. Cautelosamente, la mayor de las dos mujeres se aproximó y, sin mirarme, desató su cesta y cortó del racimo el plátano más suave y amarillo. Con un movimiento rápido retiró los palitos que rodeaban su boca, hundió los dientes en la cáscara, mordió en torno a ella, la abrió y luego sostuvo el fruto pelado ante mi rostro. Tenía una curiosa forma triangular y era ciertamente el plátano más grueso que yo hubiera visto nunca.

—Delicioso —dije en español, frotándome el vientre.

El plátano tenía un sabor muy semejante al de uno ordinario, pero dejó una espesa película en mi boca.

Me dio dos más. Cuando estaba pelando el cuarto, traté de hacerle entender que no podía comer más. Sonriendo, dejó caer los frutos restantes en el suelo y puso las manos en mi estómago. Eran manos encallecidas pero delicadas, y sus dedos esbeltos tocaban con suavidad vacilante mis pechos, hombros y cara, como si quisiera verificar que yo era real. Empezó a hablar en un tono nasal y muy agudo, que me recordó la voz de Angélica. Tiró del elástico de mis bragas y llamó a su compañera para que viera. Sólo entonces empecé a sentirme avergonzada.

Traté de apartarme. Con risas y grititos de gusto, me abrazaron, acariciando la espalda y el frente de mi cuerpo. Luego tomaron mi mano y la guiaron sobre sus propias caras y cuerpos. Eran un poco más bajas que yo, pero muy robustas. Con sus pechos plenos, sus vientres salientes y sus anchas caderas, me hacían parecer más pequeña.

—Son del poblado iticoteri —dijo Milagros en español, volviéndose hacia mí—. Etewa y sus dos mujeres, Ritimi y Tutemi, así como otras gentes del poblado han acampado por unos días en un plantío abandonado, aquí cerca. —Tomó su arco y sus flechas, que estaban apoyados contra un árbol y añadió—: Viajaremos con ellos.

Entretanto, las mujeres habían descubierto mi camiseta empapada. Maravilladas, la frotaron contra sus rostros y cuerpos pintados antes de que tuviera tiempo de ponérmela. Estirada y manchada de pintura roja de onoto, colgaba ahora sobre mi como un saco de patatas sucio y demasiado grande.

Puse las calabazas de cenizas en mi mochila y, cuando la levanté para ponérmela en la espalda, las mujeres empezaron a reír incontrolablemente. Etewa se situó a mi lado; me miró con sus ojos castaños, y una amplia sonrisa iluminó su rostro mientras pasaba sus dedos por mi cabello. Su nariz finamente cincelada y la suave curva de sus labios daban a su cara redonda un aire casi de muchacha.

—Iré con Etewa para seguir a un tapir que ha visto hace un rato —dijo Milagros—. Tú sigue con las mujeres. Por un instante sólo pude mirarle, sin creer lo que oía.

—Pero... —logré articular finalmente, sin saber qué decir.

Mi gesto debió de haber sido cómico, porque Milagros empezó a reírse; sus ojos rasgados casi desaparecieron entre su frente y sus altos pómulos. Puso una mano en mi hombro. Trató de parecer serio, pero en sus labios aún había una sonrisa aleteante.

—Estas son mis gentes y las de Angélica —explicó, volviéndose hacia Etewa y sus dos mujeres—. Ritimi es su nieta, pero Angélica no llegó a conocerla.

Sonreí a las dos mujeres, que asintieron como si hubieran entendido las palabras de Milagros.

La risa de Milagros y de Etewa resonó entre las lianas, y se fue apagando cuando llegaron al macizo de bambúes que bordeaba el sendero a lo largo del río. Ritimi me tomó de la mano y me guió por la maleza.

Yo caminaba entre Ritimi y Tutemi. Nos movíamos silenciosamente, en fila, hacia los plantíos abandonados de los iticoteris. Me pregunté si sería por la pesada carga que llevaban en la espalda o porque ello daba mejor apoyo a sus pies en el suelo, que caminaban con las rodillas y los pies hacia dentro. Nuestras sombras crecían y disminuían con los débiles rayos del sol que se filtraban por entre los árboles. Mis tobillos estaban debilitados a causa del cansancio.

Me movía torpemente, tropezando sobre ramas y raíces. Ritimi puso su brazo en torno a mi cintura, pero esto hacía aún más difícil caminar por el estrecho sendero. Quitó la mochila de mi espalda y la acomodó en la cesta de Tutemi.

Me dominó una extraña aprensión. Quería recuperar mi mochila, sacar las calabazas de cenizas y atarlas en torno a mi cintura. Tenía la vaga sensación de que había roto alguna clase de vínculo. Si me hubieran pedido que expresara en palabras mis sentimientos, no habría sido capaz de hacerlo. Sin embargo, sentía que a partir de ese momento algo de la magia y el encantamiento que Angélica me había infundido se desvanecían.

El sol estaba ya debajo del horizonte de los árboles cuando llegamos a un claro en la selva. En medio de todos los demás tonos de verde, distinguí claramente el más pálido, casi traslúcido, de las frondas de los plátanos. Situadas a lo largo de la orilla de lo que alguna vez fuera una gran huerta, había unas cabañas bajas de forma triangular, colocadas en semicírculo con la espalda hacia la selva. Las viviendas estaban cubiertas por todos lados excepto por el teého, cubierto de varias capas de anchas hojas de plátano.

Como si alguien hubiera dado la señal, nos vimos instantáneamente rodeadas de hombres y mujeres con las bocas y los ojos muy abiertos. Me apoyé en el brazo de Ritimi; como había caminado con ella por la selva, me parecía diferente de aquellas figuras boquiabiertas. Rodeándome por la cintura, me atrajo hacia sí. El tono rápido y excitado de su voz mantuvo a la multitud a raya por unos momentos. Súbitamente, sus caras se acercaron a sólo unas pulgadas de la mía. La saliva goteaba por sus barbillas y sus rasgos estaban desfigurados por las bolas de tabaco que llevaban entre las encías y el labio inferior. Olvidé todo cuanto se relaciona con la objetividad con que un antropólogo ha de considerar una cultura distinta de la suya. En aquel momento, aquellos indios no eran sino un grupo de personas feas y sucias. Cerré los ojos, sólo para abrirlos un instante después, cuando una mano nerviosa y huesuda me tocó las mejillas. Era un anciano. Sonriendo, empezó a gritar.

—*Aia, aja, ajija shori!*

Haciendo eco a sus gritos, todos intentaron abrazarme a la vez, y casi me aplastaron con su alegría. Lograron sacarme la camiseta por sobre la cabeza. Sentí sus manos, labios y lenguas sobre mi rostro y mi cuerpo. Tenían un olor de humo y de tierra; su saliva, que se pegaba a mi piel, olía a hojas de tabaco podridas. Asustada, rompí a llorar.

Con expresiones temerosas, se apartaron. Aunque no podía entender sus palabras, su tono revelaba claramente su perplejidad.

Más tarde, aquella misma noche, Milagros me dijo que Ritimi les había explicado que me encontró en la selva. Al principio creyó que yo era un espíritu, y tuvo miedo de acercárame. Sólo cuando me vio devorar los plátanos se convenció de que yo era humana, porque sólo los humanos comen con tanta ansiedad.

Entre mi hamaca y la de Milagros ardía un fuego que humeaba y chispeaba, lanzando una pálida luz sobre la cabaña abierta y dejando los árboles de afuera en una sólida masa de oscuridad. Era una luz rojiza que, combinada con el humo, me hacía lagrimear. Las gentes estaban sentadas en torno al fuego, tan cerca unas personas de otras que sus hombros se tocaban. Sus rostros en sombras se me antojaban todos iguales. Los dibujos rojos y negros de sus cuerpos parecían dotados de vida propia al moverse y retorcerse con cada gesto.

Ritimi estaba sentada en el suelo, con las piernas totalmente extendidas y el brazo izquierdo apoyado en mi hamaca. Su piel tenía un tono suave, amarillo oscuro, a la luz indecisa. Las líneas pintadas de su cara corrían hacia sus sienes, acentuando sus rasgos asiáticos. En las comisuras de su boca, el labio inferior y los lados de su amplia nariz, donde antes llevaba los palitos, yo podía ver claramente los orificios. Al darse cuenta de que la miraba, me miró a su vez a los ojos, la redonda cara contraída en una sonrisa. Tenía dientes cuadrados y

cortos; eran fuertes y muy blancos.

Empecé a dormir entre el dulce murmullo de las voces, y luego me quedé completamente dormida, preguntándome, cada vez que sus risas me despertaban, qué les estaría contando Milagros.

SEGUNDA PARTE

VI

—¿Cuándo crees que volverás? —le pregunté a Milagros seis meses después, al entregarle la carta que había escrito para el padre Coriolano.

En ella le notificaba brevemente que tenía intención de permanecer por lo menos dos meses más con los iticoteris. Le pedía que informara a mis amigos de Caracas y, sobre todo, le rogaba que me enviara, con Milagros, todos los cuadernos y lápices de que pudiera prescindir.

—¿Cuándo estarás de vuelta? —le pregunté de nuevo.

—Dentro de unas dos semanas —respondió Milagros, sin prestar demasiada atención, poniendo mi carta en su aljaba de bambú. Tal vez percibió mi expresión ansiosa, porque añadió—: No hay forma de saber cuándo exactamente, pero regresare.

Le contemplé mientras emprendía el camino por el sendero que conducía al río. Aseguró la aljaba en su espalda y se volvió hacia mí un instante, sus movimientos momentáneamente detenidos, como si quisiera decirme algo. Pero se limitó a levantar la mano para decirme adiós.

Despacio, me dirigí de vuelta al *shabono*, pasando junto a varios hombres que talaban árboles junto a las hortalizas. Cuidadosamente, di la vuelta a los troncos amontonados sobre el trozo que habían dejado limpio, para no cortarme los pies con las cortezas y astillas ocultas entre las hojas caídas en el suelo.

—Volverá cuando los plátanos estén maduros —gritó Eteawa, agitando la mano en la dirección en que Milagros acababa de partir—. No se perderá la fiesta.

Sonriendo, respondí con la mano, deseosa de preguntarle cuándo tendría lugar la fiesta. No fue necesario hacerlo, pues se apresuró a responderme: cuando los plátanos estén maduros.

La maleza y los troncos que se colocaban cada noche ante la entrada principal del *shabono* para impedir que se acercaran los extraños ya habían sido retirados. Todavía era temprano, pero las cabañas que se abrían sobre el claro circular estaban casi vacías. Hombres y mujeres trabajaban en los huertos cercanos o habían marchado a la selva para recoger frutos silvestres, miel y leña.

Armados con arcos y flechas en miniatura, un grupo de niños me rodeó.

—Mira qué lagartija he matado —dijo Sisiwe, sosteniendo por la cola el animalito muerto.

—Eso es todo lo que sabe hacer: dispararles a las lagartijas —dijo burlonamente un niño del grupo, rascándose el tobillo con los dedos del otro pie—. Y la mayoría de las veces, no les da.

—¡No es cierto! —gritó Sisiwe, con la cara roja de furia.

Acaricié los incipientes cabellos de su coronilla. A la luz del sol, su pelo no era negro sino de un marrón rojizo. Buscando las palabras correctas en mi limitado vocabulario, traté de asegurarle que algún día sería el mejor cazador del poblado.

Sisiwe, hijo de Ritimi y Eteawa, tenía seis años o tal vez siete, pero no más, ya que no llevaba una cuerda pública atada a la cintura. Ritimi, creyendo que cuanto antes atara un niño su pene contra su abdomen más rápidamente crecería, le había forzado varias veces a hacerlo. Pero Sisiwe se negaba, arguyendo que la cuerda le hacía daño. Eteawa no había insistido. Su hijo crecía fuerte y sano. Pronto, decía el padre, Sisiwe se daría cuenta de que no estaba bien que un hombre se dejara ver sin su cinturón. Al igual que la mayoría de los niños, Sisiwe llevaba un trozo de raíz fragante atado al cuello, como talismán contra la enfermedad, y en cuanto se borraban los dibujos de su cuerpo, le pintaban de nuevo con onoto.

Sonriendo, olvidando su enojo, Sisiwe se cogió de mi mano y con un solo y ágil movimiento trepó sobre mi como si yo fuera un árbol. Puso las piernas en torno a mi cintura, se dejó caer hacia atrás y, alargando sus brazos al cielo, gritó:

—¡Mira qué azul es! Igual que el color de tus ojos.

Desde el centro del claro, el cielo parecía inmenso. No había árboles, lianas u hojas que estorbaran su esplendor. La densa vegetación surgía del *shabono*, más allá de las empalizadas de troncos que protegían el poblado. Los árboles parecían tomarse su tiempo, como si supieran que sólo los mantenían a raya provisionalmente.

Tirándome del brazo, los niños me hicieron caer al suelo junto con Sisiwe. Al principio, no había podido asociarlos a ningún progenitor en particular porque entraban y salían de las cabañas, comiendo y durmiendo donde les convenía. Sólo sabía a quién pertenecían los bebés, porque colgaban continuamente en torno al cuerpo de su madre. Fuera de día o de noche, los pequeños nunca parecían perturbados, hiciera lo que hiciera la madre.

Me preguntaba lo que haría sin Milagros. Diariamente dedicaba unas horas a enseñarme la lengua, costumbres y creencias de su gente, que yo registraba con el mayor cuidado en mis cuadernos de notas.

Aprender quién era quién entre los iticoteris resultó una tarea muy confusa. Nunca se llamaban unos a otros por su nombre, excepto para insultarse. Ritimi y Eteawa eran conocidos como el Padre y la Madre de Sisiwe y Texoma. (Estaba permitido usar los nombres de los niños, pero en cuanto llegaban a la pubertad, todo el mundo dejaba de hacerlo.) Las cosas se complicaban más aún porque los hombres y mujeres de cierto linaje se llamaban unos a otros hermanos y hermanas; los hombres y mujeres de otro linaje eran para los primeros cuñados y cuñadas. Un hombre que se casaba con una mujer de un linaje accesible llamaba esposas a todas las mujeres de ese linaje, pero no tenía relación sexual con ellas.

Milagros señalaba a menudo que yo no era la única que tenía que adaptarse. Los iticoteris quedaban igualmente perplejos ante mi extraño comportamiento; para ellos yo no era mujer, ni hombre, niña o niño, y por tanto no sabían qué pensar de mí ni en qué sitio ponerme.

La vieja Hayama salió de su cabaña. Con su voz aguda, les ordenó a los niños que me dejaran en paz.

—Todavía tiene el estómago vacío —dijo.

Poniendo su brazo en torno a mi cintura, me condujo junto al fuego que ardía en su cabaña.

Me senté frente a Hayama con cuidado de no pisar ni golpear los cazos de cocina de aluminio y esmalte (adquiridos en intercambio con otros poblados), los caparazones de tortuga, las calabazas y las cestas que se desparramaban por el suelo. Extendí totalmente las piernas, como lo hacían las mujeres iticoteris y, rascando la cabeza de su perico, esperé la comida.

—Come —dijo, tendiéndome un plátano horneado sobre una calabaza rota.

Atentamente, la anciana me observó mientras masticaba con la boca abierta, haciendo chasquear repetidamente los labios. Sonrió, contenta de que apreciara plenamente el suave y dulce fruto.

Milagros me había presentado a Hayama como la hermana de Angélica. Cada vez que la miraba, intentaba encontrar algún parecido con la frágil anciana que había perdido en la selva. Hayama medía aproximadamente un metro sesenta de estatura: alta para una iticoteri. No sólo era físicamente distinta de Angélica, sino que no tenía la ligereza de espíritu de su hermana. Había una dureza en la voz y en los gestos de Hayama que a menudo me hacía sentir incómoda. Y sus párpados pesados y entrecerrados daban a su rostro una expresión peculiarmente siniestra.

—Te quedarás aquí, conmigo, hasta que Milagros regrese —dijo la anciana, sirviéndome otro plátano asado.

Me llené la boca con el fruto caliente para no tener que responder. Milagros me había presentado a su cuñado Arasuwe, cabecilla de los iticoteris, así como a los demás miembros del poblado. Sin embargo, Ritimi, al colgar mi hamaca en la cabaña que compartía con Eteawa y sus dos niños, había hecho saber que yo le pertenecía.

—La muchacha blanca duerme aquí —le había dicho ella a Milagros, explicándole que los pequeños Texoma y Sisiwe colgarían sus hamacas junto al fuego de Tutemi, en la cabaña adyacente.

Nadie se había interferido en el plan de Ritimi. Silenciosamente, con una sonrisa de amable burla en la cara, Eteawa había contemplado a Ritimi mientras corría de su cabaña a la de Tutemi, acomodando las hamacas en el acostumbrado triángulo en torno al hogar. En un pequeño trastero situado entre los palos que sostenían la vivienda por detrás, colocó mi mochila, entre cajas de corteza, una variedad de cestos, un hacha, cuencos con onoto y raíces.

La seguridad de Ritimi provenía no sólo del hecho de que era la hija mayor del jefe Arasuwe —y de su primera mujer, ya muerta, hija de la anciana Hayama— y la esposa primera y favorita de Eteawa, sino también de que sabía que, a pesar de su genio pronto, todos en el *shabono* la respetaban y le tenían simpatía.

—No más —le supliqué a Hayama, al ver que sacaba otro plátano del fuego—. Mi estómago está lleno.

Levantándome la camiseta, saqué el vientre para que viera cuán lleno parecía.

—Tienes que engordar alrededor de los huesos —dijo la anciana, aplastando el plátano con los dedos—. Tus pechos son pequeños como los de una niña. —Riendo, me levantó aún más la camiseta—. Ningún hombre te querrá nunca: tendrá miedo de hacerse daño con los huesos.

Abriendo los ojos con exagerado horror, fingí devorar la pasta.

—Seguro que engordaré y me pondré hermosa con tu comida —dije con la boca llena.

Todavía mojada tras su baño en el río Ritimi entró en la cabaña peinándose el pelo con una vaina llena de espinas. Sentada a mi lado, me echó los brazos al cuello y plantó resonantes besos en mi cara. Tuve que contenerme para no reír. Los besos de los iticoteris me hacían cosquillas. Besaban de otra manera: cada vez que ponían su boca contra mi mejilla y mi cuello, hacían vibrar los labios mientras expelían el aire ruidosamente.

—No vas a trasladar la hamaca de la muchacha blanca aquí —dijo Ritimi, mirando a su abuela.

La seguridad de su tono no coincidía con la suavidad inquisitiva de sus ojos oscuros.

Para no ser causa de una discusión, dejé claro que no me importaba demasiado dónde colgara mi hamaca. Dado que no había muros entre las cabañas, vivíamos prácticamente juntos. La cabaña de Hayama estaba a la izquierda de la de Tutemi, y a su derecha se hallaba la de Arasuwe, el cabecilla, que la compartía con la mayor de sus esposas y tres de sus hijos más pequeños. Sus otras dos esposas y sus hijos respectivos ocupaban las cabañas adyacentes.

Ritimi fijó en mí sus ojos con expresión de súplica.

—Milagros me pidió que te cuidara —dijo pasándome la espinosa vaina por el pelo, suavemente, para no arañar el cuero cabelludo.

Tras lo que pareció un interminable silencio, Hayama dijo finalmente:

—Puedes dejar tu hamaca donde está, pero comerás aquí conmigo.

Era un buen arreglo, pensé. Etewa ya tenía cuatro bocas que alimentar. A Hayama, por su parte, la cuidaba bien su hijo menor. A juzgar por la cantidad de cráneos de animales y plátanos que colgaban del techo de palma, su hijo era un buen cazador y cultivador. Además de los plátanos asados que comíamos por la mañana, sólo había otra comida, avanzada la tarde, cuando las familias se reunían. La gente comía durante el día lo que había a mano: fruta y nueces, o exquisiteces como hormigas y gusanos asados.

Ritimi también parecía complacida con el arreglo alimentario. Sonriendo, fue hasta nuestra cabaña, tiró de la cesta que me había dado y que colgaba sobre mi hamaca, y sacó mi cuaderno y mi lápiz.

—Ahora vamos a trabajar —dijo en tono de mando.

En los días siguientes, Ritimi me dio lecciones sobre su gente, como Milagros había hecho durante los últimos seis meses. Había reservado unas cuantas horas diarias para lo que yo consideraba mi instrucción.

Al principio tuve muchas dificultades para aprender su lengua. No sólo la encontraba terriblemente nasal, sino que me resultaba extremadamente difícil entender cuando me hablaban con bolas de tabaco en la boca. Traté de inventar alguna forma de gramática comparativa, pero abandoné la empresa cuando me di cuenta de que no sólo carecía del adiestramiento lingüístico necesario, sino que cuanto más intentaba racionalizar mi aprendizaje de la lengua, menos podía hablar.

Mis mejores maestros fueron los niños. Aunque me señalaban las cosas y disfrutaban mucho haciéndome repetir palabras, no hacían ningún esfuerzo consciente para explicarme nada. Con ellos podía balbucear a placer, sin ninguna vergüenza de mis errores. Tras la partida de Milagros, y aunque no comprendía aún muchas cosas, me quedé asombrada de lo bien que lograba comunicarme con los demás, interpretando correctamente la inflexión de sus voces, la expresión de las caras y los elocuentes movimientos de sus manos y cuernos.

Durante las horas de instrucción, Ritimi me llevaba a visitar a las mujeres de las distintas cabañas y se me permitía hacer todas las preguntas que quisiera. Estimuladas por mi curiosidad, las mujeres hablaban libremente, como si se tratara de un juego. Con paciencia, me explicaban una y otra vez lo que no entendía.

Agradecí que Milagros hubiera sentado el precedente. No sólo se consideraba la curiosidad una falta de educación, sino que contravenía su deseo de no ser interrogados. Pero Milagros había consentido indulgentemente mis tendencias excéntricas, diciendo que cuanto más supiera de la lengua y costumbres de los iticoteris, antes me sentiría como en mi casa.

Pronto se hizo evidente que no necesitaba formular demasiadas preguntas directas. A menudo, la observación más casual por mi parte obtenía por respuesta un flujo de información que yo no habría soñado provocar.

Cada día, antes de la caída de la noche, ayudada por Ritimi y Tutemi, repasaba los datos recogidos durante la jornada y trataba de ordenarlos según algún tipo de esquema clasificatorio, como la estructura social, los valores culturales, las técnicas de subsistencia y otras categorías universales del comportamiento social humano.

Sin embargo, para mi gran decepción, quedaba un tema que Milagros aún no había tocado: el chamanismo. Presencí desde mi hamaca dos sesiones de curación, de las que hice detalladas descripciones escritas.

—Arasuwe es un gran *shapori* —me dijo Milagros mientras yo contemplaba mi primer ritual curativo.

—¿Invoca la ayuda de los espíritus con sus cantos? —pregunté, mientras el cuñado de Milagros masajeara, chupaba y frotaba el cuerno postrado de un niño.

Milagros me dirigió una mirada furiosa:

—Hay cosas de las que no se habla. —Se levantó abruptamente, y antes de salir de la cabaña agregó—: No preguntes sobre estas cosas. Si lo haces tendrás serios problemas.

Esta respuesta no me sorprendió, pero no estaba preparada para tan declarado enojo. Me pregunté si su negativa a hablar del tema se debía a que yo era una mujer o más bien a que el chamanismo era un asunto tabú. No me atreví a averiguarlo entonces. Ser una mujer, blanca y sola, constituía una situación suficientemente precaria.

Me di cuenta de que en la mayoría de las sociedades los conocimientos relativos a las prácticas chamanistas y curativas nunca se revelaban más que a los iniciados. Durante la ausencia de Milagros no mencioné la palabra chamanismo ni una sola vez, pero me pasé horas pensando cuál sería la mejor forma de averiguar algo acerca del tema sin despertar enojo o sospechas.

En mis notas sobre las dos sesiones, quedaba claro que los iticoteris creían que el cuerno del *shapori* sufría una transformación bajo la influencia de un alucinógeno que se aspiraba por la nariz y se llamaba *epena*. Es decir, que el chamán actuaba sobre el supuesto de que su cuerpo humano se transformaba en un cuerpo sobrenatural. Así entraba en contacto con los espíritus de la selva. Obviamente, la aproximación adecuada consistiría en llegar a comprender el chamanismo a través del cuerno: no como un objeto determinado por leyes psicoquímicas, fuerzas holísticas de la naturaleza, el medio o la psique misma, sino a través de una comprensión del cuerpo como experiencia vivida, el cuerpo como unidad expresiva conocida mediante su actuación y desempeño.

La mayoría de los estudios sobre el chamanismo, incluido el mío, se centraban en los aspectos psicoterapéuticos y sociales de la curación. Pensé que mi enfoque no sólo ofrecería una nueva explicación,

sino que me proporcionaría una forma de investigar sobre la curación, sin hacerme sospechosa. Las preguntas acerca del cuerpo no tienen que asociarse necesariamente con el chamanismo. No dudaba de que, poco a poco, recogería los datos necesarios sin que los iticoteris se dieran cuenta de lo que realmente perseguía. Silenció prontamente cualquier inquietud de conciencia ante la deshonestidad de mi tarea repitiéndome que mi trabajo era importante para la comprensión de las prácticas curativas no occidentales. Las costumbres extrañas relacionadas con el chamanismo, a veces incomprensibles, se volverían inteligibles a la luz de un ámbito interpretativo diferente, y así avanzaría el conocimiento antropológico en general.

—Hace dos días que no trabajas —me dijo Ritimi una tarde—. No has preguntado por las canciones y las danzas de anoche. ¿No sabes que son importantes? Si no cantamos y bailamos, los cazadores volverán sin carne para la fiesta.

—Con el ceño fruncido, me tiró el cuaderno en el regazo—. Ni siquiera has pintado en tu libro.

—Estoy descansando por unos días —dije, sujetando el cuaderno contra mi pecho como si fuera la más preciada de mis pertenencias.

No tenía intención de revelarles que cada una de las preciosas páginas tenía que contener exclusivamente datos sobre el chamanismo.

Ritimi tomó mis manos en las suyas, las examinó intensamente y luego, con una expresión muy seria, comentó:

—Tienen aspecto de cansadas; necesitan descansar.

Nos echamos a reír. Ritimi siempre se había asombrado de que yo considerara que “decorar” mi libro era trabajar. Para ella, trabajo significaba arrancar malas hierbas de los plantíos, recoger leña y reparar el techo del *shabono*.

—Me gustaron mucho las danzas y las canciones —dije—. Reconocí tu voz; era muy hermosa.

Ritimi resplandecía.

—Canto muy bien. —Había un candor y una seguridad encantadores en su afirmación; no estaba vanagloriándose, sino señalando un hecho—. Estoy segura de que los cazadores volverán con muchas presas para dar de comer a los invitados a la fiesta.

Asentí. Luego busqué una ramita y empecé a esbozar una figura humana en la tierra blanda.

—Este es el cuerpo de un blanco —dije, dibujando los principales órganos y huesos—. ¿Qué aspecto tiene el cuerpo de un iticoteri?

—Debes estar muy cansada si haces una pregunta tan estúpida —dijo Ritimi, mirándome como si fuera una deficiente mental. Se levantó y empezó a bailar, cantando con una voz fuerte y melodiosa—: Esta es mi cabeza, este es mi brazo, éste es mi seno, éste es mi estómago, este es mi...

En seguida, atraídos por las cabriolas de Ritimi, un grupo de hombres y mujeres se congregó en torno a nosotras. Chillando y riendo, hacían observaciones obscenas sobre los cuerpos de cada uno. Algunos de los muchachos adolescentes reían tan fuerte que rodaban por el suelo, sujetándose el pene.

—¿Puede alguno dibujar un cuerpo como yo dibujé el mío? —pregunté.

Varios de ellos respondieron al reto. Tomando un trozo de madera, una rama o un arco roto, empezaron a dibujar en la tierra. Sus dibujos eran muy distintos unos de otros, no sólo por las obvias diferencias sexuales, que ellos acentuaban, sino porque todos los cuerpos de los hombres estaban representados con diminutas figuras dentro del pecho.

Apenas pude ocultar mi contento. Pensé que aquellos debían de ser los espíritus que había oído a Arasuwe convocar con su canto durante la sesión de curación.

—¿Qué es esto? —pregunté, sin darle importancia.

—Los *hekuras* de la selva que viven en el pecho de un hombre —dijo uno de los hombres.

—¿Todos los hombres son *shaporis*?

—Todos los hombres tienen *hekuras* en el pecho. Pero sólo un verdadero *shapori* puede utilizarlos. Sólo un gran *shapori* puede ordenar a sus *hekuras* que ayuden a los enfermos y contrarresten los encantamientos del *shapori* enemigo. —Tras estudiar mi dibujo, preguntó—: ¿Por qué tu dibujo tiene *hekuras* hasta en las piernas? Las mujeres no tienen *hekuras*.

Explicé que no eran espíritus, sino órganos y huesos, y

los añadieron rápidamente a sus propios dibujos. Contenta con lo que había aprendido, acompañé a Ritimi a recoger leña en la selva, la tarea más ardua y detestada de las mujeres. Nunca podían reunir leña suficiente porque los fuegos no debían apagarse ni un momento.

Aquella noche, como todos los días desde que llegué al poblado, Ritimi examinó mis pies en busca de espinas y astillas. Satisfecha al no encontrar ninguna, los frotó con sus manos para limpiarlos.

—Me pregunto si los cuerpos de los *shaporis* sufren algún tipo de transformación cuando están bajo la influencia del *epena* —dije.

Era importante confirmarlo en sus propias palabras, ya que la premisa original de mi esquema teórico era que el chamán operaba sobre ciertos supuestos relativos al cuerpo. Necesitaba saber si estos supuestos los compartía todo el grupo y si eran de naturaleza consciente o inconsciente.

—¿Viste a Iramamowe ayer? —me preguntó Ritimi—. ¿Lo viste caminar? Sus pies no tocaban el suelo. Es un poderoso *shapori*. Se convirtió en el gran jaguar.

—No curó a nadie —comenté sombríamente.

Me decepcionaba que el hermano de Arasuwe fuera considerado un gran chamán. Lo había visto golpear a su mujer en dos ocasiones.

Perdido el interés por nuestra conversación, Ritimi se alejó y empezó a prepararse para nuestro ritual nocturno. Sacando la cesta que contenía mis pertenencias del pequeño trastero situado en la parte posterior de la cabaña, la puso en el suelo. Una por una, cogió cada cosa y la sostuvo por encima de su cabeza, esperando que yo la identificara. En cuanto yo lo hacía, repetía el nombre en español y luego en inglés, iniciando así un coro nocturno mientras las esposas del jefe y varias mujeres más, que cada noche se reunían en nuestra vivienda, repetían las palabras extranjeras.

Me estiré en la hamaca mientras los dedos de Tutemi separaban mis cabellos en busca de imaginarios piojos; estaba segura de no tener ninguno; por lo menos, todavía no. Tutemi parecía cinco o seis años menor que Ritimi, a quien yo le calculaba unos veinte. Era más alta y pesada, y tenía el vientre redondo por el primer embarazo. Se mostraba tímida y retraída. Con frecuencia había descubierto en sus ojos oscuros una mirada triste y distante, y a veces hablaba sola como si pensara en voz alta.

—¡Piojos! ¡Piojos! —gritó Tutemi, interrumpiendo la cantinela hispano-inglesa de las mujeres.

—Déjame ver —dije, convencida de que bromeaba—. ¿Los piojos son blancos? —pregunté, examinando los diminutos bichitos que había en su dedo.

Siempre había creído que eran oscuros.

—Muchacha blanca, piojos blancos —observó Tutemi traviesamente. Con gesto alegre y complacido, los aplastó uno por uno entre sus dientes y se los tragó—. Todos los piojos son blancos.

VII

Era el día de la fiesta. Desde el mediodía, estuve al cuidado de Ritimi y Tutemi, que se tomaron grandes trabajos para embellecerme. Con un trozo de bambú afilado, Tutemi me cortó el pelo según el estilo habitual, y con una hoja fina como un cuchillo, me rasuró la coronilla. Eliminó el vello de mis piernas mediante una pasta abrasiva hecha de cenizas, resma vegetal y tierra.

Ritimi me pintó líneas onduladas en la cara y trazó complicados diseños geométricos sobre todo mi cuerpo, con un trozo de ramita masticada. Mis piernas, rojas e inflamadas por la depilación, quedaron sin pintar. A mis pendientes en forma de aro, que yo afirmé que no se podían quitar, ató una flor rosa junto con manojitos de plumas blancas. En la parte superior de mis brazos, muñecas y tobillos, ató bandas de algodón rojo.

—Ah, no. No vas a hacer eso —le advertí, saltando lejos del alcance de Ritimi.

—No te hará daño —me aseguró, y luego preguntó con un tono exasperado—: ¿Quieres parecer una vieja? No te hará daño —insistió Ritimi, persiguiéndome.

—Déjala tranquila —dijo Eteawa, cogiendo una caja de corteza del trastero. Me miró, y luego se echó a reír. Sus grandes dientes blancos, sus ojos rasgados parecían burlarse de mi vergüenza—. No tiene mucho vello púbico.

Agradecida, me até en torno a las caderas el cinturón de algodón rojo que Ritimi me había dado, y me reí con él. Cuidé de atar el ancho cinturón de tal forma que los extremos adornados cubrieran el vello ofensivo.

—Ahora ya no ves nada —le dije a Ritimi.

Ritimi no se dejó impresionar, pero se encogió de hombros con indiferencia y continuó examinando su pubis en busca de algún pelo.

El cuerpo de Eteawa estaba decorado con círculos y arabescos oscuros. Sobre la cuerda que llevaba siempre en torno a la cintura, ató un ancho y gordo cinturón de hilo de algodón. Alrededor de los brazos se puso estrechas bandas de piel de mono, a las que Ritimi sujetó las plumas blancas y negras que Eteawa había elegido de la caja de corteza.

Mojando los dedos en la pasta de resma pegajosa que una de las esposas de Arasuwe había preparado por la mañana, Ritimi los pasó por el cabello de Eteawa. Inmediatamente, Tutemi tomó un puñado de plumitas blancas de otra caja y se las fue pegando sobre el pelo; al final parecía que llevaba un gorro de piel blanca.

—¿Cuándo empezará la fiesta? —pregunté, contemplando cómo un grupo de hombres apartaba enorme pilas de cáscaras de plátano del claro ya limpio y libre de hierbajos.

—Cuando estén listas la sopa de plátano y toda la carne —dijo Eteawa, paseándose, para asegurarse de que podíamos verle desde todos los ángulos.

Sus labios todavía se abrían en una sonrisa y sus ojos aún se entrecerraban humorísticamente. Me miró y se quitó la bola de tabaco de la boca. La dejó en un trozo de calabaza rota, en el suelo, y escupió por encima de su hamaca, describiendo un arco amplio. Con la seguridad de quien se siente complacido y contento de su propia apariencia, se volvió una vez más hacia mí y luego salió de la cabaña.

La pequeña Texoma recogió la pasta ensalivada. Se la puso en la boca y empezó a chuparla con el mismo placer que yo habría sentido saboreando un trozo de chocolate. Su carita desfigurada, con una mitad de la bola saliéndose de la boca, parecía grotesca. Sonriendo, trepó a mi hamaca e inmediatamente se quedó dormida.

En la cabaña siguiente, veía al jefe Arasuwe acostado en su hamaca. Desde allí supervisaba la preparación de los plátanos y la carne asada, traída por los cazadores que habían marchado pocos días antes. Como trabajadores en una cadena de montaje, varios hombres habían trasladado en un tiempo récord numerosos racimos de plátanos. Uno hundía sus agudos dientes en la cáscara, para abrirla; otro quitaba la cáscara y

tiraba el fruto en la cuba de cortezas que Etewa había fabricado temprano por la mañana; un tercero vigilaba los tres pequeños fuegos que había encendido debajo.

—¿Por qué sólo los hombres están cocinando? —le pregunté a Tutemi.

Sabía que las mujeres nunca cocinaban las grandes piezas de caza, pero me asombraba que ninguna de ellas se hubiera acercado siquiera a los plátanos.

—Las mujeres son demasiado descuidadas —contestó Arasuwe por Tutemi, entrando en la cabaña. Sus ojos parecían desafiarme a que le contradijera. Sonriendo, añadió—. Se distraen muy fácilmente y dejan que el fuego queme la corteza.

Antes de que yo tuviera tiempo de hacer el menor comentario, estaba de vuelta en su hamaca.

—¿Ha venido solamente para decir eso?

—No —dijo Ritimi—. Ha venido a revisarte.

No me atreví a preguntar si había aprobado el examen de Arasuwe, no fueran a recordarme mi pubis sin depilar.

—Mira —dije—, están llegando las visitas.

—Ese es Puriwariwe, el hermano mayor de Angélica —dijo Ritimi, señalando a un anciano entre un grupo de hombres—. Es un *shapori* muy temido. Una vez lo mataron, pero no murió.

—Lo mataron pero no murió —repetí lentamente, preguntando si debía interpretarlo literalmente o si lo decía en sentido figurado.

—Lo mataron en una redada —aclaró Etewa, entrando en la cabaña—. Muerto, muerto, muerto, pero no murió.

Hablaba con claridad, moviendo exageradamente los labios como si así pudiera hacerme entender el verdadero significado de sus palabras.

—¿Todavía hay redadas?

Nadie respondió a mi pregunta. Etewa tomó una caña hueca y un pequeño cuenco escondido tras una de las vigas del techo, y se fue a recibir a los invitados que estaban en el centro del claro, ante la cabaña de Arasuwe.

Entraron más hombres y me pregunté en voz alta si habrían invitado a mujeres.

—Están afuera —dijo Ritimi—. Con el resto de los invitados, adornándose mientras los hombres toman *epena*.

El jefe Arasuwe, su hermano Iramamowe, Etewa y otros seis iticoteris —todos adornados con plumas, piel y pasta roja de onoto— se acuclillaron ante los visitantes, que ya estaban acomodados en el suelo. Hablaron durante un rato, evitando mirarse a los ojos.

Arasuwe desató el pequeño cuenco que colgaba de su cuello, vertió algo del polvo marrón verdoso en un extremo de su caña hueca y se situó ante el hermano de Angélica. Poniendo el extremo de la caña contra la nariz del chamán, Arasuwe sopló el polvo alucinógeno con gran fuerza en los agujeros de la nariz del anciano. El chamán no se inmutó, ni se quejó o se tambaleó como había visto hacer a otros. Pero sus ojos se nublaron, y de su nariz y su boca no tardó en gotear un limo verdoso, que él apartó con una ramita. Lentamente, empezó a cantar. Yo no podía captar sus palabras; hablaba muy suavemente y los quejidos de los demás apagaban su canto.

Con los ojos vidriosos y moco y saliva goteando de su barbilla y su pecho, Arasuwe saltó en el aire. Las rojas plumas de perico que colgaban de sus orejas y sus brazos se desplegaron en torno a él. Saltó varias veces, tocando el suelo con una ligereza que parecía increíble en alguien tan robusto. Su rostro parecía esculpido en piedra. Un recto flequillo colgaba sobre una ceja sobresaliente. La ancha nariz y la boca de la que se escapaban gruñidos me recordaron uno de los cuatro reyes guardianes que vi una vez en un templo de Japón.

Unos cuantos hombres se apartaron, tambaleándose, del resto del grupo, sujetándose la cabeza mientras vomitaban. El canto del anciano se hizo más fuerte; uno por uno, los hombres se reunieron de nuevo en torno a él. Se quedaron silenciosos y acuclillados, los brazos doblados sobre las rodillas y los ojos perdidos en un punto invisible que sólo ellos distinguían, hasta que *el shapori* terminó su canto.

Cada uno de los iticoteris volvió a su cabaña acompañado por un invitado. Arasuwe había invitado a Puriwariwe, y Etewa entró en su cabaña con uno de los jóvenes que habían vomitado. Sin mirarnos, el invitado se tumbó en la hamaca de Etewa como si fuera suya; no parecía tener más de dieciséis años.

—¿Por qué no todos los iticoteris varones han tomado *epena* y se han adornado? —le susurré a Ritimi, que estaba limpiando y repintando el rostro de Etewa con onoto.

—Mañana todos estarán adornados. Vendrán más invitados en los próximos días —dijo—. Hoy es para los parientes de Angélica.

—Pero Milagros no está.

—Llegó esta mañana.

—¡Esta mañana! —repetí, incrédula.

El joven tendido en la hamaca de Etewa abrió mucho los ojos, me miró y volvió a cerrarlos. Texoma se despertó y empezó a llorar. Traté de calmarla poniéndole en la boca la bola de tabaco, que se había caído al suelo. Rechazándola, empezó a llorar aún más fuerte. Se la tendí a Tutemi, que la meció hasta que se quedó tranquila. ¿Por qué Milagros no me había hecho saber que estaba de vuelta? Me lo preguntaba, enfadada y herida. Los ojos se me llenaron de lágrimas de autocompasión.

—Mira, ahí viene —dijo Tutemi, señalando la entrada del *shabono*.

Seguido por un grupo de hombres, mujeres y niños, Milagros caminó directamente hacia la cabaña de Arasuwe. En torno a sus ojos y su boca había líneas rojas y negras. Hechizada, contemplé con la boca abierta

la negra cola de mono enrollada en torno a su cabeza, de la que colgaban multicolores plumas de perico, como las que pendían de sus brazaletes de piel. En vez del festivo cinturón rojo, llevaba un taparrabos de color escarlata.

Una inexplicable inquietud se apoderó de mí cuando se acercó a mi hamaca. Sentí que el corazón me latía de miedo y miré su rostro tenso y fatigado.

—Trae tu cuenco —me dijo en español —y, volviéndose, se alejó hacia la cuba llena de sopa de plátano.

Sin prestarme la más mínima atención, todos siguieron a Milagros hacia el claro. Sin habla, tomé mi cesta, la puse en tierra ante mí y saqué todas mis pertenencias. En el fondo, envueltas en mi mochila, estaban las suaves calabazas de color ocre que contenían las cenizas de Angélica. A menudo me había preguntado qué debía hacer con ellas. Ritimi nunca había tocado la mochila, cuando revisaba mis cosas.

Las calabazas pesaban en mis manos rígidas y frías. ¡Habían sido tan ligeras cuando las llevaba atadas a mi cintura en la selva!

—Vacíalas en la cuba —dijo Milagros, que de nuevo hablaba en español.

—Está llena de sopa —observé estúpidamente.

Sentí que mi voz temblaba y mis manos eran tan inseguras que creí que no podría quitar el tapón de resma de las calabazas.

—Vacíalas —repitió Milagros, empujando ligeramente mi brazo.

Me acuclillé torpemente y, poco a poco, vertí los huesos quemados y pulverizados en la sopa. Me quedé mirando como hipnotizada el montoncito que formaban en la densa y amarilla superficie. El olor me dio náuseas. Las cenizas no se hundieron. Las mujeres empezaron a llorar y gritar. ¿Debía imitarlas?, me pregunté. Estaba segura de que, por mucho que lo intentara, no acudiría ni una lágrima a mis ojos.

Asustada por unos bruscos sonidos de cosa quebrada, me incorporé. Con el puño de su machete, Milagros había partido las dos calabazas en mitades perfectas. Luego mezcló el polvo en la sopa, tan bien que la pulpa amarilla se puso de un color gris sucio.

Le vi acercarse el cuenco lleno de sopa a la boca y vaciarlo de un largo trago. Secándose la barbilla con el dorso de la mano, lo llenó de nuevo y me lo tendió.

Horrorizada, miré los rostros que me rodeaban; observaban atentamente todos mis movimientos y gestos, con ojos que ya no parecían humanos. Las mujeres habían dejado de llorar. Podía oír los acelerados latidos de mi corazón. Tragué repetidamente intentando eliminar la sequedad de mi boca y alargué una mano temblorosa. Luego cerré los ojos con fuerza y tragué el espeso líquido. Para mi sorpresa, la sopa dulce y a la vez ligeramente salada pasó con suavidad por mi garganta. Una leve sonrisa distendió la cara tensa de Milagros al tomar el cuenco vacío. Me di la vuelta y me alejé despacio mientras oleadas de náuseas apretaban mi estómago.

Oía el tono agudo de la conversación y los retazos de risas que salían de la cabaña. Sisiwe, rodeado de sus amigos, estaba sentado en el suelo, mostrándoles cada una de mis cosas, que yo había dejado desperdigadas. Mi náusea se disolvió en furia cuando vi mis cuadernos ardiendo en el hogar.

Asombrados, los niños se rieron de mí al verme quemarme los dedos para tratar de recuperar lo que quedaba de los cuadernos. Lentamente, la expresión divertida de sus caras se cambió en desconcierto al darse cuenta de que yo estaba llorando.

Salí corriendo del *shabono* por el sendero que conducía al río, apretando las páginas quemadas contra mi pecho.

—Le pediré a Milagros que me lleve de vuelta a la misión —balbuceaba, secándome las lágrimas.

La idea me pareció tan absurda que estallé en carcajadas. ¡Cómo podría enfrentarme al padre Coriolano con una tonsura en la cabeza!

Agachada a la orilla del agua, me puse el dedo en la garganta y traté de vomitar. Fue inútil. Exhausta, me acosté boca arriba sobre una roca plana que sobresalía del agua y examiné lo que quedaba de mis notas. Una brisa fresca soplaba en mis cabellos. Me volví sobre el vientre. El calor de la piedra me llenó de una suave pereza que disolvía mi enojo y mi cansancio.

Busqué mi cara en la claridad del agua, pero el viento borraba todos los reflejos de la superficie. El río no me devolvía ninguna imagen. Atrapado en los oscuros estanques que bordeaban la orilla, el verde brillante de la vegetación era una masa nublada.

—Deja que el río se lleve tus notas —dijo Milagros, sentándose a mi lado sobre la roca.

Su súbita presencia no me sobresaltó. Lo había estado esperando.

Con un ávido movimiento de cabeza asentí en silencio y dejé colgar mi mano sobre la roca. Mis dedos se abrieron. Qí un leve chapoteo cuando el cuaderno chamuscado cayó en el agua. Sentí como si me hubieran quitado un peso de encima, mientras las notas flotaban a la deriva río abajo.

—No fuiste a la misión —dije—. ¿Por qué no me dijiste que tenías que traer a los parientes de Angélica?

Milagros no contestó, sino que se quedó mirando a través del río. —¿Les dijiste a los niños que quemaran mis notas? —pregunté.

Se volvió hacia mí, pero mantuvo su silencio. La contracción de su boca revelaba una vaga desilusión que yo no pude comprender. Cuando finalmente habló, lo hizo con un tono suave que parecía forzado.

—Los iticoteris, así como otros pueblos, se han trasladado a lo largo de los años cada vez más al interior de la

selva, lejos de la misión y de los grandes ríos por donde pasa el hombre blanco. —Se volvió a mirar una lagartija que se arrastraba inquieta sobre la piedra. Por un instante nos miró con sus ojos sin párpados, y luego se escurrió y desapareció—. Otros pueblos han elegido hacer lo contrario —continuó Milagros—. Buscan las mercancías que ofrecen los *racionales*. No han comprendido que sólo la selva puede darles seguridad. Demasiado tarde descubrirán que, para el hombre blanco, el indio no es mejor que un perro.

El sabía, dijo, porque había vivido toda su vida entre los dos mundos, que los indios no tenían ninguna oportunidad en el mundo del hombre blanco, aunque algunos individuos de cualquiera de las dos razas hicieran o creyeran lo contrario.

Hablé de los antropólogos y su trabajo, de la importancia de registrar usos y creencias que, como él había mencionado en una ocasión anterior, estaban condenados al olvido.

Un amago de sonrisa burlona torció sus labios.

Sé cómo son los antropólogos; una vez trabajé para uno de ellos como informante —dijo, y empezó a reír.

Aquella era una risa aguda, pero no había ninguna emoción en su rostro. Sus ojos no reían, sino que brillaban de animosidad.

Me quedé sorprendida porque su cólera parecía dirigida hacia mí. —Tú sabías que yo era antropóloga —dije, vacilante—. Tú mismo me ayudaste a llenar parte de mi cuaderno con información sobre los itícoteris. Tú fuiste quien me llevó de cabaña en cabaña, quien alentó a los demás para que me hablaran, para que me enseñaran vuestra lengua y vuestras costumbres.

Impasible, Milagros siguió sentado, su rostro pintarrajeado inmóvil como una máscara inexpresiva. Sentí deseos de sacudirlo. Era como si no hubiera escuchado mis palabras. Milagros miró los árboles, ya negros en el cielo descolorido, y yo le miré a la cara. Su cabeza se recortaba contra el cielo. Las llameantes plumas de perico y las crines violetas de la piel de mono que le adornaban parecían manchones en el cielo.

Milagros agitó tristemente la cabeza.

—Sabes que no viniste aquí a hacer tu trabajo. Podrías haberlo hecho mucho mejor en uno de los poblados cercanos a la misión. —En sus ojos se formaron lágrimas; pendían de sus densas pestañas, brillando, temblando—. El conocimiento de nuestras costumbres y nuestras creencias se te dio para que te movieras con el ritmo de nuestras vidas; para que te sintieras segura y protegida. Fue un regalo, no algo para ser utilizado o entregado a otros.

No podía apartar la mirada de sus ojos brillantes y húmedos; no había resentimiento en ellos. Vi mi cara reflejada en sus pupilas negras. El regalo de Angélica y Milagros. Finalmente comprendí. Me habían guiado por la selva, no para ver a su gente con los ojos de un antropólogo —pesando, juzgando, analizando todo lo que veía y oía—, sino para verla como Angélica la habría visto por última vez. Ella también sabía que su tiempo y el tiempo de su pueblo tocaban a su fin.

Volví la mirada al río. No me había dado cuenta de que mi reloj había caído, pero allí estaba, entre las piedras del fondo, una imagen inestable de diminutos puntos luminosos que se reunían y se apartaban en el agua. Uno de los eslabones de metal del extensible debía de haberse roto, pensé; pero no hice ningún esfuerzo para recuperar el reloj, mi último vínculo con el mundo que estaba más allá de la selva.

La voz de Milagros irrumpió en mi divagación:

—Hace mucho tiempo, en un poblado cerca del gran río, trabajé para un antropólogo. No vivió con nosotros en el *shabono*, sino que se construyó una cabaña fuera de la empalizada. Tenía muros y una puerta que se cerraba desde el interior y desde el exterior. —Milagros se detuvo un momento, enjugándose las lágrimas que se secaban en torno a sus ojos arrugados, y luego me preguntó—: ¿Quieres saber lo que le hice?

—Sí —dije vacilante.

—Le di *epena*. —Milagros hizo una breve pausa y sonrió como si disfrutara de mi aprensión—. Ese antropólogo actuó como todos los que inhalan el polvo sagrado. Dijo que había tenido las mismas visiones que un chamán.

—No hay nada de extraño en eso —dije, un tanto picada por el tono superior de Milagros.

—Silo hay —objetó y se rió—. Porque lo que le soplé en la nariz eran cenizas. Las cenizas sólo hacen sangrar la nariz.

—¿Eso es lo que vas a darme amí? —pregunté, y me sonrojé ante la evidente autocompasión que se filtraba en mi voz.

—Te di una parte del alma de Angélica —dijo suavemente, ayudándome a incorporarme.

Los límites del *shabono* parecían disolverse en la oscuridad. Podía ver bien en la luz difusa. La gente reunida en torno a la cuba me recordó a las criaturas de la selva, cuyos brillantes ojos coloreaba la luz de las fogatas.

Me senté junto a Hayama y acepté el trozo de carne que me ofreció. Ritimi frotó su cabeza contra mi brazo. La pequeña Texoma se sentó en mis piernas. Me sentía contenta, protegida por los olores y sonidos familiares. Atentamente, observé las caras de los que me rodeaban, preguntándome cuántos de ellos eran parientes de Angélica. Ninguno se le parecía. Incluso los rasgos de Milagros, que una vez me habían parecido tan semejantes a los de Angélica, parecían diferentes. Tal vez yo había olvidado ya su rostro, pensé con tristeza. Luego, en un destello de luz surgido del fuego, vi su cara sonriente. Sacudí la cabeza, tratando de borrar la visión, y me encontré mirando fijamente al viejo chamán Puriwariwe, en cuclillas y un poco apartado del grupo.

Era un hombre pequeño, delgado y seco, de piel amarillenta; los músculos de sus brazos y piernas se habían encogido ya. Pero su cabello todavía era oscuro y se rizaba ligeramente en torno a su cabeza. No llevaba adornos; sólo tenía una cuerda de arco en torno a la cintura. Escasos cabellos colgaban de su mentón y los vestigios de un bigote sombreaban los extremos de su labio superior. Bajo los párpados muy arrugados, sus

ojos eran como pequeñas luces, que reflejaban el brillo del fuego.

Bostezando, abrió una boca cavernosa en la que amarilleaban dientes como estalagmitas. La conversación y las risas se apagaron cuando empezó a cantar con una voz que daba la impresión de pertenecer a otro tiempo y espacio. Poseía dos voces: la que brotaba de su garganta era aguda e iracunda; la otra, que procedía de su vientre, sonaba profunda y consoladora.

Mucho después de que todos se hubieran retirado a sus hamacas y los fuegos se consumieran, Puriwariwe permanecía acucillado frente a una pequeña hoguera en el medio del claro. Cantaba con voz aguda.

Me levanté de la hamaca y me puse en cuclillas junto a él, tratando de que mis nalgas tocaran el suelo. Según los iticoteris, esa era la única forma de estar en cuclillas durante horas, totalmente relajado. Puriwariwe me miró, reconociendo mi presencia, y luego siguió contemplando el espacio como si yo hubiera perturbado su línea de pensamiento. No se movió, y tuve la extraña sensación de que se había quedado dormido. Luego movió las nalgas sobre el suelo sin relajar las piernas y, gradualmente, empezó a cantar de nuevo con una voz que no era más que un leve murmullo. No pude entender ni una sola palabra.

Empezó a llover y volví a mi hamaca. Las gotas resonaban suavemente en el techo de palma, creando un ritmo extraño, como de trance. Cuando miré de nuevo hacia el centro del claro, el anciano había desaparecido. Y cuando el amanecer iluminó la selva, sentí que me perdía en un sueño sin tiempo.

VIII

El rojo crepúsculo teñía el aire con destellos de fuego. El cielo se incendió pocos minutos antes de disolverse rápidamente en la oscuridad. Era el tercer día de fiesta. Desde mi hamaca, con los niños de Etewa y Arasuwe, contemplaba cómo los casi sesenta hombres, entre iticoteris e invitados, continuaban bailando, sin comer ni descansar desde el mediodía, en el centro del claro. Siguiendo el ritmo de sus propios gritos destemplados, y de los golpes de sus arcos y flechas, se volvían a un lado, luego al otro, daban un paso atrás, otro adelante, en un poderoso e inacabable latido de sonidos y movimientos, un despliegue ondulante de plumas y cuerpos, una borrosa mezcla de dibujos negros y escarlata.

La luna llena se alzó sobre las copas de los árboles, lanzando su radiante luz sobre el claro. Por un momento, hubo una pausa en el ruido y el movimiento incesantes. Luego, los bailarines prorrumpieron en gritos salvajes y estrangulados que llenaron el aire con un estruendo insoportable, mientras lanzaban a un lado sus arcos y flechas.

Los danzantes corrieron a las cabañas, tomaron los leños ardientes de los hogares y, con frenética violencia, los golpearon contra los postes que sostenían el *shabono*. Todo tipo de insectos reptantes escapó buscando seguridad en el techo de palmas, antes de caer en cascada al suelo.

Temiendo que las cabañas se derrumbaran o que las ascuas sueltas incendiaran el techo, corrí fuera con los niños. La tierra temblaba bajo los golpes de tantos pies que atropellaban todos los hogares de las cabañas. Blandiendo los leños encendidos muy por encima de sus cabezas, corrieron hacia el centro del claro y reemprendieron la danza con creciente frenesí. Dieron vuelta a la plaza, balanceando las cabezas atrás y adelante como marionetas con los hilos rotos. Las suaves plumas blancas que llevaban en el cabello caían sobre los hombros lustrosos de sudor.

La luna se ocultó tras una nube negra; sólo las chispas de los troncos ardientes iluminaban el claro. Los agudos gritos de los hombres subieron a un tono más alto; blandiendo sus mazos sobre la cabeza, invitaban a las mujeres a unirse al baile.

Gritando y riendo, las mujeres saltaban atrás y adelante, eludiendo ágilmente los troncos enarbolados. El frenesí de los bailarines alcanzó su mayor intensidad cuando las jóvenes, llevando manojos de amarillos frutos de palma en los brazos levantados, se unieron a la multitud, meciendo sus cuerpos en un sensual abandono.

No estoy segura de si fue Ritimi quien sujetó mi mano y me arrastró al baile, porque en el instante siguiente quedé sola entre los rostros extáticos que giraban en torno a mí. Capturada entre sombras y cuerpos, traté de llegar hasta la vieja Hayama, que estaba de pie bajo la protección de una cabaña, pero no sabía en qué dirección moverme. No reconocí al hombre que, blandiendo un tronco sobre su cabeza, me empujó de nuevo entre los danzantes.

Grité. Aterrada, me di cuenta de que era como si mis gritos fueran mudos y se agotaran en incontables ecos que reverberaban dentro de mí. Sentí un agudo dolor en un lado de la cabeza, inmediatamente detrás de la oreja, y caí boca abajo al suelo. Abrí los ojos tratando de ver entre las sombras que se espesaban a mi alrededor, y me pregunté si aquellos frenéticos pies que giraban y saltaban en el aire se daban cuenta de que yo había caído entre ellos. Luego sobrevino la oscuridad, punteada de alfilerazos de luz que entraban y salían velozmente de mi cabeza como luciérnagas en la noche.

Me di cuenta vagamente de que alguien me arrastraba lejos de los danzantes hasta una hamaca. Meforcé a abrir los ojos, pero la figura que se movía sobre mi siguió borrosa. Sentí un par de manos dulces y ligeramente temblorosas que me tocaban la cara y la parte de atrás de la cabeza. Por un instante pensé que era Angélica. Pero tras escuchar la inconfundible voz que venía de las profundidades de su estomago, supe que era el viejo chamán Puriwariwe, cantando. Traté de enfocar la mirada, pero su cara siguió distorsionada, como si la viera a

través de capas de agua. Quería preguntarle dónde estuvo, porque no le había visto desde el primer día de la fiesta, pero las palabras no eran más que visiones en mi cabeza.

No sé si estuve inconsciente o dormí, pero cuando me desperté Puriwariwe ya no estaba. En su lugar vila cara de Etewa, inclinada sobre la mía, tan cerca que podría haber tocado los rojos círculos que había, en sus mejillas, entre sus cejas y en los extremos de cada uno de los ojos. Alargué el brazo, pero no había nadie allí. Cerré los ojos; los círculos bailaban dentro de mi cabeza como un velo rojo en un vacío oscuro. Los apreté más, hasta que la imagen se rompió en mil fragmentos. Habían vuelto a encender el fuego; llenaba la cabaña con una blanda tibieza que me envolvía como una opaca crisálida de humo. Sombras danzarinas se perfilaban contra la oscuridad y se reflejaban sobre la pátina dorada de las calabazas que colgaban de las vigas.

Riendo alegremente, la vieja Hayama entró en la cabaña y se sentó en el suelo a mi lado.

—Pensé que dormirías hasta mañana. —Levantó ambas manos hasta mi cabeza y sus dedos me palparon hasta que

encontró el chichón detrás de la oreja—. Es grande.

Sus rasgos marchitos expresaban una pena distante; us ojos tenían una luz suave y amable.

Me senté en la hamaca de fibras. Sólo entonces me di cuenta de que no estaba en la cabaña de Etewa.

—Es la de Iramamowe —dijo Hayama antes de que tuviera tiempo de preguntar dónde estaba—. Era la cabaña más cercana y Puriwariwe te trajo después de que te empujaron contra uno de los garrotes de los hombres.

La luna se había movido mucho en el cielo. Su pálido brillo se derramaba sobre el claro. La danza había cesado, pero aún quedaba prendida en el aire una vibración inaudible.

Gritando, haciendo sonar sus arcos y flechas, un grupo de hombres se colocó en semicírculo ante la cabaña.

Iramamowe y uno de los visitantes se situaron en el centro del ruedo de hombres gesticulantes. No era capaz de precisar de qué poblado venía el visitante, pues no pude distinguir los diversos grupos que habían ido y venido desde el principio de la fiesta.

Iramamowe extendió las piernas en firme postura, y levantó su brazo izquierdo sobre la cabeza, exponiendo plenamente su pecho.

—*Ha, ha, ahaha, aita, alta* —gritó, golpeando su pie en el suelo, un valeroso grito que retaba a su oponente a que le golpeará.

El joven visitante midió la distancia extendiendo su brazo izquierdo hasta el cuerpo de Iramamowe; dio algunas carreras cortas y luego, con el puño cerrado, asestó un poderoso golpe en el lado izquierdo del pecho de Iramamowe.

Mi cuerpo se encogió de miedo. Tenía náuseas como si el dolor hubiera pasado por mi propio pecho.

—¿Por qué pelean? —le pregunté a Hayama.

—No están peleando —dijo, riendo—. Quieren oír cómo resuenan sus *hekuras*, la esencia de vida que habita en sus pechos. Quieren oír cómo los *hekuras* vibran con cada golpe.

La multitud vitoreó con entusiasmo. El joven visitante dio un paso atrás con el pecho tumultuoso de entusiasmo, y golpeó una vez más a Iramamowe. El mentón orgullosamente erguido, los ojos firmes y el cuerpo rígido y desafiante, Iramamowe agradeció los vítores de los hombres. Sólo después del tercer golpe se alteró su postura. Por un instante, sus labios se abrieron con sonrisa apreciativa, y luego se fijaron de nuevo en una mueca de indiferencia y desprecio. El golpeteo persistente de su pie, me aseguró Hayama, no revelaba más que molestia; su adversario aún no le había golpeado bastante fuerte.

Con una satisfacción mórbida y vengativa, deseé que Iramamowe sintiera el dolor de cada puñetazo. Se lo merecía, pensé. Desde que le viera golpear a su esposa, había alimentado resentimiento contra él. Sin embargo, al contemplarle, no pude evitar admirar la gallarda forma en que se mantenía de pie en medio de la multitud. Había algo infantilmente desafiante en la rigidez metálica de su espalda, la manera en que echaba hacia delante el pecho lastimado. Su cara redonda y plana, con la estrecha frente y el labio superior levantado, parecía muy vulnerable mientras miraba al joven que tenía delante. Me pregunté si el ligero movimiento de sus ojos castaños traicionaba su conmoción.

Con aplastante fuerza el cuarto golpe alcanzó el pecho de Iramamowe. Reverberó como las rocas que caen al río durante una tormenta.

—Creo que he oído sus *hekuras* —dije, segura de que Iramamowe tendría una costilla rota.

—¡Es *waiter!*! —gritaron al unísono los iticoteris y sus invitados.

Con los rostros iluminados de alegría, saltaban sobre sus piernas dobladas, golpeando los arcos y flechas contra sus cabezas.

—Sí. Es un valiente —repitió Hayama, con los ojos fijos en Iramamowe que, satisfecho de que sus *hekuras* hubieran resonado poderosamente, seguía de pie en medio de los que lo vitoreaban, con el pecho herido inflado de orgullo.

Arasuwe impuso silencio a los espectadores y se acercó a su hermano.

—Ahora tú recibirás el golpe de Iramamowe —le dijo al joven que había descargado los cuatro puñetazos.

El visitante se colocó en la misma postura desafiante ante

Iramamowe. Le salía sangre de la boca cuando cayó al suelo, tras recibir el tercer golpe.

Iramamowe saltó en el aire, y luego empezó a bailar en torno al hombre caído. Le caía el sudor por la cara, por los músculos extenuados del cuello y los hombros. Pero su voz sonó clara, vibrante de alegría, cuando gritó:

—¡*Al al aiaiaiai, alal!*

Dos de las mujeres visitantes llevaron al hombre herido hasta la hamaca vacía que colgaba cerca de donde nos encontrábamos Hayama y yo. Una de ellas lloraba; la otra se inclinó sobre el hombre y empezó a chupar sangre y saliva de su boca hasta que le volvió el aliento, en aspiraciones lentas y medidas.

Iramamowe desafió a otro de los invitados para que lo golpeará. Tras de recibir el primer envite, se arrojó en el suelo, desde donde desafió a su adversario a que pegara de nuevo. Escupió sangre tras el siguiente golpe. El invitado se acuclilló ante él. Echándose los brazos al cuello, se abrazaron.

—Pegaste bien —dijo Iramamowe, y su voz apenas era un susurro—. Mis *hekuras* están llenos de vida, potentes y felices. Nuestra sangre ha corrido. Eso es bueno. Nuestros hijos serán fuertes. Nuestros huertos y los frutos de la selva madurarán y serán dulces.

El invitado expresó pensamientos similares. Prometiéndole eterna amistad, ofreció a Iramamowe un machete que había adquirido a un grupo de indios asentados cerca del gran río.

—Tengo que vigilar a ése más de cerca —dijo Hayama, saliendo de la cabaña.

Su hijo menor era uno de los hombres que habían entrado en el círculo para la siguiente ronda de golpes rituales.

No quería quedarme con el visitante herido en la cabaña de Iramamowe. Las dos mujeres que le transportaron, habían ido a pedir al chamán de su grupo que preparara alguna medicina para calmarle el dolor del pecho. Al ponerme de pie, me dio vueltas la cabeza. Lentamente, caminé por las cabañas vacías hasta llegar a la de Etewa. Me tumbé en mi hamaca de algodón, y un espeluznante silencio se cerró sobre mí como si cayera en un leve desmayo.

Me despertaron unos gritos coléricos. Alguien dijo:

—¡Etewa, has dormido con mi mujer sin mi permiso!

La voz sonaba tan cerca que era como si hubiera hablado en mi oído. Sobresaltada, me senté. Un grupo de hombres y sonrientes mujeres se había reunido frente a la cabaña. Etewa estaba de pie, perfectamente quieto en medio de la multitud; su rostro era una máscara ilegible, pero no negó el cargo. Repentinamente gritó:

—¡Tú y tu familia habéis comido como perros hambrientos durante los últimos tres días!

Era una acusación deplorable: se daba a los visitantes todo lo que pedían, porque durante una fiesta los huertos y el territorio de caza de los anfitriones estaban a disposición de los invitados. Un insulto como ése significaba que el hombre se había aprovechado de su situación privilegiada.

—¡Ritimi, tráeme mi *hekuras*! —gritó Etewa, sin dejar de mirar al iracundo joven que tenía delante.

Sollozando, Ritimi corrió a la cabaña, recogió el garrote y, sin mirar a su esposo, se lo tendió; era un palo de más de un metro de largo.

—No puedo ver lo que va a pasar —dijo, dejándose caer en mi hamaca.

Puse mis brazos en torno a ella, tratando de consolarla. Si ella no hubiera estado tan perturbada, me habría reído. En absoluto molesta por la infidelidad de Etewa, Ritimi tenía miedo de que la noche terminara con una pelea seria. Al ver cómo los dos hombres furiosos se gritaban y la reacción excitada de la multitud, no pude sino alarmarme yo también.

—Pégame en la cabeza —exigió el furibundo visitante—. Pégame, si eres hombre. A ver si podemos reírnos juntos otra vez. A ver si se me pasa el enojo.

—¡Los dos estamos enfadados! —gritó Etewa con insolente vigor, balanceando el *nabrushi* en la mano—. Debemos calmar nuestro enojo.

Luego, sin más, lanzó un batacazo sobre la tonsura de su contrincante.

La sangre que empezó a manar de la herida se derramó lentamente sobre la cara del hombre, hasta que estuvo cubierta como una grotesca máscara roja. Sus piernas temblaban y casi se doblaron bajo su peso. Pero no cayó.

—¡Golpéame y seremos amigos de nuevo! —gritó Etewa, beligerante, silenciando a la acalorada multitud.

Se apoyó en su garrote, agachó la cabeza y esperó. Cuando el hombre le golpeó, Etewa se quedó momentáneamente atontado; la sangre inundó sus cejas y pestañas, forzándole a cerrar los ojos. Los gritos explosivos de los hombres rompieron el silencio en un coro de ruidosa aprobación que exigía se golpearan de nuevo.

Con una mezcla de fascinación y asco, yo contemplaba a los dos hombres enfrentados. Sus músculos estaban tirantes, las venas de sus cuellos sobresalían, y les brillaban los ojos como rejuvenecidos por el rabioso correr de la sangre. Mientras daban vueltas uno en torno al otro semejantes a gallos heridos, sus rostros fijos como rojas máscaras de desprecio, no traicionaban dolor alguno.

Con el dorso de la mano, Etewa se limpió la sangre que no le permitía ver y escupió. Levantando su garrote, lo dejó caer sobre la cabeza de su oponente quien, sin proferir sonido alguno, cayó redondo al suelo.

Chasqueando las lenguas, los ojos un tanto desenfocados, los espectadores emitían gritos aterradores. Yo estaba segura de que estallaría una pelea; el *shabono* entero resonaba con sus penetrantes aullidos. Me agarré del brazo de Ritimi y me sorprendió ver que su cara manchada de lágrimas tenía una expresión complacida, casi alegre. Explicó que, por el tono de los gritos de los hombres, se sabía que ya no pensaban en los insultos iniciales. Sólo estaban interesados en conocer el poder de los *hekuras* de cada uno de los oponentes. No había perdedores o ganadores. Si un guerrero caía, sólo significaba que sus *hekuras* no eran suficientemente fuertes en ese momento.

Uno de los espectadores yació una calabaza llena de agua sobre el visitante postrado, le tiró de las orejas y le limpió la sangre de la cara. Luego, ayudándole a levantarse, le tendió al hombre medio aturdido su garrote y le

incitó a golpear a Etewa una vez más en la cabeza. El hombre apenas tenía fuerzas para levantar la pesada arma; en vez de golpear el cráneo de Etewa, le alcanzó en mitad del pecho.

Etewa cayó de rodillas; la sangre manaba de su boca; sobre los labios, la barbilla y la garganta, desde su pecho y sus muslos, la estela roja se hundía en la tierra.

—Qué bien golpeas —dijo Etewa con voz estrangulada—. Nuestra sangre ha corrido. Ya no estamos perturbados. Hemos calmado nuestra cólera.

Ritimi se acercó a Etewa. Suspirando con fuerza, me recosté en la hamaca y cerré los ojos. Había visto suficiente sangre para una noche. Tanteé la zona hinchada de mi cabeza, y pensé que tal vez sufría una leve conmoción.

Casi me caí de la hamaca cuando alguien cogió la cuerda de lianas que la ataba a uno de los postes de la cabaña. Sobresaltada, descubrí la cara de Etewa, cubierta de sangre. O no me vio o no le importaba dónde se acostaba, porque se limitó a dejarse caer sobre mí. El olor de la sangre, tibio y penetrante, se mezclaba al olor acre de su piel. Llena de repugnancia y fascinación, no podía apartar los ojos de la herida abierta en su cráneo, que todavía sangraba, y de su pecho amoratado e hinchado.

Me preguntaba cómo haría para sacar mis piernas de debajo de su pesado cuerpo, cuando Ritimi entró en la cabaña con un cuenco lleno de agua y lo puso a calentar en el fuego. Con expertos movimientos, levantó un poco a Etewa y me indicó que me deslizara detrás de él en la hamaca para que pudiera apoyarlo contra mis rodillas dobladas. Suavemente, le limpió la cara y el pecho con el agua tibia.

Etewa tenía tal vez veinticinco años; sin embargo, con el pelo colgando sobre la frente y los labios entreabiertos, parecía tan desamparado como un niño dormido. Se me ocurrió que podía morir de lesiones internas.

—Mañana estará bien —dijo Ritimi como si hubiera adivinado mis pensamientos. Empezó a reírse suavemente; su risa tenía el tono de una secreta alegría pueril—. Es bueno que corra la sangre. Sus *hekuras* son fuertes. Es *waiteri*.

Etewa abrió los ojos, contento de oír las alabanzas de Ritimi. Me miró y balbució algo ininteligible.

—Sí. Es *waiteri* —coincidí con Ritimi.

Tutemi llegó poco después con una infusión oscura y caliente.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Medicina —dijo Tutemi sonriendo. Metió el dedo en el brebaje y lo puso en mis labios—. Puriwariwe la hizo con raíces y plantas mágicas.

Los ojos de Ritimi brillaban de alegría mientras forzaba a Etewa a beber el amargo cocimiento. La sangre había corrido; estaba convencida de que daría a luz a un hijo fuerte y sano.

Ritimi me examinó las piernas, llenas de cortes y arañazos que me había hecho cuando Puriwariwe me arrastró fuera del claro, y las lavó con el agua caliente que quedaba. Me acosté en la incómoda hamaca de fibras de Etewa.

La luna, circundada de un halo amarillo, se había movido hasta casi tocar el horizonte de árboles. Unos pocos hombres bailaban y cantaban todavía en el claro; luego, una nube ocultó la luna y oscureció cuanto nos rodeaba. Sólo el rumor de las voces, ya no agudas sino reducidas a un suave murmullo, indicaba que los hombres aún estaban allí. La luna surgió de nuevo con su luz pálida que iluminaba las copas de los árboles, y las figuras de piel tostada se materializaron en la oscuridad; sombras de cuerpos alargados que daban sustancia al suave golpeteo de arcos y flechas.

Algunos de los hombres siguieron cantando hasta que un destello de luz apareció sobre los árboles, hacia Oriente. Oscuras nubes moradas, del color del pecho herido de Etewa, cubrían el cielo. El rocío brillaba sobre las hojas, en los bordes de la fronda de palmas que colgaban del techo. Las voces empezaron a disolverse, a la deriva, en la brisa fría del amanecer.

TERCERA PARTE

IX

Plantar y sembrar eran tareas primordialmente masculinas, pero la mayoría de las mujeres acompañaban a sus maridos, padres y hermanos cuando iban a trabajar por la mañana en los huertos. Además de hacerles compañía, las mujeres ayudaban a limpiar el terreno o aprovechaban para recoger leña si habían caído nuevos árboles.

Durante varias semanas, fui con Etwewa, Ritimi y Tutemi a sus parcelas. Las largas y arduas horas que pasamos limpiando el terreno parecían desperdiciadas, porque nunca podía apreciarse progreso alguno. El sol y la lluvia favorecían implacablemente el crecimiento de todas las especies, sin adoptar las preferencias humanas.

Cada familia tenía su propio trozo de tierra separada por troncos de árboles caídos. El huerto de Etwewa estaba al lado del de Arasuwe, que tenía la parcela más grande de los iticoteris, ya que con el producto de la parcela del jefe se alimentaban los invitados a las fiestas.

Al principio no podía distinguir más que los plátanos, varias clases de sus frutos y las diversas palmeras desperdigadas por los huertos. Las palmeras también se cultivaban para recoger sus frutos, y cada árbol pertenecía al individuo que lo había plantado. Me sorprendió descubrir, entre la masa de malas hierbas, un muestrario de raíces comestibles, como mandioca y batatas, y gran variedad de guías de calabaza, algodón, tabaco y plantas mágicas. También crecían en los huertos y en torno al *shabono* los árboles de flores rosas y vainas rojas con que se hacía la pasta de onoto.

Los montones de vainas rojas llenas de espinas se cortaban y abrían, y las semillas, de un rojo escarlata, junto con la pulposa carne que las rodeaba, se colocaban en una gran calabaza llena de agua. El onoto se ponía a hervir toda una tarde, mientras se iba removiendo y machacando. Tras enfriarse toda una noche, la masa semisólida se envolvía en capas de hojas de plátano agujereadas y los paquetes resultantes se ataban a una de las vigas del techo, para que se secaran. Unos días más tarde, la roja pasta se distribuía en cuencos pequeños, lista para usarse.

Ritimi, Tutemi y Etwewa tenían en la parcela de Etwewa plantaciones individuales de tabaco y plantas mágicas. Como todos los plantíos de tabaco, estaban rodeadas con una tapia de palos y huesos afilados, para ahuyentar a los intrusos. El tabaco no se podía tomar sin permiso, y cuando alguien contravenía lo establecido, se desencadenaban peleas. Ritimi me había asignado varias de sus plantas mágicas. Algunas se empleaban como afrodisíacos y agentes protectores; otras se utilizaban con propósitos maléficos. Etwewa nunca hablaba de sus plantas mágicas, y Ritimi y Tutemi fingían no saber nada de ellas.

Una vez vi cómo Etwewa extraía una raíz bulbosa. Al día siguiente, antes de marcharse a cazar, se frotó los pies y las piernas con la raíz macerada. Tuvimos carne de armadillo para nuestra cena de aquella noche.

—¡Qué planta tan poderosa! —comenté.

Perplejo, me miró durante un buen rato; luego, sonriendo, dijo:

—Las raíces de *adorna* me protegen de las mordeduras de serpiente.

En otra ocasión, yo estaba sentada en el huerto, con el pequeño Sisiwe, escuchando sus detalladas explicaciones sobre las variedades de hormigas comestibles, cuando vi a su padre sacar otra de sus raíces. Etwewa la machacó, mezcló la pulpa con onoto y luego se frotó esa sustancia por todo el cuerpo.

—Un pecan se cruzará en el camino de mi padre —susurró Sisiwe—. Lo sé por el tipo de raíz que ha usado. Para

cada animal hay una planta mágica.

—¿Hasta para los monos? —pregunté.

—Los monos se asustan si uno grita fuerte —dijo Sisiwe con seguridad—. Paralizados, los monos ya no pueden escaparse, y los hombres pueden dispararles.

Una mañana, casi oculta tras las tupidas hojas, las calabazas y las hierbas, descubrí a Ritimi. Sólo podía ver su cabeza que sobresalía tras la empalizada, las hojas puntiagudas y los montones de campánulas blancas de las plantas de mandioca. Parecía hablar consigo misma. Yo no podía escuchar lo que decía, pero sus labios se movían sin cesar, como si recitara un encantamiento. Me pregunté si estaría embrujando sus plantas de tabaco para que crecieran con más rapidez o si en realidad tenía intención de robar tabaco de la parcela de Etwewa, vecina a la suya.

Subrepticamente, Ritimi se aproximó al centro de su plantación. Sus movimientos eran precipitados mientras cortaba ramas y hojas. Mirando a su alrededor, las metió en su cesta y las cubrió con hojas de plátano. Sonriendo, se levantó, dudó un instante y echó a andar hacia mí.

Levanté la cara con fingida sorpresa al sentir su sombra sobre mí.

Ritimi dejó su cesta en el suelo y se sentó a mi lado. Yo reventaba de curiosidad, pero sabía que sería inútil preguntarle qué había estado haciendo.

—No toques el paquete que hay en mi cesta —dijo, un momento después, incapaz de retener la risa—. Sé que me estabas viendo.

Me sentí sonrojar y sonreí.

—¿Cogiste algo de tabaco de Etewa?

—No —rechazó con fingido horror—. Conoce tan bien sus hojas que se daría cuenta si le faltara una.

—Creí que estabas en su parcela —dije, sin insistir.

Levantando las hojas de plátano de la cesta, Ritimi explicó:

—Estaba en la mía. Mira, tomé unas ramas de *oko-shiki*, una planta mágica —susurró—. Haré un poderoso cocimiento.

—¿Vas a curar a alguien?

—¡Curar! ¿No sabes que sólo el *shapori* cura? —Inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado, dudó un momento antes de continuar—. Voy a hechizar a la mujer que hizo el amor con Etewa en la fiesta —confesó con una amplia sonrisa.

—Tal vez deberías preparar una poción para Etewa también —observé, examinando su rostro. Su cambio de expresión me tomó por sorpresa. Su boca se cerró en una línea recta, y sus ojos se estrecharon, mirándome—. Después de todo, es tan culpable como la mujer —balbucí en tono de disculpa, inquieta por la dureza con que me contemplaba.

—¿No viste con qué desvergüenza lo tentó esa mujer?

—preguntó Ritimi con aire de reproche—. ¿No viste con qué vulgaridad se comportaron todas las mujeres visitantes?

—Ritimi suspiró, casi cómicamente, y añadió con un desencanto no disimulado—: A veces eres muy estúpida.

No sabía qué decirle. Estaba convencida de que Etewa era tan culpable como la mujer. A falta de algo mejor, sonreí. La primera vez que descubrí a Etewa en una situación comprometedoras fue por casualidad. Como todos, a diario yo abandonaba la cabaña al amanecer para hacer mis necesidades. Siempre me adentraba un poco en la selva, más allá del área reservada para la evacuación humana. Una mañana, me sobresaltó un suave quejido. Creyendo que se trataba de un animal herido, me arrastré, tan silenciosamente como pude, hacia el lugar de donde procedía el sonido. Sorprendida, sólo pude quedarme inmóvil al ver a Etewa sobre la más joven de las esposas de Iramamowe. Me miró, sonriendo blandamente, pero no dejó de moverse sobre la mujer.

Más tarde, el mismo día, Etewa me ofreció parte de la miel que había encontrado en la selva. La miel era una rara exquisitez y casi nunca se compartía tan voluntariamente como el resto de la comida. De hecho, la mayoría de las veces, se consumía en el mismo lugar donde se encontraba. Le di las gracias a Etewa por su regalo, y supuse que me había sobornado.

Yo estaba continuamente hambrienta de azúcares. Ya no me molestaba tener que comer la miel mezclada con trozos de cera, abejas, gusanos, crisálidas y polen, como lo hacían los iticoteris. Siempre que Etewa traía miel al poblado, me sentaba a su lado y miraba ansiosamente la fluida pasta llena de abejas en diversos estadios de su proceso de metamorfosis, hasta que me ofrecía un poco. Nunca se me ocurrió que él creía que yo había aprendido, finalmente, que mirar algo que uno desea o pedirlo sin más se consideraba el comportamiento correcto. Una vez, con la esperanza de recordarle que sabía de sus escapadas, le pregunté si no tenía miedo de que le volviera a pegar en la cabeza algún marido furioso.

Etewa me miró con absoluto asombro.

—Dices estas cosas porque no sabes lo que se debe hacer; si no, no las dirías.

Su tono era distante; con mirada altiva, se volvió hacia un grupo de niños que afilaban astillas de bambú para usarlas como puntas de flecha.

Hubo otras ocasiones, no siempre accidentales, en que encontré a Etewa en parecidas circunstancias. Pronto se hizo obvio que el amanecer no sólo era el momento de atender las funciones corporales más bajas, sino que proporcionaba la oportunidad más segura para las actividades extramaritales. Yo tenía mucha curiosidad de saber quién engañaba a quién. Los dos interesados se ponían de acuerdo la noche anterior y desaparecían al amanecer en la maleza. Unas cuantas horas más tarde, muy tranquilamente, volvían por caminos separados con nueces, fruta, miel, a veces incluso leña. Algunos maridos reaccionaban más violentamente que otros al descubrir las actividades de su mujer. Los había que, además de darle una paliza a la esposa, exigían un duelo a garrote con el culpable masculino, duelo que a veces terminaba en una pelea colectiva en la que otros participaban.

La voz de Ritimi irrumpió en mis pensamientos.

—¿De qué te ríes?

—Me río porque tienes razón —dije—. A veces soy muy estúpida.

De pronto me di cuenta de que Ritimi conocía las actividades de Etewa; probablemente todos en el *shabono* sabían lo que estaba ocurriendo. Sin duda no fue más que una coincidencia que Etewa me ofreciera miel aquella primera vez. Pero yo había interpretado el asunto con suspicacia, y creí haberme convertido en su cómplice.

Ritimi me echó los brazos al cuello y me llenó de besos las mejillas, asegurándome que yo no era estúpida; sólo muy ignorante. Me explicó que si ella sabía con quién estaba enredado Etewa, sus aventuras amorosas no la preocupaban demasiado. No le gustaban, pero creía mantener cierto control si se trataba de un miembro del *shabono*. Lo que la inquietaba era la posibilidad de que Etewa tomara una tercera mujer venida de otro poblado.

—¿Cómo vas a embrujar a esa mujer? —le pregunté—. ¿Vas a preparar tú misma la infusión?

Levantándose, Ritimi sonrió con evidente satisfacción.

—Si te lo digo ahora, la magia no. tendrá efecto. —Se detuvo, con una expresión vacilante en los ojos—. Te lo explicaré cuando haya embrujado a esa mujer. Tal vez algún día tú también necesitarás saber cómo embrujar a alguien.

—¿Vas a matarla?

—No. No soy tan valiente. La mujer tendrá dolores en la espalda, hasta abortar. —Ritimi se puso la cesta sobre los hombros, y luego se dirigió a uno de los pocos árboles cercanos a su plantación de tabaco—. Ven, necesito descansar antes de bañarme en el río.

Me quedé un momento de pie, para aflojar mis músculos doloridos, y luego la seguí. Ritimi se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el enorme tronco del árbol. Sus hojas eran como manos abiertas entre nosotras y el sol, y proporcionaban una sombra muy fresca. La tierra, cubierta de hojas, era blanda. Apoyé la cabeza en el muslo de Ritimi y observé el cielo, tan azul, tan pálido, que parecía transparente. La brisa susurraba entre las cañas que teníamos detrás, suavemente, como si no se decidiera a imponerse en aquella calma de la mañana.

—El chichón ha desaparecido —dijo Ritimi, pasándome los dedos por el pelo—. Y no tienes cicatrices en las piernas —añadió con cierto tono de burla.

Asentí soñolienta. Ritimi se reía de mi miedo a enfermar por lo que ella consideraba lesiones insignificantes. El hecho de que Puriwariwe me hubiera arrastrado hasta un sitio seguro era garantía suficiente de que me pondría bien, me aseguró ella. Sin embargo, yo tenía miedo de que los cortes de las piernas se me infectaran, e insistí en que me los lavara con agua hervida todos los días. La vieja Hayama, como precaución adicional, frotó las heridas con polvos de hormiguero quemado que, según decía, eran un desinfectante natural. Los malolientes polvos no tuvieron ningún efecto negativo, y los cortes se curaron rápidamente.

A través de los párpados entrecerrados, yo contemplaba el aireado espacio de los huertos que teníamos delante. Me sobresaltaron unos gritos procedentes del extremo más lejano del huerto y abrí los ojos. Iramamowe parecía haber surgido de la nada bajo las hojas de los plátanos y en camino hacia el cielo. Fascinada, seguí sus movimientos mientras avanzaba trepando por el espinoso tronco de la palmera llamada *rasha*. Para no clavarse las espinas, se ayudaba con dos pares de palos cruzados y atados entre sí, que colocaba alternativamente sobre el tronco. Con gran soltura y movimientos que se sucedían sin pausas perceptibles, trepaba sobre un par de palos cruzados y, de pie sobre él, levantaba el otro para colocarlo más arriba, hasta alcanzar los amarillos racimos de *rashas*, que estaban a unos veinte metros del suelo. Por un momento desapareció bajo las hojas de la palmera, que formaban un arco plateado contra el cielo. Iramamowe cortó las grandes drupas, ató los pesados racimos sobre una larga liana y los deslizó al suelo. Descendió lentamente y desapareció en la verde densidad de los plátanos.

—Me gustan las drupas hervidas; saben a... —dije, cuando me di cuenta de que no conocía la palabra para decir *patata*. Me incorporé. Con la cabeza reclinada y la boca entreabierta, Ritimi se había quedado profundamente dormida—. Vamos a bañarnos —le sugerí, acariciándole la nariz con una brizna de hierba.

Ritimi abrió los ojos; tenía la mirada desorientada de quien acaba de despertar de un sueño. Perezosamente, se levantó, bostezó y se estiró como un gato.

—Sí, vamos —aceptó, atándose la cesta a la espalda—. El agua se llevará mi sueño.

—¿Era un mal sueño?

Me miró con gravedad, y luego se apartó el cabello de la frente.

—Estabas sola en una montaña —dijo con aire vago, como si tratara de recordar el sueño—. No tenías miedo, pero estabas llorando. —Ritimi me miró fijamente, y añadió—: Entonces me despertaste.

Cuando tomábamos el sendero que conducía al río, Etwawa acudió corriendo detrás de nosotras.

—Coge unas hojas de *pishaansi* —le dijo a Ritimi. Y volviéndose hacia mí—: Tú ven conmigo.

Le seguí por el área recién despejada en la selva, donde habían plantado nuevos plátanos, entre los montones de árboles caídos y las hojas recortadas que cubrían el suelo. Estaban situados cada tres metros aproximadamente, para que los futuros árboles adultos juntaran las hojas pero no llegaran a darse sombra. Apenas unos días atrás, Etwawa, Iramamowe y otros parientes cercanos del jefe Arasuwe le habían ayudado a separar los plátanos jóvenes de los grandes bulbos de la base de los árboles. En un artefacto hecho de lianas y gruesas hojas transportaron los pesados retoños al nuevo huerto.

—¿Encontraste miel? —Le pregunté esperanzada.

—Nada de miel —dijo Etwawa—, pero si una cosa igual de deliciosa.

Me señaló el sitio donde se encontraban Arasuwe y dos de sus hijos mayores. Pateaban por turnos un viejo plátano. Cientos de larvas gordas y blanquecinas caían de las múltiples capas que conformaban el tronco.

En cuanto Ritimi volvió de la selva con las hojas de *pishaansi*, los chicos recogieron los serpenteantes gusanos y los colocaron sobre las anchas y fuertes hojas. Arasuwe encendió una pequeña fogata. Uno de sus hijos sostenía, con los pies firmemente plantados en tierra, un trozo de madera de forma elíptica, mientras Arasuwe hacía girar una punta de madera con asombrosa velocidad. El serrín encendido hizo arder el nido de termites, al que se añadieron hojas y ramitas secas.

Ritimi cocinó las larvas sólo un momento, hasta que las hojas de *pishaansi* se pusieron negras y quebradizas. Etwawa abrió uno de los envoltorios, se mojó un dedo con saliva, lo pasó por el montón de gusanos asados y me lo ofreció.

—Es muy rico —insistió al verme apartar la cara.

Encogiéndose de hombros, se chupó el dedo hasta dejarlo limpio.

Con la boca llena, Ritimi me incitaba a probar el nuevo manjar.

—¿Cómo puedes decir que no te gusta, si ni siquiera lo has probado?

Con la punta de los dedos, me puse en la boca uno de los gusanos, grisáceo y todavía blando. No es muy diferente de un caracol o de una ostra horneada, me decía. Pero cuando traté de tragar, el gusano se me quedó pegado a la lengua. Lo saqué de nuevo, esperé a tener saliva suficiente, y me tragué el gusano como si fuera una píldora.

—Por la mañana sólo puedo comer plátanos —le dije a Etewa, que colocó un buen montón delante de mi.

—Has trabajado en el huerto —dijo—. Tienes que comer. Cuando no hay carne, es bueno comer esto.

Me recordó que me habían gustado las hormigas y los ciempiés que me ofreciera en diversas ocasiones.

Al ver su rostro expectante, no pude decirle que no me gustaban en absoluto, aunque los ciempiés sabían como trocitos de verdura fritos. A regañadientes, me obligué a tragar unos cuantos gusanos asados más.

Ritimi y yo seguíamos a los hombres camino al río. Los niños jugueteaban en el agua y cantaban en torno a un gordo tapir que se había caído al agua y se había ahogado. Los 4 adultos se frotaban con hojas, y sus cuerpos brillaban al sol, dorados y suaves. Gotitas brillantes colgaban de sus lisos cabellos y reflejaban la luz como diamantes.

La vieja Hayama me indicó que me sentara a su lado en una gran roca, a la orilla del agua. Tal vez me había convertido en la pupila especial de la abuela de Ritimi, y consideraba una especie de reto personal la tarea de engordarme.

Como hacían con los niños del *shabono*, a los que alimentaban bien para que crecieran fuertes y sanos, la vieja Hayama se aseguraba de que yo tuviera mucho que comer a todas

horas del día. Procuraba satisfacer mi insaciable apetito por los azúcares. Siempre que alguien encontraba la miel dulce, espesa y clara que producían las abejas inofensivas —el único tipo de miel que se daba a los niños— la anciana conseguía que yo por lo menos la probara. Si alguien traía miel de las abejas negras, que si picaban, Hayama también conseguía un poco para mí. Sólo los adultos comían ese segundo tipo, porque los iticoteris creían que a los niños les producía náuseas e incluso la muerte. Los iticoteris estaban seguros de que nada malo me ocurriría si yo tomaba de las dos clases, porque no podían decidir si yo era niña o adulta.

—Come —me dijo Hayama, ofreciéndome algunos frutos de *sopaa*.

Eran de color amarillo verdoso, y tenían el tamaño de un limón. Los abrí con una piedra (ya me había roto un diente tratando de cascar nueces y frutos a la manera de los iticoteris), chupé la pulpa blanca y dulce, y escupí las diminutas semillas de color marrón. El pegajoso zumo me cubrió los dedos y la boca.

La pequeña Texoma trepó sobre mi espalda, y me puso en la cabeza un monito capuchino que llevaba consigo de día y de noche. El animalito enroscó la cola en torno a mi cuello tan ajustadamente que casi me ahoga. Una mano peluda se sujetaba a mi cabello mientras la otra se agitaba ante mi cara, intentando arrancarme la fruta. Temerosa de tragarme pelos y piojos del mono, traté de liberarme. Pero Texoma y su animalito aullaron de contento, creyendo que yo estaba jugando. Metí los pies en el agua y traté de sacarme la camiseta por la cabeza. Cogidos por sorpresa, la niña y el mono saltaron hacia atrás.

Los niños me arrastraron a la arena y rodaron junto a mí. Entre risas, empezaron a caminar, uno por uno, sobre mi espalda, y me entregué al placer de sus piecitos frescos sobre mis músculos doloridos. Había intentado en vano convencer a las mujeres de que me masajearan la espalda, los hombros y el cuello cuando había trabajado durante horas en el huerto. Siempre que intentaba mostrarles el bien que producía, me hacían comprender que, aunque les gustaba que las tocaran, el masaje era algo que sólo el *shapori* ejecutaba cuando una persona estaba enferma o hechizada. Afortunadamente, no tenían inconveniente en que sus niños caminaran sobre mi espalda. Para los iticoteris, era inconcebible que alguien derivara placer de acto tan bárbaro.

Tutemi se sentó junto a mí en la arena y empezó a desatar el envoltorio de *pishaansi* que Ritimi le había dado. Su vientre preñado y sus pechos hinchados parecían apenas retenidos por la piel tensa. Nunca se quejaba de dolores o náuseas, ni manifestaba antojos. De hecho, había tantos tabúes alimentarlos para las mujeres embarazadas que yo me preguntaba cómo podían dar a luz niños sanos. No podían comer piezas grandes de caza. Su única fuente de proteínas eran los insectos, las nueces, las larvas, el pescado y ciertos tipos de pájaros pequeños.

—¿Cuándo tendrás el bebé? —le pregunté, acariciándole el costado del vientre.

Tutemi frunció las cejas con gesto concentrado e hizo cálculos. —Esta luna viene y se va; otra luna viene y se va; luego viene otra, y antes de que se vaya tendré un niño sano.

Me pregunté si estaba en lo cierto. Según sus cálculos, serían tres meses más. Para mí, parecía que tuviera que dar a luz cualquier día.

—Hay peces río arriba: de los que te gustan —dijo Tutemi, sonriéndome.

—Me bañaré rápidamente, y luego iré contigo a pescarlos.

—Llévame a nadar contigo —suplicó la pequeña Texoma.

—Tienes que dejar a tu mono aquí —le advirtió Tutemi.

Texoma colgó el monito sobre la cabeza de Tutemi y vino corriendo detrás de mí. Gritando de placer, se acostó sobre mi espalda en el agua, con las manos cogidas a mis hombros. Estiré lentamente las piernas y los brazos, alargándolos con cada brazada, hasta que llegamos a un estanque en la orilla opuesta.

—¿Quieres bajar hasta el fondo? —le pregunté.

—Sí, sí —gritó, frotando su naricita mojada contra mi mejilla—. Tendré los ojos abiertos, no respiraré, me

cogeré fuerte sin ahogarte.

El agua no era muy honda. Las borrosas piedras del fondo, grisáceas, rojas y blancas, descansaban sobre una arena de color ámbar y destellaban de luz a pesar de la sombra de los árboles sobre el estanque. Sentí las manos de Texome que tiraban de mi cuello; rápidamente salí a la superficie.

—Salid —gritó Tutemi en cuanto vio nuestras cabezas—. Os estamos esperando —y señaló a las mujeres que aguardaban a su lado.

—Volveré ahora al *shabono* —anunció Ritimi—. Si ves a Kamosiwe, dale esto —y me tendió el último paquete de larvas.

Seguí a las mujeres y a varios hombres por el amplio sendero. Pronto encontramos a Kamosiwe, de pie en medio del camino. Apoyado en su arco, parecía totalmente dormido. Puse el paquete a sus pies. El anciano abrió su único ojo sano; el sol le hizo parpadear, desfigurando de un modo grotesco su rostro lleno de cicatrices. Recogió las larvas; lentamente, empezó a comer, alternando el peso de su cuerpo de uno a otro pie.

Seguimos a Kamosiwe hasta lo alto de una pequeña colina cubierta de matorrales; me maravillaba la extraordinaria agilidad con que se movía. Nunca miraba dónde ponía los pies, pero siempre evitaba las raíces y espinas que había en su camino.

Pequeño, encogido por la edad, era el hombre de aspecto más viejo que yo había visto nunca. Sus cabellos no eran ni negros, ni grises ni blancos, sino que formaban una melena lanosa de color indefinido que al parecer no había conocido el peine desde hacía años. Sin embargo, no eran largos, lo que hacía pensar que se los cortaba periódicamente. Probablemente habían dejado de crecer, concluí, como la barba incipiente de su mentón, que siempre tenía la misma longitud. Las cicatrices de su cara arrugada se debían a un garrotazo, que le había dejado tuerto. Cuando hablaba, su voz no era más que un murmullo cuyo sentido había que adivinar.

Por las noches, solía quedarse de pie en el centro del claro, hablando horas y horas. Los niños se acucillaban a sus pies y alimentaban el fuego que se había encendido para él. Su voz gastada poseía una fuerza, una ternura, que parecía no coincidir con su aspecto. Siempre había en sus palabras, que se perdían en la noche, una sensación de urgente necesidad, un tono de advertencia o encantamiento.

—Hay palabras de sabiduría, de tradición, que están preservadas en la memoria de este anciano —me había explicado Milagros.

Sólo después de la fiesta me dijo que Kamosiwe era el padre de Angélica.

—¿Quieres decir que es tu abuelo? —le pregunté con incredulidad.

Asintiendo, Milagros añadió:

—Cuando yo nací, Kamosiwe era el jefe de los iticoteris.

Kamosiwe vivía solo en una de las cabañas cercanas a la entrada del *shabono*. Ya no cazaba ni trabajaba en los huertos; sin embargo, nunca le faltaba comida ni leña. Acompañaba a las mujeres a los campos o a la selva cuando iban a recoger nueces, frutos y madera. Mientras las mujeres trabajaban, Kamosiwe vigilaba, apoyado en su arco, con una hoja de plátano clavada en la punta de una flecha, para proteger su rostro del sol.

A veces agitaba su mano en el aire, tal vez para saludar a un pájaro, tal vez a una nube, que creía el alma de un iticoteri. A veces se reía solo. Pero la mayor parte del tiempo se quedaba inmóvil. Soñando o escuchando el rumor del viento que agitaba las hojas.

Aunque nunca había hecho o dicho nada que significara un reconocimiento de mi presencia entre los iticoteris, a menudo descubría su mirada fija en mí. A veces yo tenía la clara sensación de que buscaba intencionalmente mi presencia, porque siempre acompañaba al grupo de mujeres que iban conmigo. Y al anochecer, cuando yo buscaba la soledad del río, allí estaba él, acucillado no lejos de mí.

Nos detuvimos en un punto donde el río se ensanchaba. Las rocas oscuras, desperdigadas sobre la arena amarilla, daban la impresión de que alguien las hubiera ordenado en un orden simétrico. El agua quieta y sombreada parecía un oscuro espejo que reflejaba las raíces aéreas de los gigantes *matapalos*. Descendían desde una altura de casi treinta metros y ahogaban y apretaban a los árboles. Estas mortales raíces habían germinado inicialmente en una de las ramas del árbol, como una diminuta semilla que un pájaro dejara caer. No podía distinguir de qué árbol se trataba: tal vez una ceiba, porque las ramas que se doblaban con trágica grandeza estaban llenas de espinas.

Provistas de ramas de los árboles de *arapuri* que crecían allí cerca, algunas mujeres vadearon las aguas poco profundas del río. Sus gritos penetrantes y agudos rompieron la quietud, mientras golpeaban la superficie del agua. Los peces, asustados, se refugiaron bajo las hojas podridas de la orilla opuesta, donde las demás mujeres los cogían con las manos. Les quitaban la cabeza de un mordisco y los lanzaban, todavía contorsionándose, en las cestas planas que habían dejado en la arena.

—Ven conmigo —me dijo una de las mujeres del jefe. Me tomó de la mano y me guió río arriba—. Probemos nuestra suerte con las flechas de los hombres.

Los hombres y los jóvenes que nos habían acompañado se encontraban rodeados por un grupo de mujeres que les pedían a gritos sus armas. La pesca estaba considerada una actividad femenina; los hombres sólo acudían para reírse y burlarse. Era el único momento en que permitían a las mujeres utilizar sus arcos y flechas. Algunos hombres entregaron sus armas a las mujeres y luego salieron corriendo a guarecerse en la orilla, por miedo a que los hirieran accidentalmente. Quedaron encantados de que ninguna de ellas lograra una pieza.

—Prueba —me invitó Arasuwe, alargándome su arco.

Yo había tomado lecciones de tiro con arco en la escuela y me sentía segura de mi habilidad. Sin embargo, en

cuanto tomé su arco supe que me era imposible disparar bien. Apenas podía tensarlo; mi brazo temblaba incontrolablemente cuando solté la pequeña flecha. Probé varias veces, pero nunca pude alcanzar un pez.

—Qué forma tan atrevida de tirar —observó el viejo Kamosiwe, entregándome un arco más pequeño que pertenecía a uno de los hijos de Iramamowe.

El muchacho no se quejó, pero me miró con hosco disgusto. A su edad ningún hombre entregaría voluntariamente su arco a una mujer.

—Prueba de nuevo —me animó Kamosiwe, cuyo único ojo brillaba con extraña intensidad.

Sin la menor vacilación, tensé de nuevo el arco, apuntando la flecha al cuerpo plateado y reluciente que, por un instante, pareció inmóvil bajo la superficie. Sentí la tensión del arco relajarse súbitamente, y la flecha salió disparada sin esfuerzo. Oí claramente el agudo sonido de la flecha golpear el agua y, luego, vi un reguero de sangre. Con vítores, las mujeres me entregaron el pez ensartado. No era mayor que una trucha mediana. Devolví el arma al muchacho, que me miraba con sorprendida admiración.

Busqué al viejo Kamosiwe, pero se había marchado.

—Te haré un arco pequeño —dijo Arasuwe—, y flechas delgadas, del tipo que se usa para disparar a los peces.

Hombres y mujeres me rodeaban.

—¿Realmente acertaste al pez? —me preguntó uno de los hombres—. Inténtalo de nuevo. No lo vi.

—Sí, lo hizo, lo hizo —le aseguró la esposa de Arasuwe, mostrándole el trofeo.

—Ahahaha! —exclamaron los hombres.

—¿Dónde aprendiste a tirar con el arco y las flechas? —me preguntó Arasuwe.

Lo mejor que pude, intenté explicar lo que es una escuela. Mirando los ojos desconcertados de Arasuwe, deseé haber dicho que mi padre me había enseñado. Explicar algo que requiriese más de dos o tres frases seguidas podía resultar una experiencia frustrante no sólo para mí, sino también para mi auditorio. No siempre era cuestión de saber las palabras adecuadas; la dificultad provenía más bien del hecho de que ciertas palabras no existían en su lengua. Cuanto más hablaba, más preocupada se tornaba la expresión de Arasuwe. Con el entrecejo fruncido de decepción, insistió en que explicara cómo sabía yo usar el arco y las flechas. Deseé que Milagros no se hubiera ido de visita a otro poblado.

—Conozco blancos que son buenos tiradores con el fusil —dijo Arasuwe—, pero nunca he visto a un blanco usar un arco con habilidad.

Sentí la necesidad de quitar importancia al hecho de que hubiera acertado al pez, alegando que se trataba de pura suerte, como en verdad había sido. Pero Arasuwe seguía insistiendo en que yo sabía utilizar las armas de los indios. Hasta Kamosiwe se había dado cuenta de la forma en que yo sostenía el arco, según dijo en voz alta.

Creo que de alguna manera logré hacerles captar la idea de lo que es una escuela, porque insistieron en que les dijera qué más había aprendido. Los hombres se rieron a carcajadas cuando oyeron que la forma en que había decorado mis cuadernos era una cosa que aprendí en la escuela.

—No te han enseñado bien —dijo Arasuwe con convicción—. Tus dibujos eran muy malos.

—Se necesitan cientos de personas para eso —expliqué—. Los machetes se hacen en una fábrica. —Cuanto más intentaba hacerles entender, más se me enredaba la lengua—.

Sólo los hombres hacen machetes —dije finalmente, contenta de haber encontrado una explicación que los satisficiera.

—¿Qué más aprendiste? —preguntó Arasuwe.

Deseé tener conmigo algún aparato, como una grabadora, una linterna o algo así, para impresionarles. Entonces recordé la gimnasia que había practicado durante varios años.

—Puedo saltar en el aire —dije con pretensión. Despejaron un área cuadrada en la playa de arena y puse cuatro de las cestas llenas de pescado en las esquinas—. Nadie puede entrar en este espacio.

De pie en medio de la arena, observé los rostros llenos de curiosidad que me rodeaban. Estallaron en hilarantes carcajadas al verme realizar una serie de ejercicios de calentamiento. Aunque la arena no tenía la consistencia de una pista de gimnasia, por lo menos me consolaba el hecho de que no me haría daño si perdía el paso. Me puse de cabeza, di varias volteretas sobre las manos, salté hacia atrás y hacia delante y caminé atrás y adelante sobre las manos. No aterricé con la gracia de una gimnasta cumplida, pero me llenaron de satisfacción las expresiones admiradas que descubrí a mi alrededor.

—¡Qué cosas tan extrañas te enseñaron! —comentó Arasuwe—. Hazlo de nuevo.

—Sólo se puede hacer una vez.

Me senté en la arena para recuperar el aliento. Aunque hubiera querido, no habría podido repetir mi actuación.

Hombres y mujeres se acercaron, con los ojos fijos en mí.

—¿Qué más puedes hacer? —me preguntó uno de ellos. Por un instante, no supe qué decir; pensaba que ya había

hecho bastante. Tras un momento de duda, dije:

—Puedo sentarme sobre la cabeza.

La risa les hizo temblar el cuerpo hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Sentarse en la cabeza! —repetían, y cada vez volvían a estallar en carcajadas.

Puse los brazos planos sobre el suelo, coloqué la frente en las palmas unidas y, lentamente, levanté el cuerpo.

Cuando estuve segura de mi equilibrio, crucé las piernas que tenía estiradas. Las risas se apagaron.

Arasuwe se tumbó en el suelo, con la cara cerca de la mía. Sonreía, arrugando los extremos de sus ojos.

—Muchacha blanca, no sé qué pensar de ti, pero sé que si voy contigo por la selva los monos se pararán a mirarte. Encantados, se sentarán muy quietos a contemplarte, y yo los mataré. —Tocó mi cara con sus manos grandes y encallecidas—. Siéntate de nuevo sobre las nalgas. Tienes la cara roja, como si estuviera pintada con *onoto*. Tengo miedo de que se te salgan los ojos de la cabeza.

De vuelta en *el shabono*, Tutemi puso frente a mí, en el suelo, uno de los envoltorios de pescado, cocinado en hojas de *pishaansi*. El pescado era mi comida favorita. Para sorpresa de todos, lo prefería al armadillo, el pecan o el mono. Las hojas de *pishaansi* y la solución salada procedente de las cenizas del árbol de *kurori* le añadían un gusto que mejoraba mucho su sabor natural.

—¿Tu padre quería que aprendieras a usar el arco y las flechas? —me preguntó Arasuwe, sentándose a mi lado. Antes de que tuviera tiempo de responder, continuó—: ¿Quería un niño cuando naciste tú?

—No creo. Se puso muy contento cuando yo nací. Ya le habían nacido dos varones.

Arasuwe abrió el envoltorio que tenía delante. En silencio, deslizó el pescado hasta el centro de las hojas, como si estuviera ponderando un misterio para el que carecía de palabras. Me indicó que tomara parte de su comida. Con dos dedos y el pulgar, levanté una gran porción de pescado hasta mi boca. Como era correcto, chupaba el jugo que corría por mi brazo, y cuando encontraba una espina la escupía en el suelo, sin una pizca de la blanca carne.

—¿Por qué aprendiste a disparar flechas? —me preguntó Arasuwe con tono imperativo.

Sin pensarlo dos veces, respondí:

—Tal vez algo dentro de mí sabía que algún día iba a venir aquí.

—Deberías haber sabido que las niñas no usan el arco y las flechas. Me sonrió brevemente y luego empezó a comer.

X

El suave tamborileo de la lluvia y las voces de los hombres que cantaban fuera de la cabaña me despertaron de mi siesta vespertina. Las sombras empezaban a alargarse y el viento jugaba con las hojas de palmera que colgaban de los techos. Sonidos y presencias llenaron las cabañas súbitamente. Atizaron los fuegos. Todo empezó a oler en seguida a humo, a humedad, a comida y a perros mojados. Había hombres conversando afuera, sin hacer caso de las gotas que caían sobre sus espaldas, sobre sus rostros quietos como máscaras. Sus ojos, húmedos por efecto del epena, estaban fijos en las nubes lejanas, abiertos a los espíritus de la selva. Caminé bajo la lluvia hasta el río. Las pesadas gotas sonaban sobre las hojas de ceiba y despertaban a las ranas diminutas escondidas bajo la hierba alta que crecía junto a la orilla. Me senté al borde del agua. Sin conciencia del paso del tiempo, observé los círculos concéntricos de la lluvia que se dispersaban sobre el río y las flores rosas que pasaban, a la deriva, como sueños olvidados de otro lugar. El cielo se oscureció; el diseño de las nubes empezó a borrarse mientras se fundían unas en otras. Los árboles se juntaron en una masa única. Las hojas perdieron sus formas distintivas y se mezclaron con el cielo de la noche.

Gí sollozos detrás de mí; me volví, pero sólo pude ver el leve brillo de la lluvia sobre las hojas. Un inexplicable temor me invadió, y subí al sendero que conducía al shabono. De noche nunca me sentía segura de nada: el río y la selva eran como presencias que yo podía percibir, pero nunca comprender. Resbalé en el sendero lodoso, el pie enganchado en una raíz saliente. De nuevo escuché un suave sollozo. Me recordaba los gemidos dolorosos del perro de caza de Iramamowe, que en un ataque de furia él había herido con una flecha envenenada, porque durante una cacería el animal ladró inoportunamente. El perro herido regresó al poblado y se escondió tras una empalizada, y allí estuvo, aullando durante horas, hasta que Arasuwe puso fin a sus sufrimientos con otra flecha.

Llamé suavemente. Los gemidos cesaron y luego escuché claramente un quejido agónico. “Tal vez es verdad que hay espíritus en la selva”, pensé, incorporándome. Los iticoteris afirman que hay seres que se sitúan en una tenue frontera entre los animales y el hombre. Esas criaturas llaman a los indios por la noche y los conducen a la muerte. Ahogué un grito, pues una figura parecía destacarse en la oscuridad: una forma oculta que se movía entre los árboles apenas a un paso de donde yo estaba. Me senté de nuevo con intención de ocultarme. Escuché una débil respiración; era más como una serie de suspiros acompañados de un sonido raspante, como de ahogo. Pasaron por mi cabeza, a gran velocidad, las historias sobre viejas venganzas e incursiones sangrientas que los hombres gustaban de relatar por las noches. Recordaba en particular la historia del hermano de Angélica, el anciano chamán Puriwariwe, que supuestamente había sido asesinado en una de esas incursiones, pero no había muerto.

—Le dispararon en el estómago, donde se esconde la muerte —había dicho Arasuwe una noche—. No se acostó en su hamaca, sino que siguió de pie en el centro del claro, apoyado en su arco y sus flechas. Se tambaleaba, pero no cayó.

“Los asaltantes se quedaron como clavados en el suelo incapaces de disparar otra flecha, mientras el anciano cantaba invocando a los espíritus. Con la flecha todavía clavada en el sitio donde se encuentra la muerte,

desapareció en la selva. No volvió en muchos días y noches. Vivió en la oscuridad de la espesura sin comida ni bebida. Les cantaba a los hekuras de los animales y los árboles, criaturas que son inofensivas a la clara luz del día, pero que en las sombras de la noche causan terror a quien no puede mandar sobre ellas. Desde su escondite, el viejo shapori hizo dormir a sus enemigos con su canto, y los mató uno por uno, con flechas mágicas.

De nuevo escuché un gemido, luego un suspiro de ahogo. Me deslicé, tanteando cuidadosamente el camino para evitar las espinas. Estuve a punto de gritar de terror al tocar una mano; los dedos estaban enroscados en torno a un arco roto. No reconocí el cuerpo tendido hasta que palpé la cara llena de cicatrices de Kamosiwe.

—Anciano —llamé, temerosa de que estuviera muerto.

Se volvió sobre un costado y contrajo las piernas con la facilidad de un niño que busca calor y consuelo. Trató de enfocarme en la fijeza de su único ojo que me miraba con desamparo. Parecía que volviera de una gran distancia, de otro mundo. Apoyándose en el tronco roto, trató de ponerse en pie. Se agarró de mi brazo, pero cayó de nuevo al suelo con un sonido espeluznante. No pude levantarlo. Le sacudí, pero permaneció inmóvil.

Busqué los latidos de su corazón para ver si estaba muerto. Kamosiwe abrió su único ojo; en su mirada parecía haber una súplica silenciosa. La pupila dilatada no reflejaba ninguna luz; como un túnel hondo y oscuro, parecía chupar la fuerza de mi cuerpo. Temerosa de cometer un error, le hablé en español, suavemente, como si fuera un niño. Deseaba que cerrara ese ojo aterrador y se durmiera.

Lo levanté por debajo de los brazos y lo arrastré hacia el shabono. Aunque no era más que piel y huesos, su cuerpo parecía pesar una tonelada. Tras unos pocos minutos, tuve que sentarme y descansar; me preguntaba si aún estaba vivo. Sus labios temblaron; escupió una bola de tabaco. La oscura saliva goteó sobre mi pierna. Su ojo se llenó de lágrimas. Volví a poner el tabaco en su boca, pero lo rechazó. Tomé sus manos, y las froté contra mi cuerpo para darles algo de calor. Empezó a decir algo, pero sólo percibí un murmullo ininteligible.

Uno de los jóvenes que dormían cerca de la entrada, junto a la cabaña del anciano, me ayudó a levantarlo hasta su hamaca.

—Pon leña en el fuego —le dije a uno de los chicos que nos miraban con la boca abierta—. Y llama a Arasuwe, Etawa o alguien que pueda ayudar al anciano.

Kamosiwe abrió la boca para respirar mejor. La luz indecisa del pequeño fuego acentuaba su palidez fantasmal. Su rostro se torció en una extraña sonrisa, una mueca que me confirmaba que había hecho lo que debía hacer.

La cabaña se llenó de gente. Sus ojos brillaban llenos de lágrimas; sus tristes quejas llenaron el shabono.

—La muerte no es como la oscuridad de la noche —dijo Kamosiwe en un murmullo apenas audible.

Sus palabras cayeron en el silencio mientras los que se habían reunido en torno a su hamaca, suspendían momentáneamente sus lamentos.

—No nos dejes solos —se lamentaban los hombres, y luego estallaban en sollozos más intensos.

Empezaron a hablar del valor del anciano, de los enemigos que había matado, de sus hijos, de los tiempos en que fue jefe de los iticoteris y de la prosperidad y la gloria que había traído al poblado.

—No moriré todavía. —Las palabras del anciano acallaron de nuevo a los demás—. Vuestros llantos me ponen demasiado triste. —Abrió su ojo y observó las caras que le rodeaban—. Los hekuras todavía están en mi pecho. Cantadles, porque ellos son los que me mantienen vivo.

Arasuwe, Iramamowe y otros cuatro hombres soplaron epena unos en la nariz de Otros. Con ojos borrosos empezaron a cantar a los espíritus que viven debajo y por encima de la tierra.

—¿Qué tienes? —le preguntó Arasuwe después de un rato, inclinándose sobre el anciano.

Sus fuertes manos masajearon el pecho débil y marchito; su boca soplabla calor sobre la forma inmóvil.

—Sólo estoy triste —susurró Kamosiwe—. Los hekuras pronto abandonarán mi pecho. Mi tristeza es lo que me debilita.

Volví con Ritimi a nuestra cabaña.

—No se morirá —dijo, secándose las lágrimas de la cara—. No sé por qué quiere vivir tanto tiempo. ¡Es tan viejo! Ya no es un hombre.

—¿Qué es?

—Su cara se ha vuelto tan pequeña, tan delgada...

Ritimi me miró como si le faltaran palabras para expresar sus pensamientos. Hizo un gesto vago con la mano, como tratando de alcanzar algo que no sabía cómo explicar. Encogiéndose de hombros, sonrió.

—Los hombres cantarán toda la noche, y los hekuras mantendrán vivo al anciano.

La lluvia monótona, cálida y persistente se mezclaba con los cantos de los hombres. Cada vez que me sentaba en la hamaca podía verlos a través del claro, en la cabaña de Kamosiwe, sentados en torno al fuego. Convencidos de que sus invocaciones podían preservar la vida, cantaban con gran fuerza, mientras el resto de los iticoteris dormía.

Las voces se apagaron con la sonrosada melancolía del amanecer. Me levanté y atravesé el claro, El aire estaba frío y el suelo, empapado de lluvia. El fuego se había apagado, pero la cabaña estaba tibia gracias al humo neblinoso que la llenaba. Los hombres, acurrucados unos contra otros, todavía rodeaban a Kamosiwe. Sus rostros parecían extenuados, los ojos rodeados de profundos círculos.

Volví a mi hamaca mientras Ritimi se levantaba para volver a encender el fuego.

—Kamosiwe tiene buen aspecto —dije, poniéndome a dormir.

Al incorporarme detrás de un arbusto vi a la menor de las esposas de Arasuwe y a su madre abriéndose lentamente camino entre la maleza, en dirección al río. En silencio, seguí a las dos mujeres. No llevaban cestas; sólo un trozo de bambú afilado. La mujer preñada se sujetaba el vientre con las manos, como para aguantar su peso. Se detuvieron bajo un árbol de arapurí, limpio de maleza y cubierto de anchas hojas de platanillo extendidas por el suelo. La mujer preñada se arrodilló sobre las hojas, apretándose el abdomen con las dos manos. Un suave quejido escapó de sus labios y dio a luz.

Me llevé la mano a la boca para acallar la risa. No podía concebir que dar a luz pudiera ser algo tan carente de esfuerzo, tan rápido. Las dos mujeres hablaban en susurros, pero ninguna de las dos miraba o recogía el bebé mojado y reluciente que descansaba sobre las hojas.

Con la caña de bambú, la mujer mayor cortó el cordón umbilical, y luego buscó hasta encontrar una rama recta. Vi cómo ponía la rama sobre el cuello del bebé, y luego pisaba con ambos pies los dos extremos. Hubo un leve ruido seco. No estaba segura de si lo que se había quebrado era la rama o el cuello del niño.

Envolvieron la placenta en un paquete de hojas de platanillo y al pequeño cuerpo sin vida en otro. Ataron los paquetes con bejucos y los colocaron debajo de un árbol.

Traté de esconderme detrás de los arbustos mientras las mujeres se levantaban para irse, pero las piernas no me obedecían. Me sentía vaciada de toda emoción, como si la escena que tenía ante mí fuera alguna extraña pesadilla. Las mujeres me miraron. Un leve aleteo de sorpresa pasó por sus rostros, pero no vi en ellos dolor o arrepentimiento.

En cuanto se hubieron marchado, desaté las lianas. El cuerpo sin vida de una niñita descansaba en las hojas como si estuviera dormida. Largos cabellos negros, como hilos de seda, se pegaban a la cabeza mojada. Tenía los ojos cerrados, los párpados sin pestañas e hinchados. La sangre había dejado de manar de la nariz y la boca y se había secado, como un macabro dibujo de onoto, sobre la piel levemente amoratada. Abrí los puñitos. Revisé los pies para ver si tenía todos los dedos; no encontré ninguna deformidad visible.

Habían transcurrido las últimas horas de la tarde. Las hojas secas no hacían ruido alguno bajo mis pies descalzos; la noche las humedecía. El viento apartaba las ramas frondosas de las ceibas. Miles de ojos parecían espiarme; ojos indiferentes, velados de sombras verdes. Caminé río abajo y me senté sobre un tronco caído que todavía no estaba muerto. Toqué los manojos de brotes nuevos que deseaban desesperadamente ver la luz. El ruido de los grillos parecía burlarse de mis lágrimas.

Podía oler el humo de las cabañas y me molestaban esos fuegos que ardían día y noche, tragándose el tiempo y los acontecimientos. Negras nubes ocultaron la luna, cubriendo el río con un velo de luto. Escuché a los animales: los que se despiertan de su sueño diurno y rondan por la selva de noche. No tenía miedo. El silencio, como un suave polvo de estrellas, caía en torno a mí. Quería quedarme dormida y despertarme sabiendo que todo había sido un sueño.

A través de un hueco entre los árboles, vi una estrella fugaz. No pude evitar sonreír. Siempre había sido rápida para formular deseos, pero no pude pensar en ninguno.

Sentí el brazo de Ritimi sobre mi cuello. Como un espíritu de la selva, se había sentado a mi lado sin hacer ruido. Los palitos de color claro que señalaban las comisuras de sus labios brillaban en la oscuridad como si estuvieran hechos de oro. Agradecí su presencia y que no dijera nada.

El viento se llevó las nubes que oscurecían la luna; su luz nos cubrió de un color azul pálido. Sólo entonces descubrí al anciano Kamosiwe, en cuclillas junto al tronco, su ojo fijo en mí. Empezó a hablar, lentamente, enunciando cada palabra. Pero yo no escuchaba. Apoyándose con fuerza en su arco, nos indicó que lo siguiéramos al shabono. Se detuvo en su cabaña; Ritimi y yo seguimos hasta la nuestra.

—Sólo hace una semana, hombres y mujeres lloraban —dije, sentándome en mi hamaca—. Lloraban porque creían que Kamosiwe se iba a morir. Hoy vi a la esposa de Arasuwe matar a su recién nacido.

Ritimi me dio un poco de agua.

—¿Cómo puede una mujer alimentar a un nuevo recién nacido con su pecho si tiene un niño que todavía mama? —observó con brusquedad—. Un niño que ha vivido todo este tiempo.

Intelectualmente, comprendí las palabras de Ritimi. Sabía que el infanticidio era una práctica común entre los indios del Amazonas. Los niños se espaciaban aproximadamente dos o tres años. La madre daba el pecho durante este tiempo y evitaba tener otro niño, para mantener una buena provisión de leche. Si nacía durante ese tiempo un niño deforme o una niña, se le mataba, para dar al que aún mamaba una mejor oportunidad de supervivencia.

Sin embargo, emocionalmente, no podía aceptarlo. Ritimi me cogió la cara y me forzó a mirarla. Sus ojos brillaban, sus labios temblaban.

—El que todavía no ha visto el cielo tiene que volver al lugar de donde vino. —Alargó su brazo hacia las inmensas sombras negras que empezaban a nuestros pies y terminaban en el cielo—. A la casa del trueno.

XI

Una mañana, en vez de despertarme las suaves charlas de las mujeres, lo hicieron los gritos de Iramamowe que anunciaba que ese día prepararía curare.

Me senté en la hamaca. Iramamowe estaba de pie en el centro del claro. Con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho, examinaba detenidamente a los jóvenes que se habían reunido en torno a él. Gritando cuanto podía, les advertía que si pensaban ayudarlo a preparar el veneno, no podrían dormir con una mujer esa noche. Iramamowe continuó riñéndolos como silos chicos hubieran cometido ya una falta, recordándoles que se enteraría si lo desobedecían porque probaría el veneno en un mono. Si el animal sobrevivía, nunca más pediría a los hombres que le ayudaran. Les dijo que si deseaban acompañarle a la selva para recoger las diversas hierbas necesarias para fabricar el mamucoil, no debían comer ni beber hasta que hubieran untado el veneno en las puntas de sus flechas.

La calma volvió al shabono en cuanto los hombres se marcharon. Tutemi, tras atizar los fuegos, hizo bolas de tabaco para ella, Ritimi y Etewa, y volvió a su hamaca. Pensé que tenía tiempo de dormir un poco más antes de que estuvieran listos los plátanos metidos entre las brasas. Me di la vuelta en la hamaca; el humo calentaba el aire frío. Como cada mañana, tras hacer sus necesidades, la pequeña Texoma y Sisiwe, así como los dos niños menores de Arasuwe, treparon a mi hamaca y se acurrucaron contra mí.

Ritimi no se había enterado de los acontecimientos matutinos. Dormía profundamente en el suelo. El sueño no interfería en la vanidad de Ritimi. Su cabeza, apoyada en su brazo, estaba colocada de forma que le permitía conservar todos sus adornos; había palitos delgados y pulidos incrustados a través de las aletas de su nariz y en las comisuras de sus labios. La mejilla visible revelaba dos líneas de color marrón, signo en el que cualquier habitante del shabono podía reconocer que estaba menstruando. Las dos últimas noches, Ritimi no había dormido en su hamaca, no había comido carne, no había cocinado ninguna de las comidas y no había tocado a Etewa ni ninguna de sus pertenencias.

Los hombres tenían miedo de las mujeres menstruantes. Ritimi me había dicho que se sabía que las mujeres no tenían hekuras en el pecho, pero estaban vinculadas a la esencia vital de la nutria, de la que descendía la primera mujer que hubo en la Tierra. Durante sus menstruaciones, se suponía que las mujeres estaban imbuidas de los poderes sobrenaturales de la nutria. Al parecer no sabía cuáles eran estos poderes, pero decía que si un hombre veía a una nutria en el río nunca la mataba, por miedo a que una mujer del poblado muriera en ese mismo instante.

Las mujeres iticoteris estaban al principio muy desconcertadas porque yo no había menstruado desde mi llegada. Mis explicaciones —pérdida de peso, cambio de régimen, nuevas circunstancias— no les parecían razón suficiente. Creían en cambio que, al no ser india, no era del todo humana. No tenía vínculos con la esencia vital de ningún animal, planta o espíritu.

Sólo Ritimi quería creer y probarles a las demás mujeres que yo era humana.

—Tienes que avisarme inmediatamente cuando estés roo, como si yo fuera tu madre —me decía Ritimi cada vez que ella misma menstruaba—. Y haré los preparativos necesarios para que no te conviertan en piedra las diminutas criaturas que viven bajo tierra.

Probablemente, la insistencia de Ritimi era otra de las razones por las que mi cuerpo no seguía sus ciclos normales. Dado que tenía tendencia a sufrir claustrofobia, sufría ataques periódicos de ansiedad ante la posibilidad de sufrir las mismas restricciones que una niña iticoteri cuando tiene sus primeras menstruaciones.

Sólo una semana antes, Xotomi, una de las hijas del jefe, había salido de un confinamiento de tres semanas. Su madre, al enterarse de que Xotomi tenía la primera menstruación, construyó una celda hecha con palos, hojas de palmera y lianas, en un rincón de su cabaña. Dejaron un pequeño espacio abierto que apenas permitía a la madre deslizarse al interior dos veces al día para alimentar el pequeño fuego que ardía dentro (y que no debía apagarse), y retirar las hojas de platanillo manchadas que cubrían el suelo. Los hombres, temerosos de morir jóvenes o de enfermar, ni siquiera miraban hacia esa parte de la cabaña.

Durante los tres primeros días de menstruación, Xotomi sólo tomó agua y tuvo que dormir en el suelo. Después le dieron tres plátanos pequeños por día y se le permitió descansar en la pequeña hamaca de corteza que colgaron dentro de la celda. No podía ni hablar ni llorar durante su encierro. Todo lo que se oía detrás de las hojas de palma era el leve sonido de Xotomi rascándose con un palito, porque tenía prohibido tocar su cuerpo.

Al final de la tercera semana, la madre de Xotomi desmanteló la celda, ató las hojas de palma en un apretado paquete y les pidió a algunas amigas de su hija que las escondieran en la selva. Xotomi no se movió, como si las hojas de palma todavía la rodearan. Permaneció acuciada en el suelo con los ojos bajos. Sus hombros ligeramente encogidos se veían tan frágiles que parecía que, de tocarlos alguien, los huesos cederían con un crujido hueco. Más que nunca, parecía una niña asustada, delgada y sucia.

—Ten los ojos fijos en el suelo —le recomendó su madre, ayudando a levantarse a la niña de doce, tal vez trece años. Con los brazos en torno a su cintura, llevó a Xotomi hasta el fuego—. No pongas los ojos en ninguno de los hombres del claro —le advirtió a la niña— si no quieres que les tiemblen las piernas cuando te ganen que subir a los árboles.

Habían calentado agua. Amorosamente, Ritimi lavó a su hermanastra de pies a cabeza, luego frotó su cuerpo con onoto hasta que brilló, uniformemente rojo. Pusieron nuevas hojas de plátano en el fuego, mientras Ritimi

guiaba a la niña en una vuelta en torno al hogar. Sólo cuando su piel no tuvo más olor que el de las hojas quemadas, permitieron a Xotomi mirarnos y hablarnos.

Se mordía el labio inferior mientras levantaba lentamente la cabeza.

—Mamá, no quiero irme de la cabaña de mi padre —dijo finalmente, y rompió a llorar.

—¡Bah, bah, niñita tonta! —exclamó su madre, tomando la cara de Xotomi en sus manos.

Secándole las lágrimas, la mujer le recordó la suerte que tenía al convertirse en esposa del hijo más joven de Hayama, Matuwe, y lo afortunada que era de estar tan cerca de sus hermanos, que la protegerían si el marido la maltrataba. Los oscuros ojos de la madre brillaban, nublados de lágrimas.

Yo tenía razones para estar triste cuando vine por primera vez a este shabono. Había dejado a mi madre y mis hermanos. No tenía a nadie que me protegiera.

Tutemi abrazó a la niña.

—Mírame a mi. Yo también vine de lejos, pero ahora estoy contenta. Pronto tendré un niño.

—Pero yo no quiero un niño —se lamentaba Xotomi entre sollozos—. Yo sólo quiero abrazar a mi monito.

Seguí un rápido impulso y alcancé el monito colgado de un racimo de plátanos para dárselo a Xotomi. Las mujeres rompieron a reír.

—Si tratas bien a tu esposo, él será como tu monito —dijo una de ellas entre carcajadas.

—No le digáis esas cosas a la niña —protestó la vieja Hayama. Sonriendo, se encaró con Xotomi—. Mi hijo es un buen hombre —dijo en tono consolador—. No tienes por qué tener miedo.

Hayama continuó elogiando a su hijo, insistiendo en la habilidad de Matuwe como cazador y proveedor del hogar.

El día de la boda, Xotomi sollozaba en silencio. Hayama acudió a su lado.

—No llores más. Te adornaremos. Hoy estarás tan hermosa que todo el mundo se quedará con la boca abierta admirándote.

Tomó a Xotomi de la mano e indicó a las mujeres que la siguieran por una salida lateral, hacia la selva.

Sentada en un tronco caído, Xotomi se secó las lágrimas con el dorso de la mano. En sus labios apareció una sonrisa frágil mientras contemplaba el rostro de la vieja Hayama, y se sometió sin resistencia a los preparativos de las mujeres.

Le cortaron el pelo y le afeitaron la tonsura. Le colocaron manojos de suaves plumas blancas en los orificios de las orejas, que contrastaban con sus negros cabellos y daban a su rostro delgado una etérea belleza. Los agujeritos de las comisuras de su boca y su labio inferior fueron decorados con rojas plumas de perico. En la perforación de la nariz, Ritimi insertó un palito muy pulido y casi blanco.

—¡Qué hermosa estás! —exclamamos, cuando Xotomi quedó ante nosotros, engalanada.

—Mamá, estoy lista para irme —dijo solemnemente.

Sus ojos oscuros y rasgados brillaban, y su piel parecía resplandecer de onoto. Sonrió brevemente, mostrando unos dientes blancos, fuertes y regulares, y nos precedió en el camino de vuelta al shabono. Sólo por un instante —inmediatamente antes de entrar en el claro—, sus ojos se volvieron a mirar a su madre con una muda súplica.

Con la cabeza en alto y sin fijar la mirada en nadie en particular, Xotomi dio lentamente la vuelta al claro, en apariencia indiferente a las palabras de admiración y las miradas de los hombres. Entró en la cabaña de su padre y se sentó ante un cuenco lleno de pulpa de plátano. Primero ofreció a Arasuwe algo de sopa, luego a sus tíos y hermanos y, finalmente, a cada hombre del shabono. Cuando hubo servido a las mujeres, caminó hasta la cabaña de Hayama, se sentó en una de las hamacas y empezó a comer el animal que había cazado y preparado su marido, al que estaba prometida desde antes de nacer.

Las palabras de Tutemi interrumpieron mis ensoñaciones:

—¿Vas a comerte tu plátano aquí o en la cabaña de Hayama?

—Será mejor que me lo coma allí —dije, sonriéndole a la abuela de Ritimi, que ya me esperaba en la cabaña contigua a la de Tutemi.

Xotomi me sonrió cuando me vio acercarme. Había cambiado mucho. No se debía al peso que había ganado desde que saliera de su encierro. Más bien se trataba de la madurez de su comportamiento, la manera en que me miraba, la forma en que me invitaba a comer el plátano. Me pregunté si esto se debía a que, a diferencia de los niños que pueden prolongar su infancia hasta la adolescencia, las niñas deben ayudar a su madre en las tareas domésticas desde que tienen seis u ocho años: recoger leña, limpiar los huertos, cuidar a sus hermanos más pequeños. A la edad en que un varón llega a adulto, una niña ya está casada y a menudo es ya madre de uno o dos niños.

Después de comer, Tutemi, Xotomi y yo trabajamos durante varias horas en los huertos, y volvimos al shubono tras un refrescante baño en el río. Un grupo de hombres con los rostros y los cuerpos pintados de negro, estaban sentados en el claro. Algunos quitaban la corteza a unos gruesos trozos de rama.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—¿No los reconoces? —Tutemi se rió de mí—. Son Iramamowe y los hombres que fueron ayer con él a la selva.

—¿Por qué están pintados de negro?

—¡Iramamowe! —gritó Tutemi—. La muchacha blanca quiere saber por qué tenéis las caras negras —y entró corriendo en su cabaña.

—Mejor que corras —le dijo Iramamowe, levantándose—. El bebé que llevas en el vientre podría debilitar el mamucori añadiéndole agua.

Con el ceño fruncido, se volvió a Xotomi y a mi; antes de que tuviésemos tiempo de decir algo más, Xotomi me tiró de la mano y me metió en la cabaña de Etawa.

Entre ataques de risa, Xotomi me explicó que cualquiera que hubiera estado en el agua ese día tenía prohibido acercarse a los hombres que estaban preparando el curare. Se creía que el agua debilitaba el veneno.

—Si el mamucori no actúa bien, te echará la culpa a ti.

—Me hubiera gustado verles preparar el mamucori —comenté, decepcionada.

—¿A quién le gustaría ver una cosa así? —dijo Ritimi incorporándose—. Te diré lo que van a hacer. —Bostezó y se estiró, dobló las hojas de platanillo sobre las que había estado durmiendo y cubrió el suelo con otras nuevas—. Los hombres están pintados de negro porque el mamucori no sólo sirve para cazar sino también para hacer la guerra —dijo Ritimi, indicándole que me sentara a su lado.

Peló un plátano y, con la boca llena, me explicó cómo los hombres hervían la planta de mamucori hasta que se convertía en un líquido oscuro. Más tarde se añadían plantas secas de ashukamakz para espesar el veneno. Cuando la mezcla hubiera hervido hasta evaporar toda el agua, estaría lista para untar en las puntas de las flechas.

Con resignación, ayudé a Tutemi a preparar hojas de tabaco para secar. Bajo sus precisas instrucciones, corté cada hoja siguiendo la nervadura y tirando hacia arriba para que se enrollaran, y luego las até en montones a las vigas. Desde donde yo estaba sentada no podía ver lo que ocurría fuera de la cabaña de Iramamowe. Los niños rodearon a los hombres que estaban trabajando, con la esperanza de que les pidieran que ayudaran. No era extraño que no hubiera visto un solo niño bañándose en el río esa mañana.

—Traed un poco de agua del arroyo —le dijo Iramamowe al pequeño Sisiwe—, Pero no te mojes los pies. Pisa sobre los troncos, las raíces o las piedras. Si te mojas, tendremos que enviar a otro.

La tarde ya estaba avanzada cuando Iramamowe terminó de mezclar y cocer el curare.

—Ahora el mamucorise está volviendo fuerte. Siento cómo mis manos se ponen a dormir.

Con una voz baja y monótona, empezó a cantarles a los espíritus del veneno, mientras revolvía el curare.

Hacia media mañana, al día siguiente, Iramamowe entró corriendo en el shabono.

—El manucori no sirve. Le disparé a un mono pero no murió. Se fue caminando con la flecha inútil clavada en la pata. —Iramamowe corrió de cabaña en cabaña, insultando a los hombres que le habían ayudado a preparar el curare—. ¿No os advertí que no durmierais con mujeres? Ahora el mamucorí no sirve para nada. Si un enemigo nos atacara, ni siquiera podríais defender a vuestras mujeres. Os creéis valientes guerreros, pero sois tan inútiles como vuestras flechas. Deberíais cargar cestas en vez de armas.

Por un momento creí que Iramamowe iba a llorar, al verle sentarse en el suelo, en medio del claro.

—Haré el veneno yo solo. Sois todos incompetentes —murmuraba una y otra vez, hasta que su furia se gastó y quedó completamente exhausto.

Unos días más tarde, al amanecer, poco antes de que el mono que Iramamowe había matado con una flecha recién untada de veneno nuevo estuviera cocido del todo, un extraño entró en el shabono llevando un gran envoltorio. Tenía el cabello todavía mojado de haberse bañado en el río su rostro y su cuerpo estaban extravagantemente pintados con onoto. Dejando en el suelo su paquete y también el arco y las flechas, se quedó unos minutos de pie, en silencio, en el centro del claro, y luego se aproximó a la cabaña de Arasuwe.

—He venido a invitaros a la fiesta que celebra mi gente —dijo el hombre con voz aguda y cantarina—. El jefe de los mocototeris me ha enviado a deciros que tenemos muchos plátanos maduros.

Arasuwe, sin levantarse de la hamaca, le dijo al hombre que no podría asistir a la fiesta.

—No puedo dejar ahora mis huertos. He plantado plátanos nuevos; necesitan cuidado. —Arasuwe hizo un amplio gesto con la mano—. Mira toda la fruta que cuelga de las vigas; no quiero que se eche a perder.

El visitante caminó hasta nuestra cabaña y se dirigió a Etawa.

—Tu suegro no quiere venir. Espero que tú podrás visitar a mi gente, que me ha enviado para invitarte.

Etawa se golpeó los muslos con alegría.

—Sí. Yo iré. No me importa dejar mis plátanos. Les daré permiso a otros para que se los coman.

Los ojos vivaces y oscuros del visitante brillaban de alegría mientras iba de cabaña en cabaña convocando a los iticoteris a su poblado. Lo invitaron a descansar en la cabaña del viejo Kamosiwe, y le ofrecieron sopa de plátano y carne de mono. Más tarde, esa noche, desató su envoltorio en medio del claro.

—Una hamaca —murmuraron decepcionados los hombres que se habían reunido en torno a él.

Aunque los iticoteris reconocían la comodidad y el calor de las hamacas de algodón, sólo algunas mujeres las tenían. Los hombres preferían las de corteza o lianas, y las cambiaban periódicamente por otras nuevas. El visitante quería cambiar la hamaca de algodón por puntas de flecha envenenadas y polvos de epena. Algunos hombres se quedaron toda la noche hablando e intercambiando noticias con el forastero.

Arasuwe se negó rotundamente a que yo formara parte del grupo que asistiría al festín de los mocototeris.

—Milagros te ha dejado encargada a mí —me recordó el jefe—. ¿Cómo puedo protegerte si estás en otro sitio?

—¿De qué necesito que me protejan? —pregunté—. Los mocototeris, ¿son gente peligrosa?

—No hay que confiar en los mocototeris —dijo Arasuwe, tras un largo silencio—. Siento en mis piernas que no es bueno que vayas.

—La primera vez que vi a Angélica me dijo que no era peligroso para una mujer caminar por la selva.

Arasuwe no se tomó la molestia de contestar o comentar lo que yo había dicho, sino que me miró como si me hubiera vuelto invisible. Obviamente consideraba el asunto resuelto y no pensaba rebajarse a más discusiones con una chica ignorante.

—Tal vez Milagros esté allí —aventuré.

Arasuwe sonrió.

—Milagros no estará allí. Si así fuera, yo no tendría ninguna razón para preocuparme.

—¿Por qué no se puede confiar en los mocototeris?

—Haces demasiadas preguntas. No estamos en términos amistosos con ellos —añadió a regañadientes.

Le miré con incredulidad.

—Entonces, ¿por qué os invitan a la fiesta?

—Eres ignorante —concluyó Arasuwe, saliendo de la cabaña.

No sólo yo quedé decepcionada con la decisión de Arasuwe. Ritimi estaba tan triste porque no podría mostrarme y presumir de mi ante los mocototeris, que consiguió que Etewa, Iramamowe y el anciano Kamosiwe ayudaran a convencer a su padre de que me permitiera acompañarles. Aunque los consejos de los ancianos eran valorados y respetados, fue Iramamowe, conocido por su valentía, quien finalmente persuadió y aseguró a su hermano de que nada malo me ocurriría en el poblado mocototeri.

—Debes llevarte el arco y las flechas que hice para ti —me advirtió Arasuwe más tarde, por la noche. Empezó a reírse a carcajadas—. Eso sí asombrará a los mocototeris. Casi valdría la pena que yo fuera para ver su sorpresa. —Al advertir que yo revisaba mis flechas, Arasuwe añadió, más seriamente—: No puedes llevártelas. No está bien que una mujer vaya por la selva llevando un arma de hombre.

—Yo cuidaré de ella —le prometió Ritimi a su padre—. Tendré cuidado de que no se aparte de mi lado, ni siquiera cuando tenga que ir a esconderse en la maleza.

—Estoy segura de que Milagros habría querido que yo fuera —dije, esperando que esto tranquilizara un poco a Arasuwe.

Me miró sombríamente y se encogió de hombros.

—Espero que vuelvas sana y salva.

Expectante y temerosa, no pude dormir aquella noche. El ruido familiar de los troncos que caían en el fuego me llenó de malos presentimientos. Etewa atizó las brasas con un palo antes de acostarse. A través del humo y la humedad, las copas distantes de los árboles parecían fantasmas. Los huecos entre las hojas semejaban ojos vacíos que me acusaban de algo que yo no comprendía. Casi me sentí tentada de seguir el consejo de Arasuwe, pero la luz del día hizo desvanecerse toda aprensión.

XII

El sol apenas había disipado el frío aire matutino cuando emprendimos el viaje, cargados de cestos llenos de plátanos, calabazas, hamacas, los ingredientes que necesitábamos para adornarnos y objetos para comerciar: grandes bultos de hilo de algodón crudo, puntas de flecha de nuevas formas, y recipientes de bambú llenos de onoto y epena. Con sus hamacas colgadas en torno al cuello, los niños mayores caminaban detrás de sus madres. Los hombres, que cerraban la marcha de cada grupo familiar, sólo llevaban sus arcos y sus flechas.

Éramos un grupo de veintitrés personas. Durante cuatro días caminamos en silencio por la selva, al paso tranquilo que fijaban los ancianos y los niños. Cuando percibían el menor movimiento o sonido en la maleza, las mujeres se detenían, señalando con la barbilla en dirección al ruido. Rápidamente, los hombres desaparecían en esa dirección. Casi siempre volvían con un agutí —un roedor parecido a un conejo— o un pecan, o un pájaro, que cocinábamos en cuanto acampábamos para pasar la noche. Los niños estaban siempre a la busca de frutos silvestres. Sus ojos agudos seguían el vuelo de las abejas hasta que encontraban sus colmenas en el tronco hueco de los árboles. Con los insectos todavía en pleno vuelo, ellos podían identificar con precisión si pertenecían a la variedad de los que picaban o de los que no picaban.

Hayama, Kamosiwe y varios ancianos más llevaban atados en torno al tórax y el abdomen el líber fibroso de un árbol. Decían que les devolvía la energía y les hacía más fácil caminar. Lo probé, pero el líber ceñido sólo me produjo urticaria.

Mientras subíamos y bajábamos por las colinas, me preguntaba si aquella era una ruta diferente de la que habíamos seguido con Milagros. No podía recordar ni un árbol, una roca o un tramo de río. Tampoco recordaba que hubiéramos encontrado mosquitos ni ningún otro insecto en las marismas. Atraídos por nuestros cuerpos sudorosos, zumbaban en torno a nosotros con enloquecedora insistencia. Yo, que nunca los había sufrido, no

podía decidir qué parte del cuerpo rascarme primero. Mi camiseta desgarrada no me protegía en absoluto. Hasta Iramamowe, que al principio no había hecho ningún caso de las constantes picaduras, reconocía ocasionalmente la molestia dándose bofetadas en el cuello y los brazos o levantando una pierna para rascarse el tobillo.

Mediado el quinto día, acampamos a la orilla de los huertos de los mocototeris. Los claros libres de maleza hacían que las gigantescas ceibas parecieran todavía más monumentales que en medio de la selva.

Parches de luz se filtraban a través de las hojas, iluminando y ensombreciendo el oscuro suelo.

Nos bañamos en el río cercano, en el que las flores rojas que colgaban de las lianas sobre el agua se balanceaban con gracia sensual al ritmo de la brisa. Iramamowe y otros tres jóvenes fueron los primeros en concluir su atuendo festivo y pintarse con onoto, antes de dirigirse al shabono de nuestros huéspedes. Iramamowe volvió poco después, con un cesto lleno de carne asada y plátanos horneados.

—Iduy, los mocototeris tienen mucho más —dijo, distribuyendo la comida entre nosotros.

Antes de que las mujeres empezaran a embellecerse, ayudaron a sus hombres a pegar plumas y pelusa blanca en sus cabellos y a atar más pluma y piel de mono en torno a sus brazos y cabezas. Me encomendaron la tarea de decorar las caras y cuerpos de los niños con los dibujos de onoto prescritos para ellos.

Nuestras risas y charlas se vieron interrumpidas por los gritos de un mocototeri que se acercaba.

—Parece un mono —susurró Ritimi.

Asentí, apenas capaz de ocultar la risa. Las piernas cortas y arqueadas del hombre y sus brazos desproporcionadamente largos parecían aún más acentuados cuando se acercó a Etawa e Iramamowe, imponentes con las cabezas cubiertas de plumón blanco y las largas plumas multicolores que salían de sus brazaletes y sus cinturones de color escarlata.

—Nuestro jefe quiere iniciar el banquete. Desea que vengáis pronto —dijo el mocototeri con la misma voz aguda y formal que el hombre que había acudido al shabono a invitarnos—. Si perdéis demasiado tiempo preparándoos, no tendremos oportunidad de hablar.

Con las cabezas en alto y el mentón un poco levantado, Etawa, Iramamowe y tres jóvenes, también adecuadamente pintados y adornados, siguieron al mocototeri. Aunque fingían indiferencia, los hombres estaban conscientes de las miradas de admiración que les dirigíamos mientras marchaban hacia el shabono.

Dominadas por el nerviosismo del último momento, las mujeres se apresuraron a dar los últimos toques a su atuendo, añadiendo aquí una flor, allá una pluma, aquí un poco de onoto. Su apariencia quedaba al juicio de los demás, porque no había espejos.

Ritimi me ató el ancho cinturón, asegurándose de que su amplio extremo quedara debidamente centrado.

—¡Todavía estás tan delgada —me dijo, tocándome los pechos— a pesar de lo mucho que comes! No comas hoy de la forma que comes en nuestro shabono, o los mocototeris pensarán que no te damos bastante.

Le prometí comer poco, y luego me eché a reír al recordar que era el mismo consejo que me daba mi madre siempre que me invitaban a pasar el fin de semana en casa de algunos amigos. Ella también se avergonzaba de mi apetito voraz, pensando que la gente creería que en casa no me daban bien de comer o, peor aún, que yo tenía una solitaria.

Inmediatamente antes de salir hacia el shabono de los mocototeris, la vieja Flayama les advirtió a sus nietos, Texoma y Sisiwe, que se portaran bien. Elevando la voz para que los demás niños que nos acompañaban también la oyeran, insistió en la importancia de evitar que las mujeres mocototens tuvieran oportunidad de criticarlos cuando se hubieran marchado. La anciana Hayama insistía en que los niños intentaran orinar y defecar una última vez detrás de los arbustos, porque dentro del shabono nadie podría limpiar lo que ensuciaran, ni acompañarles fuera si tenían que ir.

Al llegar al claro de los mocototeris, los hombres formaban una fila, sosteniendo sus armas verticalmente frente a sus rostros levantados y altivos. Nos colocamos detrás de ellos con los niños.

Un grupo de mujeres salieron gritando de las cabañas en cuanto me vieron. No sentí miedo ni repugnancia cuando me tocaron, me besaron y lamieron mi cuerpo y mi cara. Pero Ritimi parecía haber olvidado la forma en que los iticoteris me recibieron la primera vez que me vieron, cuando llegué a su poblado, porque murmuraba sin cesar, a mi lado, que tendría que volver a trazar los dibujos de onoto sobre mi piel.

Sujetando mi brazo con mano firme, una de las mujeres mocototeris empujó a Ritimi a un lado.

—Ven conmigo, muchacha blanca —dijo.

—¡No! —gritó Ritimi, atrayéndome hacia ella. Su sonrisa no dulcificaba el tono enfadado y agudo de su voz—. He traído a la muchacha blanca para que la veáis. Nadie debe apartarla de mí. Cada una es como la sombra de la otra. Voy donde ella va.

Tratando de derrotar a su oponente con los ojos, Ritimi sostuvo la mirada fija de la mujer, retándola a desafiar sus palabras.

La mujer abrió la boca llena de tabaco y se rió abiertamente.

—Si has traído a la muchacha blanca para que nos visite, debes dejarla venir a mi cabaña.

Alguien se nos acercó desde detrás del grupo de mujeres. Con los brazos cruzados sobre el pecho, echó sus caderas un poco hacia delante con un leve titubeo, mientras se colocaba junto a mí.

—Soy el jefe de los mocototeris —dijo. Mientras sonreía, sus ojos no eran más que dos aberturas brillantes en medio de los dibujos rojizos de su rostro, profundamente arrugado—. ¿Es hermana tuya la muchacha blanca, que la proteges tanto? —le preguntó a Ritimi.

—Si —respondió ella con energía—. Es mi hermana.

Sacudiendo la cabeza con incredulidad, el jefe me examinó. Parecía muy poco impresionado.

—Veo que es blanca, pero no parece una verdadera mujer blanca —dijo finalmente—. Va descalza como nosotros; no lleva en el cuerpo ropas extrañas, excepto esto. —Tiró de mis bragas rasgadas y flojas—. ¿Por qué lleva esto debajo de un cinturón indio?

—Pantis —dijo Ritimi, dándose importancia; le gustaba más la palabra inglesa que la castellana, que también había aprendido—. Así lo llama su gente. Tiene dos más. Lleva pantis porque tiene miedo de que las arañas, por la noche, y los ciempiés, durante el día, puedan metérsele en el cuerpo.

Asintiendo como si comprendiera mi temor, el jefe tocó mis cortos cabellos y frotó su palma regordete contra mi tonsura rasurada.

—Es del color de las hojas de palma assai cuando son jóvenes. —Acercó su rostro al mío hasta que nuestras narices se tocaron—. ¡Qué ojos extraños! Tienen el color de la lluvia. —Su ceño desapareció en una sonrisa de disfrute—. Si, debe de ser blanca, y si la llamas tu hermana, nadie puede apartarla de ti —le dijo a Ritimi.

—¿Cómo puedes llamarla hermana? —preguntó la mujer, que todavía sujetaba mi brazo.

Había una verdadera perplejidad en su rostro pintado.

—La llamo hermana porque es como nosotros —aclaró Ritimi, poniendo su brazo en torno a mi cintura.

—Quiero que venga y se quede en mi cabaña —dijo la mujer—. Quiero que toque a mis niños.

Seguimos a la mujer a una de las cabañas. Arcos y flechas descansaban contra el techo inclinado. Plátanos, cuencos y paquetes de carne envuelta en hojas colgaban de las vigas. En los rincones había machetes, hachas y una variedad de garrotes. El suelo estaba cubierto de ramitas, pieles de frutas y trozos de vasijas de barro rotas.

Ritimi se sentó conmigo en la misma hamaca de algodón. En cuanto hube acabado el jugo de frutos de palma remojados que la mujer me había dado, ella me puso un bebé en el regazo.

—Acarícialo.

El pequeño se volvía y retorcia en mis brazos, hasta que por poco se cae al suelo. Y cuando miró mi cara empezó a llorar a gritos.

—Será mejor que le coja usted —dije, tendiéndole el niño a la mujer—. Los bebés me tienen miedo. Han de conocerme antes de que pueda tocarlos.

—Ah, ¿sí? —preguntó la mujer, mirando con suspicacia a Ritimi mientras mecía al niño en sus brazos.

—Nuestros bebés no gritan —comentó Ritimi, mirando despreciativamente al infante—. Mis niños y los de mi padre incluso duermen con ella en la misma hamaca.

—Llamaré a los niños mayores —decidió la mujer, señalando con un gesto a las niñas y los niños que nos miraban escondidos detrás de los racimos de plátanos que se amontonaban contra el techo inclinado.

—No lo haga —le advertí, pues sabía que también me tendrían miedo—. Si los fuerza a venir, también llorarán.

—Si —dijo una de las mujeres que nos habían seguido hasta la cabaña—. Los niños se sentarán junto a la muchacha blanca cuando hayan visto que sus mamás no tienen miedo de tocar su pelo de fibra de palma y su cuerpo pálido.

Varias mujeres se habían reunido en torno a nosotras. Indecisas al principio, sus manos exploraron mi cara, luego mi cuello, mis brazos, mis pechos, estómago, muslos, rodillas, pantorrillas y dedos de los pies; no dejaron sin examinar parte alguna de mi cuerpo. Cada vez que descubrían una picadura de mosquito o un arañazo, escupían sobre él y luego frotaban el lugar con los dedos. Si la picadura era reciente, chupaban el veneno.

Aunque estaba acostumbrada a las muestras excesivas de afecto de Ritimi, Tutemi y los niños iticoteris, que nunca duraban más de unos minutos, me sentía incómoda bajo el tacto explorador de tantas manos sobre mi cuerpo.

—¿Qué están haciendo? —pregunté, señalando a un grupo de hombres acucillados delante de la cabaña vecina.

—Están preparando las hojas de assai para el baile —dijo la mujer que había puesto al bebé en mi regazo—. ¿Quieres verlas?

—Sí —respondí convencida, deseosa de distraer la atención lejos de mí misma.

—¿Tiene Ritimi que acompañarte a donde quiera que vayas? —preguntó la mujer cuando Ritimi se levantó de la hamaca a la vez que yo.

—Si. De no haber sido por ella, yo no estaría aquí de visita. Ritimi ha cuidado de mi desde que llegué a la selva.

Ritimi me miró resplandeciente. Deseé haber dicho algo así mucho antes. Durante el resto de nuestra estancia, las mujeres mocototeris no volvieron a poner ni una sola vez en tela de juicio las maneras de propietaria que tenía Ritimi para conmigo.

Fuera de la cabaña, los hombres estaban separando con palitos afilados las hojas de color amarillo claro, todavía cerradas, de una joven palmera assai. Cuando nos acercamos, uno de los hombres se incorporó, abandonando su postura acucillada. Sacándose de la boca la bola de tabaco, se secó con el dorso de la mano el jugo que escurría de su barbilla, y sostuvo la hoja de palma sobre mi cabeza. Sonriendo, señaló las finas venas doradas de la hoja, apenas visibles contra la luz del sol poniente. Acarició mi cabello, volvió a ponerse el tabaco en la boca y, sin decir una palabra, continuó separando las hojas.

En cuanto oscureció, encendieron fogatas en medio del claro. Los varones iticoteris obtuvieron una explosión

de fuertes vítores de sus huéspedes cuando se alinearon, con las armas en la mano, en torno a las hogueras. De dos en dos, los iticoteris danzaron alrededor del claro, demorándose ante cada cabaña, para que todos pudieran admirar su atuendo y sus pasos de baile.

Etewa e Iramamowe constituían el último par. Los gritos alcanzaron notas más agudas mientras avanzaban con pasos perfectamente simultáneos. No bailaron en torno a las cabañas sino que permanecieron cerca de las fogatas, girando y girando a una velocidad cada vez mayor, siguiendo el ritmo de las llamas saltarinas. Etewa e Iramamowe se detuvieron de pronto sobre sus pasos, alzaron arcos y flechas verticalmente frente a sus rostros y los apuntaron contra los mocototeris que estaban de pie ante sus cabañas. Con enormes carcajadas, los dos hombres reemprendieron la danza, mientras los espectadores rompían a gritar con eufórica aprobación.

Los huéspedes invitaron a los iticoteris a descansar en sus hamacas. Mientras se servía la comida, un grupo de mocototeris irrumpió en el claro. Haii, hulil, halilí!, gritaban, moviéndose al ritmo de los golpes de sus arcos y flechas, al compás del silbante sonido de las hojas de palmera assai, ondulantes y desfleçadas.

Apenas podía distinguir las figuras de los danzantes. A veces parecían fundirse para apartarse de nuevo de un salto; entre las hojas de palma que se agitaban, se percibían fragmentos de brazos, piernas y pies danzantes: siluetas negras, semejantes a pájaros de gigantescas alas que se alejaban de la luz de las hogueras; brillantes y pulidas figuras de cobre, ya no humanas ni animales, con los cuerpos cubiertos de sudor reluciendo al fulgor de las llamas.

—Queremos bailar con vuestras mujeres —pidieron los mocototeris. Como los iticoteris no respondían, empezaron a burlarse—. Tenéis celos de ellas. ¿Por qué no dejáis bailar a vuestras pobres mujeres? ¿No os acordáis de que os dejamos bailar con nuestras mujeres, en vuestra fiesta?

—¡La que quiera bailar con los mocototeris, puede hacerlo! —gritó Iramamowe, y luego advirtió a los hombres—: Pero no forzaréis a ninguna de nuestras mujeres a bailar si no desea hacerlo.

Hall, halil, halilil, gritaron los hombres, entusiasmados, dando la bienvenida a las mujeres iticoteris y a las suyas propias.

—¿No quieres bailar? —le pregunté a Ritimi—. Iré contigo.

—No. No quiero perderte en la multitud. No quiero que nadie te pegue en la cabeza.

—Eso fue un accidente. Además, los mocototeris no están bailando con leños encendidos. ¿Qué mal pueden hacerme con hojas de palmera?

Ritimi se encogió de hombros.

—Mi padre dijo que no hay que fiarse de los mocototeris.

—Yo creía que uno sólo invitaba a sus amigos a una fiesta.

—A los enemigos también —dijo Ritimi, riéndose—. Las fiestas son buenas ocasiones para averiguar qué planes tienen los demás.

—Los mocototeris son muy amables. Nos han dado muy bien de comer.

—Nos dan bien de comer porque no quieren que alguien pueda acusarles de tacaños. Pero, como te dijo mi padre, eres muy ignorante todavía. Obviamente no te das cuenta de lo que está pasando, si crees que están siendo amables.

—Ritimi me dio unas palmaditas en la cabeza, como si yo fuera una niña; luego continuó—: ¿No te has dado cuenta de que nuestros hombres no tomaron epena esta tarde? ¿No te percaste de lo alertas que están?

No me había dado cuenta, y estuve tentada de añadir que el comportamiento de los iticoteris no era muy amistoso, pero guardé silencio. Después de todo, como Ritimi había señalado, yo no entendía lo que estaba ocurriendo. Observé a los seis iticoteris que bailaban en torno a las fogatas. No se movían con el habitual abandono y sus ojos iban de un lado a otro, observando atentamente cuanto sucedía a su alrededor. El resto de los iticoteris no estaban descansando en las hamacas de sus huéspedes, sino de pie fuera de las cabañas.

La danza había perdido su encanto para mí. Las sombras y las voces tomaron otro cariz. La noche parecía ahora cargada de una oscuridad amenazadora. Empecé a comer lo que me habían servido antes.

—Esta carne tiene un sabor amargo —dije, preguntándome si estaría envenenada.

—Es amarga debido al mamucori —explicó Ritimi tranquilamente—. No han lavado bien el lugar donde la flecha envenenada hirió al mono.

Escupí la carne. No sólo tenía miedo de envenenarme, sino que me daban náuseas al recordar la imagen del mono cociéndose en una gran olla de aluminio, con una capa de grasa y pelos flotando en la superficie.

Ritimi volvió a poner el trozo de carne en mi plato, hecho de calabaza.

—Cómelo. Es buena, incluso la parte amarga. Tu cuerpo se acostumbrará al veneno. ¿No sabes que los padres siempre les dan a los hijos la parte donde la flecha entró? Si en un asalto al shabono los hieren con una flecha envenenada, no morirán, porque sus cuerpos están acostumbrados al mamucori.

—Tengo miedo de morirme por comer carne envenenada antes de que me hieran con una flecha.

—No. Uno no se muere por comer mamucori —me aseguró Ritimi—. Tiene que entrar por la piel. —Tomó el trozo ya masticado de mi plato, mordió un trocito y puso la mitad restante en mi boca abierta. Sonriendo burlonamente, me cambió su plato por el mío—. No quiero que te atragantes —dijo, y se comió el resto del pecho de mono guisado, con exageradas muestras de deleite.

Todavía masticando, señaló hacia el claro y me preguntó si podía ver a la mujer de rostro redondo que bailaba junto al fuego.

Asentí, aun sin distinguir a cuál se refería, pues unas diez mujeres bailaban junto al fuego. Todas tenían rostro redondo, ojos rasgados y oscuros, y cuerpos voluptuosos de color de miel a la luz de las llamas.

—Es la que se acostó con Eteawa en nuestra fiesta —aclaró Ritimi—. Ya la he embrujado.

—¿Cuándo lo has hecho?

—Esta tarde —confesó Ritimi suavemente, y empezó a reírse—. Soplé sobre su hamaca el okoshiki que había recogido en mi huerto —añadió con satisfacción.

—¿Y qué pasará si otra persona utiliza la hamaca?

—Nada. La magia sólo está dirigida contra ella —me aseguró Ritimi.

No pude averiguar más cosas sobre la hechicería porque en ese momento cesó la danza, y los bailarines, cansados y sonrientes, volvieron a las diversas cabañas a descansar y comer.

Las mujeres que se nos unieron en torno al hogar se sorprendían de que Ritimi y yo no hubiéramos bailado. Bailar era tan importante como pintarse el cuerpo con onoto: ambas actividades lo mantenían a uno joven y feliz.

Poco después, el jefe entró en el claro y anunció con voz atronadora: —Quiero oír cantar a las mujeres iticoteris. Sus voces son agradables a mis oídos. Quiero que nuestras mujeres aprendan sus canciones.

Riendo, las mujeres se empujaban entre sí suavemente.

—Ve tú, Ritimi —dijo una de las esposas de Iramamowe—. Tu voz es hermosa.

Ritimi no necesitaba más estímulo.

—Vamos todas juntas —me propuso, levantándose.

Se hizo el silencio en el shabono mientras entrábamos en el claro tomadas por la cintura. Frente a la cabaña del jefe, Ritimi empezó a cantar con voz clara y melodiosa. Las canciones eran muy cortas; el resto de nosotras repetíamos los dos últimos versos, como un coro. Las otras mujeres cantaron también, pero el jefe mocototeri insistió en que le repitieran, una y otra vez, las canciones de Ritimi, y una en particular, hasta que sus mujeres las aprendieron:

Cuando el viento sopla en las hojas de la palma, escucho su triste sonido con las ranas silenciosas. Arriba en el cielo, las estrellas se ríen, pero cuando las nubes las cubren, lloran lágrimas de tristeza.

El jefe se aproximó a nosotras y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Ahora tú debes cantar para nosotros.

—Pero yo no sé ninguna canción —objeté, incapaz de dominar mi risa nerviosa.

—Alguna debes saber —insistió el jefe—. Hemos oído contar que a los blancos les gusta mucho cantar. Hasta tienen cajas que cantan.

En el tercer grado, en Caracas, la maestra de música me dijo que además de tener una voz horrible, carecía totalmente de oído musical. Sin embargo, el profesor Hans, como le gustaba que le llamaran, no fue insensible a mi deseo de cantar. Me permitió permanecer en la clase, si me quedaba en la última fila y cantaba muy bajito. El profesor Hans no se preocupaba mucho de las canciones religiosas y populares que supuestamente debíamos aprender, sino que nos enseñó tangos argentinos de los años treinta. Yo no había olvidado esas canciones.

Mirando las caras expectantes que me rodeaban, me acerqué más al fuego. Me aclaré la garganta y empecé a cantar sin hacer caso de las notas desafinadas que salían de mi boca. Por un momento, pensé que estaba reproduciendo fielmente la forma apasionada en que el profesor Hans cantaba sus tangos. Me llevé las manos al pecho y cerré los ojos como transportada por la tristeza y la tragedia contenidas en cada verso.

Mi auditorio estaba fascinado. Mocototeris e iticoteris habían salido de las cabañas para no perderse ni uno solo de mis gestos.

El jefe se me quedó mirando un lago rato. Finalmente, dijo:

—Nuestras mujeres no pueden aprender a cantar de esa manera tan extraña.

Después cantaron los hombres. Cada cantante se colocaba solo en medio del claro, con las dos manos apoyadas en el arco, colocado en el suelo. A veces, un amigo acompañaba al cantante; entonces, éste apoyaba el brazo en el hombro de su compañero. Una canción interpretada por un joven mocototeri, fue la favorita de la noche.

Cuando un mono salta de árbol en árbol, le disparo mi flecha.

Sólo caen verdes hojas.

Girando en el aire, se amontonan a mis pies.

Los iticoteris no se acostaron en sus hamacas, sino que hablaron y cantaron toda la noche con sus huéspedes. Yo dormí con las mujeres y los niños en las cabañas vacías que rodeaban la entrada principal del shabono.

Por la mañana me comí una enorme fuente de trozos de papaya y piña que una de las muchachas mocototeris había traído para mí del huerto de su padre. Ritimi y yo habíamos descubierto aquellos frutos cuando íbamos tras los arbustos. Ella me había aconsejado que no los pidiera, no porque no fuera correcto, sino porque no estaban maduros. Pero no me importó su sabor amargo ni el ligero dolor de estómago que siguió. No había comido fruta conocida desde hacía meses. Los plátanos y los dátiles eran como verduras para mí.

—Tenías una voz terrible cuando cantaste —me dijo un joven, sentándose a mi lado—. Huy, no entendí tu canción, pero sonaba espantoso.

Incapaz de contestar, le lancé una furibunda mirada. No sabía si reírme o insultarle a mi vez.

Echándome los brazos al cuello, Ritimi se rió a carcajadas. Me miró de reojo y luego susurró en mi oído: —Cuando cantaste pensé que la carne de mono te había dado dolor de tripas.

Acuclillados en el mismo lugar del claro en que se habían situado la noche anterior, un grupo de iticototeris y mocototeris hablaban todavía de la manera formal y ritualizada propia de los wayamou. El regateo era un asunto lento y laborioso durante el cual se daba igual importancia a los artículos objeto de trueque que al intercambio de información y el chismorreo.

Cerca del mediodía, algunas mocototeris empezaron a criticar a sus maridos por los artículos que habían adquirido, diciendo que necesitaban machetes, ollas de aluminio y hamacas de algodón para ellas mismas.

—¡Flechas envenenadas! —gritó enojada una de las mujeres—. Podríais hacerlas vosotros mismos si no fuerais tan perezosos.

Sin prestar la menor atención a las observaciones de las mujeres, los hombres continuaron con sus negociaciones.

XIII

Salimos del poblado mocototeri después del mediodía, con las cestas llenas de los acostumbrados plátanos, dátiles y carne que nos dieron nuestros huéspedes.

Poco antes del anochecer, tres mocototeris nos alcanzaron. Uno de ellos levantó el arco para hablar.

—Nuestro jefe quiere que la muchacha blanca se quede con nosotros.

Me miró por encima de la punta de su flecha dirigida hacia mí.

—Sólo un cobarde apunta su flecha contra una mujer —dijo Iramamowe, poniéndose delante de mí—. ¿Por qué no disparas, mocototeri inútil?

—No hemos venido a pelear —señaló el hombre, volviendo el arco y la flecha a su posición vertical—. Podíamos haberos emboscado hace un rato. Lo único que queremos es asustar a la muchacha blanca para que venga con nosotros.

—No puede quedarse con vosotros. Milagros la trajo a nuestro *shabono*. Si él hubiera querido que se quedara con vosotros, la hubiera traído a vuestro poblado.

—Queremos que venga con nosotros —insistió el hombre—. La llevaremos de vuelta antes de que empiecen las lluvias.

—Si me hacéis enfadar, os mataré aquí mismo. —Iramamowe se golpeó el pecho—. Recuerda, cobarde mocototeri, que soy un feroz guerrero. Los *hekuras* de mi pecho están siempre a mis órdenes, incluso sin tomar *epena*.

—Iramamowe se acercó a los tres hombres—. ¿No sabéis que la muchacha blanca pertenece a los iticototeris?

—¿Por qué no le preguntas a ella dónde quiere quedarse? Nuestra gente le gustó. Tal vez quiera vivir con nosotros.

Iramamowe empezó a reírse con unas carcajadas atronadoras que no dejaban adivinar si estaba divertido o furioso. Se detuvo abruptamente.

—A la muchacha blanca no le gustó la apariencia de los mocototeris. Dijo que todos parecéis monos.

Iramamowe se volvió hacia mí. Había tal expresión de súplica en sus ojos, que todo lo que pude hacer fue no reírme.

Experimenté cierto remordimiento al mirar los rostros perplejos de los tres mocototeris. Por un instante me sentí tentada de negar las palabras de Iramamowe. Pero no podía ignorar su enojo, ni había olvidado la aprensión de Arasuwe ante la idea de que yo acudiera a la fiesta. Crucé los brazos sobre el pecho, levanté la barbilla y, sin mirarles directamente, dije:

—No quiero ir a vuestro poblado. No quiero comer y dormir con monos.

Los iticototeris estallaron en grandes carcajadas. Los tres hombres se volvieron abruptamente de espaldas y desaparecieron en el sendero que conducía a la selva.

Acampamos no lejos del río, en una parte despejada de la selva, en la que aún permanecían restos de refugios temporales. No los cubrimos con hojas nuevas, porque el viejo Kamosiwe nos aseguró que no llovería esa noche.

Iramamowe no comió sino que se sentó, sombrío y concentrado, frente al fuego. Había tensión en él, como si estuviera esperando que los tres hombres reaparecieran en cualquier momento.

—¿Hay peligro de que los mocototeris regresen? —le pregunté.

Iramamowe tardó en contestarme.

—Son cobardes. Saben que mis flechas los matarían en el acto. —Miraba fijamente el suelo, los labios apretados en una línea recta—. Estoy pensando cuál sería el mejor camino para regresar a nuestro *shabono*.

—Deberíamos dividirnos —sugirió el viejo Kamosiwe, mirándome con su único ojo—. No hay luna esta noche: los

mocototeris no volverán. Tal vez mañana nos pidan de nuevo a la muchacha blanca. Podemos decirles que ellos la asustaron y solicitó que la lleváramos de regreso a la misión.

—¿Vais a enviarla de vuelta? —La voz de Ritimi colgaba de la oscuridad, llena de tensión.

—No —dijo el anciano alegremente.

Las grises barbas de su mentón, su ojo que nunca dejaba pasar nada inadvertido, su cuerpo leve y arrugado le daban la apariencia de un duende maligno—. Etewa debe volver al *shabono* con Ritimi y la muchacha blanca, por las montañas. Es una ruta más larga, pero podrán ir más de prisa porque no llevarán niños ni ancianos. Llegarán a nuestro poblado sólo un día o dos después que nosotros. Es una buena ruta, por la que no pasa mucha gente. —El viejo Kamosiwe se levantó y husmeó el aire—. Mañana lloverá. Construid un refugio para la noche —le dijo a Etewa. Luego se acuclilló, con una sonrisa en los labios y su ojo hundido clavado en mí—. ¿Tienes miedo de volver al *shabono* por el camino de las montañas?

Sonriendo, sacudí la cabeza. De alguna forma, no podía creer que estaba en una situación de verdadero peligro.

—¿Tuviste miedo cuando el mocototeri apuntó su flecha contra ti? —preguntó el anciano.

—No. Sabía que los iticoteris me protegerían.

Tuve que refrenarme para no añadir que el incidente me había parecido más cómico que peligroso. No me daba cuenta del todo, entonces, de que a pesar de la evidente fanfarronería, característica de cualquier circunstancia crítica, mocototeris e iticoteris eran perfectamente serios en sus amenazas y exigencias.

El viejo Kamosiwe quedó encantado de mi respuesta. Tuve la sensación de que le complacía más mi confianza en su gente que el hecho de no haberme asustado. Habló largo rato con Etewa por la noche. Ritimi se quedó dormida con mi mano en la suya, y una alegre sonrisa en los labios. Mirándola dormir, adiviné por qué parecía tan feliz. Durante unos pocos días tendría a Etewa prácticamente para ella sola.

En el *shabono* los hombres casi nunca hacían demostraciones de cariño a sus mujeres, pues las carantoñas se consideraban una debilidad. Los hombres sólo eran abiertamente tiernos y amorosos con los niños; los mimaban, besaban y acariciaban con fervor. Había visto a Etewa, e incluso al feroz Iramamowe, llevar las pesadas cargas de leña de sus mujeres sólo para dejarlas caer en cuanto se acercaban al *shabono*. Cuando no había ningún otro hombre a su alrededor, observé cómo Etewa guardaba un trozo especial de carne o de alguna fruta para Ritimi o Tutemi. Protegido por la oscuridad, le había visto apoyar la oreja contra el vientre de Tutemi para escuchar las fuertes patadas de su hijo. En presencia de otras personas nunca mencionaba el hecho de que iba a ser padre.

Etewa nos despertó a Ritimi y a mi horas antes del alba. Silenciosamente, dejamos el campamento, siguiendo la orilla arenosa del río. Excepto por nuestras hamacas, unos cuantos plátanos y las tres piñas que la joven mocototeri me había dado, nuestras cestas iban vacías. El anciano Kamosiwe le había asegurado a Etewa que encontraría mucho que cazar. No había luna, pero el agua brillaba negra, reflejando el débil resplandor del cielo. A intervalos, el ruido de un ave nocturna atravesaba la quietud: un débil grito que anunciaba el amanecer. Una por una desaparecieron las estrellas los contornos de los árboles se destacaron poco a poco, mientras la luz rosada del alba descendía lentamente hasta las sombras que había a nuestros pies. Me quedé asombrada de la anchura del río, del silencio de sus aguas, tan quietas que no parecían moverse. Tres loros formaron un triángulo en el cielo, y colorearon las blancas nubes con sus plumas rojas, azules y amarillas, mientras el sol reluciente y anaranjado se alzaba sobre las copas de los árboles.

Etewa abrió la boca en un bostezo que parecía surgir desde las más remotas profundidades de sus pulmones. Entrecerraba los párpados; la luz del sol era demasiado brillante para sus ojos que no habían dormido lo suficiente.

Desatamos nuestras cestas. Ritimi y yo nos sentamos en un tronco y contemplamos cómo Etewa sacaba su arco. Lentamente, levantó los brazos y arqueó la espalda, apuntando la flecha muy alto en el aire. Permaneció inmóvil un tiempo interminable, como una figura de piedra, con cada poderoso músculo cuidadosamente dibujado, la mirada atenta a los pájaros que cruzaban el cielo. No me atrevía a preguntar por qué estaba tanto tiempo antes de disparar su flecha.

No oí el zumbido de la flecha al cruzar el aire: sólo un grito corto que se disolvió en un abanicar de alas. Por un instante, el loro, una masa de plumas que la flecha teñida de rojo parecía mantener unidas, quedó suspendido en el aire; luego se desplomó verticalmente, no muy lejos del sitio donde se encontraba Etewa.

Etewa encendió una hoguera en la que asó el pájaro una vez desplumado, y también algunos plátanos. Sólo comió una pequeña porción, e insistió en que nosotras tomáramos el resto, a fin de que acopiáramos fuerzas para emprender el difícil ascenso de las colinas.

No echamos de menos los rayos del sol que caían sobre el curso del río al internarnos en la selva. La penumbra de las trepadoras y los árboles fue un consuelo para nuestros ojos fatigados. Las hojas marchitas parecían grupos de flores contra el fondo verde. Etewa cogió ramas de los oscuros árboles de cacao silvestre.

—Esta madera es buena para frotar y encender fuego —dijo, limpiando de corteza las ramas con su afilado cuchillo, hecho con el incisivo inferior de un agutí.

Luego cortó las vainas verdes, amarillas y moradas, cada una de las cuales se adhería individualmente a los breves troncos de cacao mediante tallos cortos, desprovistos de hojas. Abrió los frutos y chupó la carne dulce y gelatinosa que rodea las semillas, que envolvió en hojas.

—Cocidas —explicó Ritimi—, las semillas de pohoro son deliciosas.

Me pregunté si tendrían un sabor semejante al chocolate.

—Debe de haber monos y comadrejas por aquí —explicó Etewa, mostrándome las cáscaras de frutas ya comidas desperdigadas por el suelo—. Les gustan los frutos depohoro tanto como a nosotros.

Un poco más allá, Etewa se detuvo frente a una liana retorcida, que marcó con su cuchillo

—*Mamucori*. Volveré a este lugar cuando necesite hacer veneno nuevo.

—*Ashukamaki*? —pregunté cuando nos detuvimos debajo de un árbol que tenía el tronco incrustado de hojas brillantes y como enceradas.

Pero no se trataba de la liana que servía para espesar el curare. Etewa señaló que las hojas de aquella eran largas y dentadas. Se había detenido al advertir huesos de distintos animales en el suelo.

Un águila arpía —dijo, señalando el nido escondido en la copa del árbol.

—No la mates —suplicó Ritimi—. Tal vez es el espíritu de un iticoteri muerto.

Sin hacer caso de su mujer, Etewa trepó al árbol. Al llegar al nido, levantó a un aguilucho blanco y plumoso que piaba sin parar. Oímos los fuertes gritos de su madre cuando Etewa lanzó el polluelo a tierra. Se apoyó contra el tronco y una rama, y apuntó su flecha contra el pájaro que daba vueltas sobre él.

—Me alegro de haberla matado —dijo Etewa, indicándonos que le siguiéramos hasta el sitio donde el águila muerta había caído chocando contra árboles y ramas—. Sólo come carne. —Se volvió a Ritimi, y añadió suavemente—: Escuché su grito antes de apuntar: no era la voz de un espíritu.

Sacó las plumas suaves y blancas que tenía el pájaro en el pecho, y otras, grises y largas, de las alas, y las envolvió en hojas.

El calor de la tarde que se filtraba a través de los árboles me hacía sentirme amodorrada, y no experimentaba más deseos que dormir. Ritimi tenía ojeras negras bajo los ojos, como si se hubiera untado carbón en la suave piel. El paso de Etewa se redujo. Sin decir una palabra, se dirigió hacia el río. Se quedó de pie, inmóvil, en el agua poco profunda y ancha, suspendido en el calor y el resplandor. Miraba las nubes y los árboles reflejados; luego se acostó en un banco de arena de color ocre, en medio del río. El azul se volvía verde y rojo por los pigmentos de las raíces sumergidas. No se movía ni una hoja, ni una nube. Hasta los caballitos del diablo que reposaban sobre el agua parecían inmóviles en sus vibraciones transparentes. Acostada boca abajo, dejé que mis manos se apoyaran planas sobre la superficie del río, como si pudiera sostener la lánguida armonía que reinaba entre los reflejos del río y el brillo del cielo. Me deslicé sobre el vientre hasta que mis labios tocaron el agua, y bebí las nubes reflejadas.

Volvieron dos garzas que habían salido votando al llegar nosotros. Apoyadas en sus largas patas, el cuello sumergido entre sus plumas, nos miraban con los ojos entrecerrados y parpadeantes. Vi cuerpos plateados que saltaban en el aire, buscando el embriagante calor que reposaba sobre el agua.

—¡Peces! —exclamé, mi letargo momentáneamente disipado.

Riéndose, Etewa señaló con su flecha una parvada de loros gritones que cruzaban el cielo.

—¡Pájaros! —gritó.

Cogió una punta de flecha y, con la punta de la lengua, probó el veneno para ver si todavía era bueno. Satisfecho de su gusto amargo, ató la punta a un astil. Luego probó el arco y soltó la cuerda.

—No está bien tensada —dijo desatando un extremo. Lo retorció varias veces y lo fijó de nuevo—. Pasaremos aquí la noche —decidió, mientras vadeaba el río.

Subió a la orilla opuesta, y desapareció entre los árboles.

Ritimi y yo nos quedamos en la arena de la orilla. Desenvolvió las plumas y las extendió sobre una piedra para que el sol matara los piojos. Con gran entusiasmo, me señaló un árbol del que colgaban como frutos racimos de flores pálidas. Cortó ramas enteras y me ofreció las flores.

—Son muy dulces —me explicó, al notar que no me decidía a comerlas.

Traté de explicarle que las flores me recordaban un jabón fuertemente perfumado, y casi en seguida me venció el sueño. Me desperté cuando los rumores del anochecer borrraban la luz del día, mientras el murmullo de la brisa refrescaba los árboles y los pájaros llamaban disponiéndose a pasar la noche.

Etewa había vuelto con dos guacos y un montón de hojas de palma. Ayudé a Ritimi a recoger leña a lo largo de la orilla del río. Mientras ella desplumaba los pájaros, ayudé a Etewa a construir un refugio.

—¿Estás seguro de que va a llover? —le pregunté, mirando el cielo claro y despejado.

—Si el viejo Kamosiwe dijo que va a llover, lloverá —respondió Etewa—. Puede oler la lluvia igual que otros pueden oler la comida.

Hicimos una cabañita acogedora. El poste delantero era más alto que los dos traseros, pero no lo bastante para que pudiéramos permanecer de pie. Los postes estaban unidos mediante largos palos que daban al refugio una forma triangular. Tanto el techo como la parte de atrás estaban cubiertos de hojas de palma. Cubrimos el suelo de hojas de platanillo, porque los postes no eran bastante fuertes para aguantar tres hamacas.

El realidad, Etewa no había construido el refugio para comodidad de Ritimi y mía tanto como para la suya propia. Si se mojaba a causa de la lluvia, podía ser causa de que el niño que llevaba Tutemi en el vientre naciera muerto o deforme.

Ritimi asó las aves, varios plátanos y las semillas de cacao en el fuego que Etewa encendió fuera de la cabaña. Yo machaqué una de nuestras piñas. La mezcla de sabores y texturas me recordó una cena de Acción de Gracias.

—Debe ser como las nueces de momo —dijo Ritimi cuando le expliqué cómo era nuestra salsa de arándano—.

El momo también es rojo; hay que cocerlo mucho tiempo hasta que queda blando. Luego hay que aclararlo en agua hasta que pierde todo el veneno.

—No creo que me gustaran las nueces de momo.

—Seguro que sí —afirmó Ritimi—. Mira cómo te gustan las semillas *de pohoro*. Las nueces de momo son todavía mejores.

Sonriendo, asentí. Aunque las semillas de cacao tostadas no sabían a chocolate, eran tan deliciosas como los anacardos frescos.

Etewa y Ritimi se quedaron dormidos en el momento en que se acostaron en las hojas de platanillo. Yo me tendí junto a Ritimi. Dormida, se estiró hacia mi y me apretó junto a ella. El calor de su cuerpo me llenó de una consoladora laxitud; su respiración acompasada me arrastró a una somnolencia agradable. Por mi mente pasaba a la deriva una sucesión de imágenes soñadas, a veces lentas, a veces rápidas, como si alguien las proyectara ante mi: los mocototeris saltando de árbol en árbol se deslizaban junto a mi, y sus gritos se confundían con los del mono aullador. Caimanes de ojos luminosos, apenas visibles sobre la superficie del agua, parpadeaban soñolientos y, repentinamente, abrían sus gigantescas mandíbulas dispuestos a tragarme. Osos hormigueros de lenguas viscosas y largas como hilos soplaban burbujas en las que yo me veía cautiva junto con cientos de hormigas.

Me despertó un repentino golpe de viento; traía con él el olor de la lluvia. Me senté y escuché las pesadas gotas que golpeaban las hojas de palmera. Los ruidos familiares de los grillos y las ranas proporcionaban un continuo y pulsátil zumbido de fondo a los gritos y quejas de los monos nocturnos y las notas de flauta de las perdices. Estaba segura de oír pasos y luego unas ramas rotas.

—Hay alguien afuera —dije, tocando a Etewa.

Se acercó al poste delantero del refugio.

—Es un jaguar que busca ranas en los pantanos. —Etewa me hizo girar la cabeza un poco hacia la izquierda—. Puedes olerlo.

Husmeé el aire repetidas veces.

—No huelo nada.

—Lo que huele es el aliento del jaguar. Es fuerte porque todo lo come crudo. —Etewa me hizo girar la cabeza de nuevo, esta vez hacia la derecha—. Escucha, ya vuelve a la selva.

Me acosté de nuevo. Ritimi se despertó, se frotó los ojos y sonrió. —Soñé que subía a las montañas y veía las cataratas.

—Mañana iremos por allí —dijo Etewa, desatándose la bolsita de *epena* que llevaba en torno al cuello.

Puso un poco de polvo en la palma de su mano y, con una aspiración profunda, lo inhaló por la nariz.

—¿Vas a cantar a los *hekuras* ahora? —le pregunté.

—Suplicaré a los espíritus de la selva que nos protejan —dijo Etewa, y empezó a cantar en voz baja.

Su canción, llevada por la brisa nocturna, parecía atravesar la oscuridad. Estaba segura de que los espíritus que vivían en las cuatro esquinas de la Tierra podían escucharla. El fuego se fue apagando hasta que sólo quedó un destello ojizo. Ya no oía la voz de Etewa, pero sus labios seguían moviéndose cuando me quedé dormida, con un sueño sin ensueños.

Poco después me despertaron los débiles quejidos de Ritimi y la toqué en el hombro, pensando que tenía una pesadilla.

—¿Quieres probar? —murmuré.

Sorprendida, abrí los ojos y vi la cara sonriente de Etewa; estaban haciendo el amor. Los observé durante un rato. El movimiento de sus cuerpos se adaptaba tan íntimamente que apenas se movían.

Etewa, en absoluto avergonzado, salió de Ritimi y se arrodilló frente a mí. Levantándose las piernas, las estiró ligeramente. Apretó sus mejillas contra mis muslos; su contacto era como la caricia juguetona de un niño. No hubo abrazo, ni palabras. Pero yo me sentía llena de ternura.

Etewa volvió a Ritimi, apoyando la cabeza entre su hombro y el mío.

—Ahora somos hermanas de verdad —dijo Ritimi suavemente—. Por fuera no tenemos el mismo aspecto, pero por dentro ahora somos iguales.

Me acurruqué contra ella. La brisa del río que soplab a través del refugio era como una caricia.

La luz sonrosada del amanecer descendió suavemente sobre los árboles. Ritimi y Etewa se dirigieron al río. Salí del refugio y respiré el aire del nuevo día. En el amanecer la oscuridad de la selva ya no es negra sino de un verde azulado, como una caverna submarina iluminada por la luz que se filtra a través de una grieta secreta. Un leve rocío, como lluvia suave, me mojó la cara al apartar hojas y lianas de mi camino. Pequeñas arañas de patas peludas reconstruían sus telas de plata rápidamente.

Etewa encontró una colmena dentro de un árbol hueco. Tras exprimir la última gota en nuestras bocas aclaró el panal en una calabaza llena de agua y bebimos el agua dulce.

Subimos por senderos casi cerrados junto a pequeñas cascadas y gargantas del río, que corría a velocidades vertiginosas y producía una brisa que nos removía el cabello y agitaba los bambúes de la orilla.

—Esta es la escena de mi sueño —dijo Ritimi, extendiendo los brazos como para abarcar el amplio curso del agua que se despeñaba ante nosotros en un estanque amplio y profundo.

Caminé sobre las oscuras rocas de basalto que sobresalían en torno a las cataratas. Durante largo tiempo, me quedé debajo del agua, con las manos levantadas para romper la fuerza atronadora de la cascada que caía de las alturas ya entibiada por el sol.

—¡Ven, muchacha blanca! —gritó Etewa—. Los espíritus del agua que corre te pondrán enferma.

Después, por la tarde, acampamos junto a un platanar silvestre. Entre los plátanos encontré un aguacate. Sólo tenía un fruto, no en forma de pera, sino que era redondo y del tamaño de un melón, y brillaba como si estuviera hecho de cera. Etewa me alzó para que pudiera alcanzar la primera rama y luego trepé lentamente hacia el fruto que colgaba al final de la rama más alta. Mi deseo de alcanzar aquella bola verde era tan grande, que no hice caso de las frágiles ramas que se quebraban bajo mi peso. Mientras tiraba del fruto hacia mí, la rama en que estaba apoyada cedió.

Etewa rió hasta que le rodaron las lágrimas por las mejillas. Ritimi, riéndose también, rascaba la papilla de aguacate de mi panza y mis muslos.

—Me podía haber hecho daño —dije, picada por su indiferencia y su diversión—. Tal vez me haya roto una pierna.

—No, no te la has roto —me aseguró Etewa—. El suelo es blando gracias a las hojas muertas. —Sacó un poco de fruta machacada con la mano y me invitó a probarla—. Te dije que no te quedaras bajo las cataratas —añadió con seriedad—. Los espíritus del agua que corre te hicieron ignorar el peligro de las ramas secas.

Cuando Etewa hubo construido el refugio ya había desaparecido todo vestigio del día. Una neblina blanquecina enturbiaba el aire. No llovió, pero el rocío caía de las hojas en grandes gotas al menor contacto.

Dormimos sobre las hojas de platanillo, abrigados por nuestros cuerpos y por el fuego bajo que Etewa mantuvo vivo toda la noche empujando de vez en cuando, con el pie, los leños ardientes hacia las llamas.

Dejamos el campamento antes de amanecer. Una espesa niebla envolvía aún los árboles, y el croar de las ranas nos alcanzaba como si viniera de una gran distancia. Cuanto más subíamos, más escasa se hacía la vegetación, hasta que al final no quedaban más que hierbas y rocas.

Llegamos a lo largo de una llanura erosionada por los vientos y las lluvias, como una reliquia de otros tiempos. Abajo, la selva continuaba dormida bajo un manto de niebla: un mundo misterioso y sin caminos, cuya vastedad uno jamás podría adivinar desde el exterior. Nos sentamos en el suelo y esperamos en silencio a que saliera el sol.

Un insoportable sobrecogimiento me hizo ponerme de pie cuando el cielo se tiñó de rojo y violeta a lo largo del horizonte, hacia Oriente. Las nubes, obedeciendo al viento, se abrieron para dejar pasar el disco que se alzaba. Una neblina sonrosada rodaba sobre las copas de los árboles, y tocaba las sombras pintándolas de azul oscuro, esparciendo verdes y amarillos por el cielo hasta que alcanzó un azul transparente.

Me volví a mirar detrás de mí, hacia el Oeste, donde las nubes cambiaban de forma y permitían la entrada de la luz en expansión. Hacia el Sur, el cielo estaba teñido de ramalazos de fuego, y las nubes luminosas se amontonaban, empujadas por el viento.

—Allí está nuestro *shabono* —dijo Etewa, señalando en la distancia. Tomó mi brazo y me volvió hacia el Norte—. Y allá está el gran río, por donde pasa el hombre blanco.

El sol había levantado el manto de niebla. El río brillaba como una culebra dorada cortando el verdor hasta perderse en una inmensidad de espacio que parecía formar parte de otro mundo.

Quería hablar, gritar a todo pulmón, pero no tenía palabras con que expresar mis emociones. Mirando a Ritimi y Etewa, supe que entendían cuán profundamente me conmovía el lugar. Abrí los brazos como para tomar en ellos la maravillosa frontera entre selva y cielo. Sentí que estaba en el filo del tiempo y el espacio. Podía oír las vibraciones de la luz, el susurrar de los árboles, y los gritos de los lejanos pájaros llevados por el viento.

Supe repentinamente que si los iticoteris nunca se habían mostrado curiosos respecto de mi pasado era por elección y no por falta de interés. Para ellos, yo no tenía historia personal. Sólo así podían aceptarme como algo más que un ser extraño. Los acontecimientos y relaciones del pasado habían empezado a desdibujarse en mi memoria. No es que los hubiera olvidado: simplemente había dejado de pensaren ellos, porque no tenían significado allí, en la selva. Como los iticoteris, había aprendido a vivir en el presente. El tiempo estaba fuera de mí. Era algo que debía utilizarse sólo en el momento. Una vez usado, se hundía de nuevo en sí mismo y se convertía en una parte imperceptible de mi ser interior.

—Has estado muy callada durante largo rato —observó Ritimi, sentándose en el suelo.

Dobló las piernas, las rodeó con sus brazos y puso la barbilla sobre ellas, mirándome.

—He estado pensando en lo feliz que me siento aquí.

Sonriendo, Ritimi se balanceó suavemente atrás y adelante.

—Un día recogeré leña y tú ya no estarás a mi lado. Pero no me sentiré triste, porque esta tarde, antes de llegar al *shabono*, nos pintaremos con onoto y estaremos contentos de ver una parvada de loros perseguir al sol poniente.

CUARTA PARTE

XIV

Según me habían dicho, las mujeres no debían tener relación con ningún aspecto del ritual del *epena*. No debían prepararlo, ni se les permitía inhalar el polvo alucinógeno. Ni siquiera era correcto que una mujer tocara el tubo de caña por el que se soplaba el polvo, a menos que un hombre le pidiera específicamente que se lo alcanzara.

Para mi total asombro, una mañana vi a Ritimi inclinada sobre el hogar estudiando atentamente las semillas de *epena*, de color rojo oscuro, que se secaban sobre las brasas. Sin darme a entender que notaba mi presencia, procedió a frotar las semillas secas entre las palmas de sus manos sobre una gran hoja que contenía un montoncito de cenizas de corteza. Con la misma confianza y maestría con que había visto hacerlo a Etewa, escupía periódicamente sobre las semillas y las cenizas mientras las amasaba en una pasta uniforme y flexible. Mientras extendía la harinosa mezcla sobre un fragmento de vasija calentado, Ritimi me miró y su sonrisa revelaba claramente cuánto le gustaba mi perplejidad.

—Huy, el *epena* será fuerte —dijo, volviendo a mirar la pasta alucinógena que explotaba en ruidosas bombas y burbujas sobre el trozo de barro cocido.

Con una piedra lisa, molió la masa, rápidamente seca hasta que se convirtió en un polvo muy fino y uniforme, que incluía una capa de polvo del propio fragmento de vasija.

—Yo no sabía que las mujeres saben preparar el *epena* —comenté.

—Las mujeres pueden hacerlo todo —replicó Ritimi, depositando el polvo amarronado en un estrecho recipiente de bambú.

Esperé en vano que satisficiera mi curiosidad y, finalmente, pregunté:

—¿Por qué lo estás preparando?

—Etewa sabe que yo preparo bien el *epena* —declaró con orgullo—. Le gusta tener listo un poco siempre que regresa de una cacería.

Durante varios días no habíamos comido más que pescado. Como no tenía ganas de cazar, Etewa y un grupo de hombres hicieron un dique en un arroyuelo, colocando trozos aplastados de plantas de *ayori-toto*. El agua se puso blancuzca, como si fuera leche. Todo lo que las mujeres tenían que hacer era llenar sus cestas con los peces asfixiados que salían a la superficie. Pero a los iticoteris no les gustaba mucho el pescado, y pronto las mujeres y los niños empezaron a quejarse de la falta de carne. Habían pasado dos días desde que Etewa y sus amigos se internaran en la selva.

—¿Cómo sabes que Etewa volverá hoy? —pregunté y antes de que Ritimi contestara, añadí rápidamente—: Ya sé; lo sientes en tus piernas.

Sonriendo, Ritimi levantó el largo y estrecho tubo y sopló repetidamente.

—Lo estoy limpiando —dijo con un brillo travieso en los ojos.

—¿Has tomado *epena* alguna vez?

Ritimi se inclinó más para susurrar en mi oído:

—Sí, pero no me gustó. Me dio dolor de cabeza. —Miró a su alrededor furtivamente—. ¿Quieres probar un poco?

—No quiero que me dé dolor de cabeza.

—Tal vez a ti no te pase igual.

Levantándose, puso tranquilamente el recipiente de bambú y la caña de un metro de largo en su cesta.

—Vamos al río. Quiero asegurarme de que mezclé bien el *epena*.

Caminamos por la orilla a buena distancia de donde los iticoteris solían ir a bañarse o a recoger agua. Me acuclillé en el suelo frente a Ritimi, que con sumo cuidado empezó a introducir una pequeña cantidad de *epena* por un extremo de la caña. Con delicadeza, golpeaba el tubo con el índice, distribuyendo el polvo a lo largo de la caña. Sentí que me rodaban gotas de sudor por los costados. La única vez que me había drogado fue cuando me sacaron tres muelas del juicio. Entonces me pregunté si no habría sido mejor soportar el dolor, en vez de sufrir las espantosas alucinaciones que me produjo la droga.

—Levanta un poco la cabeza —me aconsejó Ritimi, sosteniendo el delgado tubo delante de mí—. ¿Ves la pequeña nuez de *rasha* que hay en la punta? Apriétala contra el agujero de tu nariz.

Asentí. Veía que la semilla de palma había sido fuertemente adherida con resma al extremo de la caña. Me aseguré de que el agujerito abierto en el fruto hueco estaba dentro de mi nariz. Recorrí con los dedos la frágil y tersa caña, a todo lo largo. Oí el ruido súbito del aire comprimido disparado a través del tubo. Lo solté cuando un penetrante dolor perforó mi cerebro.

—¡Se siente una cosa horrible! —me quejé, golpeando lo alto de mi cabeza con las palmas.

—Ahora el otro —dijo Ritimi riendo, mientras colocaba la caña sobre el lado izquierdo de mi nariz.

Sentí que estaba sangrando, pero Ritimi me aseguró que sólo eran mocos y saliva que goteaban incontrolablemente de mi nariz y mi boca. Traté de limpiarme, pero no podía levantar la mano, de pesada que parecía.

—¿Por qué no tratas de disfrutarlo en vez de preocuparte tanto porque te cae un poco de baba sobre el

ombbligo?

—dijo Ritimi, burlándose de mis torpes esfuerzos—. Después te lavaré en el río.

—No hay nada que disfrutar —repliqué, empezando a sudar profusamente por todos los poros.

Tenía náuseas y sentía los miembros extrañamente pesados. Veía puntos de luz rojos y amarillos por todas partes. Me preguntaba qué le parecería tan gracioso a Ritimi. Su risa reverberaba en mis oídos como si procediera del interior de mi cabeza.

—Déjame soplar un poco en tu nariz —sugerí.

—Oh, no; tengo que cuidarte. No podemos acabar las dos con dolor de cabeza.

—Este *epena* me dará algo más que un dolor de cabeza. Sopla un poco más en mi nariz. Quiero ver un *hekura*.

—Los *hekuras* no vienen a las mujeres —dijo Ritimi entre ataques de risa. Puso la caña contra mi nariz—. Pero tal vez si cantas, vendrán a ti.

Sentí cómo cada grano viajaba por mi conducto nasal, explotando en lo alto de mi cráneo. Lentamente, una deliciosa laxitud se extendió por mi cuerpo. Volví la mirada al río, casi esperando que alguna criatura mítica emergiera de sus profundidades. Las ondas empezaron a crecer hasta convertirse en olas que rompían con tanta fuerza que me eché hacia atrás sobre manos y rodillas. Estaba segura de que el agua intentaba atraparme. Al mirar la cara de Ritimi, me sorprendió su expresión de alarma.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Mi voz se perdió mientras seguía la dirección de su mirada. Etewa e Iramamowe estaban de pie ante nosotras. Con gran dificultad, me levanté. Los toqué para asegurarme de que no estaba alucinada.

Desataron los grandes bultos que colgaban de sus espaldas y se los tendieron a los demás cazadores que esperaban

detrás de ellos, en el sendero.

—Llevad la carne al *shabono* —dijo Iramamowe con voz ronca.

La idea de que Etewa e Iramamowe comerían una parte tan pequeña de la carne me llenó de tal tristeza que empecé a llorar. Un cazador regala la mayor parte de la caza que obtiene. Antes pasaría hambre que correr el riesgo de ser acusado de avaricia.

—Te daré mi parte —le dije a Etewa—. A mí me gusta más el pescado que la carne.

—¿Por qué estás tomando *epena*?

La voz de Etewa era severa, pero sus ojos brillaban de diversión.

—Teníamos que ver si Ritimi había mezclado bien el polvyo —murmuré—. No es suficientemente fuerte. Todavía no he visto ningún *hekura*.

—Es fuerte —contestó Etewa. Poniendo sus manos sobre mis hombros, me hizo sentarme en el suelo frente a él—. El *epena* de semillas es más fuerte que el que se hace de corteza. —Llenó la caña con el polvo—. El aliento de Ritimi no tiene mucha fuerza.

Una sonrisa diabólica arrugó su rostro mientras colocaba el tubo contra mi nariz y soplaba.

Me caí hacia atrás, sujetándome la cabeza, que reverberaba con las carcajadas de Iramamowe y Etewa. Lentamente, me levanté. Sentía como si mis pies no tocaran el suelo.

—Baila, muchacha blanca —me incitó Iramamowe—. A ver si puedes atraer a los *hekuras* con tu canto.

Fascinada por sus palabras, alargué los brazos y empecé a bailar con pequeños pasos saltarines, tal como había visto que hacían los hombres cuando estaban en un trance de *epena*.

En mi cabeza resonaban la melodía y las palabras de una de las canciones para los *hekuras*, que entonaba Iramamowe.

Después de llamar durante varios días al *hekura* del colibrí vino a mí finalmente. Maravillado, contemplé su danza. Me desmayé en el suelo y no sentí nada cuando me atravesó la garganta y me arrancó la lengua. No vi cómo mi sangre corría hasta el río, tiñendo el agua de rojo. Él llenó la abertura de plumas preciosas. Por eso sé las canciones de los *hekuras*, por eso canto tan bien.

Etewa me guió a la orilla del río y echó agua sobre mi cara y mi pecho.

—No repitas su canción —me advirtió—. Iramamowe se enfadará. Te hará daño con sus plantas mágicas.

Quería obedecer, pero estaba forzada a repetir la canción de *hekuras* de Iramamowe.

—No repitas su canción —suplicó Etewa—. Iramamowe te dejará sorda. Hará que te sangren los ojos. —Etewa se volvió hacia Iramamowe—. No embrujes a la muchacha blanca.

—No lo haré —le aseguró Iramamowe—. No estoy enfadado con ella. Ya sé que todavía no conoce nuestras costumbres. —Tomando mi cara entre sus manos, me forzó a mirarlo a los ojos—. Veo a los *hekuras* bailar en sus pupilas.

A la luz del sol, los ojos de Iramamowe no eran oscuros, sino claros, del color de la miel.

—Yo también puedo ver los *hekuras* en tus ojos —le dije, estudiando las chispas amarillas que había en sus iris.

Su rostro resplandecía con una bondad que yo nunca había visto antes. Traté de decirle que por fin había entendido por qué se llamaba Ojo de Jaguar, pero me desmayé sobre él. Recuerdo vagamente que alguien me llevaba en sus brazos. En cuanto me encontré en mi hamaca, caí en un profundo sueño, del que no me desperté hasta el día siguiente.

Arasuwe, Iramamowe y el viejo Kamosiwe se habían reunido en la cabaña de Etewa. Los miré uno por uno, presa de ansiedad. Se habían pintado con *onoto*, y sus orejas perforadas estaban adornadas con trozos de caña y plumas. Cuando Ritimi se sentó a mi lado, en mi hamaca, supe que había venido a protegerme de la ira de los hombres. Antes de que éstos tuvieran oportunidad de hablar, empecé a tejer excusas por haber tomado el *epena*. Cuanto más rápidamente hablaba, más a salvo me sentía. Un flujo continuo de palabras, pensaba, era el modo más seguro de disipar su enojo.

Arasuwe interrumpió al cabo mi incoherente charla.

—Hablas demasiado aprisa. No entiendo lo que dices.

Me sentí desconcertada por la amabilidad de su tono. Estaba segura de que ésta no era resultado de lo que yo había dicho. Observé a los otros dos. Excepto por una vaga curiosidad, sus rostros no revelaban nada. Me apoyé en Ritimi y pregunté bajito:

—Si no están enfadados, ¿por qué se encuentran en la cabaña?

—No sé —respondió suavemente.

—Muchacha blanca, ¿habías visto un *hekura* alguna vez, antes de ayer? —preguntó Arasuwe.

—No he visto ningún *hekura* en mi vida —aseguré rápidamente—. Ni siquiera ayer.

—Iramamowe vio *hekuras* en tus ojos —insistió Arasuwe—. Tomó *epena* anoche. Su *hekura* personal le dijo que él te había enseñado su canción.

—Yo sé la canción de Iramamowe porque la he oído muchas veces —dije casi gritando—. ¿Cómo podría habérmela enseñado su *hekura*? Los espíritus no vienen a las mujeres.

—No pareces una mujer *iticoteri* —comentó el viejo Kamosiwe, mirándome como si me viera por primera vez—. Los *hekuras* podrían confundirse fácilmente. —Se secó el jugo de tabaco que le caía por la comisura de los labios—. A veces los *hekuras* se han presentado a las mujeres.

—Créame —le dije a Iramamowe—; sé tu canción porque te he oído cantarla muchas veces.

—Pero canto muy bajo —argumentó Iramamowe—. Si realmente sabes mi canción, ¿por qué no la cantas ahora?

Con la esperanza de que esto daría por terminado el asunto del *epena*, empecé a tararear la melodía. Para mi gran desolación, no pude recordar las palabras.

—¿Ves? —exclamó Iramamowe, triunfante—. Mi *hekura* te enseñó mi canción. Por eso no me enfadé contigo ayer, por eso no soplé sobre tus ojos y tus orejas, por eso no te golpeé con un tronco ardiente.

—Así debe ser —admití, forzándome a sonreír.

Por dentro, me recorrió un escalofrío. Iramamowe era bien conocido por su mal carácter, su naturaleza vengativa y sus crueles castigos.

El anciano Kamosiwe escupió su bola de tabaco al suelo

y cogió un plátano que colgaba directamente encima de él.

Lo peló y se lo metió entero en la boca.

—Hace mucho tiempo, hubo un *shapori* mujer —balbució, masticando todavía—. Su nombre era Imaawami. Su piel era tan blanca como la tuya. Era alta y muy fuerte. Cuando tomaba *epena*, cantaba a los *heku ras*. Sabía cómo quitar el dolor con masajes y cómo chupar una enfermedad. No había nadie como ella para cazar las almas perdidas de los niños y para contrarrestar las maldiciones de los chamanes enemigos.

—Dinos, muchacha blanca —intervino Arasuwe—, ¿has conocido a un *shapori* antes de venir aquí? ¿Alguno te ha enseñado?

—Conozco a chamanes, pero nunca me enseñaron nada. Con gran detalle, describí el tipo de trabajo a que me dedicaba antes de mi llegada a la misión. Hablé de doña Mercedes y de cómo ella me permitió observar y grabar las visitas de sus pacientes.

—Una vez, doña Mercedes me dejó tomar parte en una sesión espiritista. Creía que tal vez yo era una médium. En su casa se habían reunido curanderos de varias regiones. Todos nos sentamos en círculo cantando para que los espíritus vinieran. Cantamos durante mucho tiempo.

—¿Tomasteis *epena*? —preguntó Iramamowe.

—No. Fumamos unos puros grandes y gruesos —dije, y casi me reí al recordarlo.

Había diez personas en la habitación de doña Mercedes. Nos sentamos rígidamente en taburetes cubiertos de piel de cabra. Con obsesiva concentración, chupamos nuestros puros, y llenamos la habitación de un humo tan espeso que apenas podíamos vernos unos a otros. Yo estaba demasiado ocupada con mi mareo como para poder entrar en trance.

—Uno de los curanderos me pidió que me fuera, diciendo que los espíritus no acudirían mientras yo estuviera en la habitación.

—¿Se presentaron los *hekuras* cuando tú te fuiste? —preguntó Iramamowe.

—Sí. Doña Mercedes me contó al día siguiente cómo los espíritus habían entrado en la cabeza de cada curandero.

—Qué raro —murmuró Iramamowe—. Pero debes de haber aprendido muchas cosas si viviste en su casa.

—Aprendí sus oraciones y sus encantamientos para los espíritus, y también los tipos de plantas y raíces que usaba para sus pacientes. Pero nunca me enseñó cómo comunicarme con los espíritus o cómo curar a la gente. —Miré a cada uno de los hombres. Etewa era el único que sonreía—.

Según ella, la única forma de aprender algo sobre la curación era practicándola.

—¿Empezaste a curar? —preguntó el viejo Kamosiwe.

—No. Doña Mercedes me sugirió que me fuera a la selva.

Los cuatro hombres se miraron. Luego, lentamente, se volvieron hacia mi y preguntaron casi a coro:

—¿Viniste aquí para aprender sobre los chamanes?

—¡No! —grité; luego, en un tono más bajo, añadí—: Vine aquí a traer las cenizas de Angélica.

Eligiendo mis palabras con mucho cuidado, les expliqué que mi profesión era estudiar a la gente, incluidos los chamanes, no porque yo quiera ser uno de ellos, sino porque me interesaba investigar las similitudes y diferencias entre las diversas tradiciones chamanistas.

—¿Alguna vez has estado con otros *shaporis*, aparte de doña Mercedes? —preguntó el viejo Kamosiwe.

Les conté acerca de Juan Caridad, un anciano al que conocí diez años antes. Me levanté y cogí mi mochila, que guardaba dentro de una cesta atada a una de las vigas. Del bolsillo interior, que, debido a su extraña cerradura —una cremallera—, había escapado a la curiosidad de la anciana, saqué una bolsita de cuero. Vacíe su contenido en las manos de Arasuwe. Con desconfianza, contempló una piedra, una perla y el diamante sin tallar que me había dado el señor Barth.

—Esta piedra —dije, tomándola de manos de Arasuwe— me la dio Juan Caridad. La hizo salir del agua de un salto ante mis ojos.

Acaricié la piedra suave de color dorado. Se ajustaba perfectamente a la palma de mi mano. Tenía forma de óvalo, plana por un lado, con un bulto redondo por el otro.

—¿Te quedaste con él, de la misma forma que con doña Mercedes? —preguntó Arasuwe.

—No. No me quedé mucho tiempo con él. Le tenía miedo.

—¿Miedo? ¡Yo creí que nunca tenías miedo! —exclamó el viejo Kamosiwe.

—Juan Caridad era un hombre impresionante. Me provocaba extraños sueños en los que él siempre aparecía. Por la mañana me contaba con todo detalle lo que yo había soñado.

Los hombres se miraron y asintieron.

—¡Qué *shapori* tan poderoso! —dijo Kamosiwe—. ¿Qué te hizo soñar?

Les dije que el sueño que más me había asustado había sido, hasta cierto punto, una réplica secuencial exacta de un acontecimiento que tuvo lugar cuando yo contaba cinco años. Una vez, cuando volvía de la playa en el coche con mi familia, mi padre decidió no encaminarse directamente a casa, y tomar un desvío por la selva para buscar orquídeas. Nos detuvimos junto a un río no muy profundo. Mis hermanos se internaron con mi padre por la maleza. Mi madre, temerosa de las serpientes y los mosquitos, se quedó en el coche. Mi hermana me retó a vadear con ella hasta la otra orilla. Ella tenía diez años más que yo, y era alta y delgada, con el pelo corto y rizado, tan quemado por el sol que parecía blanco. Sus ojos eran de un oscuro marrón aterciopelado, no azules ni verdes como los de la mayoría de las rubias. Se sentó en medio del arroyo y me dijo que observara el agua entre sus pies: para mi completo asombro el agua se puso roja de sangre. “¿Te has hecho daño?”, le pregunté. No me dijo una palabra; se levantó y, sonriendo, me dijo que la siguiera. Yo permanecí en el agua, petrificada, mientras la veía trepar a la orilla opuesta.

En el sueño, yo tenía el mismo miedo, pero me dije que ahora que yo era adulta no tenía nada que temer. Iba a seguir a mi hermana a la otra orilla por el empinado borde del río, cuando escuché la voz de Juan Caridad que me incitaba a quedarme en el agua. “Te está llamando desde la tierra de los muertos —dijo—. ¿No te acuerdas de que está muerta?”

Por mucho que le supliqué, Juan Caridad se negó absolutamente a decirme cómo logró aparecer en mi sueño o cómo sabía que mi hermana había muerto en un accidente de avión. Nunca le había hablado de mi familia. No sabía nada de mí, excepto que procedía de Los Ángeles y quería investigar las prácticas curativas.

Juan Caridad no se enfadó cuando sugerí que probablemente él conocía a alguien que a su vez me conocía bien. Me aseguró que no importaba lo que dijera ni de qué lo acusara: no hablaría de un asunto sobre el que había jurado guardar silencio. También me incitó a volver a casa.

—¿Por qué te dio la piedra? —preguntó el viejo Kamosiwe.

—¿Veis estas manchas oscuras y las venas transparentes que atraviesan su superficie en todos sentidos? —expliqué, acercando la piedra a su único ojo—. Juan Caridad me dijo que representan los árboles y los ríos de la selva. Dijo que la piedra revelaba que yo pasaría largo tiempo en la selva, que debía conservarla como un talismán que me protegería de todo mal.

Los cuatro hombres guardaron silencio durante largo rato. Arasuwe me tendió el diamante sin tallar y la perla.

—Dinos qué son estas piedras.

Les hablé del diamante que el señor Barth me había dado en la misión.

—¿Y esto? —preguntó el anciano Kamosiwe, recogiendo de mi mano la pequeña perla—. Nunca había visto una piedra tan redonda.

—Hace mucho tiempo que la tengo.

—¿Más que la piedra que te dio Juan Caridad? —preguntó Ritimi.

—Mucho más. La perla también me la dio un anciano cuando llegué a la isla Margarita, adonde fui con unos compañeros de escuela a pasar unas vacaciones. Cuando desembarcamos, un viejo pescador vino directamente hacia mi. Puso la perla en mi mano y me dijo: “Es tuya desde el día que naciste. La perdiste, pero yo la encontré para ti en el fondo del mar”

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Arasuwe, impaciente.

—No pasó gran cosa. Antes de que me recobrar de la sorpresa, el anciano se había ido.

Kamosiwe sostuvo la perla en su mano, dejándola rodar atrás y adelante. Parecía extrañamente hermosa en su palma oscura y llena de callosidades, como si tal fuera su sitio.

—Me gustaría que te quedaras con ella —le dije. Sonriendo, Kamosiwe me miró.

—Me gusta mucho. —Sostuvo la perla contra la luz del sol—. Qué hermosa es. Hay nubes dentro de la piedra. El anciano que te la dio ¿se parecía a mí? —preguntó mientras los cuatro salían de la cabaña.

—Era viejo como tú —dije, mientras él caminaba hacia su cabaña.

Pero no me había oído. Sosteniendo la perla muy arriba sobre su cabeza, caminaba por el claro.

Nadie dijo nada sobre el hecho de que yo hubiera tomado *epena*. Algunas noches, sin embargo, cuando los hombres se reunían fuera de sus cabañas para inhalar el polvo alucinógeno, algunos jóvenes gritaban en broma:

—¡Muchacha blanca, queremos verte bailar! ¡Queremos oírte cantar la canción de *hekuras* de Iramamowe!

Pero no, probé el polvo nunca mas.

XV

Nunca descubrí dónde vivía Puriwariwe, el hermano de Angélica. Me preguntaba si cuando le necesitaban iban realmente a llamarlo, o si él lo intuía. Nadie sabía si iba a quedarse en el *shabono* unos días o varias semanas. Había algo tranquilizador en su presencia, en el modo en que cantaba a los *hekuras* por la noche, pidiendo a los espíritus que protegieran a su gente, especialmente a los niños, que eran los más vulnerables de todos, de los encantamientos de un *shapori* maligno.

Una mañana, el viejo *shapori* entró directamente en la cabaña de Etewa. Se sentó en una de las hamacas vacías, y me pidió que le mostrara los tesoros que tenía escondidos en mi mochila.

Estuve tentada de decirle que no tenía nada escondido, pero guardé silencio y desaté la cesta que colgaba de la viga. Sabía que iba a pedirme una de las piedras y deseaba fervientemente que no fuera la que Juan Caridad me había dado. De alguna manera, estaba segura de que la piedra me había conducido a la selva. Temía que si Puriwariwe me la quitaba, llegaría Milagros y me llevaría de vuelta a la misión. O, peor aún, algo horrible podría sucederme. Aceptaba implícitamente la creencia en los poderes protectores de la piedra.

El anciano estudió atentamente tanto el diamante como la piedra. Sostuvo el diamante contra la luz.

—Quiero ésta —dijo, sonriendo—. Tiene los colores del cielo dentro. —Estirándose en la hamaca, el anciano puso el diamante y la otra piedra sobre su estómago—. Ahora, quiero que me cuentes acerca del *shapori* Juan Caridad.

Quiero oír todos los sueños en que ese hombre aparecía.

—No sé si me acuerdo de todos.

Mirando su rostro delgado y lleno de arrugas y su cuerpo demacrado, tuve la vaga sensación de conocerle desde hacía más tiempo del que podía recordar. Producía en mí una sensación familiar y tierna cuando sus ojos sonrientes sostenían mi mirada. Me acosté cómodamente en mi hamaca y empecé a hablar con fluidez. Cuando no conocía la palabra iticoteri para decir algo, utilizaba la española. A Puriwariwe esto no parecía molestarle. Yo tenía la impresión de que le interesaban más el sonido y el ritmo de mis palabras, que su significado real.

Cuando terminé mi narración, el anciano escupió el tabaco que Ritimi le había preparado antes de irse a trabajar en las huertas. Con voz suave, me habló de la mujer chamán que ya había mencionado Kamosiwe. Imaawami no sólo estaba considerada como un gran *shapori*, sino que se creía que había sido una magnífica cazadora y guerrera que asaltaba los poblados enemigos junto a los hombres.

—¿Tenía un fusil? —pregunté, con la esperanza de averiguar algo sobre su identidad.

Desde que oyera hablar de ella por primera vez, me había obsesionado la posibilidad de que se tratara de una cautiva blanca. Tal vez de tiempos tan remotos como la época de la llegada de los españoles en busca de El Dorado.

—Usaba arco y flechas —dijo el anciano chamán—. Su veneno de *mamucori* era de la mejor clase.

Aunque intenté formular mi pregunta de diversas maneras, me fue imposible averiguar si Imaawami era una persona real o un ser que pertenecía a una época mitológico. Lo único que el *shapori* estaba dispuesto a decirme era que Imaawami existió hacia mucho tiempo. Yo tenía la seguridad de que el anciano no intentaba eludir mis preguntas:

era muy común que los iticoteris se mostraran vagos acerca de los acontecimientos pasados.

Algunas tardes, cuando las mujeres ya habían preparado la última comida del día, Puriwariwe se sentaba junto al fuego en el centro del claro. Jóvenes y ancianos se reunían en torno a él. Yo siempre buscaba un sitio en su proximidad, porque no quería perderme ni una palabra de lo que decía. Con tono lento, monótono y nasal, hablaba del origen del hombre, del fuego, de las inundaciones, de la luna y el sol. Algunos de estos mitos me eran ya conocidos. Sin embargo, cada vez que los escuchaba era como si se tratara de una historia distinta. Cada narrador los embellecía o mejoraba según su propio criterio.

—¿Cuál es el verdadero mito de la creación? —le pregunté una noche a Puriwariwe cuando hubo terminado la historia de Waipilishoni, una mujer chamán que había creado la sangre mezclando *onoto* y agua.

Había dado vida a los cuerpos de madera de un hermano y una hermana haciéndoles beber esa sustancia. La noche anterior el *shapori* nos había dicho que el primer indio nació de la pierna de una criatura con forma humana.

Por un instante, Puriwariwe me miró con expresión de perplejidad.

—Todos son reales —dijo finalmente—. ¿No sabes que el hombre fue creado muchas veces a lo largo de los tiempos?

Sacudí la cabeza asombrada. Me tocó la cara y se rió.

—¡Huy, qué ignorante eres todavía! Escucha con atención. Te diré todas las veces que el mundo ha sido destruido por incendios e inundaciones.

Unos días más tarde, Puriwariwe anunció que Xorowe, el hijo mayor de Iramamowe, debía ser iniciado como *shapori*. Xorowe tenía tal vez diecisiete o dieciocho años. Su cuerpo era ágil y esbelto, y en su rostro estrecho de facciones finas sus ojos castaños oscuros parecían demasiado grandes y brillantes. Llevando sólo una hamaca, se trasladó a la pequeña cabaña que había sido construida para él en el claro. Se creía que los *hekuras* huían de las mujeres, por lo que no se permitía a ninguna de éstas acercarse a la habitación, ni siquiera a la madre, la abuela y las hermanas de Xorowe.

Eligieron a un joven que nunca había estado con una mujer para que cuidara del iniciado. El soplabla el *epena* en la nariz de Xorowe, vigilaba que el fuego no se apagara y se aseguraba todos los días de que Xorowe tuviera una cantidad suficiente de agua y miel, la única comida que el iniciado tenía permitida. Las mujeres siempre dejaban leña suficiente fuera del *shabono*, para que el muchacho no tuviera que ir a buscarla demasiado lejos. Los hombres eran responsables de encontrar la miel. Cada día, el *shapori* los enviaba más lejos, por la selva, a buscar nuevos panales.

Xorowe se pasaba la mayor parte del tiempo dentro de la cabaña, tendido en su hamaca. A veces se sentaba en un tronco pulido que Iramamowe había colocado fuera de la casita, porque no debía sentarse en el suelo. Al cabo de una semana, el rostro de Xorowe se había oscurecido debido al *epena*. Sus ojos, antes brillantes, estaban opacos y desenfocados. Su cuerpo, sucio y demacrado, se movía con torpeza, como si estuviera ebrio.

La vida continuó como siempre en el *shabono*, excepto para las familias que vivían más cerca de la cabaña de Xorowe, a las que no se les permitía cocinar carne en sus hogares. Según Puriwariwe, los *hekuras* detestaban el olor de la carne asada y con sólo que olfatearan levemente este aroma, huían de vuelta a las montañas.

Como su aprendiz, Puriwariwe tomaba *epena* día y noche. Sin descanso, cantaba durante horas, invitando a los espíritus a la cabaña de Xorowe, suplicando a los *hekuras* que abrieran de un tajo el pecho del joven. Algunas noches, Arasuwe, Iramamowe y otros acompañaban al anciano en sus cantos.

Durante la segunda semana, con una voz insegura y temblorosa, Xorowe se unió a los cantos. Al principio sólo entonaba las canciones de los *hekuras* del armadillo, el tapir, el jaguar y otros animales grandes, que se consideraban espíritus masculinos. Eran los más fáciles de convencer. Luego, las canciones de los *hekuras* de las plantas y las rocas. Por último, las de los espíritus femeninos: la araña, la serpiente y el colibrí. No sólo eran los más difíciles de atraer, sino que su naturaleza traicionera y celosa resultaba difícil de controlar.

Una noche, tarde ya, cuando la mayoría de los habitantes del *shabono* dormían, me senté fuera de la cabaña de Etewa y contemplé a los hombres que cantaban. Xorowe estaba tan débil que uno de aquéllos tenía que sostenerlo para que Puriwariwe pudiera bailar a su alrededor.

—¡Xorowe, canta más alto! —le decía el anciano—. Canta tan alto como los pájaros, tan alto como los jaguares. —Puriwariwe salió bailando del *shabono* y se internó en la selva—. ¡Xorowe, canta más alto! —gritaba—. Los *hekuras* que viven en todos los rincones del mundo necesitan escuchar tu canción.

Tres noches más tarde, los gritos de alegría de Xorowe resonaron en todo el *shabono*:

—¡Padre, padre, los *hekuras* se acercan! Puedo oírlos zumbar y silbar. Bailan y vienen hacia mí. Me están abriendo el pecho, la cabeza. Vienen a través de mis dedos y de mis pies. —Xorowe salió corriendo de la cabaña. En cuclillas ante el anciano, gritó—: ¡Padre, padre, ayúdame, porque vienen a través de mis ojos y mi nariz!

Puriwariwe ayudó a Xorowe a levantarse. Empezaron a bailar en el claro; sus sombras delgadas y esqueléticas se derramaban por el suelo iluminado por la luna. Horas más tarde, un grito desesperado, el aullido de pánico de un niño, perforó el alba.

—¡Padre, padre, de aquí en adelante no dejes que ninguna mujer se acerque a mi cabaña!

—Eso es lo que dicen todos —murmuró Ritimi, saliendo de su hamaca. Atizó el fuego y enterró varios plátanos entre las brasas—. Cuando Etewa decidió que lo iniciaran como *shapori*, yo ya me había ido a vivir con él. La noche en que le suplicó a Puriwariwe que no dejara a ninguna mujer acercársela fui a su cabaña y expulsé a los *hekuras*.

—¿Por qué?

—La madre de Etewa así me lo aconsejó. Tenía miedo de que él se muriera. Sabía que a Etewa le gustaban demasiado las mujeres, y que nunca se convertiría en un gran *shapori*.

—Ritimi se sentó en mi hamaca—. Te contaré toda la historia. —Se instaló cómodamente contra mí, y empezó a hablar en un murmullo bajo—. La noche en que los *hekuras* entraron en el pecho de Etewa, gritó igual que Xorowe ha gritado esta noche. Los *hekuras* hembra son los que producen tanto ruido. No quieren a ninguna

mujer en la cabaña. Etewa sollozaba amargamente esa noche, gritando que una mujer malvada había pasado cerca de su cabaña. Me sentí muy triste cuando le oí decir que los *hekuras* lo habían abandonado.

—¿Etewa llegó a saber que fuiste tú quien estuvo en su cabaña?

—No. Nadie me vio. Si Puriwariwe lo sabe, nunca se lo dijo, pues él sabía que Etewa nunca sería un buen *shapori*.

—¿Por qué fue iniciado, entonces?

—Siempre hay la posibilidad de que un hombre se convierta en un gran *shapori*. —Ritimi apoyó su cabeza en mi brazo—. Aquella noche muchos hombres se quedaron cantando para que los *hek aras* volvieran. Pero los espíritus no tenían ningún deseo de volver. Huyeron no sólo porque Etewa quedó manchado por una mujer, sino porque temían que él nunca fuera un buen padre para ellos.

—¿Por qué se mancha un hombre cuando va con una mujer?

—Los *shaporis* se manchan. No sé por qué, pues tanto los hombres como los *shaporis* disfrutaban de ello. Creo que los *hekuras* hembra están celosos y tienen miedo de un hombre que goza de mujeres con demasiada frecuencia.

Ritimi continuó explicando que un hombre sexualmente activo tiene pocos deseos de tomar *epena* y cantar a los espíritus. Los espíritus masculinos no son posesivos. Se contentan con que un hombre tome el alucinógeno antes y después de una cacería o un asalto.

—Yo prefiero tener por marido a un buen cazador y guerrero que a un buen *shapori* —confesó— A los *shaporis* no les gustan mucho las mujeres.

—¿Y qué ocurre con Iramamowe? —pregunté—. Está considerado como un gran *shapori* pero tiene dos mujeres.

—¡Huy, eres tan ignorante ... ! Te lo tengo que explicar todo. —Ritimi se rió—. Iramamowe no duerme a menudo con sus dos mujeres. Su hermano menor, que no tiene mujer propia, duerme con una de ellas. —Ritimi miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos escuchaba—. ¿Te has dado cuenta de que Iramamowe muchas veces se va solo a la selva?

Asentí.

—Pero así lo hacen otros hombres.

—Y también las mujeres. —Ritimi me imitaba, pronunciando mal las palabras, tal como yo lo había hecho. Me era muy difícil reproducir el tono nasal correcto de los *iticoteris* que acaso se debiera a que solían tener tabaco en la boca—. No es eso lo que quiero decir. Iramamowe se va a la selva para encontrar lo que buscan los grandes *shaporis*.

—¿Qué es?

—La fuerza para viajar a la casa del trueno. La fuerza para viajar hasta el sol y volver vivo.

—He visto a Iramamowe durmiendo en la selva con una mujer —confesé.

Ritimi se rió suavemente.

—Te diré un secreto muy importante —susurro—. Iramamowe duerme con una mujer en la forma en que lo hacen los *shaporis*. Se lleva la energía de la mujer, pero no le da nada a cambio.

—¿Tú has dormido con él?

Ritimi asintió. Pero a pesar de lo mucho que la presioné y le supliqué, no quiso explicarme nada más.

Una semana más tarde, la madre, hermanas, tías y primos de Xorowe empezaron a lamentarse en sus cabañas.

—¡Anciano! —gritaba la madre—. Mi hijo ya no tiene fuerza. ¿Quieres matarlo de hambre? ¿Quieres matarlo de falta de sueño? Es tiempo de que lo dejes en paz.

El viejo *shapori* no prestó atención a sus gritos. La noche siguiente, Iramamowe tomó *epena* y bailó ante la cabaña de su hijo. Alternativamente, saltaba muy alto o se arrastraba a cuatro patas, imitando los feroces rugidos de un jaguar. Se detuvo de pronto. Con los ojos fijos en un punto situado directamente delante de él, se sentó en el suelo.

—¡Mujeres, mujeres, no desesperéis! —gritó con voz fuerte y nasal—. Xorowe tiene que quedarse sin comida unos pocos días más. Aunque parece débil y sus movimientos son torpes y se queja en sueños, no se morirá.

Levantándose, Iramamowe se dirigió a Puriwariwe y le pidió que soplara más *epena* en su cabeza. Luego volvió al mismo lugar donde estuvo sentado.

—Escucha con cuidado —me aconsejó Ritimi—. Iramamowe es uno de los pocos *shapors* que han viajado al sol durante su iniciación. Ha guiado a otros en su primer viaje. Tiene dos voces. La que acabas de oír es la ~uya; la otra es la de su *hekura* personal.

Ahora las palabras de Iramamowe surgían de lo hondo de su pecho; como piedras que rodaran por un barranco, las palabras se amontonaban en el silencio de la gente reunida en sus cabañas. Acurrucados y juntos, en una atmósfera pesada de humo y expectación, apenas parecían respirar. Sus ojos brillaban de anhelo por lo que el *hekura* personal de Iramamowe había de decir, por lo que iba a ocurrir en el mundo misterioso de los iniciados.

—Mi hijo ha viajado hasta las profundidades de la Tierra y se ha quemado en los ardientes fuegos de las cavernas silenciosas —dijo Iramamowe con su atronadora voz de *hekura*—. Guiado por los ojos de los *hekuras*, ha sido conducido a través de telarañas de oscuridad, a través de ríos y montañas. Le han enseñado las canciones de los pájaros, los peces, las serpientes, las arañas, los monos y los jaguares.

“Aunque sus ojos y sus mejillas están hundidos, es fuerte. Los que han descendido a las cavernas silenciosas y ardientes, los que han viajado más allá de la neblina de la selva, volverán con su *hekura* personal en el pecho. Ellos serán guiados hasta el sol, a las luminosas cabañas de mis hermanos y hermanas, los *hekuras* del cielo.

“¡Mujeres, mujeres, no gritéis su nombre! Dejadlo continuar su viaje. Dejadlo separarse de su madre y sus hermanas, para que pueda alcanzar ese mundo de luz, que es más agotador que el de la oscuridad.

Fascinada, escuchaba la voz de Iramamowe. Nadie hablaba, nadie se movía, nadie miraba nada que no fuera su figura, rígidamente sentada ante la cabaña de su hijo. Después de cada pausa, su voz se alzaba a un tono de intensidad más alto.

—¡Mujeres, mujeres, no desesperéis! En su camino encontrará a los que han soportado las largas noches de niebla. Encontrará a los que no han vuelto. Encontrará a los que no han temblado de miedo ante lo que han presenciado durante su viaje. Encontrará a aquellos cuyos cuerpos fueron quemados y cortados en pedazos, cuyos huesos fueron arrancados y puestos a secar al sol. Encontrará a los que no cayeron en las nubes en su camino hacia el sol.

“¡Mujeres, mujeres, no perturbéis su equilibrio! Mi hijo está por llegar al final de su viaje. No contempléis su rostro oscuro. No miréis sus ojos vacíos que brillan sin luz, porque está destinado a ser un hombre solitario.

Iramamowe se levantó. Con Puriwariwe, entró en la cabaña de Xorowe, donde pasaron el resto de la noche cantando suavemente a los *hekuras*.

Pocos días después, el jovencito que se había encargado de Xorowe durante sus largas semanas de iniciación lo lavó con agua caliente y lo secó con hojas aromáticas. Luego pintó su cuerpo con una mezcla de carbones y *onoto*: líneas onduladas que iban desde su frente hasta sus mejillas y sus hombros. El resto de su cuerpo quedó salpicado de manchas rojas dispuestas uniformemente que le llegaban hasta los tobillos.

Por un momento, Xorowe se quedó en medio del claro. Sus ojos brillaban tristemente desde las órbitas hundidas, llenos de una inmensa melancolía, como si acabara de darse cuenta de que ya no era el ser humano que fuera hasta entonces, sino apenas una sombra. Sin embargo, había un aura de fuerza en torno a él que antes no tenía, como si la convicción de la sabiduría y la experiencia recién adquiridas fueran más perdurables que la memoria de su pasado. En silencio, Puriwariwe le condujo hacia la selva.

XVI

—¡Muchacha blanca!

El hijo de Ritimi gritaba, corriendo entre las filas de arbustos de mandioca. Sin aliento, se detuvo delante de mí y gritó lleno de excitación:

—¡Muchacha blanca, tu hermano...!

—Mi ¿qué?

Dejé caer mi palo de sembrar y salí corriendo hacia el shabono. Me detuve a la orilla del tramo despejado de la selva que rodeaba la empalizada de madera que servía de muro al shabono. Aunque no estaba considerado como un huerto, crecían allí calabazas, algodón y diversas plantas medicinales. Según Etewa, la razón de que hubiera esa franja limpia era que los enemigos no podían pasar en silencio a través de aquel tipo de vegetación como podrían hacerlo al amparo de la selva.

No salía de las cabañas ningún sonido fuera de lo normal. Al atravesar el claro hacia el grupo de personas que estaban sentadas frente a la cabaña de Arasuwe, descubrí sin sorpresa a Milagros.

—India rubia —dijo en español, indicándome que me acucillara junto a él—, hasta hueles como una india.

—Me alegro de que hayas venido. El pequeño Sisiwe dijo que eras mi hermano.

—Hablé con el padre Coriolano en la misión. —Milagros señaló los cuadernos, lápices, latas de sardinas, cajas de galletas y bizcochos dulces que los iticoteris se pasaban de mano en mano—. El padre Coriolano quiere que te lleve de vuelta a la misión —dijo Milagros, mirándome pensativamente.

No se me ocurrió nada que responder. Recogí una ramita y me puse a dibujar en la tierra.

—No puedo irme todavía.

—Ya lo sé. —Milagros sonreía, pero había un rastro de tristeza en torno a sus labios. Su voz era muy dulce, irónica—. Le dije al padre Coriolano que estabas trabajando mucho. Lo convencí de cuán importante es para ti terminar la notable investigación que estás realizando.

No pude reprimir la risa. Sonaba como un pomposo antropólogo.

—¿Te creyó?

Milagros empujó hacia mí los cuadernos y los lápices.

—Le aseguré que estabas bien. —De un pequeño envoltorio, Milagros sacó una caja que contenía tres pastillas de jabón Camay—. También me dio esto para ti.

—¿Y qué voy a hacer con esto? —pregunté, husmeando los perfumados jabones.

—¡Lavarte! —dijo Milagros enfáticamente, como si de verdad pensara que yo había olvidado para que servía el jabón.

—Déjame olerlo —pidió Ritimi, tomando una pastilla de la caja. La sostuvo contra su nariz, cerró los ojos e inhaló profundamente—. Hum... ¿Qué vas a lavar con esto?

—¡Mí cabello! —exclamé, pues se me ocurrió que tal vez el jabón matara a los piojos.

—Yo me lavaré el mio también —dijo Ritimi, frotando el jabón contra su cabello.

—El jabón sólo sirve con agua —le expliqué—. Tenemos que ir al río.

—¡Vamos al río! —gritaron, levantándose, las mujeres que se habían reunido en torno a los hombres.

Riendo, corrimos todas por el sendero. Los hombres que volvían de los huertos nos miraban con la boca abierta, mientras las mujeres que los acompañaban se daban vuelta y corrían detrás de nosotras, hacia Ritimi, que sostenía el precioso jabón en su mano levantada.

—Tenéis que mojaros el pelo —grité desde el agua.

Las mujeres se quedaron en la orilla, mirándome vacilantes. Sonriendo, Ritimi me tendió el jabón. Pronto mi cabeza quedó cubierta de una espesa espuma. Froté con fuerza, disfrutando de las burbujas sucias que se deslizaban por mis dedos, mi cuello, espalda y pecho. Con media calabaza, me aclaré el cabello, utilizando el agua jabonosa para lavarme el cuerpo. Empecé a cantar un viejo comercial de jabón Camay, en español, que yo escuchaba cuando era niña: “No hay como jabón Camay, para una limpieza celestial”.

—¿Quién quiere ser la siguiente? —pregunté vadeando hacia la orilla en que estaban las mujeres.

Me sentía radiante de limpieza.

Las mujeres dieron un paso atrás; sonreían, pero ninguna se ofreció voluntaria.

—¡Yo quiero, yo quiero! —gritó la pequeña Texoma, corriendo hacia el agua.

Una por una, las mujeres se acercaron. Impresionadas, miraban atentamente la espuma que parecía brotar de la cabeza de la niña. Produje una capa espesa de burbujas y di forma a los cabellos de Texoma hasta que parecía que le salieran púas de toda la cabeza. Vacilante, Ritimi tocó el cabello de su hija. Una sonrisa tímida contraía las comisuras de sus labios:

—¡Ooh, qué belleza!

—Para una limpieza celestial —cantaba Texoma mientras el agua jabonosa le corría por la espalda— no hay como... —Me miró y yo dije lo que faltaba—. Canta otra vez esa canción, quiero que mi cabello se vuelva del color del tuyo.

—No se volverá de mi color, pero olerá bien.

—¡Yo también quiero! —empezaron a gritar las mujeres.

A excepción de las que estaban encinta, temerosas de que el mágico jabón dañara a sus bebés, lavé por lo menos veinticinco cabezas. Pero, no queriendo ser menos, las mujeres encinta decidieron lavarse el cabello de la forma acostumbrada: con hojas y fango del fondo del río. También para ellas tuve que cantar el estúpido comercial del jabón Camay. Cuando todas estuvimos listas, yo tenía la voz ronca.

Reunidos en torno a la cabaña de Arasuwe, los hombres escuchaban todavía la crónica de la visita de Milagros al mundo exterior. Olisquearon nuestros cabellos cuando nos sentamos junto a ellos. Una anciana acucillada junto a un joven empujó la cabeza de éste entre sus piernas.

—Huele esto; lo lavé con jabón Camay —y empezó a tararear la melodía del comercial.

Hombres y mujeres estallaron en carcajadas. Todavía riéndose, Etewa gritó:

—¡Abuela, nadie quiere tu vagina, aunque la llenes de miel!

Refunfuñando, la vieja hizo un gesto obsceno, se metió en su cabaña, y desde su hamaca gritó:

—¡Etewa te ha visto acostado entre las piernas de viejas más viejas que yo!

Cuando las risas se apagaron, Milagros señaló los cuatro machetes que descansaban en el suelo, ante él.

—Tus amigos los dejaron en la misión antes de volver a la ciudad. Son para que tú los regales.

Le miré sin saber qué hacer.

—¿Por qué son tan pocos?

—Porque yo no podía cargar con más —dijo Milagros alegremente—. No se los des a las mujeres.

—Se los daré al jefe —dije, mirando los rostros expectantes que me rodeaban. Sonriendo, puse los cuatro machetes frente a Arasuwe—. Mis amigos te envían esto.

—Muchacha blanca, eres lista —dijo, comprobando la afilada punta de uno de los machetes—. Me quedaré con éste. Uno es para mi hermano Iramamowe, que te protegió de los mocototeris. Otro es para el hijo de Hayama, de cuyo huerto y caza has comido más que de ningún otro. —Arasuwe miró a Etewa—. Uno debería ser para ti, pero como a ti te dieron uno no hace mucho en una de nuestras fiestas, se lo daré a tus mujeres, Ritimi y Tutemi. Ellas cuidan de la muchacha blanca como si fuera su propia hermana.

Por un momento, hubo un silencio absoluto. Luego, uno de los hombres se levantó y se dirigió a Ritimi.

—Dame tu machete para que pueda cortar árboles. Tú no tienes que hacer el trabajo de un hombre.

—No se lo des —dijo Tutemi—. Es más fácil trabajar en los huertos con un machete que con una coa.

Ritimi miró el machete, lo cogió y se lo dio al hombre.

—Te lo daré. El peor de todos los pecados es no dar lo que otros te piden. No quiero terminar en el shopariwabe.

—¿Dónde está eso? —le pregunté bajito a Milagros.

—El shopariwabe es un lugar como el infierno de los misioneros.

Abrí una lata de sardinas. Tras ponerme uno de los aceitosos y plateados pescaditos en la boca, le ofrecí la lata a Ritimi.

—Toma una —le insistí.

Me miró vacilante. Entre el índice y el pulgar, levantó delicadamente un trozo de sardina y se lo puso en la boca.

—¡Ugh, qué horrible sabor! —gritó, escupiéndolo.
Milagros me quitó la lata de la mano.
—Guárdalas. Son para el viaje de vuelta a la misión.
—Pero no voy a volver todavía. Se echarán a perder si las guardamos mucho tiempo.
—Debes volver antes de las lluvias —dijo Milagros gravemente—. Cuando empiezan, es imposible atravesar los ríos o caminar por la selva.
No pude reprimir una sonrisa de superioridad.
—Tengo que quedarme por lo menos hasta que nazca el niño de Tutemi.
Estaba segura de que el bebé llegaría durante las lluvias.
—¿Qué le diré al padre Coriolano?
—Lo que ya le dijiste —le respondí en tono de burla—: que estoy haciendo una notable investigación.
—Pero él espera que vuelvas antes de las lluvias —protestó Milagros—. ¡Llueve durante meses!
Sonriendo, tomé una de las cajas de galletas.
—Será mejor que nos las comamos: se echarán a perder con la humedad.
—No abras las demás latas de sardinas —aconsejó Milagros en español—. A los iticoteris no les gustarán. Me las comeré yo.
—¿No tienes miedo de ir al shopariwabe?
Sin contestar, Milagros hizo circular la lata que ya estaba abierta. La mayoría de los hombres sólo olían el contenido y se lo pasaban a la siguiente persona. Los que se atrevían a probar las sardinas, las escupían. Las mujeres no se molestaron en olerlas ni en probarlas. Milagros me sonrió cuando le devolvieron la lata.
—No les gustan las sardinas. No me iré al infierno si me las como todas yo solo.
Las galletas tampoco tuvieron éxito, excepto con unos pocos niños, que chuparon la sal y dejaron el resto. Pero los bizcochos, aunque sabían a rancio, fueron devorados con sonoros rechupeteos de aprobación.
Ritimi se apropió de los lápices y cuadernos. Insistió en que le enseñara el mismo tipo de dibujos con que había decorado el cuaderno que se había quemado. Concienzudamente, practicaba la escritura de las palabras inglesas y españolas que le había enseñado. No tenía interés en aprender a escribir, aunque finalmente aprendió a dibujar todas las letras del alfabeto, incluidos algunos ideogramas chinos que yo había aprendido hacia tiempo en una clase de caligrafía. Para Ritimi, eran dibujos que pintar a veces en su cuerpo y prefería las letras S y W.

Milagros se quedó unas cuantas semanas en el shabono. Fue a cazar con los hombres y les ayudó a trabajar en los huertos. Sin embargo, la mayor parte del tiempo la pasaba estirado en su hamaca, sin hacer nada más que jugar con los niños. A todas horas se podían escuchar sus chillidos de contento mientras Milagros balanceaba a los más pequeños en el aire, sobre sus pies levantados al cielo. Por las noches nos divertía con historias sobre los napes, los hombres blancos que había conocido a lo largo de los años, los lugares que había visitado y las excéntricas costumbres que había observado.
Nape era un término aplicado a todos los extranjeros, es decir, a todos los que no eran yanomamas. Los iticoteris no distinguían nacionalidades. Para ellos, un venezolano, un brasileño, un sueco, alemán o norteamericano, sin importar el color de su piel, eran napes.
Vistos a través de los ojos de Milagros, esos hombres blancos resultaban curiosos hasta para mí. Su sentido del humor, su gusto por el absurdo y su dramática narración transformaban el acontecimiento más superficial e insignificante en un suceso extraordinario. Si alguna vez algún miembro del auditorio se atrevía a dudar de su veracidad, Milagros, con tono muy digno, se volvía hacia mí:
—Muchacha blanca, díles si estoy mintiendo. Por mucho que hubiera exagerado, yo jamás le contradecía.

XVII

Tutemi fue a buscarnos a Ritimi y a mí a los huertos.
—Creo que ha llegado mi tiempo —dijo, dejando su cesta llena de leña en el suelo—. Mis brazos no tienen fuerza. Mi respiración no es profunda. Ya no puedo inclinarme fácilmente.
—¿Tienes dolor? —le pregunté, viendo que la cara de Tutemi se torcía en una mueca.
Asintió.
—También tengo miedo.
Cuidadosamente, Ritimi palpó el vientre de la muchacha, primero en los costados, luego en el frente.
—El niño está pataleando con fuerza. Es tiempo de que salga. —Ritimi se volvió a mí—. Ve a buscar a la vieja Hayama. Dile que Tutemi tiene dolores. Ella sabrá lo que hay que hacer.
—¿Dónde estaréis?
Ritimi señaló delante de sí. Corté por la selva, saltando sobre los troncos caídos, sin hacer caso de espinas, raíces y piedras.
—¡Ven rápidamente! —grité, tratando de recuperar el aliento, frente a la cabaña de Hayama—. Tutemi está a punto de tener su niño. Sufre dolores.

Recogiendo su cuchillo de bambú, la abuela de Ritimi fue primero a ver a un anciano que vivía en una cabaña al otro lado del claro.

—Supongo que has escuchado a la muchacha blanca —le dijo Hayama—. Si te necesito, la enviaré a buscarte. Caminé delante de Hayama, esperando impaciente cada cincuenta pasos a que ella me alcanzara. Apoyándose pesadamente en el arco roto que utilizaba como bastón, parecía moverse aún más lentamente que de costumbre.

—El anciano ¿es un shapori? —le pregunté.

—Sabe todo lo que hay que saber sobre un niño que no quiere nacer. Cuando hay dolor, significa que el niño no quiere salir del vientre.

—No creo que quiera decir eso en absoluto. —Fui incapaz de disimular el tono polémico de mi voz—. Es normal que el primer niño sea difícil —afirmé, como si realmente lo supiera—. Las mujeres blancas tienen dolores con casi todos los hijos.

—No es normal —afirmó Hayama—. Tal vez los bebés blancos no quieren ver el mundo.

Los quejidos de Tutemi llegaban ahogados a través de la maleza. Estaba acucillada sobre las hojas de platanillo que Ritimi había desperdigado en el suelo. Oscuras sombras rodeaban sus ojos febriles. Diminutas gotas de sudor brillaban sobre sus cejas y su labio superior.

El agua ya se ha roto —dijo Ritimi—. Pero el bebé no quiere venir.

—Vamos más adentro de la selva —suplicó Tutemi—. No quiero que nadie del shabono oiga mis gritos.

Tiernamente, la vieja Hayama apartó el flequillo de la muchacha de su frente y le secó el sudor de la cara y el cuello.

—Estarás mejor dentro de un momento —le dijo tranquilizadamente, como si le hablara a un niño.

Cada vez que se producían las contracciones, Hayama apretaba con fuerza el vientre de Tutemi. Tras lo que me pareció un tiempo interminable, Hayama me dijo que fuera a buscar al viejo shapori.

Estaba preparado. Había tomado epena, y en el fuego estaba hirviendo una oscura cocción. Con un palo, retiró los

mocos de su nariz y vertió la infusión en una calabaza.

—¿De qué está hecha?

—De raíces y hojas —dijo, pero no mencionó el nombre de la planta.

Tan pronto como llegamos a donde estaban las mujeres, le dijo a Tutemi que se bebiera hasta la última gota de la infusión. Mientras ella bebía, él bailaba a su alrededor. En un tono agudo y nasal, suplicó al hekura del mono blanco que soltara el cuello del niño por nacer.

Lentamente, el rostro de Tutemi se relajó y sus ojos perdieron su expresión asustada.

—Creo que el niño vendrá ahora —dijo, sonriéndole al anciano.

Hayama la sostenía por detrás, estirando los brazos de Tutemi sobre su cabeza. Mientras yo me preguntaba si era la infusión o la danza del chamán lo que había producido su estado de relajamiento, me perdí el nacimiento mismo. Me tapé la boca con la mano para ahogar un grito cuando vi el cordón umbilical que se enroscaba en torno al cuello del niño amoratado. Hayama cortó el cordón y puso una hoja sobre el ombligo para absorber la sangre. Frotó su dedo índice en la placenta y luego lo pasó por los labios del niño.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Ritimi.

—Hace eso para que el niño aprenda a hablar bien.

Antes de que tuviera tiempo de estallar diciendo que el niño estaba muerto, resonó por la selva el más desconcertante grito humano que yo hubiera oído en mi vida. Ritimi levantó al niño que gritaba y me indicó que la siguiera hasta el río. Llenó de agua su boca, esperó un momento a que se calentara, y la soltó sobre el bebé. Imitándola, le ayudé a lavar de sangre y mucosidad el cuerpecito.

—Ahora tiene tres madres —dijo Ritimi, tendiéndome al niño—. Cualquiera que lava a un bebé recién nacido es responsable de él si algo le sucede a la madre. Tutemi estará contenta cuando sepa que ayudaste a lavar al niño.

Ritimi llenó de lodo una gran hoja de platanillo, mientras yo acunaba al bebé con brazos inseguros. Nunca hasta entonces había cogido un niño recién nacido. Miraba espantada su rostro violáceo y arrugado, y los puñitos que trataba de meterse en la boca; me preguntaba qué milagro le había permitido vivir.

Hayama envolvió la placenta apretadamente con las hojas y la colocó bajo una pequeña mampara elevada que el anciano había construido bajo una ceiba muy alta. Unas semanas más tarde debía ser incinerada. Cubrimos con fango todas las huellas de sangre del suelo para evitar que los animales salvajes y los perros vinieran a husmear.

Con el niño bien sujeto en sus brazos, Tutemi abrió la marcha de vuelta hacia el shabono. Antes de entrar en su cabaña, lo puso en el suelo. Los que habíamos presenciado el parto debíamos pasar tres veces sobre el niño, para indicar que era aceptado en el poblado.

Etewa no nos miró desde su hamaca; había permanecido descansando allí desde que supo que la menor de sus esposas estaba dando a luz. Tutemi entró en la cabaña con el niño recién nacido y se sentó junto al hogar. Tras exprimir su pezón, lo empujó dentro de la boca del bebé. Ávidamente, el niño empezó a mamar, abriendo de vez en cuando los ojos, todavía desenfocados, como si quisiera grabarse en el cerebro aquella fuente de alimento y bienestar.

Ninguno de los progenitores comió nada ese día. El segundo y el tercer día, Etewa pescó una cesta llena de pescaditos, que cocinó y le dio de comer a Tutemi. Después los dos reemprendieron lentamente su régimen normal. Al día siguiente del nacimiento, Tutemi volvió a trabajar en las plantaciones con el bebé atado a la espalda. Etewa, por su parte, permaneció descansando en su hamaca durante una semana. Se creía que cualquier esfuerzo físico de su parte sería dañino para la salud del niño.

Al noveno día, le pidieron a Milagros que agujereara las orejas del niño. Empleó largas espinas de palmera rasha, que le dejó colocadas en los orificios. Tras cortar las agudas puntas cerca del lóbulo, Milagros cubrió cada extremo con resina, para que el niño no se quitara las espinas cortadas. El mismo día, le dieron al niño el nombre de Hoaxiwe, porque el mono blanco había querido conservarlo dentro del vientre. Era sólo un apodo. Cuando el niño empezara a caminar, le pondrían su verdadero nombre.

XVIII

Aún no era de día cuando Milagros se inclinó sobre mi hamaca. Sentí cómo su mano encallecida rozaba mi frente y mis mejillas. Apenas lograba distinguir sus rasgos en la oscuridad. Sabía que se iba. Esperé a que hablara, pero me quedé dormida sin averiguar si realmente quería decirme algo.

—Pronto llegarán las lluvias —anunció aquella noche el viejo Kamosiwe—. He visto el tamaño de las tortugas nuevas. He estado escuchando el croar de las ranas de la lluvia.

Cuatro días más tarde, poco después del mediodía, el viento sopló con fuerza aterradora a través de los árboles y del *shabono*. Las hamacas vacías se mecían como barcos en un mar tempestuoso. Las hojas giraban sobre el suelo en danzas espirales que morían tan repentinamente como habían empezado.

Me quedé en medio del claro, observando los golpes de viento que venían de todas direcciones. Trozos de corteza se aplastaban contra mis espinillas. Trataba de desprendérmelos pataleando, pero se pegaban a mi como si estuvieran engomados. Gigantescas nubes negras oscurecieron el cielo. El continuo rugido de la lluvia en la distancia se hizo más fuerte, mientras yo avanzaba por la selva. Los truenos se despeñaban entre las nubes, y los latigazos de los blancos relámpagos saltaban en la oscuridad de la tarde. Los lamentos de un árbol que caía, golpeado por el rayo, resonaban por la selva acompañados del doloroso clamor de otros árboles arrancados de raíz, que se desplomaban en el suelo.

Aullando, mujeres y niños se acurrucaban tras los plátanos amontonados contra el techo en declive. La vieja Hayama cogió un tronco del fuego y entró corriendo en la cabaña de Iramamowe. Desesperadamente, empezó a golpear uno de sus postes.

—¡Despiértate! —gritaba—. Tu padre no está aquí. ¡Despierta! Defiéndenos de los *hekuras*.

Hayama se dirigía al *hekura* personal de Iramamowe, porque él estaba fuera, cazando con otros hombres.

El trueno y los rayos retrocedieron en la distancia y las nubes se abrieron sobre nosotros. La lluvia bajó en una cortina sólida, tan densa que no podíamos ver el otro lado del claro. Momentos después, el cielo quedó despejado. Acompañé al viejo Kamosiwe a ver el río que bajaba rugiendo. Trozos de tierra se desprendían de las orillas, arrastrados por el furioso torrente. Cada desprendimiento iba seguido de un destroz de lianas que se quebraban con el sonido de las cuerdas de un arco al romperse.

Una gran quietud descendió sobre la selva. Ni un pájaro, insecto o rana se dejaba oír. Súbitamente, sin aviso alguno, un rugido de truenos pareció surgir directamente del sol y rodar sobre nuestras cabezas.

—Pero ¡no hay nubes! —grité, cayendo al suelo como si me hubieran golpeado.

—No desafíes a los espíritus —me advirtió Kamosiwe quien, cortando dos grandes hojas, me indicó que me cubriera.

Acuclillados uno junto al otro, contemplamos la lluvia descender en cascadas desde el cielo limpio. Golpes de viento estremecieron la selva hasta que la cortina de nubes oscuras ocultó de nuevo el sol.

—Las tormentas se deben a los muertos cuyos huesos no han sido quemados, cuyas cenizas no han sido comidas —dijo el anciano Kamosiwe—. Estos espíritus infortunados, que anhelan ser incinerados, calientan las nubes basta que se encienden fuegos en el cielo.

—Fuegos que finalmente los quemarán —completé su frase.

—¡Ooh, ya no eres tan ignorante! —exclamó Kamosiwe—. Han empezado las lluvias. Te quedarás con nosotros muchos días; aprenderás mucho más.

Sonriendo, asentí.

—¿Crees que Milagros habrá llegado a la misión?

Kamosiwe me miró de reojo, y luego rompió a reír con una risa ronca y áspera, la risa de un hombre muy viejo, que tenía un sonido siniestro en medio del ruido de la lluvia. Todavía conservaba casi todos sus dientes. Fuertes y amarillentos, surgían de sus encías retraídas como trozos de viejo marfil.

—Milagros no iba a la misión. Iba a ver a su mujer y sus hijos.

—¿En qué poblado vive Milagros?

—En muchos.

—¿Tiene mujer e hijos en todos ellos?

—Milagros es un hombre de talento —dijo Kamosiwe, y su único ojo brillaba con un destello diabólico—. Tiene una mujer blanca en alguna parte.

Llena de curiosidad, miré a Kamosiwe. Por fin iba a enterarme de algo acerca de Milagros. Pero el anciano se quedó en silencio. Luego puso su mano en la mía y supe que su mente se había desviado en otra dirección. Lentamente, di masaje a sus dedos deformados.

—Anciano, ¿eres realmente el abuelo de Milagros? —le pregunté con la esperanza de traerle de vuelta al tema.

Sobresaltado, Kamosiwe me miró a la cara, y su ojo me examinó atentamente, como si se le hubiera ocurrido algo. Murmurando, me tendió su otra mano para que le diera masaje.

Distraída, observé cómo el ojo rodaba dentro de la cuenca al adormilarse.

—Me pregunto cuántos años tienes en realidad.

El ojo de Kamosiwe se posó en mi cara, nublado de memorias.

—Si extendieras todo el tiempo que he vivido, llegaría hasta la luna —murmuró Kamosiwe—. Esa es la edad que tengo.

Nos quedamos bajo las hojas, contemplando cómo las nubes negras se dispersaban por el cielo. La niebla flotaba entre los árboles, y la luz filtrada era de un gris fantasmal.

—Han empezado las lluvias —repitió Kamosiwe suavemente, mientras volvíamos al *shabono*.

Los fuegos de las cabañas producían más humo que calor, pero el aire lluvioso creaba una neblinosa tibieza. Me tumbé en mi hamaca y me quedé dormida, rodeada por los ruidos distantes y confusos de la selva bajo la tormenta.

La mañana era fría y húmeda. Ritimi, Tutemi y yo nos quedamos en nuestras hamacas todo el día, comiendo plátanos

asados y escuchando caer la lluvia sobre el techo de palma.

—Quisiera que Etewa y los demás hubieran regresado anoche de la cacería —murmuraba Ritimi de vez en cuando, mirando el cielo, que sólo cambiaba de un débil blanco al gris.

Los cazadores volvieron al anochecer del día siguiente. Iramamowe y Etewa entraron directamente en la cabaña de la anciana Hayama llevando a su hijo menor, Matuwe, en una litera hecha de tiras de corteza. Una rama había herido a Matuwe al caer. Cuidadosamente, los dos hombres lo trasladaron a su hamaca. La pierna colgaba sin fuerza y el hueso de la espinilla amenazaba con rasgar la piel hinchada y amoratada.

—Está rota —dijo la vieja Hayama.

—Está rota —repetí con las demás mujeres de la cabaña.

Había adoptado el hábito de expresar lo obvio. Era una forma de manifestar preocupación, amor y simpatía a la vez.

Matuwe resollaba de dolor mientras Hayama colocaba el hueso en su lugar. Ritimi sostuvo su pie extendido mientras la vieja fabricaba una tablilla con trozos de flechas rotas. Hábilmente, los colocó a lo largo de cada lado de la pierna, insertando fibra de algodón entre la piel y la caña. En torno al entablillado, y desde el tobillo hasta la mitad del muslo, Hayama ató tiras nuevas de una corteza delgada y resistente.

Tutemi y Xotomi, la joven esposa del herido, se reían bajito cada vez que Matuwe se quejaba. No lo hacían porque algo las divertiera, sino para intentar alegrarle.

—Oh, Matuwe, no duele —trataba de convencerle Xotomi—. Recuerda lo contento que estabas cuando te sangraba la cabeza después de que te golpearan con un garrote en la última fiesta.

—Quédate quieto —le dijo Hayama a su hijo—. Pasó una cuerda de liana por una de las vigas y ató con una punta el tobillo del muchacho y con la otra su muslo.

—Ahora no puedes mover la pierna —dijo, inspeccionando su trabajo con satisfacción.

Unas dos semanas más tarde, Hayama quitó la corteza y el entablillado. La pierna amoratada se había vuelto verdosa y amarillenta, pero ya no estaba hinchada. Palpó ligeramente en torno al hueso.

—Se está juntando —anunció, y procedió a dar masaje a la pierna con agua caliente. Todos los días, durante por lo menos un mes, realizó la misma rutina de desatar el entablillado, masajear la pierna y volverla a colgar de la viga.

—El hueso está reparado —afirmó Hayama un día, rompiendo en trozos pequeños el entablillado de cañas.

—Pero ¡la pierna no está curada! —protestó Matuwe, alarmado—. No puedo moverme bien.

Hayama lo tranquilizó, explicando que la rodilla se le había puesto rígida por tener la pierna estirada durante tanto tiempo.

—Seguiré dándote masajes hasta que puedas caminar como antes.

Las lluvias trajeron consigo una sensación de tranquilidad, de intemporalidad, ya que el día y la noche se fundían uno en la otra. Nadie trabajaba mucho en los huertos. Durante horas interminables, nos quedábamos tendidos o sentados en las hamacas, conversando en la extraña forma en que la gente lo hace cuando llueve, con largas pausas y miradas perdidas en la distancia.

Ritimi intentó convertirme en una trenzadera de cestos. Empecé con lo que consideraba el tipo más sencillo: la gran cesta en forma de U que servía para cargar leña. Las mujeres se divertieron mucho con mis torpes intentos de dominar la simple técnica del trenzado. Luego concentré mis esfuerzos en algo que creía más manejable: los cestos planos, en forma de disco, que se utilizaban para guardar fruta o para separar las cenizas de los huesos de los muertos. Aunque me gustó el producto terminado, tuve que coincidir con la vieja Hayama en que

la cesta no era como debía ser.

Sonriéndole, recordé la época en que una compañera de colegio había hecho todo lo posible por enseñarme a tejer. De la manera más tranquila, mientras veía la televisión, hablaba o esperaba una cita, tejía preciosos jerseys, guantes y gorras para esquiar. Yo me sentaba a su lado, tensa, con los hombros rígidos y los dedos duros, sujetando las agujas a sólo unas pulgadas de mi cara, y maldiciendo cada vez que se me iba un punto.

No quería abandonar la cestería. Uno debe intentarlo por lo menos tres veces, me dije, y empecé a fabricar una cesta plana para pescar.

—¡Ohoo, muchacha blanca! —Xotomo se reía incontrolablemente—. No está suficientemente apretada. —Pasó los dedos a través de las tiras de fibra sueltas y separadas—. Los peces se escaparán por los agujeros.

Finalmente, me resigné a dedicarme a la tarea, más simple, de separar la corteza y las fibras necesarias para trenzar en tiras muy perfectas y parejas, que tuvieron gran demanda. Envalentonada por mi éxito, hice una hamaca. Corté tiras de casi dos metros de largo, até los extremos firmemente y los reforcé con una cuerda de corteza entretejida por debajo del ribete. Mezclé las tiras de liana con hilos transversales de algodón que había teñido de *onoto*. Ritimi quedó tan encantada con la hamaca, que sustituyó la vieja de Etawa por la nueva.

—Etawa, he hecho una hamaca nueva para ti —dije cuando volvió del trabajo en la plantación.

Me miró con escepticismo.

—¿Crees que me aguantará?

Chasqué la lengua afirmativamente, mostrándole cómo había reforzado los extremos.

Vacilante, se sentó en la hamaca.

—Parece fuerte —dijo, tumbándose del todo.

Oí el roce de la cuerda de liana contra el poste, pero antes de que pudiera advertirle, Etawa y la hamaca estaban en el suelo.

Ritimi, Tutemi, Arasuwe y sus mujeres, que nos contemplaban desde la cabaña contigua, se echaron a reír, lo cual inmediatamente atrajo a una considerable multitud. Dándose palmadas mutuas en muslos y hombros, se doblaban de risa. Más tarde, le pregunté a Ritimi si había atado mal la hamaca a propósito.

—Naturalmente —dijo, con los ojos brillantes de malicia amorosa. Me dijo que Etawa no estaba enfadado en lo más mínimo—. A los hombres les gusta que una mujer sea más lista que ellos.

Aunque tenía mis dudas sobre si Etawa había disfrutado de veras con el incidente, no me guardó ningún rencor. Publicó por todo el *shabono* lo bien que descansaba en su nueva hamaca. Me sitiaron a peticiones. A veces llegué a hacer hasta tres hamacas en un día. Varios hombres se ocupaban de proporcionarme algodón, que separaban a mano de las semillas. Con un huso en espiral hilaban las fibras y las retorcían en un fuerte estambre que yo tejía, flojo, entre las tiras de corteza.

Con una hamaca terminada enrollada bajo el brazo, entré una tarde en la cabaña de Iramamowe.

—¿Vas a hacer flechas? —le pregunté.

Había subido a uno de los postes de su cabaña para coger las cañas almacenadas bajo las vigas del techo.

—Esa hamaca ¿es para mí? —me preguntó, tendiéndome las cañas. Tomó la hamaca, la ató y se sentó en ella de través—. Está bien hecha.

—La hice para la mayor de tus mujeres. Te confeccionaré una si me enseñas a hacer flechas.

—No es tiempo de hacer flechas —dijo Iramamowe—. Sólo estaba viendo si las cañas todavía están secas. —Me miró burlonamente y se echó a reír—. La muchacha blanca ¡quiere hacer flechas! —gritó tan alto como pudo—. Le enseñaré y la llevaré a cazar conmigo. —Todavía riéndose, me indicó que me sentara junto a él. Esparció las cañas en el suelo y clasificó los astiles según su tamaño—. Las largas son las mejores para cazar. Las cortas son mejores para pescar y para matar a un enemigo. Sólo un buen arquero puede usar las largas para todo lo que quiera. A menudo tienen defectos y su trayectoria es imprecisa.

Iramamowe eligió una caña corta y una larga.

—Aquí pondré la punta —dijo, partiendo un extremo de cada caña. Los ató firmemente con hilo de algodón. Cortó algunas plumas por la mitad y las sujetó al otro extremo con resma e hilo de algodón—. Algunos cazadores decoran sus flechas con sus dibujos personales. Yo sólo hago eso cuando participo en un ataque. Quiero que mi enemigo sepa quién le ha matado.

Como la mayoría de los iticoteris, Iramamowe era un narrador soberbio, que animaba sus cuentos con onomatopeyas muy precisas, y gestos y pausas dramáticos. Paso a paso, conducía a su auditorio por la cacería: cómo localizó al animal; cómo, antes de soltar la flecha, sopló sobre ella las raíces pulverizadas de una de sus plantas mágicas, para inmovilizar a la víctima, con lo que se aseguraba de que la flecha no erraría el blanco; y cómo, una vez herido, el animal se resistía a morir.

Con los ojos fijos en mí, yació el contenido de su aljaba en el suelo. Con todo detalle me explicó las características de cada una de las puntas de flecha que tenía.

—Esta es una punta de madera de palma —dijo, tendiéndome un agudo trozo de madera—. Está hecha de astillas. Las ranuras en forma de anillo están llenas de *mamucori*. Se rompen dentro del cuerpo del animal. Es la mejor punta para cazar monos. —Sonrió y añadió—: Y para matar a un enemigo. —Luego levantó una punta larga y ancha, afilada en los bordes y decorada con líneas ondulantes—. Esta es buena para cazar jaguares y tapires.

El excitado ladrar de los perros, mezclado con los gritos de la gente, interrumpió la explicación de Iramamowe. Le seguí mientras se dirigía con rapidez hacia el río. Un oso hormiguero del tamaño de un osezno común se

había refugiado de los perros metiéndose en el agua. Etwewa y Arasuwe habían herido al animal en el cuello, el vientre y el lomo. De pie sobre las patas traseras, daba zarpazos en el aire con sus poderosas garras delanteras.

—¿Quieres rematarlo con mi flecha? —preguntó Iramamowe.

Incapaz de apartar la mirada de la larga lengua del animal, negué con la cabeza. No estaba segura de que hablara en serio. La lengua colgaba fuera de su hocico estrecho, goteando un líquido pegajoso en el que nadaban hormigas muertas. La flecha de Iramamowe alcanzó la pequeña oreja del hormiguero y el animal se desplomó instantáneamente. Los hombres ataron el enorme cuerpo con cuerdas y lo izaron a la orilla, donde Arasuwe lo descuartizó para que los hombres pudieran llevar los pesados trozos al *shabono*.

Los hombres quitaron la piel de los diversos trozos y luego los colocaron en una plataforma de madera puesta sobre el fuego. Hayama envolvió las entrañas en hojas *depishaans* y las enterró entre las brasas.

—¡Un hormiguero! —gritaban los niños que, aplaudiendo de alegría, bailaban alrededor del fuego.

—Esperad a que esté bien cocido —advertía Hayama a los niños cuando alguno tocaba los envoltorios—. Enfermaréis si coméis carne que no esté bien hecha. Tiene que cocerse hasta que ya no gotee nada de líquido de las hojas.

El hígado estuvo listo antes que el resto. Hayama cortó un trozo para mí antes de que los niños la emprendieran con él. Era tierno, jugoso y desagradablemente amargo, como si lo hubieran marinado en jugo de limón rancio.

Más tarde, Iramamowe me ofreció un trozo de la pierna trasera, ya asada.

—¿Por qué no quisiste probar mi flecha? —preguntó. —Podía haber herido a uno de los perros —dije, evasivamente, mordiendo la carne dura del animal, que también tenía gusto amargo.

Miré la cara de Iramamowe y me pregunté si se habría dado cuenta de que yo no quería que me compararan, ni siquiera vagamente, con Imaawami, la mujer chamán que sabía cómo llamar a los *hekuras* y cazaba como un hombre.

En las tardes tormentosas, los hombres tomaban *epena* y cantaban *al hekura* de la anaconda, que se retuerce en torno a los árboles para evitar que el viento rompa los troncos. Durante una tormenta particularmente intensa, el viejo Kamosiwe frotó todo su cuerpo arrugado con cenizas blancas. Con voz ronca y áspera, llamó a la araña, su *hekura* personal, para que tejiera sus protectores hilos de plata en torno a las plantas del jardín.

Repentinamente, su voz subió a un tono más agudo, tan alto como el penetrante grito del perico.

—Una vez fui un niño anciano que trepaba a los árboles más altos. Me caí y fui transformado en una araña.

¿Por qué perturbáis mi apacible sueño? —Volviendo de nuevo a su voz de anciano, Kamosiwe se levantó—. Araña, quiero soplar tu agujijón sobre los *hekuras* que rompen y arrancan las plantas de nuestros huertos.

Con su caña de *epena*, sopló alrededor del *shabono*, apuntando el agujijón de la araña contra los espíritus destructores.

A la mañana siguiente, acompañé a Kamosiwe a las plantaciones. Sonriendo, señaló las pequeñas arañas peludas que trabajaban intensamente reconstruyendo sus telas. Diminutas gotas de humedad colgaban de los tenues hilos plateados; a la luz del sol, destellaban como perlas de jade, y reflejaban el verde de las hojas. Caminamos por la selva llena de vapor, hacia el río. Acucillados uno junto a otro, contemplamos en silencio las lianas rotas, los árboles y los montones de hojas que arrastraban las aguas lodosas. De vuelta en el *shabono*, Kamosiwe me invitó a su cabaña para compartir con él su especialidad: hormigas asadas y mojadas en miel.

Un pasatiempo favorito durante los días lluviosos era que una mujer ridiculizara alguna falta de su marido mediante una canción. La pelea estallaba si la mujer apuntaba que su marido estaba más capacitado para llevar un cesto que un arco. Estas disputas siempre terminaban con discusiones públicas, en las que los demás tomaban parte activa. A veces, horas después de que la pelea hubiera terminado, alguien gritaba a través del claro una nueva opinión sobre el problema debatido y volvía a encender el duelo.

QUINTA PARTE

XIX

Cuando el sol lograba traspasar las nubes, me iba con los hombres y las mujeres a trabajar en los huertos. Las malas hierbas eran más fáciles de arrancar del suelo mojado, pero yo tenía pocas energías. Como el viejo Kamosiwe, me quedaba entre las altas y agudas hojas de las plantas de mandioca y dejaba que me penetraran la luz y el calor del sol. Contaba los pájaros que cruzaban el cielo y que no habían aparecido desde hacía días; añoraba los días calurosos y sin lluvia. Tras tantas semanas de lluvia, anhelaba que el sol se quedara tiempo suficiente para levantar la neblina.

Una mañana me sentí tan mareada que no pude levantarme de la hamaca. Bajé la cabeza hasta las rodillas y esperé a que el acceso pasara. No tuve fuerzas para levantar la cabeza y responder a las ansiosas palabras de Ritimi, que se perdían en el ruido persistente que me rodeaba. “Debe ser el río —pensé—; no viene de lejos.” Pero entonces me di cuenta de que el ruido procedía de otra dirección. Desesperadamente, como si mi vida dependiera de ello, traté de descubrir de dónde venía en realidad. Venía de dentro de mí.

Durante días no oí nada más que los tambores de mi cabeza. Quería abrir los ojos y no podía. A través de los párpados cerrados veía cómo las estrellas ardían cada vez más brillantes en vez de esfumarse en el cielo. Me llené de pánico ante la idea de que la noche duraría siempre, de que estaba descendiendo más y más profundamente a un mundo de sombras y sueños inconexos.

Desde neblinosas orillas, Ritimi, Tutemi, Etawa, Arasuwe, Iramamowe, Hayama y el viejo Kamosiwe me saludaban con la mano y yo pasaba de largo, a la deriva. A veces saltaban de nube en nube, y barrían la neblina con escobas de hojas. Cuando los llamaba, se fundían en la niebla. A veces podía ver la luz del sol, brillante, roja y amarilla, entre las ramas y las hojas. Forcé mis ojos a que permanecieran abiertos y me di cuenta de que lo que había visto no era más que el fuego bailando sobre el techo de palma.

—¡Los blancos necesitan comida cuando están enfermos!

—oí claramente los gritos de Milagros.

Sentí sus labios en los míos, mientras ponía carne masticada dentro de mi boca.

En otro momento reconocí la voz de Puriwariwe:

—La ropa hace enfermar a la gente. —Sentí cómo me quitaba la manta—. Necesitamos refrescaría. Traedme lodo blanco del río.

Sentí cómo sus manos se enroscaban en torno a mi cuerpo y cómo me cubría de lodo de la cabeza a la punta de los pies. Sus labios dejaron una huella de frialdad sobre mi piel al chuparme para extraer los malos espíritus.

Mis horas de vigilia y sueño estaban llenas de la voz del *shapori*. Dondequiera que pusiera los ojos en la oscuridad, aparecía su rostro. Escuché la canción de su *hekura*. Sentí el agudo pico del colibrí abrimme el pecho. El pico se convirtió en luz. No era la luz del sol ni la luz de la luna, sino el deslumbrante esplendor de los ojos del viejo *shapori*. Me ordenó que mirara dentro de sus hondas pupilas. Sus ojos parecían carecer de párpados y extenderse hasta las sienas. Estaban llenos de pájaros que bailaban. Los ojos de un loco, pensé. Vi sus *hekuras* suspendidos en gotas de rocío, bailando en los ojos brillantes de un jaguar, y bebí las lágrimas acuosas del *epena*. Una violenta palpitación de mi garganta me apretó el estómago hasta que vomité agua. Esta salió de la cabaña a raudales, fuera del *shabono*, por el sendero, hasta el río, y se mezcló con la noche de humo y cantos.

Abriendo los ojos, me senté en la hamaca. Vi claramente a Puriwariwe que salía corriendo de la cabaña. Alzó los brazos hacia la noche, con los dedos bien abiertos como para convocar la energía de las estrellas. Se volvió y me miró.

—Vas a vivir —dijo—. Los espíritus malignos han dejado tu cuerpo. Luego desapareció en las sombras de la noche.

Después de varios días, de violentas tormentas, las lluvias se redujeron a un ritmo igual y casi predecible. El amanecer era opaco y neblinoso, pero hacia media mañana pasaban por el cielo nubes blancas y esponjosas. Unas horas más tarde, las nubes se congregaban sobre el *shabono*. Colgaban tan bajas que parecían suspendidas de los árboles y oscurecían amenazadoramente el cielo de la tarde. Seguía un chaparrón pesado que se convertía en una ligera llovizna: ésta duraba con frecuencia hasta bien entrada la noche.

No trabajé mucho en los huertos durante esas mañanas sin lluvia, pero generalmente acompañaba a los niños a los pantanos que se habían formado en torno al río. Allí cazábamos ranas y sacábamos cangrejos de debajo de las rocas.

Los niños, a cuatro patas, con ojos y oídos alertas al menor ruido o movimiento, saltaban con formidable agilidad sobre las inocentes ranas. Con ojos casi transparentes por la luz difusa, niñas y niños trabajaban con la precisión de malvados gnomos pasando lazos de fibras en torno al cuello de las ranas hasta que ahogaban el último croar. Sonriendo con un candor que sólo logran los niños cuando no tienen conciencia de su crueldad, cortaban los pies de las ranas para que la sangre, que creían venenosa, pudiera salir. Cuando las ranas habían sido despellejadas, cada niño envolvía su presa en hojas de *pishaansi* y la cocía sobre el fuego. Con gachas de

mandioca, eran deliciosas.

La mayor parte del tiempo no hacía más que quedarme sentada sobre una piedra, entre las altas hojas de bambú, mirando cómo las filis de escarabajos trepaban con cuidadosa, casi imperceptible lentitud por los tallos de color verde claro. Parecían criaturas de otro mundo, protegidas por su brillante armadura de obsidiana y oro. En las mañanas sin viento, todo estaba tan quieto entre las hojas de bambú que podía oír a los escarabajos chupar la savia de los brotes tiernos.

Una mañana temprano, Arasuwe se sentó a la cabecera de mi hamaca. En su rostro había un brillo alegre que iba desde sus altos pómulos hasta su labio inferior, donde sobresalía una bola de tabaco. La concentración de arrugas que rodeaban sus ojos se ahondó al sonreír, y dio a su expresión una calidez tranquilizadora. Fijé la mirada en sus uñas espesas y estriadas mientras él ahuecaba su mano morena para coger las últimas gotas de miel de una calabaza. Extendió la mano hacia mi y yo pasé el dedo por su palma.

—Esta es la mejor miel que he probado en mucho tiempo —dije, chupándome el dedo con deleite.

—Puedes venir conmigo río abajo —me invitó Arasuwe.

Siguió explicando que, con dos de sus mujeres y sus dos yernos más jóvenes, uno de los cuales era Matuwe, iría a un huerto abandonado donde unos meses atrás había derribado varias palmeras para recoger luego los sabrosos palmitos. Ritimi vino a sentarse junto a mi.

—Yo también iré a los huertos —dijo—. Tengo que cuidar a la muchacha blanca.

Arasuwe se limpió la nariz, recogiendo los mocos con el dedo, y se rió.

—Hija mía, vamos en canoa. Creí que no te gustaba viajar por el agua.

—Es mejor que caminar por la selva empantanada —dijo Ritimi, desafiante.

Ritimi vino con nosotros en lugar de la esposa más joven de Arasuwe. Durante un trecho, caminamos a lo largo del río hasta llegar a un embarcadero. Escondida bajo la maleza había una larga canoa.

—Se parece a las grandes cubas que usáis para hacer la sopa —dije, contemplando con desconfianza el artefacto de corteza de árbol.

Orgullosamente, Arasuwe explicó que ambas cosas se hacían de la misma manera. Se desprendía la corteza de un árbol grande, en una sola pieza, golpeando el tronco con garrotes. Luego se calentaban los extremos en el fuego para hacerlos lo bastante flexibles a fin de doblarlos hacia arriba y sujetarlos en la forma de un recipiente chato. Finalmente, los extremos se ataban con lianas. Se añadía un rudo marco de palos para dar estabilidad a la barca.

Los hombres empujaron la canoa al agua, y entre risas, la segunda esposa de Arasuwe, Ritimi y yo subimos a bordo. Por miedo a hacer zozobrar la embarcación en forma de tubo, no me atrevía a modificar mi postura acuclillada. Arasuwe maniobró la canoa con una pértiga hasta llevarla al centro del río.

Con las espaldas vueltas a su suegra, los dos jóvenes se sentaron tan lejos de ella como pudieron. Me preguntaba por qué Arasuwe los había traído. Se consideraba incestuoso que un hombre tuviera familiaridad alguna con la madre de su mujer, en especial si ella todavía era sexualmente activa. Los hombres solían evitar del todo a sus suegras, hasta el punto de que ni siquiera las miraban. Y en ninguna circunstancia decían en voz alta sus nombres.

La corriente nos arrastró, y nos condujo suavemente por el río lodoso y gorgoteante. Había gargantas donde las aguas estaban en calma, y reflejaban con exagerada intensidad los árboles de ambas orillas. Mirando las hojas reflejadas, tenía la sensación de que estábamos desgarrando un complicado velo de encajes. La selva permanecía en silencio. De vez en cuando percibíamos un pájaro que se deslizaba por el cielo. Parecía volar dormido, sin mover las alas. El viaje terminó demasiado pronto. Arasuwe atracó la canoa en la arena, entre grandes rocas de basalto negro.

—Ahora tenemos que caminar —dijo, mirando la selva oscura que ascendía ante nosotros.

—¿Y la canoa? —pregunté—. Deberíamos volverla del revés para que la lluvia de la tarde no la llene de agua.

Arasuwe se rascó la cabeza y luego se echó a reír. Había dicho en diversas ocasiones que yo tenía demasiadas opiniones, no necesariamente porque era mujer, sino porque era joven. Los viejos, sin diferencia de sexo, eran respetados y tenidos en estima. Se buscaba y obedecía su consejo. Pero a los jóvenes se les enseñaba a callarse sus juicios.

—No usaremos la barca para volver —dijo Arasuwe—. Es demasiado difícil remontar la corriente.

—¿Quién la va a llevar de vuelta al *shabono*? —pregunté temerosa de que tuviéramos que transportarla.

—Nadie —me aseguró—. La barca sólo sirve para ir a favor de la corriente. —Sonriendo, Arasuwe volvió la canoa del revés—. Tal vez alguien la necesite para bajar más por el río.

Fue bueno mover las piernas entumecidas. Caminamos en silencio a través de la selva húmeda y pantanosa. Matuwe avanzaba delante de mi. Era delgado y de piernas largas. Su aljaba colgaba tan baja sobre su espalda que a cada paso le golpeaba las nalgas. Empecé a silbar una tonadilla. Matuwe se volvió. Su expresión de extrañeza me hizo reír. Tuve la fuerte tentación de picarle las nalgas con la aljaba, pero controlé el impulso.

—¿No te es simpática tu suegra? —le pregunté, incapaz de reprimir el deseo de tomarle el pelo.

Matuwe sonrió tímidamente y se ruborizó ante mi impudicia al pronunciar el nombre de la esposa de Arasuwe delante de él.

—¿No sabes que un hombre no puede mirar, hablar ni acercarse a su suegra?

Su tono alarmado me hizo sentir culpable.

—No lo sabía —mentí.

Al llegar a nuestro destino, Ritimi me aseguró que se trataba del mismo huerto abandonado al que ella y Tutemi me habían conducido tras nuestro primer encuentro en la selva. No reconocí el lugar. Estaba tan lleno de maleza que me fue difícil encontrar los refugios provisionales que debían estar entre los plátanos.

Los hombres se abrieron paso en la espesura con los machetes, buscando los troncos de palmera caídos. Tras descubrirlos, extrajeron la médula medio podrida, que estaba casi enterrada, y la abrieron con las manos. Ritimi y la esposa de Arasuwe gritaron de contento al ver los gusanos que se retorcían, algunos del tamaño de bolas de ping-pong. Se sentaron junto a los hombres y les ayudaron a cortar, con los dientes, la cabeza de cada larva, que salía arrastrando los intestinos. Luego, amontonaron los blancos cuerpos en hojas de *pishaansi*. Cuando Ritimi mordía mal un gusano, cosa que le ocurría con frecuencia, se lo comía crudo allí mismo, relamiéndose de placer.

A pesar de sus burlones ruegos para que les ayudara a preparar las larvas, no pude forzarme a tocar los gusanos, y menos aún a morderles la cabeza. Tomé prestado el machete de Matuwe y corté hojas de plátano para cubrir los techos de los refugios medio derruidos.

Arasuwe me llamó en cuanto algunas larvas estuvieron cocidas en el fuego.

—Come —me dijo, poniéndome delante uno de los envoltorios—. Necesitas la grasa: no has comido suficiente últimamente. Por eso tienes diarrea —añadió en un tono que no admitía discusión.

Sonreí, obediente. Con una decisión que no sentía, abrí el paquete firmemente atado. Los gusanos encogidos y blancuzcos flotaban en grasa; olían a tocino quemado. Observé lo que hacían los demás y chupé primero la hoja *depishaansi*; luego, cuidadosamente, me puse un gusano en la boca. Sabía de un modo maravillosamente similar a la grasa frita que rodea un buen filete.

Al anochecer, poco después de que nos hubimos instalado en una de las cabañas reconstruidas, Arasuwe anunció cori tono solemne que debíamos volver al *shabono*.

—¿Quieres viajar de noche? —preguntó Matuwe, incrédulo—. ¿Y las palmeras que queríamos desenterrar por la mañana?

—No podemos quedarnos —insistió Arasuwe—. Siento en mis piernas que algo está a punto de suceder en el *shabono*. —Cerró los ojos y echó la cabeza atrás y adelante como si el movimiento, lento y rítmico, pudiera proporcionarle una respuesta sobre lo que debía hacer—. Tenemos que llegar al *shabono* al amanecer —concluyó con determinación.

Ritimi distribuyó en nuestros cestos los casi veinte kilos de gusanos que los hombres habían recuperado de los troncos de palmera putrefactos, y a mí me asignó la carga más ligera. Arasuwe y sus dos yernos cogieron los leños medio consumidos del fuego, y emprendimos la marcha en fila. Para que las improvisadas antorchas no dejaran de arder, los hombres soplaban de vez en cuando sobre ellas y desperdigaban una lluvia de chispas en las húmedas sombras. A veces, la luna casi llena entraba a través de las hojas e iluminaba el camino con una inquietante luz verde azulada. Los altos troncos parecían columnas de humo que se disolvieran en el aire húmedo, como si intentaran escapar al abrazo de las lianas y trepadoras que colgaban en el espacio. Sólo las copas de los árboles se destacaban claramente contra las nubes viajeras.

Arasuwe se detenía a menudo, tratando de captar el más leve ruido, y sus ojos se movían en la oscuridad. Respiraba profundamente, con las narices dilatadas, como si pudiera detectar algo más que el olor a humedad y putrefacción. Cuando nos miraba a nosotras, a las mujeres, sus ojos parecían ansiosos. Me preguntaba si pasaban por su cabeza recuerdos de ataques sangrientos, emboscadas y Dios sabía qué más. Pero no podía contemplar mucho tiempo la cara preocupada del jefe, porque tenía que asegurarme de que las raíces sobresalientes de las gigantescas ceibas no eran anacondas en plena digestión de un tapir o un pecan.

Arasuwe vadeó las aguas poco profundas del río. Hizo bocina con las manos ahuecadas en torno a la oreja, intentando captar algún ruido lejano. Ritimi me susurró que su padre estaba escuchando los ecos de la corriente, el murmullo de los espíritus que conocían los peligros que nos aguardaban. Arasuwe puso las manos sobre la superficie del agua y, por un momento, sostuvo la imagen reflejada de la luna.

Mientras caminábamos, la luna se hizo borrosa y apenas discernible. Parecía que las nubes solitarias que cruzaban el cielo trataran de adelantársenos en el viaje hacia la mañana. Poco a poco, los reclamos de los monos y los pájaros se disiparon; la brisa nocturna se detuvo, y supe que el amanecer no estaba lejos.

Llegamos al *shabono* a esa hora de grisura todavía indefinida en que ya no es de noche y aún no es de mañana. Muchos iticoteris todavía dormían. Los que estaban levantados nos saludaron, sorprendidos de vernos volver tan pronto.

Tranquilizada al ver que los temores de Arasuwe habían sido infundados, me tumbé en mi hamaca.

Me desperté abruptamente cuando Xotomi se sentó junto a mí.

—Come esto, rápido —me dijo, entregándome un plátano asado—. Ayer vi el tipo de peces que más nos gustan a ti y a mí.

Sin esperar a preguntarme si yo estaba demasiado cansada para ir, me dio mi pequeño arco y mis flechas cortas. La idea de comer pescado en vez de gusanos disipó rápidamente mi fatiga.

—Yo también quiero ir —dijo el pequeño Sisiwe, siguiéndonos.

Marchamos río arriba, donde las aguas formaban amplios

estanques. Ni una hoja se movía, y no podía escucharse ni un pájaro ni una rana.

Sentadas en una roca, vimos cómo los primeros rayos del sol penetraban por la persiana de hojas envueltos en

neblina. Como filtrada por un espeso velo, la débil luz encendía las oscuras aguas del estanque.

—He oído algo —susurró Sisiwe, cogiéndose de mi brazo—: una rama al romperse.

—Yo también lo he oído —dijo Xotomi suavemente.

Estaba segura de que no era un animal, sino el ruido inconfundible de un ser humano que pisa con precaución y se detiene al hacer un mido.

—¡Allí está! —gritó Sisiwe, señalando el otro lado del río—. Es el enemigo —añadió, y salió corriendo hacia el *shabono*.

Cogiendo mi brazo, Xotomi tiró de mí hacia un lado. Me di la vuelta. Todo lo que vi en la orilla opuesta fueron los helechos cubiertos de rocío. Al mismo tiempo, Xotomi dejó escapar un grito agudo. Una flecha la había herido en la pierna. La arrastré hasta los arbustos que bordeaban el sendero, e insistí en que gateáramos más adentro, por la maleza, hasta quedar totalmente cubiertas.

—Esperaremos aquí hasta que los iticototeris vengan a rescatarnos —dije, examinando su pierna.

Xotomi se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Si es un asalto, los hombres se quedarán en el *shabono* para defender a las mujeres y los niños.

—Vendrán —le dije con una confianza que estaba lejos de sentir—. Sisiwe fue a buscar ayuda.

La aguzada punta le había atravesado la pantorrilla. Rompí la flecha; saqué la punta de la horrible herida que sangraba por ambos lados, y até mis bragas viejas y desgarradas en torno a su pierna. La sangre empapó instantáneamente el fino algodón. Preocupada de que la flecha pudiera haber estado envenenada, deshice cuidadosamente el improvisado vendaje y examiné de nuevo la herida, para ver si la carne que la rodeaba se ponía oscura. Iramamowe me había explicado que una herida causada por una flecha envenenada siempre se volvía oscura.

—Creo que la punta de flecha no estaba untada de *mamucori* —dije. —Si, yo también me di cuenta —dijo, sonriendo débilmente.

Recostando la cabeza hacia un lado, me indicó que me quedara quieta.

—¿Crees que hay más de un hombre? —susurré cuando oí romperse una rama.

Xotomi me miró con los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

—Generalmente hay más.

—No podemos esperar aquí como ranas —dije, tomando mi arco y mis flechas. Silenciosamente, me arrastré hasta el sendero—. ¡Muestra la cara, cobarde! ¡Mono cobarde! ¡Has herido a mi mujer! —grité con una voz que no parecía mía. Para atenerme a las formas, añadí las palabras que sabía que habría dicho un guerrero iticototeri—: ¡Te mataré en el acto cuando te vea!

A no más de tres metros de donde yo estaba, un rostro ennegrecido se asomó entre las hojas. Tenía el cabello mojado. Sentí un deseo irracional de reír. Estaba segura de que no se había bañado, sino que había resbalado al cruzar el río, porque el agua apenas llegaba a la cintura. Apunté mi flecha contra él. Por un instante, no se me ocurrió qué decir.

—Deja tus armas en el sendero —grité finalmente. Y, para que la frase sonara bien, añadí—: Mis flechas están envenenadas con el mejor *tnaniucori* de los iticototeris. Deja caer tus armas —repetí—. Te estoy apuntando al vientre, al lugar mismo donde yace la muerte.

Con los ojos muy abiertos, como si contemplara una aparición, el hombre salió y se detuvo en el sendero. No era mucho más alto que yo, pero sí de constitución mucho más fuerte. En su mano apretaba el arco y las flechas.

—Deja caer tus armas al suelo —repetí, golpeando en tierra con el pie para añadir énfasis.

Con cuidadosa lentitud, el hombre puso su arco y sus flechas en el camino, delante de él.

—¿Por qué has herido a mi amiga? —pregunté cuando vi a Xotomi arrastrándose por el sendero.

—No quería herirla —dijo, con los ojos fijos en el vendaje improvisado, desgarrado y sangriento, que cubría la pierna de Xotomi—. Quería herirte a ti.

—¡A mí!

Me sentí impotente a causa del enojo. Abrí y cerré varias veces la boca, incapaz de proferir una sola palabra. Cuando finalmente recuperé el habla, tartamudeé insulto tras insulto en todas las lenguas que conocía, incluida la iticototeri, que tenía las obscenidades más descriptivas.

Petrificado, el hombre seguía delante de mí, al parecer más sorprendido por mis palabras ofensivas que por la flecha que todavía apuntaba contra él. Ninguno de los dos nos dimos cuenta de que Arasuwe y Eteawa se acercaban.

—Un cobarde mocototeri —dijo Arasuwe—. Debería matarte en el acto.

—Quería matarme —expliqué con voz temblorosa. Sentí que todo mi valor se fundía y que empezaba a temblar—. Hirió a Xotomi en una pierna.

—No quería matarte —se excusó el mocototeri, mirándome suplicante—. Sólo quería herirte en la pierna para evitar que huyeras. —Se volvió hacia Arasuwe—. Puedes estar seguro de mis buenas intenciones; mis flechas no están envenenadas. —Miró a Xotomi—. Te he herido accidentalmente cuando arrastrabas a la muchacha blanca —balbució, como si no quisiera aceptar del todo que había errado el tiro.

—¿Cuántos más sois? —preguntó Arasuwe, acuclillándose junto a su hija. Ni por un momento, mientras palpaba la herida con los dedos, quitó los ojos del mocototeri—. No es grave —dijo, incorporándose.

—Hay dos más. —El mocototeri imitó el grito de un pájaro, al que inmediatamente respondieron gritos similares—. Queríamos llevarnos a la muchacha blanca. Nuestra gente quiere que ella se quede en nuestro

shabono.

—¿Cómo crees que podría haber caminado, si me hubieras herido? —pregunté.

—Podríamos haberte llevado en una hamaca —dijo rápidamente el hombre, sonriéndome.

Poco después, otros dos mocototeris surgieron de la maleza. Me miraron sonriendo, en absoluto avergonzados o asustados por haber sido descubiertos.

—¿Cuánto tiempo habéis estado aquí? —preguntó Arasuwe.

—Hemos estado observando a la muchacha blanca durante varios días —dijo uno de los hombres—. Sabemos que le gusta cazar ranas con los niños. —El hombre me dirigió una amplia sonrisa—. Hay muchas ranas alrededor de nuestro *shabono*.

—¿Por qué habéis esperado tanto? —preguntó Arasuwe.

Del modo más franco, el hombre observó que siempre había habido demasiadas mujeres y niños a mi alrededor. Tenían la esperanza de capturarme al amanecer, cuando iba a hacer mis necesidades, porque habían oído que yo prefería adentrarme más en la selva, sola.

—Pero no la vimos ni una sola vez.

Sonriendo, Arasuwe y Etewa me miraron, como si esperaran que yo abundara en el tema. Les miré a mi vez. Desde que las lluvias empezaron, había descubierto muchas más serpientes en los lugares destinados a las necesidades corporales; pero no quería hablar del sitio a donde yo prefería ir.

Con el mismo entusiasmo que si estuviera contando un cuento, el mocototeri siguió explicando que no habían venido a matar a ningún iticoteri ni a secuestrar a ninguna de sus mujeres.

—Lo único que queríamos era llevarnos a la muchacha blanca. —El hombre se rió y preguntó—: ¿No os habríais sorprendido tú y tu gente si de pronto la muchacha blanca hubiera desaparecido sin dejar huellas?

Arasuwe concedió que ciertamente habría sido toda una hazaña.

—Pero habríamos sabido que era obra vuestra, de los mocototeris. Sois lo bastante descuidados para dejar huellas en el lodo. Vi muchas señales de que aquí había mocototeris cuando daba vueltas en torno al *shabono*. La última noche tuve la certidumbre de que algo andaba mal; por eso volví tan rápidamente de un viaje a los viejos huertos. —Arasuwe hizo una pausa, como dando tiempo a los tres hombres para digerir sus palabras; luego declaró—: Si os hubierais llevado a la muchacha blanca, habríamos asaltado vuestro poblado y la habríamos traído de vuelta, junto con algunas de vuestras mujeres.

El hombre que había herido a Xotomi en la pierna recogió del suelo su arco y sus flechas.

Hoy era un buen momento, pensé. Sólo había una mujer y un niño con la muchacha blanca. Me miró, impotente.

—Pero herí a la persona equivocada. Debe de haber en esta aldea poderosos *hekuras* que protegen a la muchacha blanca. —Sacudió la cabeza, como lleno de dudas, y fijó los ojos en Arasuwe—. ¿Por qué usa un arma de hombre? La vimos una mañana en el río, con las mujeres, disparando a los peces como un hombre. No sabíamos qué pensar de ella. Por eso no pude herirla. Ya no sabía qué era ella.

Arasuwe ordenó a los tres hombres que caminaran hacia el *shabono*.

El absurdo de toda la situación me pareció aplastante. Sólo el hecho de que habían herido a Xotomi me impedía reírme, pero una sonrisa convulsiva volvía continuamente a mis labios: aunque trataba de mantener una expresión sobria, sentía cómo se me retorció la boca. Quise llevar a Xotomi a cuestras, pero se reía tanto que su pierna volvió a sangrar.

—Será más fácil si me apoyo en ti —dijo—. La pierna no me duele mucho.

—¿Están prisioneros los mocototeris? —pregunté.

Me miró por un momento sin comprender; finalmente dijo:

—No. Sólo las mujeres se toman cautivas.

—¿Qué les harán en el *shabono*?

—Les darán de comer.

—Pero ¡son enemigos! Te hirieron en la pierna. Deberían ser castigados.

Xotomi me miró y sacudió la cabeza como si pensara que hacerme comprender era una tarea superior a sus fuerzas. Me preguntó si yo habría matado al mocototeri de no haber dejado caer sus armas al suelo.

—Le hubiera disparado —aseguré, en voz suficientemente alta para que los hombres me oyeran—. Lo habría matado con mis flechas envenenadas.

Arasuwe y Etewa miraron hacia atrás. La dura expresión de sus rostros se convirtió en una sonrisa. Sabían que mis flechas no estaban envenenadas.

—Si, os habría matado —dijo Arasuwe a los mocototeris—. La muchacha blanca no es como nuestras mujeres. Los blancos matan muy de prisa.

Me preguntaba si realmente habría disparado mi flecha contra el mocototeri. Ciertamente le habría dado un puntapié en la ingle o en el vientre si no hubiera dejado caer su arco y sus flechas. Me daba cuenta de que era una barbaridad tratar de dominar a un oponente más fuerte que yo, pero no veía por qué razón una persona pequeña no pudiera sorprender a un asaltante con una patada o un golpe repentinos. Estaba segura de que ello me habría dado tiempo suficiente para huir. Un puntapié ciertamente habría sorprendido al desprevenido mocototeri más todavía que mi arco y mis flechas. Este pensamiento me tranquilizaba mucho.

Al llegar al *shabono*, los iticoteris nos recibieron mirándonos por encima de las puntas de sus flechas,

dispuestas para disparar. Mujeres y niños estaban escondidos dentro de las cabañas. Ritimi vino corriendo hacia mi.

—Sabía que no te iba a pasar nada —dijo, mientras me ayudaba a llevar a su hermanastra a la cabaña de la vieja Hayama.

La abuela de Ritimi lavó la pierna de Xotomi con agua caliente y echó polvos de *epena* sobre la herida.

—No te levantes de la hamaca —advirtió a la chica—. Traeré unas hojas para envolverte la pantorrilla.

Exhausta, me fui a descansar a mi hamaca. Con la esperanza de quedarme dormida, tiré de los lados para cubrirme. Pero me despertó la risa de Ritimi. Inclinandose sobre mí, me cubrió la cara de resonantes besos.

—Me han contado cómo asustaste al mocototeri.

—¿Por qué sólo fueron Arasuwe y Eteawa a rescatarnos? —pregunté—. Pudo haber habido muchos mocototeris.

—Mi padre y mi marido no acudieron a rescatarnos —me informó Ritimi cándidamente.

Se puso cómoda en mi hamaca y luego explicó que nadie en el *shabono* se había dado cuenta de que yo había ido con Xotomi y el pequeño Sisiwe a coger peces. Fue un puro accidente que Arasuwe y Eteawa nos encontraran. Arasuwe, siguiendo sus premoniciones, había ido a dar la vuelta por los alrededores del *shabono*, al volver de nuestro viaje nocturno. Aunque sospechaba que algo andaba mal, no sabía realmente que allí había mocototeris. Su padre, declaró Ritimi, sólo estaba cumpliendo con su deber de jefe y viendo si encontraba huellas de intrusos. Era una tarea que el jefe debía realizar solo, porque generalmente nadie quería acompañarle en una misión tan peligrosa. No se esperaba que alguien lo hiciera.

Sólo recientemente me había dado cuenta de que aunque Arasuwe me había sido presentado por Milagros como jefe de los iticoteris, ése era un título incierto. Los poderes de un jefe eran limitados. No llevaba ninguna insignia especial que le distinguiera de los demás hombres, y todos los varones adultos tomaban parte en las decisiones importantes. Incluso cuando habían tomado juntos una decisión, cada hombre era libre de hacer lo que quisiera. La importancia de Arasuwe provenía de sus relaciones de parentesco. Sus hermanos y sus muchos hijos y yernos le daban poder y apoyo. Mientras sus decisiones satisficieran a la gente de su *shabono*, su autoridad no estaría en disputa.

—¿Por qué estaba Eteawa con él?

—Eso fue totalmente imprevisto —dijo Ritimi riendo—. Probablemente regresaba de una cita clandestina con una de las mujeres del *shabono*, cuando se tropezó con su suegro.

—¿Quieres decir que nadie habría ido a rescatarnos? —pregunté, incrédula.

—Una vez los hombres saben que el enemigo está cerca, no salen intencionalmente. Es muy fácil caer en una emboscada.

—Pero ¿nos podían haber matado!

—Nadie mata casi nunca a una mujer —dijo Ritimi con total convicción—. Os habrían capturado. Pero nuestros hombres habrían asaltado el poblado de los mocototeris y os habrían traído de vuelta —afirmó con asombrosa simplicidad, como si se tratara del curso más natural de acontecimientos.

—Pero ¡hirieron a Xotomi en la pierna! —Tenía ganas de llorar—. Querían herirme a mí.

—Eso fue sólo porque no sabían cómo capturarte —dijo Ritimi, echándome los brazos al cuello—. Saben cómo tratar a las mujeres indias, que somos fáciles de secuestrar. Los mocototeris deben de haber estado muy confundidos con tu caso. Deberías estar contenta. Eres tan valiente como un guerrero. Iramamowe está seguro de que te protegen *hekuras* especiales, tan poderosos que desviaron la flecha dirigida a ti hacia la pierna de Xotomi.

—¿Qué les pasará a los mocototeris? —pregunté, mirando hacia la cabaña de Arasuwe. Los tres hombres estaban sentados en las hamacas y comían plátanos asados como si fueran invitados—. Es extraño cómo tratáis a los enemigos.

—¿Extraño? —Ritimi me miró, perpleja—. Los tratamos bien. ¿No revelaron su plan? Arasuwe está contento de que no logran lo que querían.

Ritimi explicó que los tres hombres probablemente se quedarían con los iticoteris por algún tiempo; sobre todo si sospechaban que los iticoteris se proponían atacar su poblado. Los dos *shabonos* habían peleado entre sí durante muchos años, desde el tiempo de su abuelo y de su bisabuelo, e incluso antes. Ritimi atrajo mi cabeza hacia ella y murmuro en mi oído:

—Eteawa ha estado deseando vengarse de los mocototeris desde hace mucho tiempo.

—¡Eteawa! Pero ¡si estaba tan contento de ir a su fiesta! —exclamé, perpleja—. Creí que le gustaban. Yo sé que Arasuwe piensa que son traicioneros; incluso Iramamowe. ¡Pero Eteawa! Estaba segura de que le había encantado bailar y cantar en su fiesta.

—Ya te dije una vez que uno no va a una fiesta sólo para bailar y cantar, sino para averiguar qué planes tienen los otros —susurró Ritimi. Me miró con ansiedad—. Eteawa quiere que sus enemigos piensen que no tiene intención de vengar a su padre.

—¿A su padre lo mataron los mocototeris? Ritimi me puso la mano en los labios.

—No hablemos de esto. Trae mala suerte mencionar a una persona que ha muerto en un asalto.

—¿Habrá un ataque? —logré preguntar, antes de que Ritimi me metiera un trozo de plátano asado en la boca.

Sólo me sonrió, pero no respondió. La idea de un ataque me hacía sentir extremadamente incómoda. Me costó trabajo tragarme el plátano. De alguna forma, yo asociaba los asaltos sangrientos con el pasado. Las pocas veces que había preguntado a Milagros por ellos, sus respuestas habían sido vagas. Sólo ahora me

preguntaba si había nostalgia en la voz de Milagros cuando decía que los misioneros tuvieron mucho éxito en su intento por poner fin a los combates entre poblados.

—¿Habrá un asalto? —le pregunté a Etewa, cuando entró en la cabaña.

Me miró con expresión de enfado.

—Esa no es una pregunta que deba hacer una mujer.

XX

Estaba anocheciendo cuando Puriwariwe llegó al shabono. No lo había visto desde mi enfermedad, desde la noche en que salió en medio del claro con los brazos levantados, como implorando a la oscuridad. Por Milagros me enteré de que el anciano shapori había tomado epena seis días consecutivos con sus noches. El anciano había estado a punto de sucumbir bajo el peso de los espíritus que había convocado a su pecho. Sin embargo, no dejó de rogar a los hekuras que me sacaran de la devastación de la fiebre tropical.

Ritimi también había insistido en que la lucha por curarme había sido particularmente difícil, porque los hekuras se resisten a las invocaciones en la temporada de lluvias.

—Fue el hekura del colibrí el que te salvó —me explicó—. A pesar de su pequeño tamaño, el colibrí es un espíritu poderoso. Un buen shapori lo utiliza como último recurso.

No me consoló lo más mínimo que Ritimi me rodeara el cuello con los brazos y me asegurara que, de haber muerto, mi alma no habría vagado sin rumbo fijo por la selva, sino que habría ascendido pacíficamente a la casa del trueno, porque mi cuerpo habría sido incinerado, y mis huesos pulverizados habrían servido de alimento a ella ya sus parientes.

Me acerqué a Puriwariwe en el claro.

—Ahora estoy bien —dije, sentándome junto a él.

Me miró con ojos velados, casi soñolientos, luego pasó su mano por mi cabeza. Era una mano pequeña y oscura que se movía rápidamente, y sin embargo parecía pesada y lenta. Una vaga ternura suavizó sus facciones, pero no dijo una palabra. Me pregunté si sabía que yo había sentido cómo el pico del colibrí me abría el pecho, durante mi enfermedad.

No se lo había dicho a nadie.

Un grupo de hombres con las caras y los cuerpos pintados de negro se reunieron en torno a Puriwariwe. Se soplaron epena en la nariz y escucharon sus cantos, suplicando a los hekuras que salieran de sus escondrijos de las montañas. Las negras figuras de los hombres se movían como sombras, apenas iluminadas por las hogueras de las cabañas. Suavemente, repetían los cantos del chamán. Sentí un escalofrío recorrerme la columna vertebral mientras el ritmo acelerado de sus ininteligibles palabras se hacía más amenazador y poderoso.

Al volver a la cabaña, pregunté a Ritimi qué estaban celebrando los hombres.

—Están enviando hekuras al poblado de los mocototeris para matar al enemigo.

—El enemigo, ¿morirá realmente?

Alzando las rodillas, miró pensativa más allá del borde de palmas del techo, al cielo negro como un pozo, vacío de luna y estrellas.

—Morirá —dijo suavemente.

Convencida de que no habría un ataque real, dormité en mi hamaca escuchando los cantos. Más que oír a los hombres, visualizaba fragmentos del sonido que se alzaba y descendía interminablemente, como arrastrado por el humo de los hogares.

Horas más tarde me levanté y me senté fuera de la cabaña. La mayoría de los hombres se habían retirado a sus hamacas. Sólo quedaban diez en el claro, entre ellos Etewa. Con los ojos cerrados, repetían la canción de Puriwariwe. Sus palabras me llegaban claramente a través del aire húmedo:

Seguidme, seguid mi visión.

Seguidme sobre las copas de los árboles.

Mirad los pájaros y las mariposas; nunca veréis tales colores sobre la tierra.

Me estoy elevando hacia el cielo, hacia el sol.

El canto del shapori fue bruscamente interrumpido por uno de los hombres.

—El sol me ha golpeado. ¡Mis ojos están ardiendo! —gritó, levantándose. Miró a su alrededor en la oscuridad, con aspecto desamparado. Sus piernas cedieron y se derrumbó con un golpe en el suelo. Nadie le prestó atención.

La voz de Puriwariwe se hizo más insistente, como si tratara de elevar a los hombres, colectivamente, hacia su visión. Repitió su canción una y otra vez para los que lo rodeaban. Aconsejaba a los demás que no se desviaran siguiendo sus visiones y les advertía de las hojas de los bambúes, hirientes como cuchillos, y de las serpientes venenosas que se deslizaban desde los árboles y las raíces, sobre el sendero que conduce al sol. Sobre todo, les recomendaba que no entraran en un sueño humano, sino que caminaran de la oscuridad de la

noche a la blanca oscuridad del sol. Les prometía que sus cuerpos se mojarían con el destello de los hekuras y que sus ojos brillarían con la preciosa luz del sol.

Me quedé fuera de la cabaña hasta que el alba borró las sombras del suelo. Con la esperanza de descubrir alguna huella de su viaje al sol, fui de un hombre a otro, observando atentamente sus rostros.

Puriwariwe me contempló con curiosidad, una sonrisa burlona en su rostro devastado.

—No encontrarás ningún indicio exterior de su welo —me dijo, como si hubiera leído mis pensamientos—. Sus ojos están opacos y rojos por la vigilia —añadió, señalando a los hombres que miraban indiferentes hacia la lejanía, ajenos por completo a mi presencia—. Esa preciosa luz que esperas ver reflejada en sus pupilas sólo brilla dentro de ellos. Sólo ellos pueden verla.

Antes de que tuviera oportunidad de preguntarle por su viaje al sol, salió del shabono y se internó en la selva.

En los días que siguieron, una sensación de sombría opresión envolvió el poblado. Al principio no era más que un vago sentimiento, pero al final me obsesionó la certidumbre de que, con toda intención, me mantenían ignorante de algún suceso inminente. Me volví morosa, distante e irritable. Luchaba contra la sensación de aislamiento. Traté de ocultar mis vagas aprensiones, pero sentía como si me atacaran fuerzas inidentificables. Cuando le preguntaba a Ritimi o a alguna otra de las mujeres si estaba por producirse algún cambio, ni siquiera parecían haber escuchado mi pregunta. En cambio, comentaban algún incidente estúpido, con la esperanza de hacerme reír.

—¿Nos van a atacar? —le pregunté finalmente a Arasuwe, un día.

Volvió hacia mí su rostro perplejo, como si tratara de desenredar mis palabras.

Me sentía confusa, nerviosa y próxima a llorar. Le dije que yo no era estúpida, que me había dado cuenta de que los hombres estaban constantemente alertas y de que las mujeres tenían miedo de ir solas a los huertos o a pescar al río.

—¿Por qué no me puede decir alguien lo que está pasando? —grité.

—No está pasando nada —dijo Arasuwe con calma.

Dobló los brazos detrás de su cuello y se estiró cómodamente en la hamaca. Empezó a hablarme de algo que no tenía relación con mi pregunta y a reírse de su propio relato. Pero esto no me tranquilizó y no reí con él; ni siquiera presté atención a sus palabras. Parecía totalmente asombrado cuando me fui furibunda a mi cabaña.

Estuve triste durante varios días, alternativamente enfadada y compadecida de mí misma. No dormía bien. Me repetía sin cesar que yo, que tan totalmente había adoptado aquella nueva vida, me veía de pronto tratada como una extraña. Me sentía ofendida y traicionada. No podía aceptar que Arasuwe no confiara en mí. Ni siquiera Ritimi quería tranquilizarme. “¡Si estuviera aquí Milagros!”, deseaba fervientemente. Él seguramente habría disipado mi ansiedad. Él me habría dicho todo.

Una noche en que no conseguía perderme en el sueño, sino que daba vueltas en un estado de duermevela, comprendí repentinamente. No fue ninguna idea traducible en palabras sino todo un proceso de pensamientos y recuerdos que pasaron como imágenes delante de mí y lo pusieron todo en perspectiva.

Me sentí feliz. Empecé a reírme con un alivio que se convirtió en pura alegría. Podía oír mi propia risa que resonaba por el shabono. Me senté en la hamaca y descubrí que la mayoría de los iticoteris reían conmigo.

Arasuwe se sentó en mi hamaca.

—¿Te han vuelto loca los espíritus de la selva? —preguntó sosteniendo mi cabeza entre sus manos.

—Loca del todo —dije, riéndome todavía.

Miré sus ojos, que brillaban en la oscuridad. Miré a Ritimi, Tutemi y Etawa, de pie junto a Arasuwe, con las caras curiosas y adormiladas iluminadas por la risa. Las palabras manaron de mi boca en interminable procesión, amontonándose con asombrosa velocidad. Estaba hablando en español, no porque quisiera esconder algo, sino porque mi explicación no habría tenido sentido en su lengua. Arasuwe y los demás escuchaban como si pudieran entender, como si sintieran mi necesidad de descargarme del torbellino que tenía dentro de mí.

Me di cuenta de que yo era, después de todo, una forastera, y de que mi exigencia de que me informaran sobre acontecimientos de los que ni los propios iticoteris hablaban entre ellos se debía a mi creencia en mi propia importancia. Lo que me había convertido en una individuo intolerable era la idea de que me excluyeran, de que me dejaran fuera de algo que yo creía que tenía el derecho de saber. No me había preguntado por qué creía tener ese derecho. Esto me había amargado, cegándome ante todos los momentos alegres que antes tanto disfrutaba. La tristeza y la opresión que sentía no venían de fuera, sino de mí, y se comunicaban al shabono y a su gente.

Sentí la mano encallecido de Arasuwe en mi tonsura. No sentía vergüenza de mis sentimientos, pero me alegraba que dependiera de mí restaurar el sentimiento de magia y maravilla que tenía al estar en aquel mundo diferente.

—Sóplame epena en la nariz —le dijo Arasuwe a Etawa—. Quiero asegurarme de que los malos espíritus se mantienen lejos de la muchacha blanca.

Escuché murmullos, un susurro de voces, una risa ahogada, y luego el canto monótono de Arasuwe. Caí en un sueño apacible, el mejor desde hacía muchas noches. La pequeña Texoma, que no había venido a mi hamaca en varios días, me despertó al amanecer.

—Te oi reír anoche —dijo, acurrucándose contra mí—. No te habías reído desde hacía mucho, tenía miedo de que ya no volvieras a reír nunca más.

Miré sus ojos brillantes como si pudiera encontrar en ellos la respuesta que en el futuro me permitiría reírme de cualquier ansiedad o torbellino de mi espíritu.

Una quietud extraña envolvió el shabono cuando las sombras de la noche se cerraron sobre nosotros. El suave tacto de los dedos de Tutemi que buscaba piojos en mi cabeza casi me hizo quedarme dormida. La charla ruidosa de las mujeres se redujo a un susurro mientras preparaban la cena y amamantaban a sus bebés. Como si obedecieran una orden muda, los niños abandonaron sus estruendosos juegos vespertinos y se reunieron en la cabaña de Arasuwe para escuchar los relatos del viejo Kamosiwe. Parecía embriagado por sus propias palabras y gesticulaba dramáticamente con las manos. Pero su único ojo estaba fijo en los largos tubos de patatas dulces que sobresalían entre las brasas. Impresionada, vi cómo el anciano sacaba las raíces del fuego con sus manos desnudas. No quería que las patatas se enfriaran y se iba llenando la boca con ellas en cuanto las sacaba.

Desde donde estaba sentada, podía ver la luna menguante que aparecía sobre las copas de los árboles, semioculta por nubes viajeras que brillaban en blanco contra el cielo oscuro. Un sonido espeluznante atravesó la quietud de la noche: algo entre un grito y un gruñido. Un instante después Etewa, con la cara y el cuerpo pintados de negro, se materializó entre las sombras. De pie ante las hogueras que estaban encendidas en el claro, hizo sonar su arco y sus flechas por encima de su cabeza. No vi de qué cabaña salían los demás, pero otros once hombres, con las caras y los cuerpos igualmente ennegrecidos, se unieron a Etewa en el claro.

Arasuwe empujó y tiró de cada uno de ellos hasta que quedaron en una fila perfectamente recta y, tras colocar en su sitio al último hombre, se les unió. El jefe empezó a cantar en un tono profundo y nasal. Los demás repetían a coro el último verso de cada canción. Podía distinguir cada una de las voces en la mezclada armonía, pero no comprendía ni una sola palabra. Cuanto más cantaban, más furiosos parecían. Al final de cada canción, lanzaban los gritos más feroces que yo había oído en mi vida. Extrañamente, yo tenía la sensación de que cuanto más alto gritaban, más remota se volvía su cólera, como si ya no formara parte de sus cuerpos pintados de negro.

Callaron de pronto. La leve luz de las fogatas acentuaba la expresión racunda de sus rostros rígidos como máscaras, el brillo febril de sus ojos. No vi a Arasuwe dar la orden, pero gritaron al unísono:

—¡Cómo disfrutaré al ver mi flecha herir al enemigo! ¡Cómo disfrutaré al ver su sangre salpicar el suelo!

Sosteniendo las armas sobre sus cabezas, los guerreros rompieron la fila y se reunieron en un apretado círculo. Empezaron a gritar, primero suavemente, luego con voces tan penetrantes que un escalofrío me corrió por la espalda. Se quedaron de nuevo en silencio, y Ritimi me susurró al oído que estaban escuchando el eco de sus gritos para determinar de qué dirección venía. Los ecos, explicó, llevan los espíritus de los enemigos.

Gruñendo y golpeando sus armas, los hombres empezaron a recorrer el claro a zancadas. Arasuwe los calmó. Dos veces más se juntaron en un apretado círculo y gritaron a toda su capacidad. En vez de internarse en la selva, como yo esperaba y temía, los hombres se acercaron a las cabañas cercanas a la entrada del shabono. Se acostaron en sus hamacas y se forzaron a vomitar.

—¿Por qué hacen eso? —le pregunté a Ritimi.

—Mientras cantaban, han devorado a sus enemigos —dijo ella—. Ahora tienen que librarse de la carne podrida.

Suspiré aliviada, pero extrañamente decepcionada de que el ataque se hubiera representado sólo de manera simbólica. Poco antes del amanecer, me despertaron los lamentos de las mujeres. Me froté los ojos para asegurarme de que no estaba soñando. Como si no hubiera transcurrido el tiempo, los hombres estaban afuera, en la misma formación que habían adoptado más temprano. Sus gritos habían perdido su fiereza, como si los lamentos de las mujeres humedecieran su cólera. Cargaron sobre sus hombros los paquetes de plátanos amontonados a la entrada del shabono, y marcharon dramáticamente por el sendero que conducía al río.

El viejo Kamosiwe y yo seguimos a los hombres desde lejos. Pensé que estaba lloviendo, pero no era más que el rocío que goteaba de hoja en hoja. Por un momento, los hombres se quedaron inmóviles, sus sombras perfectamente delineadas contra la arena clara de la orilla. La media luna había viajado por el cielo y destellaba débilmente a través del aire denso de humedad. Como si la arena se hubiera tragado sus sombras, los hombres desaparecieron ante mis ojos. No oía más que el roce de las hojas y las ramitas quebradas cada vez más lejos en la selva. La niebla se cerró sobre nosotros como un muro impenetrable, como si nada hubiera ocurrido, como si todo lo que presenciamos no hubiera sido más que un sueño.

El anciano Kamosiwe, sentado a mi lado sobre una roca, me tocó ligeramente el brazo.

—Ya no oigo los ecos de sus pasos —dijo; luego, lentamente, entró en el agua.

Le seguí. La frialdad del río me hizo temblar. Sentí los pececitos que se ocultaban entre las raíces sumergidas pasar entre mis piernas, pero no podía verlos en el agua oscura.

El viejo Kamosiwe se reía mientras yo lo secaba con algunas hojas.

—Mira, sikomasik —dijo feliz, señalando los hongos blancos que crecían sobre un tronco podrido.

Los recogí para él y los envolví con hojas. Una vez cocinados en el fuego, se consideraban un plato exquisito, que gustaba especialmente a los viejos.

Kamosiwe me tendió el extremo de su arco roto; tiré de él para ayudarlo a subir por el resbaladizo sendero que conducía al shabono. La niebla no se levantó en todo el día, como si el sol tuviera miedo de presenciar el viaje de los hombres que atravesaban la selva.

XXI

La pequeña Texoma se sentó junto a mí sobre un tronco, entre los bambúes.

—¿No vas a ir a cazar ranas? —le pregunté.

Me miró asustada. Sus ojos, siempre tan brillantes, estaban opacos. Lentamente, se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué estás triste? —le pregunté, acunándola en mis brazos. Nunca se permitía llorar a los niños, por miedo a que su alma se les escapara por la boca. La puse sobre mi cabeza y me dirigí al shabono—. Pesas tanto como una cesta llena de plátanos maduros —le dije, tratando de hacerla reír.

Pero la niñita ni siquiera sonrió. Mantuvo la cara apretada contra mi cuello; sus lágrimas rodaban incontenibles por mi pecho. Cuidadosamente, la acosté en su hamaca. Se agarraba a mí tenazmente, forzándome a acostarme junto a ella. Pronto se quedó dormida. No era un sueño apacible. De vez en cuando su cuerpecito temblaba como si estuviera en las garras de una horrible pesadilla.

Ritimi entró en la cabaña con el bebé de Tutemi colgado a la espalda. Empezó a llorar en cuanto vio a la niña dormida junto a mí.

—Estoy segura de que uno de los malvados shaporis de los mocototeris se ha llevado su alma.

Ritimi sollozaba con tanto desconsuelo, que dejé la hamaca de Texoma y me senté junto a ella. No sabía muy bien qué decirle. Estaba segura de que Ritimi no lloraba sólo por su hijita, sino también por Etewa, que se había ido con el grupo de guerreros hacía casi una semana. Desde la partida de su esposo, Ritimi no era la misma. No había trabajado en los huertos, ni había acompañado a las mujeres a recoger fruta o leña en la selva. Deambulaba por el shabono, decaída y triste. Pasaba la mayor parte del tiempo en su hamaca, jugando con el bebé de Tutemi. Por mucho que hice y dije para animarla, me fue imposible borrar la expresión desolada de su rostro. La sonrisa desmayada con que Ritimi respondía a mis esfuerzos sólo la hacía parecer aún más triste.

Le eché los brazos al cuello y planté sonoros besos sobre sus mejillas, asegurándole todo el tiempo que Texoma no tenía más que un resfriado. Ritimi no quería que la consolara. El llanto tampoco le producía ningún alivio ni la fatigaba: sólo aumentaba su tristeza.

—Tal vez le ha pasado algo a Etewa —dijo Ritimi—. Tal vez un mocototeri lo ha matado.

—No le ha pasado nada a Etewa —afirmé—. Lo siento en mis piernas.

Ritimi sonrió ligeramente, como dudando de mis palabras.

—Pero ¿por qué está enferma mi niñita? —insistió.

—Texoma está enferma porque se ha enfriado jugando con las ranas en los pantanos —dije, con gran seguridad—. Los niños enferman fácilmente y se recuperan con igual rapidez.

—¿Estás segura de que es así?

—Absolutamente segura.

Ritimi me miró dubitativamente y dijo:

—Pero ninguno de los demás niños está enfermo. Sé que Texoma ha sido embrujada.

No sabiendo cómo responder, sugerí que sería mejor llamar al tío de Ritimi. Momentos después, volví con Iramamowe. Durante la ausencia de su hermano, Iramamowe asumía el papel de jefe. Su valor lo convertía en el hombre más calificado para defender el shabono contra potenciales asaltantes. Su reputación como chamán aseguraba a la aldea protección contra los hekuras malignos que enviaran los brujos del enemigo.

Iramamowe miró a la niña y me pidió que trajera su caña para tomar epena y el recipiente que contenía el polvo alucinógeno. Hizo que un joven le soplara la droga en la nariz y empezó a cantarles a los hekuras, caminando arriba y abajo ante la cabaña. De vez en cuando saltaba en el aire, gritándoles a los espíritus malignos —él creía que se habían alojado en el cuerpo de la niña— que dejaran en paz a Texoma.

Suavemente, Iramamowe masajé a la pequeña, empezando por la cabeza y continuando con su pecho y su vientre, hasta llegar a los pies. Agitaba repetidamente las manos, sacudiéndose los malos hekuras que había sacado de Texoma. Algunos hombres más tomaron epena y cantaron con Iramamowe a lo largo de la noche. Alternativamente, masajeara el cuerpecito y lo chupaba para extraer la enfermedad.

Sin embargo, al día siguiente la niña no estaba mejor. Yacía inmóvil en su hamaca y tenía los ojos rojos e hinchados. Rechazaba la comida, incluidas el agua y la miel que le ofrecí.

Iramamowe diagnosticó que su alma se había escapado de su cuerpo y procedió a construir una plataforma con postes y lianas en medio del claro. Se ató hojas de palmera assai en el pelo, y dibujó círculos en torno a sus ojos y su boca con una mezcla de onoto y carbón. Daba zancadas en torno a la plataforma, imitando el grito del águila arpía. Con una rama de uno de los arbustos que crecían en torno al shabono barrió a fondo el suelo, tratando de localizar el alma perdida de la niña.

Al no poder encontrar el alma, reunió en torno a él a varios de los compañeros de juegos de Texoma. Decoró su cabello y sus caras igual que los suyos y los subió a la plataforma.

—Mirad el suelo desde arriba —les dijo a los niños—. Encontrad el alma de vuestra hermanita.

Imitando los gritos del águila arpía, los niños brincaban arriba y abajo sobre la estructura precariamente construida. Barrieron el aire con las ramas que las mujeres les entregaron; pero ellos tampoco pudieron atrapar el alma perdida.

Tomé la rama que Ritimi me tendió y me uní a los demás en la búsqueda. Barrimos los senderos que llevaban al río, a los huertos y a los pantanos, donde Texoma había estado cazando ranas. Iramamowe me cambió su rama por la mía.

—Tú la llevaste al shabono —dijo—. Tal vez tú puedas encontrar su alma.

Sin pensar en absoluto en la futilidad de la tarea, barrí el suelo con la misma ansiedad que los demás.

—¿Cómo se sabe si un alma está cerca? —le pregunté a Iramamowe mientras volvíamos a recorrer nuestros pasos hasta el shabono.

—Uno, simplemente, lo sabe.

Buscamos en todas las cabañas, barrimos bajo las hamacas, en torno a cada hogar y detrás de los montones de plátanos. Levantamos las cestas del suelo. Cambiamos de sitio los arcos y las flechas que se apoyaban contra el techo inclinado. Asustamos a las arañas y a los escorpiones en sus nidos, entre las palmas del techo. Abandoné la cacería cuando vi que una serpiente se deslizaba por detrás de una de las vigas.

Riéndose, la vieja Hayama le cortó la cabeza al reptil con un rápido golpe del machete de Iramamowe. Envolvió la serpiente, que descabezada aún se retorció, en hojas de pishaansi y la puso en el fuego. Hayama recogió también las arañas que caían al suelo. Las envolvió igualmente en hojas y las asó. Los viejos tenían especial predilección por sus blandos vientres. Hayama guardó las patas para molerías más tarde: se creía que este polvo curaba las cortaduras, picaduras y arañazos.

Al anochecer, la pequeña Texoma no mostraba signos de mejoría. Yacía en la hamaca sin moverse, con los ojos vacíos y fijos en el techo de palma. Me llenó una indescriptible sensación de impotencia, mientras Iramamowe se inclinaba de nuevo sobre la niña para masajearla y chuparle los malos espíritus.

—Dé jame intentar curarla —le dije.

Iramamowe sonrió de manera casi imperceptible, mirándonos alternativamente a mí y a Texoma.

—¿Qué te hace creer que puedes curar a mi sobrina nieta? —me preguntó con deliberada intención. No había burla en su tono: sólo una vaga curiosidad—. No hemos encontrado su alma. Un poderoso shapori enemigo se la ha llevado. ¿Crees que puedes contrarrestar la maldición de un hechicero malvado?

—No —le aseguré rápidamente—. Sólo tú puedes hacer eso.

—¿Qué harás tú entonces? Dijiste una vez que nunca has curado a nadie. ¿Qué te hace pensar que ahora si podrás hacerlo?

—Ayudaré a Texoma con agua caliente. Y tú la curarás con tus cantos a los hekuras.

Iramamowe dudó por un momento; gradualmente, su expresión pensativa se relajó. Se puso la mano en la boca como si ocultara un deseo de reír.

—¿Aprendiste mucho de los shaporis que conociste?

—Recuerdo algunas de sus formas de curar —respondí, pero no mencioné que la cura que yo pensaba aplicarle a Texoma era la forma en que mi abuela trataba la fiebre cuando no cedía—. Dijiste que habías visto hekuras en mis ojos. Si les cantas, tal vez me ayuden.

Una fácil sonrisa surgió y permaneció en los labios de Iramamowe. Parecía casi convencido por mi razonamiento. Sin embargo, sacudió la cabeza como si las dudas lo embargaran.

—La curación no se hace así. ¿Cómo puedo pedir a los hekuras que te ayuden? ¿Tomarás epena también?

—No necesito tomarla —le aseguré, y luego señalé que si un poderoso shapori podía ordenarle a sus hekuras que robaran el alma de una niña, un gran hechicero como él ciertamente podía ordenarles a sus espíritus, que según él ya me conocían, que vinieran en mi ayuda.

—Llamaré a los hekuras para que te ayuden. Tomaré epena yo en tu lugar.

Mientras uno de los hombres soplabla la sustancia alucinógena en la nariz de Iramamowe, Ritimi, Tutemi y las esposas de Arasuwe me trajeron calabazas llenas de agua caliente que la vieja Iayama había calentado en grandes ollas de aluminio. Empapé mi manta cortada en tiras en el agua caliente y, utilizando las perneras de mis tejanos como guantes, exprimí cada trozo de tela hasta que no quedaba ni una gota de agua. Cuidadosamente, envolví con ellos el cuerpo de Texoma, y la cubrí con las hojas de palma clientes que algunos de los chicos habían cortado para mí.

Apenas podía moverme entre la multitud que se había reunido en la cabaña. Observaban en silencio cada uno de mis movimientos, atentos y alertas, como para no perderse nada. Iramamowe estaba sentado a mi lado, cantándole incansablemente a la noche. Al pasar las horas, la gente se retiró a sus hamacas. No me desalentaron sus signos de desaprobación y seguí cambiando las compresas en cuanto se enfriaban. Ritimi estaba sentada en su hamaca, en silencio; sus dedos entrelazados descansaban sin vida en su regazo, en una actitud de suprema desesperanza. Siempre que me miraba rompía a llorar.

Texoma parecía ignorar mis actividades. “¿Qué pasará si no es un resfriado, sino otra cosa? —pensaba—. ¿Qué pasará si se pone peor?” Mi seguridad se tambaleaba. Murmuré una plegaria por ella con un fervor que no había sentido desde que era niña. Al levantar la cabeza, vi que Iramamowe me miraba. Parecía ansioso, como si percibiera la mezcla de sentimientos —magia, religión y miedo— que luchaban en mi interior. Con decisión, continuó cantando.

El viejo Kamosiwe se nos unió. Se sentó cerca del hogar. El frío del amanecer aún no había entrado en la cabaña, pero el simple hecho de que hubiera un fuego le hacía acurrucarse junto a él de manera instintiva. Suavemente, empezó a cantar. Sus cantos murmurados me llenaban de tranquilidad; parecía llevar en sí las voces de las pasadas generaciones. La lluvia repiqueteaba sobre el techo de palmas con decidido vigor; luego se convirtió en una leve llovizna que me sumergió en una especie de estupor.

Era casi de día cuando Texoma empezó a revolverse en su hamaca. Con impaciencia, se quitaba los trozos de manta mojada y las hojas de palmera que la envolvían. Con ojos muy abiertos de sorpresa, se sentó y nos sonrió al viejo Kamosiwe, a Iramamowe y a mí, que estábamos acucillados junto a su hamaca.

—Tengo sed —dijo, y se bebió el agua y la miel que le di.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Ritimi, vacilante.

—Iramamowe ha traído su alma de vuelta. El agua caliente ha roto la fiebre. Ahora tiene que estar abrigada y dormir tranquilamente.

Caminé hasta el claro y estiré mis piernas acalambradas.

El viejo Kamosiwe parecía un niño, reclinado contra un poste, con los brazos fuertemente apretados en torno al pecho para mantenerse caliente. Iramamowe se detuvo junto a mí en camino a su cabaña. No hablamos, pero yo tenía la certeza de que compartíamos un momento de absoluto entendimiento.

XXII

Al oír ruido de pasos que se acercaban, Tutemi me indicó que me agachara detrás de las hojas enmohecidas de las calabazas.

—Son los guerreros —susurro—. Las mujeres no deben ver de qué dirección vuelven los guerreros.

Incapaz de contener mi curiosidad, me levanté lentamente. Tres mujeres acompañaban a los hombres; una de ellas estaba embarazada.

—No mires —suplicó Tutemi, tirando de mí—. Si ves el sendero por el que regresan los guerreros, el enemigo te capturará.

—Qué hermoso aspecto tienen los hombres con las plumas de colores saliendo de sus brazaletes y los dibujos de onoto en todo el cuerpo. ¡Pero Etwewa no está! ¿Crees que lo habrán matado? —pregunté asustada.

Tutemi me miró con expresión aturdida. No había nerviosismo en sus movimientos mientras separaba las grandes hojas de calabaza para espiar las figuras que se alejaban. Su rostro ansioso resplandeció con una sonrisa y me cogió del brazo.

—Mira, allí está Etwewa. —Apretó mi cabeza contra la suya para que yo viera lo que me señalaba—. Está *unucai*.

A cierta distancia detrás de los demás, Etwewa caminaba lentamente, con los hombros encorvados hacia delante como si llevara un gran peso sobre la espalda. No estaba adornado con plumas o pintura. Sólo unos trocitos de astil de flecha salían de los lóbulos perforados de sus orejas, y tenía otro astil atado a cada muñeca, a manera de brazaletes.

—¿Está enfermo?

—¡No! Está *unucai* —dijo con admiración—. Ha matado a un mocototeri.

Incapaz de compartir la alegría de Tutemi, no pude sino contemplarla con muda incredulidad. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y aparté de ella mi mirada. Esperamos hasta que Etwewa desapareció de nuestra vista, y nos dirigimos lentamente al *shabono*.

Tutemi apresuró el paso al oír los gritos de bienvenida de los hombres y mujeres que estaban en las cabañas. Rodeados de iticototeris entusiasmados, los guerreros se exhibían en el claro orgullosamente. Separándose de su marido, la esposa más joven de Arasuwe se acercó a las tres mujeres cautivas que no habían sido incluidas en los alegres saludos. Se mantenían apartadas y en silencio, con las miradas temerosas fijadas en la mujer iticototeri que se les acercaba.

—¡Pintadas con onoto! ¡Qué repugnantes! —gritó la esposa de Arasuwe—. ¿Qué otra cosa se puede esperar de una mujer mocototeri? ¿Creéis que habéis sido invitadas a una fiesta? —Encarándose con las tres mujeres, recogió un palo—. Os daré una paliza. ¡Si me hubieran capturado a mí, habría escapado! —gritó.

Las tres mocototeris se apretaron una contra otra.

—Por lo menos habría llegado llorando lastimosamente —silbó la mujer de Arasuwe tirando del pelo a una de ellas. Arasuwe intervino ante su mujer y las mocototeris.

—Déjalas en paz. Han llorado tanto que han empapado el sendero con sus lágrimas. Las hicimos callar. No queríamos escuchar sus aullidos. —Arasuwe le quitó el palo a su mujer—. Nosotros les pedimos que se pintaran la cara y el cuerpo con onoto. Estas mujeres estarán felices aquí. ¡Serán bien tratadas! —Se volvió hacia el resto de las iticototeris que se habían reunido en torno a su mujer—. Dadles algo de comer. Tienen hambre igual que nosotros. No hemos comido desde hace dos días.

La esposa de Arasuwe no parecía intimidada.

—¿Han muerto vuestros hombres? —les preguntó a las tres mujeres—. ¿Los incinerasteis? ¿Comisteis sus

cenizas?

—Se encaró con la mujer embarazada—. ¿También tu marido murió? ¿Esperas que un iticoteri se convierta en padre de tu hijo?

Empujando a su mujer con rudeza, Arasuwe declaró:

—Sólo murió un hombre. Etewa lo hirió con su flecha. Era el hombre que mató al padre de Etewa la última vez que los mocototeris nos atacaron tan traicioneramente.

—Arasuwe se volvió hacia la mujer embarazada. No había compasión en sus ojos ni en su voz mientras continuaba—:

Fuisteis capturadas por los mocototeris hace tiempo. No tenéis hermanos entre ellos que os puedan rescatar. Ahora sois iticoteris. No lloréis más.

Arasuwe siguió explicando a las cautivas que estarían mejor en su nuevo hogar. Los iticoteris, insistió, habían tenido carne casi todos los días, así como muchas raíces y plátanos durante la temporada de lluvias. Nadie había pasado hambre.

Una de las cautivas era una niña, tal vez de diez u once años.

—¿Qué pasará con ella? —le pregunté a Tutemi.

—Como las otras, se convertirá en esposa. Yo tenía probablemente su edad cuando los iticoteris me secuestraron.

—Una sonrisa melancólica curvaba sus labios—. Tuve suerte de que la suegra de Ritimi me eligiera como segunda mujer de Etewa. El nunca me ha pegado. Ritimi me trata como una hermana. No se pelea conmigo ni me hace trabajar dema...

Tutemi se detuvo en mitad de la palabra, porque la esposa más joven de Arasuwe continuaba gritando contra las mocototeris.

—¡Qué asqueroso, llegar todas pintadas! No les falta más que ponerse flores en las orejas y empezar a bailar.

—Siguió a las tres mujeres hasta la cabaña de su esposo—. ¿Os violaron los hombres en la selva? ¿Por qué tardasteis tanto? Debéis de haberlo disfrutado. —Empujando a la mujer encinta, añadió—: ¿También durmieron contigo?

—¡Cállate! —gritó Arasuwe—. O te pegaré hasta hacerte sangrar. —Arasuwe se volvió a las mujeres que le habían seguido—. Deberíais alegraros de que vuestros hombres hayan vuelto sanos y salvos. Deberíais estar contentas de que Etewa haya matado a un hombre, de que hayamos traído tres cautivas. íd a vuestras cabañas y preparad comida para vuestros hombres.

Murmurando, las mujeres se dispersaron hacia sus respectivas cabañas.

—¿Por qué sólo la mujer de Arasuwe está tan alterada? —le pregunté a Tutemi.

—¿No lo sabes? —preguntó, sonriendo maliciosamente—. Tiene miedo de que tome a una de las mujeres como su cuarta esposa.

—¿Para qué quiere tantas?

—Es poderoso —afirmó Tutemi categóricamente—. Tiene muchos yernos que le traen mucha caza y le ayudan a trabajar en los huertos. Arasuwe puede alimentar a muchas mujeres.

—¿Fueron violadas las cautivas? —pregunté.

—Una de ellas sí. —Tutemi se quedó momentáneamente perpleja ante mi expresión de disgusto, y me explicó que una mujer capturada generalmente es violada por todos los hombres del grupo asaltante—. Es la costumbre.

—¿También violaron a la muchachita joven?

—No —dijo Tutemi tranquilamente—. Todavía no es una mujer. Tampoco violaron a la mujer preñada: nunca las tocan.

Ritimi había permanecido en su hamaca durante la conmoción general. Me dijo que no había razón para preocuparse por las mujeres mocototeris, porque sabía que Etewa no tomaría una tercera esposa. Me alegré de descubrir que la tristeza y la dejadez que la habían perseguido durante los últimos días habían desaparecido.

—¿Dónde está Etewa? —pregunté—. ¿No va a venir al *shabono*?

Los ojos de Ritimi parecían casi febriles de excitación mientras explicaba que su esposo había matado a un enemigo, estaba buscando un árbol no poblado, donde pudiera colgar su vieja hamaca y su aljaba. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, tenía que quitar toda la corteza del tronco y las ramas del árbol.

Los ojos de Ritimi expresaban una gran preocupación cuando se dirigió a mí. Me advirtió que no mirara aquel árbol. Estaba segura de que no lo confundiría con el tipo de árbol al que le quitaban la corteza para hacer barriles y canoas. Tales árboles, explicó, siguen pareciendo árboles, mientras que los que desnuda un hombre que ha matado parecen una sombra fantasmal, blancos entre el verdor que los rodea, con la hamaca, la aljaba, el arco y las flechas colgando de las ramas peladas. Los espíritus —en especial los malignos— gustan de esconderse en la proximidad de tales lugares. Tuve que prometer a Ritimi que si alguna vez me encontraba cerca de uno de esos árboles, saldría de allí corriendo tan rápidamente como pudiera.

En voz tan baja que pensé que estaba hablando para sí, Ritimi me confió sus temores. Esperaba que Etewa no se hundiera bajo el peso de su víctima. Los *hekuras* del muerto se alojan en el pecho de su matador, donde permanecen hasta que los nacientes del difunto han quemado el cuerpo y se han comido los huesos

pulverizados. Los mocototeris pospondrían todo lo posible la incineración del cadáver con la esperanza de que Etwewa muriera de debilidad.

—¿Los hombres nos contarán el asalto? —pregunté.

—En cuanto hayan comido —dijo Ritimi.

Con su arco y sus flechas en la mano, Etwewa atravesó el claro hacia la cabaña donde el hijo de Iramamowe había sido iniciado como chamán. Los hombres que acompañaron a Etwewa en el ataque a la aldea enemiga cubrieron los costados de la cabaña con hojas de palma. Sólo dejaron una pequeña entrada abierta en el frente. Le llevaron una calabaza llena de agua y encendieron una hoguera dentro de la cabaña, Etwewa tenía que permanecer en ese refugio hasta que Puriwariwe anunciara que el mocototeri muerto había sido incinerado. Día y noche, Etwewa debía estar alerta por si el espíritu del muerto iba a rondar la cabaña bajo la forma de un jaguar. Si Etwewa hablaba, tocaba a una mujer o comía durante esos días, moriría.

La vieja Hayama vino a nuestra cabaña, acompañada por su nuera.

—Quiero averiguar qué está pasando en la casa de Arasuwe —dijo, sentándose junto a mí.

Xotomi se sentó en el suelo, apoyando la cabeza contra mis piernas, que colgaban fuera de la hamaca. Una cicatriz violeta —recordatorio de la herida de flecha— quebraba la línea suave de su pantorrilla. Esto no preocupaba a Xotomi; estaba contenta de que la herida no se hubiera infectado.

—Matuwe capturó a una de las mujeres —manifestó Hayama orgullosamente—. Es un buen momento para que tome otra esposa, y más vale que yo elija la que le conviene. Estoy segura de que se equivocará si se le deja elegir a él.

—Pero ya tiene una esposa —tartamudeé, mirando a Xotomi.

—Si —concedió la anciana—. Pero si ha de tener una segunda esposa, éste es el mejor momento. Xotomi es joven. Le será fácil hacerse amiga de otra mujer ahora. Matuwe debería tomar a la más joven de las tres cautivas. —Hayama acarició la tonsura de la cabeza de Xotomi—. La muchacha es menor que tú. Te obedecerá. Si tienes la menstruación, cocinará para ti. Puede ayudarte en los huertos y en la recogida de leña. Me estoy volviendo demasiado vieja para trabajar mucho.

Xotomi examinó a las tres mocototeris que estaban en la cabaña de Arasuwe.

—Si Matuwe ha de tomar otra esposa, deseo que tome a la muchacha joven. Me gustará. Puede calentar su hamaca si yo estoy preñada.

—¿Lo estás? —pregunté.

—No tengo la seguridad —dijo sonriendo, satisfecha.

Hayama me había dicho algún tiempo antes que una mujer embarazada generalmente esperaba de tres a cuatro meses, a veces incluso más, antes de informar a su esposo de su estado. El hombre era un cómplice tácito de este engaño, porque él también temía los tabúes restrictivos de la alimentación y la conducta. Cuando una mujer sufría un aborto o daba a luz un niño deforme, ella nunca tenía la culpa. Siempre se culpaba al marido. De hecho, si una mujer tenía repetidos abortos, se le aconsejaba que se embarazara de otro hombre. Su propio esposo, sin embargo, debía someterse a las restricciones y criar al bebé como propio.

Hayama fue a la cabaña de Arasuwe.

—Me llevaré a esta muchacha mocototeri conmigo. Será una buena esposa para mi hijo —dijo, tomando a la muchacha de la mano—. Vivirá conmigo en mi cabaña.

—Yo capturé a una mujer —objetó Matuwe—. No quiero a esta niña. Está demasiado delgada. Quiero una mujer fuerte que pueda tener hijos sanos.

—Se pondrá fuerte —le respondió Hayama con calma—. Todavía está verde, pero pronto estará madura. Mira sus pechos. Ya son grandes. Además —añadió—, a Xotomi no le importará si la tomas. —Hayama se encaró con los hombres que rodeaban la cabaña de Arasuwe—: Nadie debe tocarla. Cuidaré de ella hasta que se convierta en la esposa de mi hijo. De aquí en adelante es mi nuera.

Nadie planteó objeciones, y Hayama condujo a la muchacha hasta nuestra cabaña. Tímidamente, la mocototeri se sentó en el suelo, cerca del hogar.

—No te pegaré —le dijo Xotomi, tomando la mano de la chica entre las suyas—. Pero debes hacer lo que yo te diga.

Matuwe nos sonreía tímidamente desde el otro extremo de la cabaña. Me preguntaba si estaría orgulloso de tener dos mujeres o avergonzado de verse obligado a tomar a una niña habiendo capturado a una mujer.

—¿Qué pasará con las otras prisioneras? —pregunté.

—Arasuwe se quedará con la que está preñada —declaró Hayama.

—¿Cómo lo sabes?

Sin esperar respuesta, le pregunté por la tercera.

—Será entregada como esposa a alguien, después de que la hayan poseído todos los hombres del *shabono* que lo deseen.

—¡Si ya la han violado los guerreros! —dije con indignación.

La vieja Hayama se echó a reír.

—Pero no los hombres que no participaron en el ataque.

—La anciana me dio unas palmaditas en la cabeza—. No pongas esa cara de enojo. Es la costumbre. A mi me capturaron una vez. Me violaron muchos hombres. Tuve suerte y encontré una oportunidad para escapar. No, no me interrumpas, muchacha blanca —dijo Hayama, poniendo su mano sobre mis labios—. No me escapé porque me hubieran violado. Eso lo olvidé muy rápidamente. Me escapé porque tenía que trabajar demasiado y

no me daban bastante comida. Como la anciana había previsto, Arasuwe se quedó con la mujer embarazada.

—¡Ya tienes tres esposas! —gritaba la más joven con el rostro contraído de furia—. ¿Por qué quieres otra? Las otras dos mujeres de Arasuwe se reían nerviosas, contemplando desde sus hamaca cómo la más joven empujaba a la embarazada sobre los carbones encendidos del hogar. Arasuwe saltó de su hamaca, cogió uno de los leños encendidos del fuego y se lo tendió a la mujer mocototeri caída.

—Quémale el brazo a mi mujer —le ordenó a la mocototeri mientras sujetaba a su esposa contra uno de los postes de la cabaña.

Sollozando, la mujer embarazada se cubría el hombro quemado con la mano.

—¡Quémame! —la retaba la mujer de Arasuwe, retorciéndose para librarse de las manos de su esposo—. Si lo haces te quemaré viva, pero nadie se comerá tus huesos. Los desperdigaré por la selva, para que orinemos sobre ellos...

—Se detuvo, con los ojos abiertos en genuino asombro al descubrir la extensión de la quemadura que la otra mujer tenía en el hombro—. De verdad te has quemado. ¿Te duele mucho?

Levantando la mirada, la mocototeri se limpió las lágrimas de la cara.

—Me duele mucho.

—¡Oh, pobre mujer! —Solicítamente, la esposa de Arasuwe le ayudó a levantarse y la guió hasta su propia hamaca. Cogió hojas de calabaza y las colocó suavemente en el hombro de la mujer—. Se curará muy pronto. Yo cuidaré de que así sea.

—No llores más —dijo la mayor de las mujeres de Arasuwe, sentándose junto a la mujer mocototeri. Le acarició la cabeza cariñosamente—. Nuestro esposo es un buen hombre. Te tratará bien. Yo cuidaré de que nadie en el *shabono* te trate mal.

—¿Qué pasará cuando nazca el bebé? —le pregunté a Hayama.

—Eso es difícil de decir —concedió la anciana. Permaneció un tiempo en silencio, meditando intensamente—. Puede que lo mate. Pero si es un niño, Arasuwe puede pedir a la mayor de sus esposas que lo críe como si fuera suyo.

Horas después, Arasuwe empezó su relato sobre el ataque. Hablaba en un tono lento y nasal.

—Viajamos despacio el primer día y nos detuvimos a descansar con frecuencia. Nos dolía la espalda por el peso de los plátanos. Esa primera noche apenas dormimos, porque no teníamos suficiente leña para calentarnos. La lluvia caía con tal fuerza que el cielo nocturno parecía derretirse sobre la oscuridad que nos rodeaba. Al día siguiente, caminamos un poco más aprisa y llegamos cerca del poblado mocototeri. Estábamos lo bastante lejos para que los cazadores enemigos no descubrieran nuestra presencia esa noche, pero tan cerca que no nos atrevimos a encender un fuego en nuestro campamento.

Sólo podía ver el perfil del rostro de Arasuwe. Fascinada, contemplaba los dibujos rojos y negros de sus mejillas que se movían al animado ritmo de su discurso, como si tuvieran vida propia. Las plumas de sus orejas daban suavidad a su rostro severo y fatigado, y le añadían un aire juguetón que desmentía el horror de su relato.

—Durante unos días observamos cuidadosamente las idas y venidas del enemigo. Nuestro objetivo era matar a un mocototeri sin alamar al *shabono* con nuestra presencia. Una mañana vimos que el hombre que había matado al padre de Etewa entraba en la maleza siguiendo a una mujer. Etewa le hirió en el vientre con una de sus flechas envenenadas. El hombre quedó tan sorprendido, que ni siquiera gritó. Para cuando se recuperó de la sorpresa, Etewa ya había disparado una segunda flecha que también le hirió en el vientre y otra, en el cuello, detrás mismo de la oreja. Cayó al suelo, muerto.

“Caminando como aturcido, Etewa se dirigió a casa, acompañado por mi sobrino. Entre tanto, Matuwe había encontrado a la mujer escondida en la espesura. La amenazó con matarla si se le ocurría abrir la boca tan sólo para toser. Matuwe, junto con mi yerno más joven, se dirigieron hacia nuestro poblado con la mujer, que caminaba de mala gana. Teníamos que encontrarnos todos más tarde en un lugar fijado de antemano. Mientras los demás decidíamos si separarnos en grupos aún más pequeños, vimos a una madre con su niño, una mujer preñada y una muchachita joven que se dirigían a la selva. No pudimos resistir la tentación. En silencio, las seguimos.

Recostándose en la hamaca, con las manos tras la cabeza, Arasuwe contempló a su fascinado auditorio.

Aprovechando la pausa del jefe, uno de los hombres que habían participado en el ataque se levantó. Indicando a la gente que le abrieran espacio para moverse, inició su narración exactamente con las mismas palabras que había empleado Arasuwe.

—Viajamos despacio el primer día.

Pero eso fue todo lo que los dos relatos tuvieron en común. Gesticulando mucho, el hombre representaba con exagerado arrebató los estados de ánimo y las expresiones de los distintos miembros del grupo de atacantes, y añadió así un toque de humor y de melodrama a la crónica seca y realista de Arasuwe. Alentado por las risas y gritos de su auditorio, el hombre dedicó un largo capítulo a los dos miembros más jóvenes del grupo. No tenían más de dieciséis o diecisiete años. No sólo se habían quejado de que les dolían los pies y tenían frío, y de diversos dolores y molestias, sino que la segunda noche, cuando habían dormido sin encender un fuego, tenían miedo de los jaguares y los espíritus que les rondaban. El hombre intercalaba en su relato información detallada sobre las piezas de caza y los frutos silvestres maduros —su color, tamaño y forma— que había des-

cubierto por el camino.

Arasuwe continuó su propio informe en cuanto el hombre se detuvo.

—Cuando las tres mujeres y la muchacha estuvieron suficientemente lejos del *shabono*, las amenazamos con dispararles si intentaban escapar o gritar. El niño logró escurrirse entre los arbustos. No lo perseguimos, pero nos retiramos con toda la rapidez posible, cuidando de no dejar huellas. Estábamos seguros de que los mocototeris nos seguirían tan pronto como descubrieran al hombre muerto.

“Inmediatamente antes del anochecer, la madre del niño que se había escapado empezó a gritar de dolor. Sentada en el suelo, apretaba un pie entre sus manos. Lloraba amargamente, quejándose de que una serpiente venenosa la había picado. Sus conmovedores gritos nos entristecieron tanto que ni siquiera comprobamos si había una serpiente. “¿De qué ha servido —sollozaba— que mi hijito se escapara, si ya no tiene una madre que lo cuide?” Gritando que no podía aguantar más el dolor, la mujer se lanzó entre los arbustos. Pasaron unos instantes antes de que nos diéramos cuenta de que nos había engañado. Buscamos mucho por la selva, pero no pudimos descubrir en qué dirección había huido.

El anciano Kamosiwe se rió de corazón.

—Es mejor que os haya engañado. Ningún beneficio se obtiene secuestrando a una madre que ha dejado a un niño pequeño. Esas mujeres lloran hasta enfermar y, peor aún, casi siempre se escapan.

Los hombres siguieron hablando hasta que el lluvioso amanecer envolvió el *shabono*. En medio del claro se alzaba la cabaña solitaria en que estaba encerrado Etewa, Parecía muy silenciosa y apartada: tan cercana y, sin embargo, tan separada de las voces y las risas.

Una semana más tarde, Puriwariwe visitó a Etewa. En cuanto hubo comido un plátano asado y algo de miel, el anciano le pidió a Iramamowe que soplara *epena* en su cabeza. Cantando, Puriwariwe danzaba en torno a la cabaña de Etewa.

—El hombre muerto no ha sido incinerado todavía —anuncio-. Su cuerpo ha sido colocado en un barril. Está pudriéndose en lo alto de un árbol. No rompas aún tu silencio. Los *hekurus* del muerto continúan en tu pecho. Prepara tus nuevas flechas y tu arco. Pronto los mocototeris quemarán la carne putrefacta porque los gusanos ya están saliendo de la cuba.

El viejo *shapori* dio una vuelta más en torno a la cabaña de Etewa, y luego se internó bailando en la selva.

Tres días después, Puriwariwe anunció que los mocototeris habían quemado al muerto.

—Quitate las varitas de las orejas y desata las que llevas en las muñecas —le dijo a Etewa, ayudándole a levantarse—. Dentro de unos días, lleva tu viejo arco y tus flechas al mismo árbol desnudo en el que colgaste tu hamaca y tu aljaba.

Puriwariwe condujo a Etewa a la selva. Arasuwe y algunos de los hombres que habían participado en el ataque los siguieron.

Volvieron ya entrada la tarde. Le habían cortado el pelo a Etewa y le habían afeitado la tonsura. Su cuerpo había sido lavado y pintado de nuevo con onoto. Le habían insertado en las orejas finas cañas, decoradas con plumas rojas de papagayo. También llevaba nuevos brazaletes de piel, adornados con plumas, y el grueso cinturón de algodón que Ritimi le había hecho. Arasuwe le ofreció a Etewa una cesta llena de pescaditos que había cocinado para él en hojas de *pishaansi*.

Tres días más tarde, Etewa se aventuró por primera vez

solo en la selva.

—He cazado un mono —anunció unas horas más tarde, de pie en el claro.

En cuanto un grupo de hombres se hubo reunido en torno a él, les dio información precisa sobre el lugar exacto donde podían encontrar al animal.

Para asegurarse la ayuda y la protección de los *hekurus* en las cacerías futuras, Etewa fue a cazar solo dos veces más. En cada ocasión, regresó sin su pieza e informó a los demás dónde podían encontrarla. Etewa no probó el mono y los dos pecaríes que había matado.

Una tarde, volvió con un guaco colgado a la espalda. Desplumó el ave y preservó la tira de piel a que estaban adheridas las plumas negras y rizadas. Podía servir como brazaletes. Guardó también las plumas de las alas para hacer flechas. Asó el ave, de más de medio metro de largo, sobre una plataforma de madera que construyó sobre el fuego. Probó si el guaco estaba bien asado y luego procedió a dividirlo entre sus hijos y sus dos mujeres.

—La muchacha blanca ¿es tu hija o tu esposa? —gritó la vieja Hayama desde su cabaña cuando Etewa me ofreció un trozo de la oscura pechuga.

—Es mi madre —dijo Etewa, uniéndose a las risas de los demás iticoteris.

Días más tarde, Arasuwe supervisó la preparación de una papilla de plátano. Etewa yació un pequeño cuenco en la sopa. Ritimi me dijo que era lo que quedaba de los huesos pulverizados del padre de Etewa. Las lágrimas rodaban por las mejillas de hombres y mujeres mientras bebían la espesa sopa. Tomé el plato de calabaza que Etewa me ofreció y lloré por su padre muerto.

En cuanto la cuba estuvo vacía, Arasuwe gritó a plena voz:

—¡Qué hombre *waiteri* tenemos entre nosotros! Ha matado a su enemigo. Ha llevado los *hekurus* del hombre muerto en su pecho sin sucumbir al hambre o a la soledad durante su confinamiento.

Etewa dio la vuelta al claro.

—¡Si, soy *waiteril* —cantaba—. Los *hekurus* de un hombre muerto pueden matar al más fuerte de los

guerreros. Es una pesada carga llevarlos tantos días. Una persona puede morir de pena. —Etawa empezó a bailar—. Ya no pienso en el hombre al que maté. Bailo con las sombras de la noche, no con las sombras de la muerte.

Cuanto más bailaba, más ligeros y rápidos se hacían sus pasos, como si mediante el movimiento lograra por fin librarse del peso que había llevado en el pecho.

Muchas noches, los hombres volvieron a contar los detalles del asalto. Hasta el viejo Kamosiwe tenía una versión. Lo único que los relatos presentaban en común era que Etawa había matado a un hombre y que tres mujeres habían sido capturadas. Con el tiempo, sólo quedó un vago recuerdo de los hechos reales, y se convirtieron en una crónica del pasado remoto, como todos los cuentos que tanto les gustaba narrar a los iticoteris.

XXIII

La presión de unos piecitos que se hundían en mi vientre me despertó de mis sueños. Como si sólo hubiera pasado un momento, los recuerdos de los días, semanas y meses pasados desfilaban por mi mente con vívidos detalles. Las palabras de protesta murieron en mis labios cuando Tutemi me puso a Hoaxive encima. Acuné al niño en mis brazos, para que no despertara a la pequeña Texoma, que se había quedado dormida en mi hamaca mientras esperaba que yo me levantara. Cogí los cráneos de rana de Hoaxive que, unidos por un cordón de lianas, colgaban de la cabecera de mi hamaca y los hice sonar ante su rostro. Gorgoteando de contento, el bebé intentó cogerlos.

—¿Estás despierta? —balbució Texoma, tocando suavemente mi mejilla—. Creí que te ibas a pasar todo el día durmiendo.

—He estado pensando en todas las cosas que he visto y aprendido desde que llegué aquí —dije, tomando su manita en la mía. La palma estrecha, los dedos largos y delicados, eran extrañamente maduros para una niña de cuatro años, y contrastaban profundamente con su carita llena de hoyuelos—. No me di cuenta de que el sol ya estaba alto.

—Ni siquiera te diste cuenta de que mi hermano y mis primos saltaron de tu hamaca en cuanto los plátanos estuvieron listos —dijo Texoma—. ¿Estabas pensando mucho?

—No. —Me eché a reír—. Era más bien como soñar. Parece que no hubiera pasado el tiempo desde el día en que llegué al *shabono*.

—A mi me parece mucho tiempo —opinó Texoma con seriedad, acariciando el suave cabello de su hermanastro—.

Cuando llegaste, este bebé estaba todavía durmiendo en el vientre de Tutemi. Me acuerdo muy bien del día en que mis mamás te encontraron. —Riendo, la niña escondió la cara en mi cuello—. Sé por qué lloraste ese día. Sentías miedo de mi tío abuelo Iramamowe: tiene una cara horrible.

—Ese día —susurré conspiratoriamente— tenía miedo de todos los iticoteris.

Sentí una tibia humedad en mi vientre y separé a Hoaxive de mi. Etawa, sentado de través en su hamaca, sonrió divertido al ver cómo el arco de la orina de su hijo pasaba sobre el fuego.

—¿De todos nosotros? —preguntó Texoma—. ¿También de mi padre y mi abuelo? ¿Hasta de mis mamás y de la vieja Hayama? —Inclinándose sobre mi cara, me observó con expresión de incredulidad, casi de angustia, como si buscara algo en mis ojos—. ¿También me tenías miedo a mí?

—No. No te tenía miedo a ti —le aseguré, haciendo saltar sobre mis rodillas a Hoaxive, que se moría de risa.

—Tampoco yo tenía miedo de ti. —Suspirando, aliviada, Texoma se recostó en mi hamaca—. No me escondí como hicieron casi todos los niños cuando entraste en nuestra cabaña. Había oído que los blancos eran altos y peludos como monos. Pero tú parecías tan pequeña, que yo supe que no podías ser blanca de verdad.

En cuanto tuvo la cesta firmemente atada a la espalda, Tutemi me quitó al niño del regazo. Con movimientos seguros, lo colocó en la cuna de cortezas, ancha y suave, que llevaba de través sobre el pecho.

—Listo —dijo, sonriendo, y miró interrogativamente a Etawa y Ritimi.

Sonriendo, Etawa recogió su machete, su arco y sus flechas. —¿Vendrás más tarde? —me preguntó Ritimi, ajustándose el palito largo y fino que le atravesaba el costado de la nariz.

Las comisuras de sus labios, libres de los suaves palitos que generalmente llevaba, se alzaron en una sonrisa que hizo aparecer hoyuelos en sus mejillas. Como si percibiera mi indecisión, Ritimi no aguardó mi respuesta, sino que siguió a su esposo y a Tutemi hacia los huertos.

—Viene Hayama —susurró Tutemi—. Está preguntándose por qué no has ido a comer su plátano asado.

La niña se deslizó de mi hamaca y corrió hacia el grupo de niños que jugaban afuera.

Murmurando, Hayama atravesó la cabaña de Tutemi. Su piel suelta colgaba en largas arrugas verticales a lo largo de sus muslos y su vientre. Su rostro reflejaba una mueca severa mientras me alargaba un cuenco lleno hasta la mitad de gachas de plátano. Suspirando, se sentó en la hamaca de Ritimi, y dejó que su mano rozara el suelo mientras se mecía, aparentemente sumida en un trance por el rítmico crujido del nudo de lianas contra el poste.

—Es una desgracia que no haya podido engordarte —dijo la anciana tras un largo silencio.

Le aseguré que sus plátanos habían obrado maravillas; que tal vez con un poco más de tiempo podría incluso ponerme gorda.

—No queda mucho tiempo —dijo Hayama suavemente—. Te vas a ir a la misión.

—¿Qué? —grité, asustada por la firmeza de su tono—. ¿Quién lo dice?

—Antes de marcharse, Milagros le hizo prometer a Arasuwe que si teníamos que trasladarnos a nuestros viejos huertos más adentro en la selva, no te llevaríamos con nosotros.

La mirada nostálgica, casi soñadora, de sus ojos, suavizaba la expresión de Hayama mientras me recordaba las diversas familias que habían marchado semanas atrás hacia los viejos huertos. Yo no había prestado mucha atención a su partida, creyendo que pronto volverían. Hayama me explicó que la familia de Arasuwe, así como sus hermanos, primos, hijos e hijas aún no habían seguido a los demás por la sencilla razón de que el jefe estaba esperando noticias de Milagros.

—¿Vais a abandonar el *shabono*? —pregunté—. ¿Qué pasará con los huertos que tenéis aquí? Hace muy poco que los ampliaron. ¿Qué pasará con los nuevos brotes de plátano? —dije nerviosa.

—Crecerán. —La cara de Hayama se arrugó con expresión divertida—. Los viejos y muchos de los niños se quedarán aquí. Construiremos refugios temporales cerca de las plantaciones de plátanos, porque a nadie le gusta vivir en un *shabono* solitario. Cuidaremos de los huertos hasta que los demás vuelvan. Cuando los plátanos y las frutas de *rasha* estén maduros, será tiempo de hacer otra fiesta.

—Pero ¿por qué se van tantos iticototeris? —pregunté—. ¿No hay suficiente comida aquí?

Hayama no dijo realmente que hubiera escasez de comida, pero señaló el hecho de que los viejos huertos, que no habían visitado desde hacía mucho tiempo, quedarían convertidos en pasto de monos, pájaros, aguties, pecaríes y tapires. Los hombres podían cazar fácilmente y las mujeres aún encontrarían muchas raíces y frutas en esos huertos como para alimentarse hasta que se hubiera agotado la caza.

—Además —continuó Hayama— un traslado temporal siempre es bueno, especialmente después de un ataque. Si yo no fuera demasiado vieja, también iría.

—Como unas vacaciones.

—Sí. ¡Unas vacaciones! —Hayama se rió cuando le expliqué lo que significaba la palabra—. ¡Oh, cómo me gustaría ir y sentarme a la sombra, llenándome de frutos de *ka fu*!

El árbol de *kafu* era apreciado por las fibras de la corteza y el líber. Los racimos de frutos, cada uno de unos veinticinco centímetros de longitud, colgaban de un tallo común. El fruto gelatinoso y carnoso estaba lleno de semillitas y tenía el sabor de los higos frescos muy maduros.

—Si no puedo ir con Arasuwe y su familia a los viejos huertos —dije, sentándome a la cabecera de la hamaca de Hayama— me quedaré aquí con vosotros. No hay ninguna razón para que regrese a la misión. Esperaremos juntos a que vuelvan los demás.

Los ojos de Hayama brillaban de un modo sobrenatural al posarse en mi rostro. Con un tono lento y deliberado, me aclaró que, aunque no era habitual asaltar un *shabono* vacío ni matar a los viejos y a los niños, los mocototeris sin duda crearían problemas si se enteraban, como me aseguraba que lo harían, de que yo me había quedado en un poblado desprotegido.

Me estremecí, recordando cómo semanas atrás un grupo de mocototeris, armados con garrotes, habían llegado al *shabono* exigiendo que les devolvieran a sus mujeres. Cuando ambos grupos se hubieron gritado amenazas e insultos, Arasuwe dijo a los mocototeris que había liberado intencionalmente a una de las mujeres secuestradas en el camino de vuelta. Insistió en que ni por un momento había creído en el truco de la mujer que dijo que la había mordido una serpiente. Sin embargo, tras algunas escaramuzas verbales entre ambas partes, el jefe entregó de mala gana a la muchachita que Hayama había elegido como segunda esposa de su hijo menor. Amenazando con tomar venganza más adelante, los mocototeris se marcharon.

Etewa me explicó que aunque los mocototeris no tenían intención de empezar una guerra —habían dejado los arcos y las flechas escondidos en la selva—, el jefe actuó sabiamente al devolver a la muchacha con tanta rapidez. Los iticototeris eran inferiores en número, pues varios hombres habían partido ya hacia los huertos abandonados.

—¿Cuándo se unirá Arasuwe a los demás, en los viejos huertos? —le pregunté a Hayama.

—Muy pronto. Arasuwe ha enviado a varios hombres a buscar a Milagros. Desafortunadamente, no han podido hallarlo hasta ahora.

Sonrei en silencio.

—Parece que a pesar de la promesa de Arasuwe, tendré que acompañar a Ritimi y Etewa —dije, satisfecha.

—No lo harás —me aseguró Hayama. Luego sonrió maliciosamente—, No sólo tenemos que protegerte de los mocototeris; un *shapori* podría raptarte en el camino a los huertos y conservarte como esposa en una cabaña apartada.

—Lo dudo —objeté, riendo—. Me dijiste una vez que ningún hombre me querría siendo tan flaca.

Le conté a la anciana el incidente de las montañas, con Etewa.

Doblando los brazos sobre el regazo, Hayama se rió hasta que las lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas.

—Etewa tomaría a cualquier mujer que estuviera a mano. Pero tiene miedo de ti. —Hayama se inclinó sobre su hamaca y susurró—: Un *shapori* no es un hombre ordinario. No te querría para su placer. Un *shapori* necesita tener feminidad en su cuerpo. —Se echó hacia atrás en la hamaca—. ¿No sabes dónde está la feminidad?

—No.

La anciana me miró como si pensara que yo era mentalmente deficiente.

—En la vagina —dijo finalmente, casi ahogándose de risa.

—¿Crees que Puriwariwe podría secuestrarme? —le pregunté burlonamente—. Estoy segura de que es demasiado viejo para preocuparse por las mujeres.

Un asombro genuino la hizo abrir más los ojos.

—¿No has visto? ¿Nadie te ha dicho que un viejo *shapori* es más fuerte que cualquier hombre del *shabono*? Hay noches en que ese anciano va de cabaña en cabaña, metiendo su polla dentro de todas las mujeres que puede encontrar. Y no se cansa. Al amanecer, cuando vuelve a la selva, está tan dispuesto como siempre.

Hayama me aseguró que Puriwariwe no podía de ninguna forma secuestrarme, porque ya no necesitaba nada. Me advirtió, sin embargo, que había otros chamanes, menos poderosos que el anciano, que podrían hacerlo.

Cerrando los ojos, lanzó un fuerte suspiro. Pensé que se había quedado dormida pero, como si percibiera el movimiento que hice para levantarme, la anciana se volvió bruscamente hacia mí. Puso sus dos manos en mis hombros y me preguntó con una voz que me hizo temblar de emoción:

—¿Sabes por qué te gusta estar con nosotros?

La miré sin comprender y, mientras abría la boca para responder, Hayama siguió diciendo:

—Estás contenta aquí porque no tienes responsabilidades. Vives como nosotros. Has aprendido a hablar bastante bien y sabes muchas de nuestras costumbres. Para nosotros no eres ni una niña ni una adulta, ni hombre ni mujer. No te pedimos nada. Si lo hiciéramos, te enfadarías. —Los ojos de Hayama estaban tan oscuros al sostener mi mirada, que me hicieron sentir incómoda. En su rostro arrugado, parecían demasiado grandes y brillantes, como si destellaran con una inagotable energía interior—. Si te convirtieras en una mujer *shapori* te sentirías muy feliz.

Sentí que me amenazaba. Sin embargo, mientras balbuceaba tonterías para defenderme, me di cuenta de pronto de que tenía razón, y me sentí arrebatada por un desesperado deseo de reír.

Dulcemente, la anciana apretó los dedos sobre mis labios.

—Hay poderosos *shaporis* que viven en lugares remotos donde habitan los *hekuras* de los animales y las plantas. En la oscuridad de la noche, esos hombres contraen nupcias con hermosos espíritus femeninos.

—Me alegro de no ser un hermoso espíritu.

—No. No eres hermosa. —Era imposible que tan poco halagüeña afirmación me molestara viniendo de Hayama, con su risa contagiosa y su mirada burlona—. Sin embargo, para muchos eres extraña.

Había mucha ternura en su voz al tratar de hacerme entender por qué los mocototeris querían llevarme a su *shabono*. El interés que yo despertaba en ellos no se debía a las razones por las que los indios generalmente se aproximan a los blancos —para obtener machetes, ollas de aluminio y ropa—, sino a que los mocototeris creían que yo tenía poderes. Habían oído hablar de que yo curé a la pequeña Texoma, del incidente con el *epena* y de que Iramamowe había visto *hekuras* reflejados en mis ojos. Incluso me habían visto usar el arco y las flechas.

Fueron vanos todos mis intentos por lograr que la anciana comprendiera que yo no había utilizado poderes especiales, sino sólo sentido común, a fin de ayudar a una niña resfriada. Argumenté que incluso se podría decir que la propia Hayama tenía poderes curativos: arreglaba huesos y untaba secretos ungüentos, hechos con partes de animales, raíces y hojas, aplicándolos sobre mordeduras, arañazos y cortes. Pero mis razonamientos fueron inútiles. Para ella existía una gran diferencia entre arreglar un hueso roto y lograr que el alma perdida de una niña volviera a su cuerpo. Esto, insistía, sólo podía hacerlo un *shapori*.

—Pero fue Iramamowe quien trajo su alma de vuelta —afirmé—. Yo sólo le curé el resfriado.

—No lo hizo él —insistió Hayama—. Él te oyó cantar.

—Aquello era una oración —dije débilmente, dándome cuenta de que una plegaria no era en absoluto diferente de las canciones de *hekuras* de Iramamowe.

—Sé que los blancos no son como nosotros —me interrumpió Hayama, decidida a impedirme que siguiera discutiendo—. Estoy hablando de algo muy distinto. Si hubieras nacido iticoteri, seguirías siendo distinta de Tutemi, Ritimi y yo. —Hayama me tocó la cara, y pasó sus dedos largos y huesudos por mi frente y mis mejillas—. Mi hermana Angélica nunca te hubiera pedido que la acompañaras a la selva. Milagros no te habría traído a vivir con nosotros si fueras como los demás blancos que conoce. —Me miró pensativa; luego, como si se le ocurriera una nueva idea, añadió—: Me pregunto si otros blancos habrían sido tan felices con nosotros como lo has sido tú.

—Estoy segura de que sí —dije suavemente—. No hay muchos blancos que tengan oportunidad de venir aquí.

Hayama se encogió de hombros.

—¿Recuerdas la historia sobre Imawaami, la mujer *shaporz*? —preguntó.

—¡Eso es un mito! —Temerosa de que la anciana intentara establecer alguna conexión entre Imawaami y yo, añadí rápidamente—: Es como la historia del pájaro que robó el primer fuego de la boca del caimán.

—Tal vez —concedió Hayama, soñadora—. Últimamente he estado pensando en las historias que mi padre, mi abuelo y hasta mi bisabuelo solían contar acerca de los hombres blancos que habían visto viajar por los grandes ríos. Debe de haber habido blancos que viajaban por la selva mucho antes del tiempo de mi bisabuelo. Tal vez Imawaami era una mujer blanca —Hayama acercó su rostro ansioso al mío, y continuó en un susurro—: Debe de haber sido un *shapori* el que la capturó, creyendo que la mujer blanca era un espíritu hermoso. Pero ella era más poderosa que el *shapori*. Le robó sus *hekuras* y se convirtió ella misma en hechicera.

Hayama me miró provocativamente, como si me retara a contradecirla.

No me sorprendió el razonamiento de la anciana. Los iticoteris acostumbraban poner al día sus mitos o bien

incorporaban nuevos datos a ellos.

—Las mujeres indias ¿se vuelven alguna vez *shaporis*?

—pregunté. —Sí —se apresuró a responder Hayama—. Las mujeres *shaporis* son criaturas extrañas. Como los hombres, cazan con arco y flechas. Decoran sus cuerpos con las manchas y los círculos rotos del jaguar. Toman *epena* y atraen a los *hekuras* a su pecho con canciones. Las mujeres *shaporis* tienen maridos que les sirven. Pero si tienen hijos, se convierten de nuevo en mujeres comunes y corrientes.

—Angélica era una *shapori*, ¿no es así? —pregunté, sin darme cuenta de que había pensado en voz alta.

La idea había surgido con la certidumbre de una revelación. Recordé la noche en que Angélica me despertó de una pesadilla en la misión, la forma en que su incomprensible canción me tranquilizó. No se parecía a las melodiosas canciones de los iticoteris, sino al canto monótono de los chamanes. Como ellos, Angélica parecía poseer dos voces:

una que surgía de lo más hondo, y la otra que provenía de su garganta. Recordé los días de viaje por la selva con Milagros y Angélica y cómo me habían hechizado las frases de Angélica acerca de los espíritus de la selva que se movían en las sombras y sus consejos de que debía siempre bailar con ellos, pero nunca permitirles que se convirtieran en una carga. Volví a ver claramente a Angélica bailando aquella mañana, con los brazos levantados sobre su cabeza y los pies dando rápidos saltitos, de la misma manera que los iticoteris bailan cuando están en el trance del *epena*. Hasta ahora no me había parecido en absoluto extraño que Angélica, a diferencia de las demás indias de la misión, considerara muy natural que yo fuese a cazar en la selva.

La voz de Hayama me sacó de mis pensamientos.

—¿Te dijo mi hermana que ella era un *shapori*?

Una profunda tristeza llenaba los ojos de Hayama; las lágrimas se acumularon en sus bordes: no rodaban por sus mejillas, sino que se perdían en una red de arrugas.

—Nunca me lo dijo —murmuré, y me tendí en mi hamaca. Me daba impulso con un pie en el suelo, para mecarme, ajustando el ritmo al de la hamaca de Hayama, de modo que los nudos de las lianas gemían al unísono.

—Mi hermana era una *shapori* —reconoció Hayama tras un largo silencio—. No sé qué le ocurrió desde que dejó nuestro *shabono*. Cuando vivía con nosotros era una *shapori* respetada, pero perdió sus poderes cuando tuvo a Milagros.

—Hayama se sentó bruscamente—. Su padre era un blanco. Temerosa de que se me escapara la curiosidad por los ojos, los cerré. No me atrevía ni a respirar, no fuera que el más mínimo ruido pusiera fin a las ensoñaciones de la anciana. No había manera de saber de qué país venía el padre de Milagros. Sin importar su origen, a todos los que no son indios se les considera *napes*.

—El padre de Milagros era un blanco —repitió Hayama—. Hace mucho tiempo, cuando vivíamos más cerca del gran río, vino un *nupe* a vivir en nuestro poblado. Angélica creía que podía adquirir sus poderes. En cambio, se quedó embarazada.

—¿Por qué no abortó?

Una amplia sonrisa cruzó por el rostro ajado de Hayama, quien murmuró:

—Tal vez Angélica confiaba demasiado en sí misma. Tal vez creía que podía seguir siendo una *shapori* después de tener un hijo de un blanco. —La boca de Hayama se abrió en una carcajada, mostrando sus dientes amarillentos—. Milagros no tiene nada de blanco —observó traviesamente—. Aunque mi hermana se lo llevó. A pesar de todo lo que aprendió del hombre blanco, Milagros siempre será un iticoteri.

Los ojos de Hayama brillaban con una mirada fuerte e inflexible, y su rostro revelaba cierto triunfo indefinible y altivo.

La idea de que pronto tendría que volver a la misión me llenó de temor. En varias ocasiones, desde mi enfermedad, había tratado de imaginar cómo sería volver a Caracas o a Los Ángeles. ¿Cómo reaccionaría al ver a mis parientes y amigos? Al pensar en eso, supe que nunca me iría por decisión propia.

—¿Cuándo me llevará Milagros de vuelta a la misión? —pregunté.

—No creo que Arasuwe espere a que venga Milagros. El jefe ya no puede posponer la partida —dijo Hayama—

Iramamowe te llevará de vuelta.

—¡Iramamowe! —exclamé incrédula—. ¿Por qué no Etewa?

Pacientemente, Hayama me explicó que Iramamowe había estado cerca de la misión en varias ocasiones; conocía el camino mejor que cualquiera de los iticoteris. Era posible que a Etewa lo descubrieran los cazadores mocototeris, en cuyo caso lo matarían y me secuestrarían.

—En cambio, Iramamowe —me aseguró Hayama— puede hacerse invisible en la selva.

—¡Pero yo no puedo!

—A ti te cuidarán los *hekuras* de Iramamowe —dijo Hayama con entera convicción. La anciana se levantó pesadamente, descansó por un momento con las manos en los muslos, y tomando mi brazo caminó con lentitud hasta su propia cabaña—. Iramamowe ya te ha protegido en otras ocasiones —me recordó Hayama, y se recostó en su hamaca.

—Sí. Pero no puedo ir a la misión sin Milagros. Necesito sardinas y galletas.

—Esas cosas sólo te pondrán enferma —dijo despectivamente.

Me aseguró que no pasaría hambre en el camino, porque las flechas de Iramamowe lograrían muchas piezas.

Además, me daría una cesta llena de plátanos.

—Soy demasiado débil para llevar una carga tan pesada

—objeté, sabiendo que Iramamowe no llevaría más que su arco y sus flechas.

Hayama me miró con amable burla. Se estiró en la hamaca, abrió la boca en un bostezo interminable y, rápidamente, se quedó dormida.

Entré en el claro. Un grupo de niños, la mayoría niñas, jugaban con un perrito. Una tras otra, intentaban que el animalito mamara de sus diminutos pezones.

Excepto por algunos viejos que descansaban en sus hamacas y varias mujeres menstruantes acucilladas cerca del fuego, la mayoría de las cabañas estaban desiertas. Fui de vivienda en vivienda, preguntándome si sabían que yo debía marcharme muy pronto. Un anciano me ofreció su bola de tabaco. Sonriendo, decliné la oferta. “¿Cómo puede alguien rechazar tal regalo?”, parecían decir sus ojos mientras volvía a ponerse el tabaco entre el labio inferior y la encía.

Entrada la tarde, fui a la cabaña de Iramamowe. La mayor de sus esposas, que acababa de volver del río, estaba colgando de las vigas dos calabazas llenas de agua. Nos habíamos hecho buenas amigas desde que su hijo Xorowe fue iniciado como *shapon*, y habíamos pasado muchas tardes hablando de él. De vez en cuando, Xorowe volvía al *shabono* para curar a las personas afectadas de resfriados, fiebres y diarrea. Cantaba a los *hekuras* con el mismo celo y la misma fuerza que los chamanes más experimentados. Sin embargo, según Puriwariwe, aún pasaría algún tiempo antes de que Xorowe pudiera enviar a sus propios espíritus contra el poblado enemigo. Sólo entonces sería aceptado como un hechicero en toda la extensión de la palabra.

La esposa de Iramamowe vertió algo de agua en una pequeña calabaza y añadió un poco de miel. Contemplé con avaricia la suave pasta llena de abejas en diversos estadios del proceso de metamorfosis. Tras removerlo a fondo con el dedo, me ofreció el cuenco. Haciendo chasquear los labios entre cada trago, bebí el líquido y lamí el fondo del cuenco.

—¡Qué delicia! —exclamé—. Seguro que es de las abejas *amoshi*.

Se trataba de una variedad carente de aguijón y muy apreciada por su miel oscura y aromática.

La mujer de Iramamowe asintió sonriendo, y me indicó que me sentara junto a ella en la hamaca. Revisó mi espalda en busca de picaduras de pulgas o mosquitos. Descubrió dos picadas recientes y chupó el veneno. La luz que entraba en la cabaña se hizo más pálida. Parecía que había pasado mucho tiempo desde mi conversación matutina con Hayama. Adormilada, cerré los ojos.

Soñé que estaba con los niños en el río. Miles de mariposas surgían volando de los árboles, y giraban en el aire como hojas otoñales. Se posaban sobre nuestros cabellos, rostros y cuerpos, cubriéndonos con la tenue luz dorada del anochecer. Yo miraba desolada sus alas, como manos delicadas que me decían adiós.

—No puedes estar triste —decían los niños.

Yo miraba cada carita y besaba la risa de sus labios.

XXIV

En vez del cuchillo de bambú que siempre usaba, Ritirul me cortó el pelo con una hoja de hierba afilada. Frunciendo el ceño en un gesto de concentración, se aseguró de que el cabello tuviera la misma longitud alrededor de la cabeza.

—La tonsura no —dije, cubriéndome la coronilla con las manos dobladas—. Duele.

—No seas cobarde —me reprochó Ritimi riéndose—. No querrás llegar a la misión con ese aspecto bárbaro.

No pude hacerle comprender que entre los blancos yo parecería muy extraña con la coronilla calva. Ritimi insistió en que tenía que afeitarme la tonsura no sólo por razones estéticas sino también con fines prácticos.

—Los piojos prefieren esta parte en particular. Estoy segura de que Iramamowe no te expurgará por las noches.

—Tal vez deberías afeitarme completamente el cabello

—sugerí—. Es la mejor manera de librarse de ellos. Horrorizada, Ritimi me miró fijamente.

—Sólo los que están muy enfermos se afeitan la cabeza. Tendrías un aspecto horrible.

Asentí y me sometí a sus cuidados. Al terminar, frotó la zona afeitada con onoto. Después me pintó cuidadosamente la cara con la pasta roja. Trazó una ancha línea recta debajo mismo de mi flequillo, y líneas onduladas sobre mis mejillas, con puntitos entre cada una de ellas.

—¡Qué lástima que no te agujereé la nariz y las comisuras de los labios cuando llegaste! —se lamentó, decepcionada. Se quitó el palito fino y pulido que llevaba en la nariz y lo sostuvo debajo de la mía—. Qué hermosa habrías estado.

Suspiró con cómica resignación y procedió a pintarme la espalda con anchas líneas de onoto que se curvaban hacia las nalgas. Por delante, dibujó líneas onduladas que empezaban bajo mis pechos y llegaban hasta los muslos. Finalmente, rodeó mis tobillos con anchas bandas rojas. Al mirarme las piernas, me dio la sensación de que llevaba calcetines.

Tutemi me puso un cinturón de algodón recién hecho en torno a la cintura, con el fleco frontal descansando en el pubis. Complacida de mi apariencia, aplaudió y saltó varias veces entusiasmada.

—¡Oh, las orejas! —gritó, indicándole a Ritimi que le diera las plumitas blancas sujetas con un hilo fino. Tutemi las ató a mis pendientes. En torno a mis brazos y por debajo de las rodillas, sujeté tiras de algodón teñido de rojo.

Ritimi me tomó por la cintura y me condujo de cabaña en cabaña para que los iticoteris pudieran admirarme. Por última vez me vi reflejada en los ojos brillantes de las mujeres y saludada por las sonrisas burlonas de los hombres. Kamosiwe estiró los delgados brazos, bostezando hasta que parecía que iban a salirse de las articulaciones. Abrió su ojo y estudió mi rostro como si quisiera memorizar mis rasgos. Con movimientos lentos y deliberados, desató el bolsito que llevaba en torno al cuello y sacó la perla que yo le había dado.

—Siempre que haga rodar esta piedra en la palma de mi mano, pensaré en ti.

No podía creer que nunca más estaría en el *shabono*, que nunca más me despertarían las risas de los niños que trepaban al amanecer en mi hamaca, y me puse a llorar.

No hubo despedidas. Simplemente seguí a Iramamowe y Eteawa hacia la selva. Ritimi y Tutemi iban detrás de mí, como si fuéramos a recoger leña. Caminamos en silencio, por el sendero, durante todo un día, y sólo nos detuvimos para comer algo.

El sol se estaba poniendo tras el horizonte de árboles cuando nos detuvimos bajo las oscuras sombras de tres ceibas gigantescas. Habían crecido tan juntas que parecían una sola. Ritimi me ató a la espalda la cesta que había llevado para mí. Estaba llena de plátanos, carne de mono asada, una calabaza de miel, varios cuencos vacíos, mi hamaca y mi mochila, que contenía mis tejanos y una camisa desgarrada.

—Si te pintas el cuerno con onoto cada vez que te bañes en el río no te pondrás triste —dijo Ritimi, atándome a la cintura un pequeño recipiente.

Lo habían pulido con hojas abrasivas. Suave y blanco, colgaba de mi cinturón como una enorme lágrima.

La selva y las tres caras sonrientes se desdibujaron ante mí. Sin una palabra más, Ritimi abrió la marcha hacia la maleza. Sólo Eteawa se dio la vuelta antes de fundirse con las sombras. Una sonrisa iluminaba su rostro mientras agitaba el brazo de la forma en que había visto tantas veces que Milagros me decía adiós.

Di rienda suelta a la vasta desolación que sentía dentro de mí. El llanto no me hizo sentir mejor, sino que aumentó mi tristeza. Sin embargo, a pesar de lo desdichada que me sentía, tenía una vaga conciencia de las tres ceibas que se alzaban delante de mí. Como si estuviera soñando, reconocí los árboles. Había estado antes en el mismo lugar. Allí Milagros se acucilló delante de donde yo me hallaba e, impasible, observó cómo la lluvia me lavaba la cara y el cuerpo de las cenizas de Angélica. Ahora era Iramamowe quien me contemplaba en el mismo lugar, viendo rodar las lágrimas incontrolables por mis mejillas.

—Aquí fue donde vi por primera vez a Ritimi, Tutemi y Eteawa.

De pronto, me di cuenta de que Ritimi había decidido acompañarme hasta allí con toda intención. Comprendí cuánto no me había dicho y cuán hondamente lo sentía. Me había devuelto una cesta y una calabaza, los dos objetos que yo llevaba aquel lejano día. Sólo que ahora la calabaza no estaba llena de cenizas, sino de *onoto*, un símbolo de vida y de felicidad. Una soledad tranquila, humilde y aceptada me llenó el corazón. Me sequé las lágrimas cuidadosamente, para no borrar los dibujos de *onoto*.

—Tal vez algún día Ritimi te vuelva a encontrar en este lugar —dijo Iramamowe, una fugaz sonrisa suavizaba su rostro habitualmente severo—.

Caminemos un poco más antes de detenernos para pasar la noche. Levantó el pesado racimo de plátanos que había en mi cesta y se lo echó al hombro. Su espalda se curvaba un poco excesivamente y su vientre sobresalía.

Iramamowe debía de sentir la misma necesidad de caminar que yo. Mis pies parecían moverse con independencia de mi voluntad y saber exactamente dónde pisar en la oscuridad. Nunca perdí de vista la aljaba de Iramamowe, que colgaba sin balancearse debido al peso de los plátanos. Al avanzar en lo oscuro, sufría la ilusión de que no era yo sino la selva la que se iba.

—Dormiremos aquí —decidió Iramamowe, inspeccionando el cobertizo medio derruido que se alzaba a un lado del sendero.

Encendió un pequeño fuego dentro del refugio y colgó su hamaca junto a la mía.

Me quedé despierta, contemplando por la entrada de la cabaña las estrellas y la débil luna. La neblina fue espesando la oscuridad hasta que no quedó luz ninguna. Los árboles y el cielo formaban una sola masa oscura a través de la cual yo imaginaba arcos que caían de las nubes como una densa lluvia, y *hekuras* que, surgiendo de invisibles grietas en la tierra, danzaban al compás de un cántico de chamán.

El sol ya estaba alto sobre los árboles cuando Iramamowe me despertó. Tras devorar un plátano asado y un trozo de carne de mono, le ofrecí mi calabaza de miel.

—La necesitarás para los días de viaje —dijo. Una mirada amistosa suavizó sus palabras de rechazo—.

Encontraremos más en el camino —me prometió, tomando el machete, el arco y la aljaba.

Caminamos sin interrupción, al paso más rápido con que yo recuerdo haber caminado en mi vida. Cruzamos ríos, subimos y bajamos colinas en las que no veía ninguna marca distintiva conocida. Los días de caminata y las noches de sueño se sucedían con predecible rapidez. Mis pensamientos no iban más allá de cada día y cada noche. No había nada entre uno y otra más que el corto amanecer y el breve crepúsculo, durante los cuales comíamos.

—¡Conozco este lugar! —exclamé una tarde, rompiendo el largo silencio.

Señalé las oscuras ocas que surgían de la tierra. Formaban una pared perpendicular a lo largo de la orilla del

río. Pero cuanto más miraba el río y los árboles, ya teñidos de violeta por el atardecer, menos segura me sentía de haberlos visto antes. Trepé sobre un tronco que yacía en el río. El día había estado absolutamente quieto, pero ahora las hojas empezaban a agitarse suavemente produciendo un murmullo fresco a lo largo del cauce. Ramas arqueadas y plantas trepadoras rozaban la superficie del agua, hundiéndose en el líquido oscuro que no contenía peces ni atraía a los mosquitos.

—¿Estamos cerca de la misión? —pregunté, volviéndome hacia Iramamowe.

No me respondió. Tras un momento, como si le molestara el mismo silencio que no deseaba romper, me indicó que siguiéramos.

Me sentía cansada y cada paso me exigía un esfuerzo, pero no recordaba haber andado mucho ese día. Levanté la cabeza al oír el grito de un pájaro. Una hoja amarilla, como una mariposa gigantesca, se desprendió de una rama. Como temerosa de caer y pudrirse en tierra, la hoja se pegó a mi muslo. Iramamowe alargó la mano detrás de él, indicándome que me quedara quieta. Sigilosamente, se adelantó por la orilla del río.

—Comeremos carne esta noche —susurró, y desapareció en la luz incierta, donde su cuerpo no era más que una línea contra la destellante superficie del río.

Acostada en la arena oscura, contemplé cómo el cielo se incendiaba por un momento, mientras la tierra se tragaba el sol. Bebí el resto de la miel que Iramamowe había encontrado aquella mañana, y me quedé dormida con su dulzura en los labios. Me despertó el crepitar de las llamas y me volví sobre el vientre. En una pequeña plataforma colocada sobre el fuego, Iramamowe estaba asando un agutí de más de medio metro de largo.

—No es bueno dormir por la noche sin la protección del fuego —dijo, mirándome—. Los espíritus de la noche pueden embrujarte.

—¡Estoy tan cansada! —me lamenté, bostezando y acercándome al fuego—. Podría dormir durante varios días.

—Va a llover por la noche —anunció Iramamowe, mientras plantaba los tres postes que constituirían nuestro refugio en torno a la hoguera.

Le ayudé a cubrir el techo y los lados con hojas de plátanos salvajes que él había cortado mientras yo dormía. Ató las hamacas cerca del fuego, para que pudiéramos empujar los troncos sobre las brasas sin tener que levantarnos.

El agutí sabía a cerdo asado, tierno y jugoso. Iramamowe ató lo que quedó a un palo y lo puso muy alto sobre el fuego.

—Comeremos el resto por la mañana. —Sonriendo, como satisfecho de sí mismo, se estiró totalmente en la hamaca—. Nos dará fuerzas para subir a las montañas.

—¿Montañas? —pregunté—. Cuando vine con Angélica y Milagros sólo pasamos colinas. —Me incliné sobre Iramamowe—. La única vez que subimos a una montaña fue cuando volvímos al *shabono* Ritimi, Etawa y yo, después de la fiesta de los mocototeris. Aquellas montañas estaban cerca del *shabono*. —Toqué su cara—. ¿Estás seguro de que conoces el camino de la misión?

—¡Qué pregunta! —exclamó, cerrando los ojos y cruzando los brazos sobre el pecho.

Sus ásperas cejas se desviaban hacia las sienes. Había un escaso bigote en los extremos de su labio superior. La piel se tensaba sobre sus altos pómulos y apenas podía distinguirse un leve rastro de los dibujos de *onoto*. Como si le molestara mi mirada, abrió los ojos: reflejaban la luz del fuego, pero no revelaban nada.

Me tumbé en mi hamaca. Me pasé los dedos por la frente y las mejillas, preguntándome si las líneas de *onoto* también habían desaparecido de mi cara. “Mañana me bañaré en el río”, pensé. Y mi inquietud, que era probablemente resultado del agotamiento, desaparecería en cuanto me hubiera vuelto a pintar con *onoto*. Sin embargo, aunque intentaba tranquilizarme, no podía calmar la desconfianza creciente. Mi cuerpo y mi cerebro estaban tensos como por efecto de una vaga premonición. No podía ponerla en palabras. El aire se enfriaba. Me incliné y empujé otro tronco hasta las llamas.

—Hará todavía más frío en las montañas —murmuró Iramamowe—. Haré una bebida con unas plantas, para mantenernos calientes.

Tranquilizada por sus palabras, empecé a inhalar y exhalar con exagerada profundidad, alejando deliberadamente todos mis pensamientos, hasta que sólo percibía el sonido de la lluvia, el aire entibiado por el fuego, el olor de la tierra húmeda. Y dormí con sueño calmo e imperturbado toda la noche.

Por la mañana nos bañamos en el río y luego nos pintamos las caras y los cuerpos con *onoto*. Iramamowe me explicó qué dibujos específicos deseaba: una línea serpentina a través de su frente, bajando hasta sus mandíbulas y en torno a la boca; círculos entre sus cejas, en los extremos de sus ojos y en cada una de sus mejillas. Sobre el pecho quería líneas onduladas que llegaran hasta su ombligo, y sobre la espalda las líneas habían de ser rectas. Una sonrisa de amable burla suavizó su rostro mientras me cubría de pies a cabeza con círculos iguales.

—¿Qué significan? —le pregunté, ansiosa—. Ritimi nunca me había decorado así.

—Nada —dijo, riéndose—. Así no pareces tan delgada.

El ascenso por el estrecho sendero fue fácil al principio. La maleza baja no contenía hierbas cortantes ni arbustos espinosos. Una neblina cálida envolvía la selva y creaba una luz diáfana a través de la cual las coronas de las altas palmeras parecían colgar suspendidas del cielo. El ruido de las cascadas resonaba de un modo aterrador en el aire húmedo, y cada vez que apartaba una rama o una hoja, diminutas gotas de agua me rociaban. Pero la lluvia de la tarde convirtió el sendero en un lodazal peligroso. Varias veces me lastimé los

dedos de los pies contra las raíces y las piedras ocultas bajo la resbaladiza superficie.

Acampamos avanzada la tarde, a medio camino hacia la cima. Exhausta, me senté en el suelo y contemplé cómo Iramamowe hundía tres largos palos en la tierra. No tenía fuerzas para ayudarlo a cubrir la estructura triangular con palmas y hojas gigantesas.

—¿Vas a volver por este camino, de regreso al *shabono*?

—le pregunté, sin comprender por qué reforzaba tan bien la cabaña. Parecía demasiado firme para ser un refugio de una noche.

Iramamowe me miró de reojo, pero no contestó.

—¿Va a haber una tormenta esta noche? —insistí con un tono exasperado.

Una sonrisa irreprimible jugueteaba en torno a sus labios, y su rostro parecía descaradamente infantil cuando se sentó junto a mí. Una chispa traviesa brillaba en sus ojos, como si estuviera por hacer una diablura.

—Esta noche dormirás bien —dijo finalmente, y procedió a encender un fuego dentro de la acogedora cabañita. Colgó mi hamaca en la parte de atrás y puso la suya cerca de la estrecha entrada—. Esta noche no sentiremos el aire frío

—me aseguró, buscando la calabaza en que se remojaban las hojas y las flores de color amarillo pálido que había encontrado el día anterior, entre unas rocas, en un lugar soleado de la orilla del río.

Abrió la calabaza, añadió más agua y la puso en el fuego.

Suavemente, empezó a cantar, con los ojos fijos en el liquido hirviendo y oscuro.

Mientras intentaba entender las palabras de su canción me quedé dormida. Poco después me despertó.

—Bebe esto —me ordenó, sosteniendo el cuenco cerca de mis labios—. Lo ha refrescado el rocío de la montaña.

Di un trago. Sabía como una infusión de hierbas, amarga pero no desagradable. Tras beber un poco más, le tendí la calabaza.

—Bébelo todo —insistió Iramamowe—. Te mantendrá caliente. Dormirás durante días.

—¿Días? —vacíe la calabaza, riéndome de sus palabras como si se tratara de un chiste.

Un leve toque de malicia parecía revolotear dentro de él. Cuando me di cuenta cabal de que no estaba bromeando, ya un agradable entumecimiento me recorría el cuerpo, derritiendo mi angustia en una consoladora pesadez, y mi cabeza parecía de plomo. Sentía como si se me fuera a romper el cuello. La idea de mi cabeza rodando por el suelo, como una pelota con dos ojos de vidrio, me produjo espasmos de risa.

Acucillado junto al fuego, Iramamowe me miraba con creciente curiosidad. Me levanté despacio. Había perdido el control de mi cuerpo, pensé. No podía gobernar mis piernas al intentar poner un pie delante del otro. Me abandoné y caí al suelo, cerca de Iramamowe.

—¿Por qué no te ríes? —le pregunté, sorprendida por mis propias palabras.

Lo que realmente quería saber era si el repiquetear de gotas sobre el techo de palma era una tormenta. Me pregunté si de veras había hablado, porque las palabras seguían reverberando en mi cabeza como un eco distante. Temerosa de no escuchar su respuesta, me acerqué a él.

La cara de Iramamowe se puso tensa cuando el grito de un mono nocturno rompió la quietud de la noche. Sus narices se dilataron, sus gruesos labios se apretaron en una línea recta. Sus ojos, que perforaban los míos, se agrandaron: brillaban con una profunda soledad, una dulzura que contrastaba de un modo extraño con la máscara severa de su rostro.

Como animada por un mecanismo de cámara lenta, me arrastré hasta el extremo de la cabaña; cada uno de mis movimientos me exigía un esfuerzo gigantesco. Sentí que todos mis tendones habían sido reemplazados por cordones elásticos. Disfrutaba de la sensación de poder estirarme en cualquier dirección, en las posturas más absurdas que podía imaginar.

Del bolsito que colgaba de su cuello, Iramamowe vertió algo de *epena* sobre la palma de su mano. Aspiró profundamente el polvo alucinógeno por la nariz, y empezó a cantar. Sentía su canto dentro de mí, rodeándome, atrayéndome hacia él. Sin ninguna vacilación bebí del cuenco que de nuevo me acercó a los labios. El liquido oscuro ya no tenía su gusto amargo.

Mi sentido del tiempo y la distancia se distorsionó. Iramamowe y el fuego parecían tan lejanos que temí haberlos perdido en la enorme extensión de la cabaña. Sin embargo, un segundo después sus ojos estaban tan cerca de los míos que me vi reflejada en sus oscuras pupilas. Me aplastó el peso de su cuerpo y mis brazos se doblaron bajo su pecho. Susurró en mi oído palabras que yo no podía oír. Una súbita brisa separó las hojas y reveló la noche sombría, las copas de los árboles que rozaban las estrellas: incontables estrellas que se agrupaban como a punto de caer. Alargué la mano y mis dedos encontraron hojas adornadas de gotas diamantinas. Por un instante se quedaron prendidas a mi piel para desintegrarse en seguida en forma de rocío.

El pesado cuerpo de Iramamowe me retenía; sus ojos sembraban semillas de luz dentro de mí; su voz dulce me llamaba a seguirle a través de los sueños del día y la noche, sueños de cascadas y hojas amargas. No había nada violento en la forma en que su cuerpo aprisionaba el mío. Olas de placer se mezclaban con imágenes de montañas y ríos, lugares lejanos donde habitaban los *hekuras*. Dancé con los espíritus de los animales y los árboles y me deslicé con ellos a través de la neblina, entre raíces y troncos, por ramas y hojas. Canté con la voz de los pájaros y las arañas, los jaguares y las serpientes. Compartí los sueños de todos aquellos que se alimentan de *epena*, de flores y hojas amargas.

Ya no sabía si estaba despierta o dormida. En algunos momentos, recordaba vagamente las palabras de la

vieja Hayama sobre cómo los chamanes necesitan adquirir feminidad para sus cuerpos. Pero estos recuerdos no eran claros ni duraderos; quedaban como premoniciones borrosas e irreflexivas. Iramamowe percibía siempre el momento en que yo estaba a punto de entrar en el sueño verdadero, cuando mi lengua se disponía a preguntar, cuando estaba al borde de las lágrimas.

—Si no puedes soñar, te forzaré a hacerlo —dijo, tomándome en sus brazos y secándome las lágrimas con sus mejillas.

Y mi deseo de rechazar el cuenco, que parecía estar sentado al lado del fuego como un espíritu de la selva, se desvaneció. Bebí ansiosamente el oscuro brebaje de las visiones, hasta que de nuevo quedé suspendida en una intemporalidad que no era ni el día ni la noche. Me fundí en el ritmo de la respiración de Iramamowe, de los latidos de su corazón, como si me derritiera en la luz y la oscuridad que había dentro de él.

En un momento dado sentí que me movía a través de una subvegetación de árboles, hojas y lianas inmóviles. Sabía que no estaba caminando; sin embargo, descendía de la fría selva, hundida en la niebla. Mis pies estaban atados y mi cabeza colgante se sacudía como si la vaciaran. Brotaban visiones de mis oídos, mi nariz y mi boca, como un líquido que fluyera y que dejara un rastro leve sobre el empinado sendero. Y, por última vez, entreví *shabonos* habitados por hombres y mujeres chamanes de otros tiempos.

Cuando desperté, Iramamowe estaba acucillado junto al fuego, con el rostro iluminado por las llamas, y un leve rayo de luna brillaba en la cabaña. Me pregunté cuántos días habrían pasado desde la noche en que me ofreció el primer trago del amargo brebaje. El cuenco no estaba ya junto al fuego. Tuve la certeza de que ya no nos encontrábamos en las montañas. La noche era clara. La suave brisa que agitaba los árboles desenredó mis pensamientos y derivé hacia un sueño sin ensueños, mientras escuchaba el murmullo monótono de las canciones de *hekuras* de Iramamowe.

El persistente gruñir de mi estómago me despertó. Me sentía mareada, y al ponerme en pie en la cabaña vacía, sentí las piernas inseguras. Tenía el cuerpo pintado con líneas onduladas. Qué extraño había sido todo, pensé. No sentía ningún enojo; no estaba llena de odio o de repulsión. Tampoco me dominaba alguna parálisis emocional. Tenía, más bien, la misma sensación indescriptible que se experimenta al despertarse de un sueño que uno no puede explicarse del todo.

Cerca del fuego había un envoltorio que contenía ranas asadas. Me senté en el suelo y devoré la carne hasta limpiar los diminutos huesecillos. El machete de Iramamowe, apoyado contra uno de los postes, me aseguraba que él estaba cerca.

Siguiendo el rumor del río, caminé entre la enmarañada maleza. Me sorprendió ver que Iramamowe atracaba una pequeña canoa a pocos pasos de distancia, y me escondí entre unos matorrales. Reconocí la embarcación como una manufactura maquiritare. En la misión había visto ese tipo de canoa, hecha con un tronco vaciado. El pensamiento de que podíamos estar cerca de alguno de sus poblados, o tal vez de la misión, me hizo latir de prisa el corazón. Iramamowe no parecía haberme visto u oído. Furtivamente, volví al refugio, preguntándome cómo habría conseguido la canoa.

Momentos después, con un gran bulto colgado de una liana sobre la espalda, Iramamowe entró en la cabaña.

—Pescado —anunció, dejando caer la cuerda y la carga.

Me sonrojé y, avergonzada por mi sonrojo, me reí. Sin apresurarse, colocó los pescados envueltos en hojas de platanillo entre los troncos, cuidando de que les llegara el calor, pero no la llama directa. Se quedó acucillado junto al fuego, absorto en el crujir del pescado que se cocía. En cuanto el jugo se consumió, retiró el envoltorio del fuego con un palo en forma de horqueta y lo abrió.

—Es bueno —dijo, poniéndose un puñado de carne blanda y blanca en la boca, y me tendió el envoltorio.

—¿Qué pasó en las montañas? —pregunté.

Sobresaltado por mi tono beligerante, abrió la boca. Un trocito de pescado sin masticar cayó en las cenizas. Automáticamente, sin quitarle el polvo, devolvió el trozo a su boca y alargó la mano para tomar la cuerda de liana del suelo.

Un miedo irracional me invadió. Estaba convencida de que Iramamowe iba a atarme y llevarme al interior de la selva. Ya no recordaba que apenas unos minutos antes había tenido la certeza de que estábamos cerca de un poblado maquiritare o incluso de la misión. Sólo podía pensar en lo que me contó Hayama sobre los chamanes que guardan cautivas a las mujeres, en lugares ocultos y remotos. Estaba convencida de que Iramamowe nunca me llevaría de vuelta a la misión. Ni por un instante reflexioné en que si hubiera querido mantenerme oculta en la selva no me habría hecho bajar de las montañas.

No confiaba en su sonrisa ni en el amable destellar de sus ojos. Cogí el cuenco lleno de agua que había junto al fuego y se lo tendí. Sonriendo, dejó caer la cuerda. Me acerqué como si tuviera intención de llevarle la calabaza a los labios, y en lugar de eso, la aplasté entre sus ojos con todas mis fuerzas. Cogido totalmente por sorpresa, cayó hacia atrás, y se quedó mirándome con muda incredulidad mientras la sangre le corría por ambos lados de la nariz.

Sin hacer caso de las espinas, raíces y hierbas afiladas, corrí por la maleza hacia el lugar donde estaba la canoa. Pero no calculé bien el sitio en que la había anclado Iramamowe, porque al llegar al río no vi más que piedras a lo largo de la orilla. La canoa estaba más arriba. Con una rapidez de la que no me creía capaz, salté de roca en roca. Tratando de recuperar el aliento, salté junto a la barca, que yacía medio varada en el agua. Un grito se me escapó de los labios cuando vi a Iramamowe de pie frente a mí.

Se sentó, abrió la boca y empezó a reírse. Su risa surgía en estallidos y recorría desde su rostro hasta sus pies con tanta fuerza que el suelo se sacudía debajo de mi. Le corrían las lágrimas por las mejillas, mezclándose con la sangre que manaba de la abertura entre sus cejas.

—Te olvidaste de esto —dijo, y me mostró la mochila, haciéndola pendular ante mi. La abrió y me dio mis pantalones y mi camisa—. Hoy llegarás a la misión.

—¿Es este el río junto al que está la misión? —pregunté, mirando fijamente su rostro manchado de sangre—. No reconozco el lugar.

—Estuviste aquí con Angélica y Milagros —me aseguró—. Las lluvias cambian los ríos y la selva como las nubes cambian el cielo.

Me puse los pantalones; colgaban sueltos de mi cintura, amenazando con deslizarse por mis caderas al suelo. La camisa húmeda y con olor a moho me hizo estornudar. Me sentía torpe y miré insegura a Iramamowe.

—¿Cómo estoy?

Caminó a mi alrededor, examinándome meticulosamente desde todos los ángulos. Entonces, tras un momento de reflexión, se sentó de nuevo y dijo con una carcajada.

—Estás mejor pintada con *onoto*.

Me senté junto a él. El viento se había quietado; no había movimiento en el río. Las sombras de los árboles altísimos se alargaban sobre el agua, oscureciendo la arena a nuestros pies. Quería pedirle perdón por haberlo golpeado con la calabaza y explicarle mis sospechas. Quería que me contara algo sobre los días que habíamos pasado en las montañas, pero no me atrevía a romper el silencio.

Como si entendiera mi dilema y éste lo divirtiera, Iramamowe puso la cara sobre las rodillas y se rió suavemente, como para compartir su alegría con las gotas de sangre que caían entre sus pies separados.

—Quería quitarte los *hekuras* que vi una vez en tus ojos —murmuró. Continuó diciendo que no sólo él, sino también Puriwariwe, el viejo *shupori*, había visto los *hekuras* dentro de mí—. Cada vez que me acosté contigo y sentí la energía estallar dentro de ti, tenía la esperanza de atraer los espíritus a mi pecho. Pero no querían abandonarte. —Volvió a mi sus ojos, cargados de protesta—. Los *hekuras* no respondían a mi llamada; no escuchaban mis cantos. Y entonces tuve miedo de que tú te llevaras los *hekuras* de mi cuerpo.

La cólera y una indescriptible tristeza me dejaron sin habla por un momento.

—¿Estuvimos más de un día y una noche en las montañas? —pregunté finalmente, vencida por la curiosidad.

Iramamowe asintió, pero no me dijo cuánto tiempo habíamos permanecido en la cabaña.

—Cuando estuve seguro de que no podía cambiar tu cuerpo, cuando me di cuenta de que los *hekuras* no saldrían de ti, te traje a este lugar colgada de mi espalda.

—Si hubieras podido cambiar mi cuerpo ¿me habrías retenido en la selva?

Iramamowe me miró tímidamente. Una sonrisa de alivio separó sus labios, pero sus ojos estaban velados de un vago arrepentimiento.

—Tienes el alma y la sombra de un iticoteri —murmuró—. Has comido las cenizas de nuestros muertos. Pero tu cuerpo y tu cabeza son de una *nape*. —Un silencio puntuó su última oración; luego añadió suavemente—: Habrá noches en que el viento traerá tu voz, mezclada con los gritos de los monos y los jaguares. Y veré tu sombra bailando sobre el suelo, pintada con la luz de la luna. En esas noches pensaré en ti. —Se levantó y empujó la canoa hacia el agua—. Quédate cerca de la orilla; de otra forma la corriente te llevará con demasiada rapidez —me recomendó, indicándome que embarcara.

—¿Tú no vienes conmigo? —pregunté, alarmada.

—Es una buena canoa —me aseguró, tendiéndome un pequeño remo. Tenía la empuñadura bellamente tallada, un tallo redondo y una paleta oval con la forma de un escudo cóncavo y puntiagudo—. Te llevará a la misión sin peligro.

—¡Espera! —grité, antes de que soltara la canoa. Me temblaban las manos mientras rebuscaba en el bolsillo interior de mi mochila. Saqué el bolsito de cuero y se lo tendí—. ¿No te acuerdas de la piedra que me dio el chamán Juan Caridad? —le pregunté—. Ahora es tuya.

Algo entre el miedo y la sorpresa pareció paralizar momentáneamente su rostro. Lentamente, sus dedos se cerraron sobre el bolso y sus rasgos se relajaron en una sonrisa. Sin decir una palabra, empujó la canoa al agua. Dobló los brazos sobre el pecho y me miró alejarme río abajo llevada por la corriente. Volví varias veces la cabeza, hasta que desapareció de mi vista. Por un momento creí ver su figura todavía, pero no era más que el viento que jugaba con las sombras, engañándome.

XXV

Los árboles de la orilla y las nubes que pasaban por el cielo oscurecían el río. Con la esperanza de acortar el paso del mundo que dejaba atrás al que ahora me aguardaba, remé con tanta rapidez como pude. Pero pronto me cansé y empecé a utilizar el remo sólo para liberar la canoa cuando se acercaba demasiado a la orilla.

El río estaba claro y reflejaba el brillante verdor con exagerada intensidad. Había algo apacible en la oscuridad de la selva y en el profundo silencio que me rodeaba. Los árboles parecían decirme adiós al inclinarse levemente con la brisa vespertina, o tal vez sólo lamentaban el paso del día, los últimos rayos de sol que se desvanecían en el cielo. Poco antes de que el crepúsculo se apagara, conduje la canoa hacia la orilla opuesta,

donde había descubierto tramos de arena entre las rocas.

En cuanto la embarcación tocó la arena, salté y tiré de la canoa hacia el borde de la selva, donde las lianas y las ramas que se inclinaban sobre la orilla del agua formaban un escondrijo seguro y sombrío. Me volví y contemplé las montañas distantes, de color violeta en el anochecer, y me pregunté si habría estado allá arriba durante más de una semana antes de que Iramamowe me trasladara a la cabaña donde me había despertado esa mañana. Trepé a la roca más alta y busqué en la distancia las luces de la misión. Debía estar más lejos de lo que Iramamowe había calculado, pensé. Sólo la oscuridad surgía del río, trepando por las rocas, mientras los últimos vestigios de la luz del sol desaparecían del cielo. Tenía hambre, pero no me atrevía a explorar la orilla arenosa en busca de huevos de tortuga.

No sabía si ponerme la mochila bajo la cabeza a manera de almohada o cobijarme con ella los pies, acostada en la canoa. A través de la maraña de ramas que me cubría contemplaba el cielo claro, lleno de innumerables estrellas que brillaban como polvo de oro. Mientras me hundía en el sueño, con los pies envueltos en la mochila, deseaba que mis sentimientos, como la luz de las estrellas que dominaba el cielo, llegaran hasta aquellos a quienes yo había amado en la selva.

Me desperté poco después. El croar de las ranas y el canto de los grillos llenaban el aire. Me senté y miré a mi alrededor como si pudiera disipar la oscuridad. La luz de la luna irrumpía en flechas entre las ramas, y dibujaba sobre la arena sombras grotescas que parecían cobrar vida al impulso del viento. Incluso con los ojos cerrados, percibía las sombras inquietantes que se agitaban en torno a la canoa. Y cada vez que un grillo interrumpía su canto, yo abría los ojos, esperando que continuara. Finalmente, el amanecer silenció los gritos, murmullos y silbidos de la selva. Las hojas cubiertas de humedad parecían salpicadas de un fino polvo de plata.

El sol se elevó sobre los árboles, tiñendo las nubes de naranja, morado y rosa. Me bañé, lavé mis ropas con la fina arena del río y las tendí a secar sobre la canoa. Luego me pinté con onoto.

Me alegré de no haber llegado el día anterior a la misión, como había deseado al principio, y tener tiempo aún de ver cómo las nubes transformaban el cielo. Al Oriente, se reunían pesados nubarrones que ensombrecían el horizonte. Los relámpagos destellaban en la lejanía y el trueno los seguía tras largos intervalos. Blancas rayas de lluvia atravesaban el cielo hacia el Norte, delante de mí. Me pregunté si habría caimanes descansando al sol entre los maderos amontonados sobre la playa. No había avanzado mucho cuando el río se ensanchó. La corriente se hizo tan fuerte que sólo con grandes esfuerzos podía evitar que me dejara girando en las aguas bajas llenas de rocas, al lado de la orilla.

Por un momento pensé que estaba alucinada al ver en la orilla opuesta una larga canoa que ascendía con lentitud a contracorriente. Me levanté, agitando con frenesí mi camisa, y luego grité de pura felicidad mientras la canoa cruzaba el amplio cauce y se dirigía hacia mí. Con calculada precisión, la barca de casi diez metros de largo atracó unos pasos más allá.

Sonriendo, doce personas salieron de la canoa: cuatro mujeres, cuatro hombres y cuatro niños. Tenían un aspecto muy extraño, con sus ropas occidentales y dibujos de color lila en la cara. Sus cabellos estaban cortados como los míos, pero no tenían la coronilla afeitada.

—¿Maquiritares? —pregunté.

Asintieron. Las mujeres se mordían los labios como si trataran de contener la risa. Sus barbillas temblaban y, finalmente, estallaron en incontrolables carcajadas de las que los hombres se hicieron eco. Me apresuré a ponerme los pantalones y la camisa. La mujer más vieja se acercó. Era bajita y robusta; su vestido sin mangas mostraba unos brazos gordos y redondeados, y largos pechos que colgaban hasta su cintura.

—Tú eres la que te fuiste a la selva con la anciana iticoteri

—dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo encontrarme remando río abajo en una canoa hecha por su gente—. Sabemos de ti por el padre de la misión,

Tras estrechar formalmente mi mano, la anciana me presentó a su marido, sus tres hijas, sus maridos respectivos y sus hijos.

—¿Estamos cerca de la misión? —pregunté.

—Salimos esta mañana temprano —dijo el marido de la anciana—. Hemos estado visitando a unos parientes que viven cerca.

—¡Se ha convertido en una verdadera salvaje! —exclamó la más joven de las tres hijas, señalando mis pies encallecidos y heridos, con tal expresión de escándalo que me acometió una risa nerviosa. Buscó en mi canoa y agitó la mochila vacía—. ¡No tiene zapatos! —dijo, incrédula—. ¡Es una verdadera salvaje!

Miré sus pies descalzos.

—Nuestros zapatos están en la canoa —afirmó, y procedió a traer de la barca todo un muestrario de calzado—. ¿Ves?

Todos tenemos zapatos.

—¿Tenéis algo de comida? —pregunté.

—Sí —me aseguró la anciana, y le pidió a su hija que dejara los zapatos en la canoa y trajera una de las cajas de corteza.

La caja estaba forrada con hojas de platanillo y llena de pan de mandioca. Me acomodé junto a la comida, casi abrazándola, mientras sumergía un trozo tras otro en una calabaza llena de agua antes de metérmelos en la boca.

—Mi estómago está lleno y contento —dije cuando hube devorado la mitad del contenido de la caja.

Los maquiritares lamentaron no tener carne, sino sólo cañas de azúcar. El viejo cortó un trozo de algo más de un metro de longitud, peló con su machete la corteza, semejante a la del bambú, y me lo tendió.

—Te dará fuerzas —dijo.

Mastiqué y chupé las fibras claras y duras hasta que quedaron secas e insípidas. Los maquiritares habían oído hablar de Milagros. Uno de los yernos lo conocía personalmente, pero ninguno sabía dónde estaba.

—Te llevaremos a la misión —decidió el anciano.

Hice un débil esfuerzo por convencerle de que no había necesidad de que deshiciera lo andado, pero mis palabras carecían de convicción. Ansiosamente, subí a la canoa y me senté entre las mujeres y los niños. Para aprovechar toda la fuerza de la corriente, los hombres condujeron la canoa hasta el centro mismo del río. Remaron sin hablarse, cada uno tan adaptado al ritmo del otro que podían prever sus respectivas necesidades. Recordé que Milagros había mencionado una vez que los maquiritares no sólo eran los mejores constructores de canoas del área del Orinoco, sino los mejores navegantes.

El agotamiento pesaba sobre mis párpados. El rítmico chapoteo de los remos me dio tanto sueño que la cabeza me caía continuamente hacia delante y a los lados. Los días y las noches pasados me cruzaban por la mente como sueños fragmentarios de un tiempo lejano. Parecía todo tan vago, tan remoto, como si hubiera sido una ilusión.

Ya era mediodía cuando me despertó el padre Coriolano, que entraba en la habitación con un tazón de café para mí.

—Dieciocho horas de sueño es un buen comienzo —dijo. Su sonrisa tenía la misma calidez tranquilizadora con que me había recibido el día anterior, cuando desembarqué de la canoa de los maquiritares.

Todavía tenía los ojos pesados de sueño, sentada sobre el catre de lona. Me dolía la espalda debido a la postura. Lentamente, sorbí la infusión negra y caliente, tan fuerte y tan espesa de azúcar que me dio náuseas.

—También tengo chocolate —ofreció el padre Coriolano. Arreglé el vestido de percal que me habían dado para dormir y le seguí a la cocina. Con el aire vanidoso con que un chef prepararía un banquete, revolvió dos cucharadas de leche en polvo, cuatro de chocolate Nestlé, cuatro de azúcar y unos granitos de sal en un bote de agua que hervía en un infiernillo de petróleo.

Se bebió el café que yo había dejado, mientras yo tomaba cucharada tras cucharada del delicioso chocolate.

—Puedo llamar por radio a tus amigos de Caracas para que te recojan en su avioneta cuando tú quieras.

—Oh, todavía no —rechacé, sin ánimo para moverme.

Los días pasaban lentamente. Por las mañanas vagaba en torno a los huertos, a la orilla del río, y al mediodía me sentaba bajo el gran mango sin frutos, a la puerta de la capilla. El padre Coriolano no me preguntó cuáles eran mis planes o cuánto tiempo pensaba quedarme en la misión. Parecía haber aceptado mi presencia como algo inevitable.

Por la noche, charlaba durante horas con el padre Coriolano y con el señor Barth que venía a visitarnos a menudo. Hablábamos de las cosechas, de la escuela, del dispensario: siempre de temas impersonales. Les estaba agradecida porque ninguno de los dos me preguntó dónde había estado durante más de un año, qué había hecho o qué había visto. No habría podido responder, no porque quisiera parecer misteriosa, sino porque no había nada que decir. Si agotábamos la conversación, el señor Barth nos leía artículos de los periódicos y revistas, algunos de hacia veinte años.

Sin importarle si le escuchábamos o no, continuaba leyendo cuando quería, interrumpiéndose de vez en cuando con una carcajada.

A pesar de su buen humor y su carácter afable, eran noches en que las sombras de la soledad cruzaban los rostros de los dos hombres mientras, sentados en silencio, escuchábamos la lluvia que golpeaba el techo ondulado o el grito solitario de un mono aullador que se instalaba para pasar la noche. Entonces me pregunté si también ellos habrían aprendido los secretos de la selva: secretos de las cuevas neblinosas, del murmullo de la savia que recorre las ramas y los troncos, de las arañas que tejen sus mallas plateadas. En esos momentos, me preguntaba si era eso lo que el padre Coriolano había intentado advertirme cuando me habló de los peligros de la selva. Y si era eso lo que les impedía volver al mundo que habían dejado atrás.

Por la noche, encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación, sentía un enorme vacío. Añoraba la cercanía, de las cabañas, el olor de la gente y del humo. Llevada por el murmullo del río que corría bajo mi ventana, soñaba que estaba con los iticoteris. Oía la risa de Ritimi, veía las caritas sonrientes de los niños y aparecía siempre Iramamowe, acuciado a la puerta de su cabaña, llamando a los *hekuras* que se le habían escapado.

Una tarde que caminaba junto a la orilla del río, me invadió una tristeza incontrolable. El sonido del río era muy poderoso y ahogaba las voces de la gente que charlaba allí cerca. Había llovido a mediodía y el sol se asomaba entre las nubes, sin llegar a brillar. Caminé sin rumbo, arriba y abajo, por la playa de arena. Entonces, a lo lejos, vi la figura solitaria de un hombre que se aproximaba. Vestido con un pantalón de color caqui y una camisa a cuadros rojos, no se le podía distinguir de cualquiera de los indios occidentalizados que vivían alrededor de la misión. Sin embargo, había algo familiar en el paso bamboleante de aquel hombre.

—¡Milagros! —grité, y esperé hasta que estuvo frente a mí. Su rostro parecía extraño bajo el sombrero de paja desgarrado del que sus cabellos escapaban como fibras de palmera ennegrecidas—. Estoy muy contenta de

que hayas venido.

Sonriendo, me indicó que me sentara junto a él. Pasó su mano por mi coronilla.

—Te ha crecido el pelo. Sabía que no te irías sin verme.

—Voy a volver a Los Ángeles.

Quería preguntarle muchas cosas, pero ahora que estaba junto a mí ya no veía la necesidad de que las cosas se explicaran. Contemplamos el crepúsculo que se tendía sobre el río y la selva. La oscuridad fue invadida por los cantos de las ranas y los grillos. La luna llena ascendió en el cielo. Se fue empequeñeciendo, mientras subía y cubría el río de encajes plateados.

—Como un sueño —murmure.

—Un sueño —repitió Milagros—. Un sueño que siempre soñarás. Un sueño de caminar, de risa, de tristeza. —Hubo una larga pausa antes de que continuara—. Aunque tu cuerpo ha perdido nuestro olor, una parte de ti siempre guardará algo de nuestro mundo —concluyó, señalando la distancia—. Nunca quedarás libre.

—Ni siquiera les di las gracias. No hay forma de decir gracias en vuestra lengua.

—Tampoco hay adiós.

Algo frío, como una gota de lluvia o de rocío, me tocó la frente. Cuando me volví a mirarle, Milagros ya no estaba a mi lado. Desde el otro lado del río, como si viniera de la remota oscuridad, el viento me trajo las risas de los iticoteris... Su voz pasó rozando entre los árboles antiquísimos y se desvaneció, como el rielar plateado del agua.

GLOSARIO

ASHUKAMADI. Liana que sirve para espesar el curare.

AYORI-TOTO. Planta trepadora que se utiliza para envenenar a los peces.

EPENA. Polvo alucinógeno inhalable derivado de la corteza del árbol de *epena* o de las semillas del árbol de hisioma. Ambas sustancias se preparan y se toman de la misma manera.

HEKURAS. Diminutos espíritus humanoides que habitan en las rocas y las montañas. Los chamanes se ponen en contacto con los *hekuras* mediante el polvo inhalable de *epena*. Sirviéndose de sus cánticos, los chamanes atraen a los *hekuras* al interior de su pecho. Los buenos chamanes pueden controlar a estos espíritus a voluntad.

MAMUCORI. Gruesa liana de la que se extrae el curare. MOMO. Semilla comestible semejante a una nuez.

NABRUSHI. Garrote de 1,80 m de largo que se utiliza para pelear.

NAPE. Forastero. Cualquiera que no sea indio, sin distinción de color, raza o nacionalidad.

OKO-SHIKI. Plantas mágicas que se usan con propósitos maléficos.

ONOTO. Tintura vegetal roja, derivada de las semillas molidas y hervidas de *laBixa orellana*. El tinte se emplea para decorar la cara y el cuerpo, así como cestas, puntas de flecha y ornamentos.

PISHAANSI. Grandes hojas que sirven para envolver la carne, antes de cocinarla o como recipientes.

PLATANILLO. Hoja grande, ancha y resistente que se usa para envolver o para cubrir el suelo.

POHORO. Cacao silvestre.

RASHA. Palmera frutal cultivada, de tronco espinoso. Muy apreciada por sus frutos, que produce durante cincuenta años o más. Después del plátano, es probablemente la planta más importante en los huertos. Estos árboles son propiedad individual de quien los planta.

SHABONO. Poblado *yanomama* permanente constituido por un círculo de cabañas que rodean un claro abierto en el centro.

SHAPORI. Chamán, médico, hechicero.

SIKomasik. Hongo blancuzco y comestible que crece sobre los troncos en putrefacción.

UNucAI. Hombre que ha matado a un enemigo.

WAITERI. Guerrero valeroso.

WAYAMOU. Lenguaje ceremonial, formal y ritualizado, que emplean los hombres en el regateo y el intercambio comercial.

FIN

* * *

Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red

Digitalización: "Gaviota" - Revisión y Edición Electrónica de Hernán.

Rosario - Argentina

2 de Octubre 2003 – 21:10